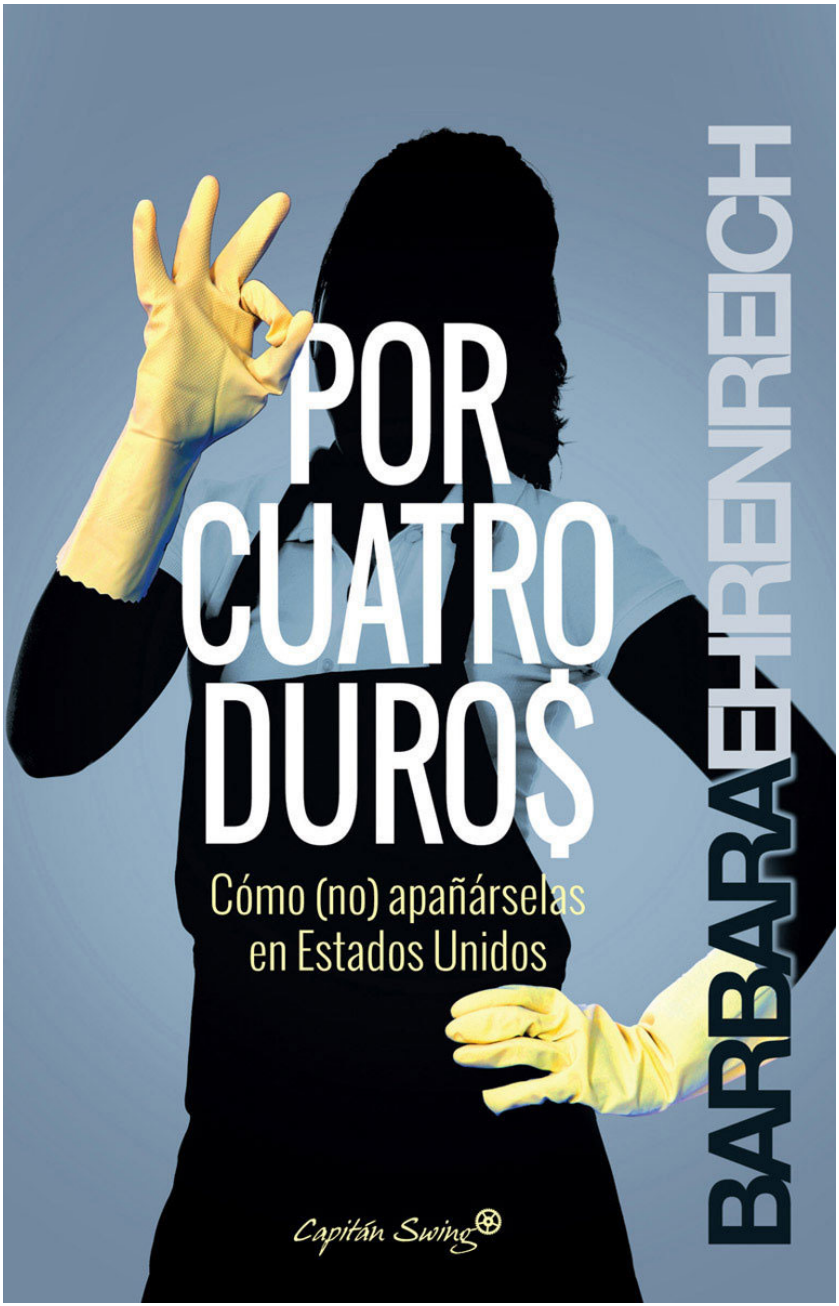
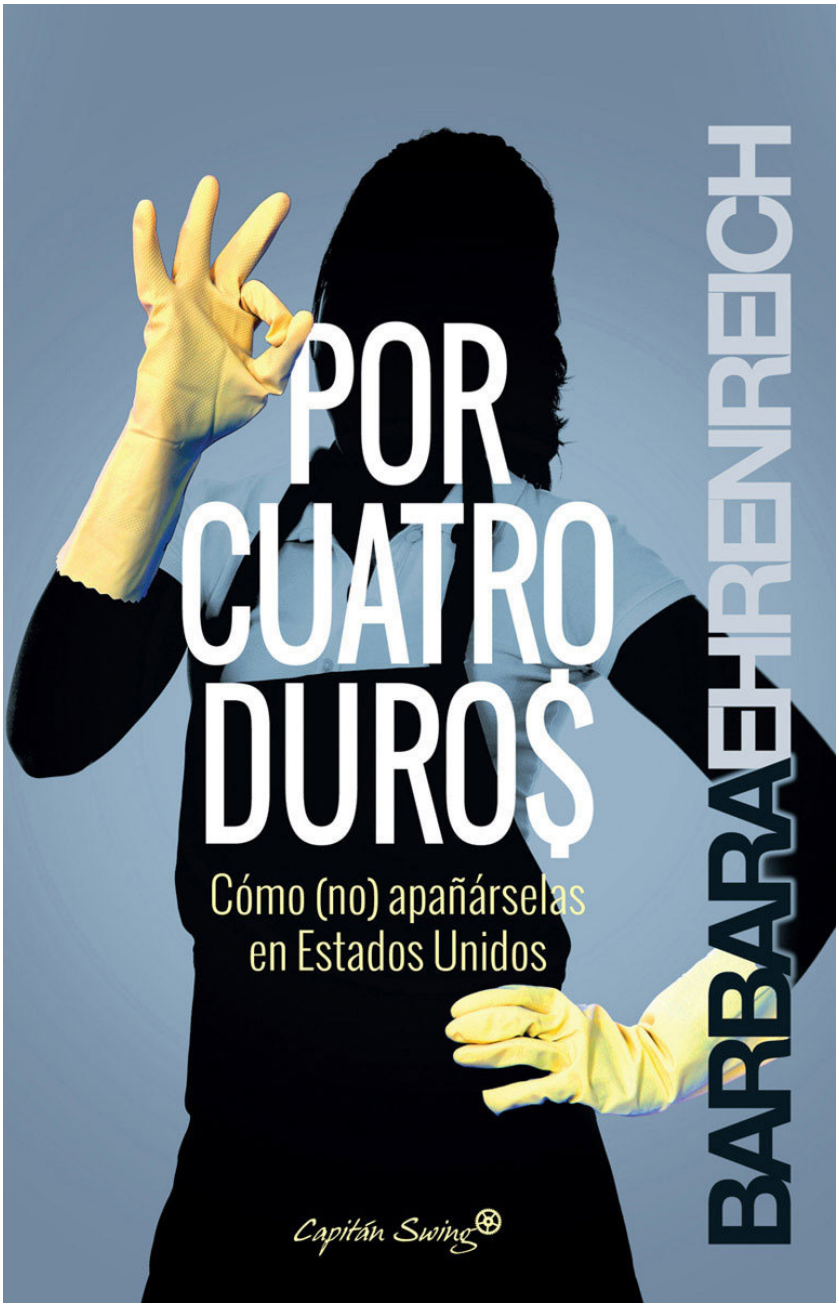

POR CUATRO DURO$
Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos
BARBARA EHRENREICH
Capitán Swing


POR CUATRO DURO$
Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos
BARBARA EHRENREICH
Capitán Swing

POR CUATRO DURO$

Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos

Barbara Ehrenreich

Traducción de
Carmen Aguilar

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

Prólogo a la décima edición

Completé el manuscrito de este libro en una época de prosperidad aparentemente ilimitada. Los innovadores de la tecnología y los capitalistas que decidían arriesgarse amasaban fortunas rápidamente, y compraban ostentosas supermansiones como las que yo misma había limpiado en Maine y mucho mayores. Incluso las secretarias de algunas empresas de alta tecnología conseguían enriquecerse con sus stock options. Abundaba la cháchara sobre una conquista permanente del ciclo de los negocios, y parecía que el capitalismo norteamericano estaba imbuido por un nuevo espíritu de descaro. En San Francisco, una valla publicitaria de una empresa por internet proclamaba «Haz el amor y no la guerra», y después, más abajo, «Al demonio, basta con hacer dinero».

Cuando Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos se publicó en mayo de 2001, empezaban a aparecer grietas en la burbuja de internet y la bolsa parecía flaquear, pero el libro supuso evidentemente una sorpresa, incluso una revelación para muchos. Una y otra vez, durante los años siguientes a la publicación, se me acercaban personas y empezaban la conversación con un «nunca pensé…» o «no me había dado cuenta»… Ante mi propio asombro, Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos ascendió rápidamente en la lista de los libros más vendidos y empezó a ganar premios; de todos ellos, me siento particularmente orgullosa del Christopher Award, concedido por un grupo católico a libros que «reafirman los más altos valores del espíritu humano». Inspiró un documental de A&He llamado «Wage Slaves» y se adaptó en una obra dinámica y divertida que se ha representado en los principales teatros así como en salas más pequeñas por todo el país. En docenas de comunidades se consideró un «texto comunista», incluidas Rochester Minnesota, Appleton Wisconsin, Hanover New Hampshire, y Peoria Illinois.

Me había preparado para las críticas cuando el libro salió, pero

hubo muy pocas que tuvieran cierto fundamento y llamaran mi atención, y la única controversia que levantó el libro era ridícula y no tuvo repercusión. En 2003, la Universidad de Carolina del Norte de Chapel Hill estableció como obligatoria la lectura de Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos para todos los nuevos estudiantes, cosa que promovió que un grupo de estudiantes conservadores y legisladores del estado dieron una conferencia de prensa en la que denunciaba que mi libro no era más que el «típico desvarío marxista» y un trabajo de «pornografía intelectual sin ninguna característica que pudiera redimirlo». El mismo grupo publicó un anuncio de una página completa en el Raleigh News y en el Observer, que no hablaba apenas del libro, pero donde se me acusaba de ser marxista, atea y una declarada enemiga de la familia americana, lo que se demostraba por mi perdurable convicción de que las familias de madres solteras merecen el mismo apoyo que las de parejas casadas. En programas de radio de Carolina del Norte, los entrevistadores me recibían preguntándome: «¿Qué tal sienta ser el Anticristo de Carolina del Norte?» y cuestiones igualmente desafiantes.

Sin embargo, mientras yo disfrutaba de la publicidad gratuita, el personal de limpieza del campus de la UNC-CH usó todo el ruido mediático en beneficio propio al presentarse en el trabajo con camisetas y placas en las que se leía «Pregúntame cómo vivo con cuatro duros». Resultó que el personal de limpieza llevaba años luchando para que se reconocieran sus derechos sindicales, y precisamente quien se oponía era la misma administración que aparentemente había aprobado mi libro como material de lectura para los alumnos de primer año. Mi implicación tuvo un broche de oro cuando el personal de limpieza y los estudiantes de postgrado que trabajaban allí me invitaron —con mi propio dinero, por supuesto— a dar mítines a los trabajadores del campus, aunque, desgraciadamente, no consiguieron el reconocimiento de su sindicato.

En los años posteriores a la publicación del libro, me han planteado cientos de veces la misma pregunta: ¿a qué creía que se debía mi éxito? Siempre concedo todo el mérito al tique de reembolso de cien dólares que mi editor da a todas las personas que compran el libro, que es lo mismo que decir que no tengo ni idea. No obstante,

en este caso, creo que en parte comprendo la popularidad del libro entre las personas de clase media, al menos en comparación con la de cualquier otro texto que hubiera podido escribir sobre el tema de la pobreza. En Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos, el lector más acaudalado puede identificarse con el personaje principal, que soy yo, e imaginarse que soy bastante parecida a él, esto es, una persona con derechos, acostumbrada a que la traten con cierto respeto. Podían sufrir con mis errores, estremecerse con las humillaciones e, indirectamente, compartir mi cansancio.

No cabe duda de que el libro ha cambiado la opinión de algunas personas de las clases más acomodadas. Una mujer de Florida me escribió para decirme que, antes de leer el libro, siempre había culpado a los pobres de su propia obesidad. Ahora comprendía que no todo el mundo tenía posibilidad de seguir un dieta saludable. Otra mujer me dijo que siempre había supuesto que los trabajadores «no cualificados» ganaban al menos 15 dólares por hora, que es lo que ella pagaba a su limpiadora. A mi hermana, que vive en Colorado y que no se puede considerar alguien con mucho dinero, le impresionó tanto el caso de los trabajadores sin hogar sobre los que escribí que organizó una división local de Habitat for Humanity. Y si me dieran veinticinco centavos por cada persona que me ha dicho que ahora da propinas más generosas, podría iniciar mi propia fundación.

Lo que me resulta todavía más gratificante es que muchos trabajadores con salarios bajos han leído el libro. En los últimos años, cientos de personas me han escrito para contarme sus historias: la madre de un niño recién nacido a quien acababan de cortarle la electricidad, la mujer a quien acababan de diagnosticar un cáncer y no tenía seguro médico, o el hombre que acababa de quedarse sin casa y que escribe desde el ordenador de una biblioteca. A continuación, cito algunos correos electrónicos que he recibido recientemente:

Su libro no tiene nada de ficción. Básicamente describe mi vida. Con dos carreras universitarias, he tenido que luchar mucho y, al carecer de seguro médico, he acumulado muchas deudas. No me ha

ido tan bien como a mis padres, que consiguieron salir de la depresión. Nuestro gobierno dice que hay trabajos, pero son trabajos mal pagados y sin beneficios, con sueldos con los que no se puede vivir. No son trabajos que te permitan tener una casa y ahorrar para la jubilación. Nada brilla en esta tierra.

Hola, Barbara, soy un antiguo empleado del gobierno federal víctima de los recortes, no ocupaba un puesto alto, sino que era un obrero más [cuyos] ingresos eran inferiores a 20.000 dólares… Después de pasar 20 años en el departamento de datos de la I.R.S., cobrando 10 dólares la hora, y con 6.000 dólares en el plan de ahorros 401K, no conseguía un empleo. Acepté un trabajo como terapeuta de cuidados directos, parecido al puesto de auxiliar de enfermería del que hablabas en tu libro. Bueno, después de 4 meses en ese trabajo horrible y físicamente degradante, que consistía básicamente en limpiar lo que ensuciaban las personas con trastornos mentales o discapacitadas, mientras hacíamos una «contención» de un cliente violento, que es el nombre que se da a esa acción, me herí la rodilla; después de tres operaciones necesité un reemplazo de rodilla, de modo que ahora llevo sin trabajar casi cinco años, recibo 65,75 dólares a la semana de mi seguro de trabajo, que originalmente eran 256 dólares a la semana, tras la primera cirugía. Ahora tengo que encontrar un trabajo que pueda hacer con la rodilla en mal estado, porque ya no puedo sobrevivir así.

Acabo de terminar de leer su libro titulado Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos. Valoro que estuviera dispuesta a experimentar de primera mano lo que muchos de nosotros vivimos a diario… Fue testigo del síndrome del «paria» que los trabajadores pobres sufren a diario. Muy pocas personas tienen la posibilidad de profundizar en ese otro mundo en el que te sientes inferior sólo por existir.

Cuando escribí Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados

Unidos, no estaba segura de a cuántas personas podía aplicarse directamente, debido a que la definición oficial de pobreza estaba lejos de la marca, ya que se consideraba que alguien que ganaba 7 dólares la hora, lo que yo ganaba de promedio, estaba por encima del umbral de la pobreza. Pero tres meses después de que se publicara el libro, el Economic Policy Institute de Washington DC publicó un informe titulado «Las adversidades de América: La historia real de las familias trabajadoras», que determinó que había un asombroso 29 por ciento de familias americanas que vivían en lo que podía definirse razonablemente como pobreza. Al menos, este porcentaje incluía a las personas con un presupuesto muy limitado, sólo suficiente para cubrir la vivienda, la guardería, el seguro médico, la comida, el transporte y los impuestos, aunque no incluía, y debe apuntarse, ninguna diversión, comidas fuera, televisión por cable, servicio de Internet, vacaciones o regalos de Navidad. El 29 por ciento es una minoría, pero no tranquilizadoramente pequeña, y otros estudios han aparecido desde entonces con cifras similares.

Siete años después, la gran pregunta es si la situación de quienes se encuentran en el tercio inferior del reparto de la riqueza ha mejorado o empeorado, es decir, la de las personas que limpian habitaciones de hotel, que trabajan en almacenes, lavan platos en restaurantes, cuidan de los más jóvenes y de los más ancianos, y reponen las existencias de los estantes de nuestras tiendas. Me gustaría poder dar noticias al lector de todas las personas con las que trabajé mientras investigaba para este libro (tampoco habría proporcionado una muestra muy significativa), pero la mayoría de las direcciones y números de teléfono que anoté dejó de estar operativa al cabo de pocos meses, probablemente debido a mudanzas y dificultades para pagar la cuenta del teléfono. Sí que pude ver a «Gail» unos seis meses después de trabajar con ella, seguía siendo camarera y, por suerte, había ganado algo de peso. Lo último que supe de «Caroline», era que había seguido al inútil de su marido a California y que estaba viviendo en un albergue para indigentes con sus hijos. Hace dos años, «Melissa» seguía trabajando en Wal-Mart, pero tenía que hacer frente al acoso de la dirección por herirse al caerse de una escalera mientras reponía las existencias en las estanterías.

En el caso de los trabajadores con salarios más bajos, la tendencia,

en general, ha ido a la baja, pues sus jefes han encontrado formas incluso más diabólicas de rebajar los sueldos de sus trabajadores ya de por sí mal pagados. A principios de 2007, por ejemplo, Circuit City despidió a tres mil cuatrocientos empleados porque llevaban demasiado tiempo trabajando y sus salarios habían subido hasta los 10-20 dólares la hora. Les permitían volver a solicitar sus antiguos trabajos después de un periodo de diez semanas de prueba, durante el cual supuestamente superarían cualquier resentimiento ocasionado por el despido, pero en sus nuevos trabajos se les pagaría el salario mínimo.

Wal-Mart, la empresa privada que más puestos de trabajo proporciona de la nación, presenta una imagen ambivalente, pero es básicamente desalentadora. A principios de la primera década del siglo XXI, se reveló que abusaba de sus trabajadores de formas que nunca había imaginado en mi temporada como socia de Wal-Mart. Un compañero de trabajo me contó que la empresa se negaba a pagar las horas extra, pero no había entendido entonces que eso podía significar que no se pagara en absoluto horas de trabajo. En los dos años siguientes a la publicación de mi libro, varios empleados de diversos estados demandaron a la empresa por falsificar los horarios e incluso encerrar a los trabajadores en tiendas después de medianoche, obligándolos así a trabajar horas no pagadas. Según cualquier parámetro razonable, estas condiciones de talleres de esclavos son del tipo que podría esperarse en las fábricas del tercer mundo que son los proveedores de Wal-Mart, y ayudaron a inspirar la creación de nuevos grupos de presión como Wal-Mart Watch y Wake Up Wal-Mart. En Chicago, Los Ángeles y otros sitios del país, Wal-Mart empezó a tener que enfrentarse a una activa resistencia de la comunidad a la apertura de nuevas tiendas.

A la presión sobre Wal-Mart se añadía que los gobiernos estatales estaban cansados de subvencionar indirectamente a la empresa haciéndose cargo de la cobertura de Medicaid de sus empleados. En 2007, la empresa transigió y aumentó su cobertura sanitaria. Sin embargo, como Circuit City, Wal-Mart también limitó los salarios a los empleados que más tiempo llevaban y empezó a modificar el tipo de contratos que hacían a sus trabajadores, de modo que pasó de tener un 20 por ciento de trabajadores a tiempo parcial a un 40 por ciento, a lo que se añade que quienes no tenían una jornada

entera no tenían derecho a seguro médico. Como parte del esfuerzo por expulsar a sus empleados más antiguos, y posiblemente con mala salud, algunos «socios» de Wal-Mart informaron de que los gerentes habían prohibido a los empleados con problemas de espalda o en las piernas sentarse en taburetes (Krugman, War Against Wages, 10/6/06).

En el pasado, los obreros americanos podían recurrir al gobierno federal para que los defendiera de los abusos corporativos. Sin embargo, en la administración de Bush, nadie escuchaba. Los préstamos estudiantiles, que tradicionalmente han sido un recurso para algunos de los trabajadores pobres, se recortaron 12,7 miles de millones de dólares, el mayor recorte en la historia. Otros programas se están desmantelando de forma más sutil. Simplemente por falta de personal, se puede tardar hasta tres años en completar el proceso burocrático necesario para pedir ayudas por discapacidad, periodo durante el cual el demandante puede morir o perder su hogar. Mi única esperanza es que «Joanne», mi compañera en The Maids, pudiera pedir una ayuda por discapacidad después de su operación de rodilla. Incluso más malvado, si cabe, ha sido el ataque de la administración contra la Earned Income Tax Credit, que ofrece reembolsos de impuestos a las familias pobres con hijos. En 2003, el IRS endureció los requisitos de idoneidad para pedir ayuda al EITC, al pedir certificados de matrimonio, rentas antiguas, informes escolares y médicos, nada de lo cual es fácil de reunir. En su página web, por ejemplo, el estado de California avisó de que la expedición de una copia de un certificado de matrimonio podía tardar de dos a tres años debido a «limitaciones de presupuesto» (New York Times, 4/25/03).

Hubo otro suceso que ocurrió en los años posteriores a que el libro se publicara por primera vez: durante un periodo corto de tiempo, los pobres tuvieron más facilidades para acceder a crédito. Empeños abusivos de muebles para pagar el alquiler y préstamos rápidos, cuyo interés puede inflarse más del cien por cien de la suma original, estaban disponibles ya desde hacía tiempo. A finales de la década de los 90 y durante los primeros años de la primera década del siglo XXI, grandes empresas como Countrywide Mortgage y Wells Fargo Bank también entraron en lo que Business Week llamó

«el negocio de la pobreza» en la portada del ejemplar de mayo, que tentaban a los obreros con salarios bajos e incluso a desempleados con hipotecas de riesgo y planes de refinanciación. La facilidad de acceder a crédito se convirtió en una especie de sustituto de salarios decentes. En un lugar donde, en otro tiempo, la gente podría haber ahorrado lo suficiente para comprar una casa, ahora sólo podían esperar que les prestaran lo suficiente, y a intereses que parecían aumentar a lo largo del tiempo de forma aleatoria. Ya hemos visto el resultado de ese proceso: en ejecuciones masivas de hipotecas que han provocado el caos en los mercados financieros globales. Hasta ahora, nadie ha podido valorar el impacto de la crisis del crédito en la población pobre de Estados Unidos, pero, desde luego, no ayudó que, en 2005, el Congreso aprobara un proyecto de ley que hacía mucho más difícil que un individuo pudiera liquidar sus deudas declarándose en bancarrota.

Por último, los precios han subido, incluido el del combustible, que subió un 37 por ciento el año pasado, lo que limitaba más la movilidad y la capacidad de buscar trabajo de las personas con ingresos más bajos. En el último capítulo de este libro, criticaba la definición federal de pobreza por basarse excesivamente en los precios de los alimentos, que, he confirmado, no se habían visto demasiado afectados por la inflación. Sin embargo, esta inmunidad se ha roto: los precios de los alimentos están subiendo repentinamente; así, la leche ha subido un 21 por ciento, y los huevos un 36 en tan sólo un año.[1] Al mismo tiempo, el estallido de la burbuja inmobiliaria no ha producido bajadas importantes en el precio del alquiler. No es extraño, por tanto, que, mientras escribo esto, una mayoría de norteamericanos manifieste su pesimismo respecto a la economía, incluso un 56 por ciento opina que ya nos encontramos en una recesión. Por supuesto, los trabajos con salarios bajos están sufriendo una recesión propia desde hace años. Para ellos, la situación simplemente se ha vuelto más desesperada.

No obstante, al menos en los últimos años ha habido cabida también para cierta esperanza e incluso ciertos adelantos humildes. Cuando Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos

se publicó, el salario mínimo federal era de 5,15 dólares por hora, y permaneció congelado en ese nivel tan bajo. Dando por perdido que se produjera cambio alguno a nivel federal y desalentados por la debilidad de los sindicatos, los activistas habían empezado a recurrir a las ciudades y a los estados, presionando a los ayuntamientos para que promulgaran ordenanzas que promovieran «salarios dignos» y a las legislaturas estatales para que subieran los salarios mínimos de cada estado. Los activistas eran un grupo disperso, constituido por miembros de la comunidad (del tipo grassroot), en el que se incluían trabajadores de sindicatos, miembros de iglesias, estudiantes, trabajadores con salarios bajos y unos cuantos grupos nacionales como ACORN, una asociación que trabaja por la justicia social para los pobres. En 1999, tenía la suficiente fuerza para conseguir que el New York Times los describiera como «movimiento» y que se aprobaran ordenanzas que garantizaran salarios dignos en Nueva York, Los Ángeles y Baltimore, entre otras ciudades. Unos cuantos trabajadores estaban cubiertos por las ordenanzas originales que establecían un salario digno —sólo los que trabajaban para empresas contratadas por el gobierno de la ciudad—, pero la idea de que el trabajo debería servir como mínimo para sobrevivir estaba empezando a ganar apoyo social.

Ya había apoyado la causa antes, pero este libro me sumergió de lleno en la batalla por el salario digno que permitiera vivir. Coaliciones locales compraron copias del libro para entregárselas a los concejales del ayuntamiento y a los legisladores del estado; en algunas ciudades, durante el estreno de la obra basada en el libro, se llevaban a cabo colectas benéficas tanto para el movimiento por un salario digno como para inmobiliarias asequibles. No obstante, los libros no traen consigo el cambio social; sólo un movimiento puede hacer eso, y estaba encantada de poder ayudar a construir este. Gracias a este libro, di mítines por el movimiento y en eventos para recaudar fondos. En Portland, Oregón, volví a ponerme el uniforme de camarera y serví comida en un almuerzo organizado para consolidar el apoyo para elevar el salario mínimo del estado. En la esquina de una calle, en Santa Mónica, di un discurso a trabajadores de hoteles que luchaban por aumentar el salario mínimo de la ciudad. En Santa Fe, más de cuatrocientas personas llenaron un teatro local para oírme hablar, y el tamaño de la

multitud por sí sola ayudó a vencer la oposición de los empresarios locales a aumentar el salario mínimo de la ciudad. En Miami, visité el campamento de los conserjes en huelga de la Universidad de Miami, quienes, tras semanas de estar acampados y en hueñga de hambre, consiguieron un reconocimiento sindical, seguro médico y una mejora de los salarios, que habían estado un poco por encima de 6 dólares la hora.

Cuando Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos se convirtió en lectura obligatoria en cada vez más cursos universitarios, inicié una gira de conferencias, donde siempre hacía hincapié en que «no había que salir del campus para encontrar a los pobres trabajadores». En Harvard, en abril de 2001, los estudiantes habían tomado un edificio de la administración para protestar por los bajos salarios que se pagaban a los conserjes de Harvard, y en cada vez más campus se entendía la urgencia de crear «alianzas de estudiantes y trabajadores» que unieran a estudiantes con limpiadoras, trabajadores de mantenimiento, personal de cocina y a otros empleados del campus para exigir un trato mejor. Estaba en una buena posición para ayudar a extender el mensaje, a pesar de que, a veces, la incomodidad de mis anfitriones de la universidad era palpable. Tras dar un discurso en una reunión de estudiantes de primer año en la Miami University de Ohio, pude disfrutar de una experiencia emocionante al salir con una parte de los asistentes por el vestíbulo y manifestarnos para apoyar a los trabajadores del campus. En Yale, me arrestaron junto a otros cien trabajadores del campus que protestaban por la negativa de la universidad a montar una guardería. Cuando la ciudad en la que vivía, Charlottesville Virginia, se conmocionó ante la ocupación de un edificio de la Universidad de Virginia en apoyo de un salario digno para los trabajadores del campus, hablé en un mitin y me uní a los estudiantes que repartían panfletos en la ciudad. Para una antigua activista como yo, éstos eran momentos cumbre y revivían mis esperanzas por América.

Los empresarios, especialmente los dueños de hoteles y restaurantes, se resistían tenazmente a ceder al movimiento por un salario digno, y en algunos casos incluso lograban imponerse a los legisladores estatales al aprobar leyes que prohibían a las ciudades adoptar ordenanzas que fomentaran salarios dignos que permitieran

subsistir. Argumentaban, con el apoyo de varios académicos economistas, que aumentar los salarios más humildes sólo causaría daños a las personas a las que se pretendía ayudar, puesto que los jefes se verían obligados a reducir costes despidiendo a muchas personas. La respuesta de los activistas por un salario mínimo, que pudo parecer inútil a los economistas, era esencialmente «al diablo con las consecuencias». Como Carol Oppenheimer, de la Santa Fe Living Wage Network, dijo al New York Times:

Lo que realmente cambió las cosas fue que dijimos: «Simplemente es inmoral pagar a la gente 5,15 dólares, no se puede vivir con eso…» Y eso enfureció a los empresarios. Nos dimos cuenta de que habíamos conseguido algo, así que lo dijimos una y otra vez. Podíamos olvidarnos del argumento económico, el nuestro era moral. Eso los enloquecía.[2]

En la actualidad, el debate académico sobre los supuestos efectos nefastos del aumento de salarios carece de fundamento. Veintinueve estados han subido sus salarios mínimos por encima del nivel federal y varias ciudades han aprobado ordenanzas por un salario digno, algunas de las cuales se extendieron a todos los trabajadores locales, y ninguno de esos lugares ha caído en una ruina económica. Santa Fe, por ejemplo, con un salario mínimo, conseguido con dificultad, de 9,50 dólares por hora, ha generado más trabajos que en la cercana Albuquerque. En Idaho, donde no se había subido el salario mínimo, los empresarios se han visto obligados a subir los sueldos porque sus trabajadores se iban a Washington, donde el salario mínimo estatal es de 8 dólares por hora. En julio de 2007, el gobierno federal finalmente siguió el ejemplo de los estados. El Congreso aprobó y el Presidente firmó una legislación que aumentaba el salario mínimo federal de 5,15 a 5,65 dólares por hora, y alcanzó su máximo de 7,15 dólares en 2009. En una época de mejoras y muchas pérdidas para la clase trabajadora, esto no podía considerarse solo una victoria, sino un sonoro triunfo.

Por supuesto, estas mejoras no son suficientes. The National Low-Income Housing Coalition informó de que en 2006 un trabajador

tenía que ganar 16,31 dólares por hora para permitirse una vivienda de dos dormitorios según los precios del mercado, y este dato puede tomarse como una estimación aproximada de lo que debería ser un verdadero salario nacional que permitiera vivir en condiciones adecuadas. La cantidad de viviendas asequibles está disminuyendo; se ha producido un recorte crítico de guarderías; 47 millones de norteamericanos carecen de seguro médico porque sus trabajos no se los proporcionan. Los activistas por un salario digno seguirán luchando por aumentos de sueldos, pero al mismo tiempo es inevitable no darse cuenta de que no hay mejoras predecibles que puedan compensar los flagrantes desequilibrios en la infraestructura social de nuestra nación. Vivienda, transporte, seguro médico y guarderías: todos estos activos requieren una acción decisiva del sector público, y un movimiento social fuerte para hacer que ocurra.

La pregunta que más me gusta oír por parte de los lectores de este libro es «¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo puedo involucrarme?». Normalmente, la respuesta siempre se encuentra cerca de casa; en casi todas las comunidades hay quienes luchan por establecer salarios dignos que permitan vivir, o un grupo que reclame viviendas a precios asequibles, por no mencionar albergues de indigentes y bancos de alimentos, que siempre necesitan la energía de nuevos voluntarios. En todos los niveles del gobierno, hay candidatos y propuestas legislativas que merecen apoyo. Puede unirse a un grupo a nivel estatal como el Virginia Organizing Project, que trabaja para solucionar problemas que afectan a los trabajadores pobres, o a una organización nacional como ACORN, Jobs With Justice o Working America. Puede presionar a su iglesia, a su jefe o a su escuela para que proporcione servicios y oportunidades a los pobres. Si es usted empresario, puede dar buen ejemplo dando un trato digno a sus propios empleados y unirse a otros líderes de la comunidad que trabajan a favor del cambio.

Sin embargo, aquí no existen soluciones rápidas, ninguna legislación podrá arreglarlo todo y convertir a los «pobres trabajadores» en un oxímoron. Nuestra cultura económica recompensa reflexivamente y mima a los más prósperos mientras castiga e insulta a los pobres, por muy duro que trabajen. Dar la vuelta a esta situación requiere el trabajo de toda una vida, como

mínimo.

■

[1] Neil Irwin, «State of the Household», Washington Post, 16 de diciembre de 2007.

[2] John Gertner, «What Is a Living Wage?», New York Times Magazine, 15 de enero de 2006.

POR CUATRO DURO$

Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos

Barbara Ehrenreich

Introducción

Manos a la obra

La idea de escribir este libro surgió en un escenario bastante suntuoso. Lewis Lapham, editor de Harper's, me había invitado a una comida de 30 dólares en un sitio discreto de estilo francés rústico, con la intención de discutir mis futuros artículos para su revista. Creo recordar estar comiendo salmón y ensalada verde, mientras le sugería ideas sobre cultura pop, cuando la conversación derivó hacia un tema más familiar para mí: la pobreza. ¿Cómo viven las trabajadoras no cualificadas con el jornal que reciben? Sancionada la Reforma de la Seguridad Social, nos preguntábamos en particular cómo pueden ser arrojadas cuatro millones de mujeres al mercado laboral, con un salario de 6 0 7 dólares la hora. En ese momento dije algo que, desde entonces, he tenido que lamentar en muchas ocasiones: «Alguien tendría que hacer periodismo a la antigua usanza, ¿sabes? Echarse a la calle y ver cómo es la cosa». Pensaba en alguien mucho más joven que yo, en algún periodista neófito con hambre y tiempo disponible. Pero Lapham esbozó esa su media sonrisa con una chispa de locura y dio al traste —al menos por un tiempo— con la vida tal y como como yo la conocía, diciendo una sola palabra: «Tú».

La última vez que alguien me había urgido a renunciar a mi vida normal para aceptar un trabajo mal remunerado corriente y moliente había sido en los años setenta cuando docenas y tal vez cientos de radicales de los sesenta empezaron a meterse en las fábricas para «proletarizarse» y organizar a la clase trabajadora. La muchacha que yo era entonces no estaba por la labor. Me daban pena los padres que habían pagado una buena educación universitaria a esos obreros voluntariosos y me apenaba también la gente a la que pretendían redimir. El modo de vida de mi familia nunca había estado demasiado lejos del de quienes desempeñan

trabajos mal remunerados; en realidad estaba lo suficientemente cerca para valorar la gratificadora independencia que otorga el oficio —no siempre bien pagado— de escribir. Mi hermana había pasado de un trabajo mal pagado a otro —corredora comercial en una compañía telefónica, operaria en una fábrica, recepcionista—, en constante lucha con lo que llama «la desesperación de ser un esclavo asalariado». Conocí a mi marido y compañero durante diecisiete años cuando trabajaba en un almacén y cobraba 4,50 dólares la hora. Situación de la que consiguió escapar para convertirse en organizador del Sindicato de Camioneros. Mi padre había sido minero del cobre. Mis tíos y abuelos trabajaron en las minas o en la Union Pacific. De modo que, para mí, estar sentada ante una mesa de despacho el día entero no sólo era un privilegio sino un deber; algo que debía a todas esas personas, vivas y muertas, que tantas cosas tendrían que contar. Muchas más de las que nadie puede alcanzar a escuchar a lo largo de toda una vida.

Además de mis recelos, ciertos miembros de la familia no dejaban de recordarme —aunque no hiciera falta— que yo podía participar en aquellos proyectos, tan de moda entonces, sin dejar por eso mi despacho. No tenía más que pagarme a mí misma un sueldo medio por ocho horas de trabajo al día, cobrarme casa y comida más algunos gastos admisibles —como la gasolina—, y hacer las cuentas a fin de mes. Con los salarios habituales de 6 o 7 dólares la hora y alquileres de 400 dólares o más al mes, me pareció que las cuentas difícilmente cuadrarían. Y, en caso de haberme preguntado si una madre soltera —dejada de lado por la Seguridad Social— podría sobrevivir sin asistencia estatal en forma de vales de comida, atención sanitaria, subsidios para el cuidado de la casa y la guardería, la respuesta era archisabida: no era cosa de dejar la seguridad del hogar.

Cuando, en 1998, empecé a pergeñar esta experiencia, la National Coalition for the Homeless [Coalición Nacional para los Sin Techo] afirmaba que la media nacional del salario mínimo necesario para alquilar un apartamento de una habitación era de 8,89 dólares la hora. El Preamble Center for Public Policy [Centro de Investigaciones Sociales] estimaba que las posibilidades de un aspirante típico de conseguir trabajo con un salario digno eran de 1 frente a 97. ¿Por qué tenía que preocuparme yo de confirmar

hechos tan desagradables? Conforme se acercaba el momento de no poder evitar asumir la misión, empecé a sentirme un poco como aquel anciano conocido mío, que usaba la calculadora para hacer las cuentas de su talonario de cheques y, después, verificaba los resultados rehaciendo las sumas a mano.

Al final, la única manera de superar mis dudas fue pensar que, en realidad, me habían educado para ser una mujer de ciencia. Tenía una licenciatura en biología y no la conseguí sentada ante un escritorio, amañando cifras. En el despacho puedes especular con todo lo que se te antoje pero, antes o después, tienes que subir al estrado y zambullirte en el caos cotidiano de la naturaleza, donde acechan sorpresas y resultados más prosaicos. Cuando me metiera en el proyecto, tal vez descubriría en el mundo de la trabajadora mal remunerada ciertas formas ocultas de ahorro. Si casi el 30 por ciento de la fuerza laboral se desloma por 8 dólares o menos la hora —según informaba en 1998 el Washington-based Economic Policy Institute [Instituto de Política Económica de Washington]—, existía la posibilidad de que esas trabajadoras hubieran dado con algunos trucos, aún desconocidos para mí. Tal vez fuera capaz de detectar en mí misma los efectos psicológicos energizantes de salir de casa, como prometían los sesudos señores que nos trajeron la Reforma de la Seguridad Social. Por otro lado, tal vez hubiera costes inesperados —físicos, económicos, emocionales— que echaran por tierra todos mis cálculos. La única manera de averiguarlo era salir y ensuciarme las manos.

Con espíritu científico fijé antes de nada ciertas reglas y ciertos parámetros. La primera regla era, obviamente, que en mi búsqueda de trabajo no iba a respaldarme en ninguna de las habilidades adquiridas durante mis estudios ni mi trabajo... De cualquier manera, tampoco es que hubiera tantas ofertas para ensayistas. Segunda, tenía que aceptar el trabajo mejor pagado que me ofrecieran y hacer todo lo posible por conservarlo; nada de peroratas marxistas ni de escabullirme al aseo para leer novelas. Tercera, tenía que tomar el alojamiento más barato que encontrara o, por lo menos, el más barato que ofreciera condiciones aceptables de seguridad e intimidad, aunque mis exigencias en ese aspecto eran vagas y, como en poco tiempo quedó demostrado, inclinadas a degradarse.

Intenté aferrarme a esas reglas pero, en el curso de la experiencia, todas ellas cedieron o fueron quebradas en algún momento. En Key West, por ejemplo, donde empecé el proyecto a fines de la primavera de 1998, me ofrecí para un puesto de camarera diciendo que podía saludar a los turistas extranjeros con el debido bonjour o Guten Tag. Fue el único caso en que me permití dar indicios de mi verdadera educación. En Minneapolis, mi último destino, quebré otra regla al no aceptar el trabajo mejor pagado, pero habrá que juzgar mis razones para no hacerlo. Finalmente, en el último momento, estallé y solté una perorata furtiva sin que me oyeran los jefes.

Tenía también el problema de cómo presentarme a los eventuales empleadores y, en particular, cómo explicar mi lamentable falta de experiencia laboral. La verdad —o, por lo menos, una versión deslavazada de ella— parecía más fácil: me describía ante los entrevistadores como ama de casa divorciada, que volvía al mercado laboral al cabo de muchos años, cosa que hasta ahí era verdad. A veces, aunque no siempre, para unos pocos trabajos como empleada de hogar, cité como referencia a antiguos compañeros con quienes había compartido vivienda y a una amiga de Key West a quien había ayudado de vez en cuando a fregar los platos de la cena. En los formularios de solicitud de trabajo preguntaban también cuál era el nivel de educación. Como suponía que la licenciatura en biología no me ayudaría en absoluto e incluso que haría sospechar a los empleadores que era una alcohólica empedernida o algo peor, me limitaba a hablar de tres años de universidad, confesando mi alma máter de la vida real. Resultó que nadie cuestionó nunca mis antecedentes y sólo uno de mis empleadores entre varias docenas se molestó en verificar mis referencias. En cierta ocasión, una entrevistadora excepcionalmente locuaz me preguntó por mis aficiones. Dije «escribir», y no le pareció nada extraño. Aunque el trabajo que me ofrecía podría haberlo desempeñado a la perfección un analfabeto.

Por último, establecí algunos límites tranquilizadores, para afrontar cualquier emergencia que se presentara. Primero, siempre tendría coche. En Key West conducía el mío; en otras ciudades recurría a coches alquilados, que pagaba con tarjeta de crédito, en vez de hacerlo con mis ganancias. Sí, podría haber caminado o atenerme a

trabajos accesibles utilizando el transporte público. Pensé que la historia de la espera de autobuses no sería muy interesante de leer. Segundo, descarté la opción de no tener alojamiento. La idea era pasar un mes en cada puesto y ver si podía encontrar un trabajo que me permitiera —en ese lapso— ganar el dinero suficiente para pagar el segundo mes de alquiler. Si pagaba el alquiler por semana y me quedaba sin dinero, daría el proyecto por terminado; para mí, nada de albergues ni de dormir en el coche. Tercero, no tenía la menor intención de pasar hambre. Al acercarse el momento de iniciar el experimento, me prometí que, si las cosas llegaban al extremo de no tener asegurada la comida siguiente, sacaría a relucir mi tarjeta de débito y haría trampa.

De manera que ésta no es la historia de una aventura sin «red de seguridad» que desafíe a la muerte. Casi cualquiera podría hacer lo que yo hice: buscar un puesto, trabajar en él, tratar de cuadrar los números. Millones de estadounidenses lo hacen todos los días, con mucha menos alharaca y sin titubeos.

Por razones que, a la vez, alientan y limitan, desde luego soy muy distinta de quienes normalmente desempeñan en Estados Unidos los puestos más humildes. Y, lo que es más obvio, sólo estuve de visita en un mundo que otros habitan a tiempo completo, con frecuencia la mayor parte de sus vidas. Con todos los halagos que me esperaban en mi vida real, conquistados cuando ya era una mujer de mediana edad —cuenta bancaria, plan de jubilación, cartilla sanitaria, casa de varias habitaciones—, en el fondo no había manera alguna de «experimentar la auténtica pobreza» ni de descubrir cómo se siente realmente quien es, durante largo tiempo, una trabajadora mal remunerada. Mi objetivo era mucho más claro y modesto: no pretendía más que ver si podía ajustar las entradas a los gastos, como hacen a diario los auténticos pobres. Además, había tenido suficientes encuentros indeseables con la pobreza durante mi vida para saber que no es el ámbito que querría visitar con fines turísticos: huele demasiado a miedo.

Al contrario que muchos trabajadores con salarios bajos, yo tenía la ventaja añadida de ser blanca y de que el inglés fuera mi lengua materna. No creo que eso afectara mis posibilidades de encontrar

trabajo, teniendo en cuenta la buena disposición de los patrones para contratar poco menos que a cualquiera, dada la escasez de mano de obra entre 1998 y 2000, pero, casi con certeza, afectó el «tipo» de trabajo que me ofrecieron. Al principio busqué en Key West lo que presumí era el trabajo relativamente fácil de limpieza en hoteles y, sin embargo, me vi arrastrada a hacer las tareas de camarera, sin duda, por mi etnia y mis conocimientos de inglés. Tal como sucedió, ser camarera no me proporcionó muchas ventajas económicas, comparadas con las de las camareras de habitación. Por lo menos fuera de temporada, con propinas bajas, que es cuando trabajé en Key West. Pero la experiencia sí me sirvió para decidir en qué condiciones vivir y trabajar en otras localidades. Dejé de lado, por ejemplo, sitios como Nueva York y Los Ángeles, donde la clase trabajadora está constituida sobre todo por gente de color y una mujer blanca que habla inglés sin acento extranjero en busca de trabajos «no cualificados» sólo puede parecer una desquiciada o una excéntrica.

Tenía otras ventajas. El coche, por ejemplo, que me distinguía de muchos —aunque de ninguna manera de todos— de mis compañeros de trabajo. Si lo que buscaba era repetir la experiencia de una mujer que entra en el mercado laboral abandonando su bienestar, el caso ideal habría sido que tuviera, por lo menos, dos niños a cuestas. Pero los míos estaban crecidos y nadie iba a estar dispuesto a prestarme los suyos para que me los llevara un mes de vacaciones lleno de zozobra. Además de estar motorizada y sin carga, gozo seguramente de mejor salud que la mayoría de quienes llevan mucho tiempo viviendo de un trabajo mal pagado. Lo tenía todo a mi favor.

Si había otras diferencias más sutiles en mí, nadie me las señaló nunca. Desde luego no hice ningún esfuerzo por representar un papel ni por ajustarme a un imaginario cliché de trabajadora mal remunerada. Dondequiera que estuviera permitido usar ropa de calle, usaba la mía de siempre, el maquillaje y el peinado acostumbrados. En las conversaciones con mis compañeros de trabajo hablaba de mis hijos reales, mi estado civil y mis amigos. No había ninguna razón para inventarme una vida totalmente nueva. Sin embargo, en cierto aspecto, sí modifiqué mi vocabulario. Al menos cuando era nueva en el trabajo y me preocupaba por no

parecer demasiado desenvuelta ni irrespetuosa. Censuraba las vulgaridades que forman parte de mi discurso normal, gracias en gran medida a la influencia de mi compañero. Aparte de eso hacía bromas, me burlaba, opinaba, especulaba y, de vez en cuando, daba cantidad de consejos sobre salud, exactamente como haría en cualquier otro ambiente.

Acabada la experiencia, mis conocidos me preguntaban si la gente con quien había trabajado no..., no advertían que... Daban por supuesto que una persona educada es irremediablemente distinta —y superior— a los zánganos con quienes trabaja. Querría poder decir que algún supervisor o compañero de trabajo me dijo, siquiera una vez, que tenía «un algo» especial, en cierto modo envidiable. Por ejemplo, que era más inteligente o estaba mejor educada que la mayoría. Pero no sucedió nunca. Sospecho que lo único que realmente tenía de «especial» era mi inexperiencia. O, vuelta la oración al revés: la personalidad o las destrezas de la trabajadora con salario bajo no son más anodinas que las de quien se gana la vida escribiendo. Tampoco tiene menos tendencia a ser ingeniosa o brillante. Cualquiera que pertenezca a las clases instruidas y crea lo contrario debe ampliar su círculo de amigos.

Desde luego, siempre estaba ahí la diferencia que sólo yo sabía: no trabajaba por el dinero. Estaba haciendo una investigación para escribir un artículo, que luego se convertiría en libro. Volvía a casa todos los días para hacer algo que en nada se parecía a mi vida doméstica normal. Volvía a un ordenador portátil, sobre el cual me pasaba una o dos horas registrando los acontecimientos del día... con mucha concentración, añadiría yo, porque rara vez podía tomar notas durante la jornada. Me preocupaba esa farsa —simbolizada por el portátil que me proporcionaba el vínculo entre mi pasado y mi futuro—, por lo menos frente a gente que me interesó y habría querido conocer mejor. (Debo decir aquí que señas de identidad y nombres han sido alterados para proteger la intimidad de las personas con quienes he trabajado o me he encontrado durante la investigación. En la mayoría de los casos he cambiado también el nombre de los lugares en los cuales he trabajado y su localización exacta para garantizar aún más el anonimato de quienes he conocido.)

Después de muchas reflexiones cargadas de ansiedad, hacia el final de mi permanencia en cada sitio me «descubría» ante unos pocos compañeros de trabajo elegidos. El resultado era siempre asombrosamente decepcionante. La reacción que más gracia me hacía era la pregunta: «¿Quieres decir que no volverás al turno de la noche de la próxima semana?». Me sorprendía mucho que no se asombraran más ni se indignaran. Parte de la respuesta esté quizás en la noción que la gente tiene de lo que significa «escribir». Hace años, cuando me casé con mi segundo marido, éste dijo muy orgulloso a su tío —por aquel entonces, aparcacoches— que yo era escritora. La respuesta del tío fue: «¿Quién no lo es?». Cualquier persona alfabetizada «escribe», y algunos de los trabajadores con salarios bajos que conocí o me presentaron durante el proyecto escribían diarios o poemas...; en un caso, incluso, una larga novela de ciencia ficción.

Pero, según advertí ya muy avanzada la experiencia, también es posible que yo exagerara la profundidad de mi decepción conmigo misma. Por ejemplo, no hay manera de aparentar ser camarera: la comida llega o no llega a la mesa. La gente me conocía como camarera, empleada de hogar, auxiliar de enfermería, dependienta de tienda, no porque actuara como las demás sino porque fui lo que era, al menos durante el tiempo en que estuve con ellas. En todos los puestos, en todos los lugares donde viví, el trabajo absorbía por completo mis energías y gran parte de mi intelecto. No estaba tonteando. Aunque desde el principio sospechara que el equilibrio entre los salarios y los alquileres trabajaban en mi contra, hice un verdadero esfuerzo por salir airosa. No doy más importancia a mis experiencias que a las de otro cualquiera, porque mi historia no tiene nada de particular. Lo único que pido que se tenga en cuenta cuando dé un traspié es que las mías eran, sin duda, las mejores circunstancias: las de una persona con todas las ventajas que la etnia y la educación, la salud y la motivación pueden conceder, en tiempos de desbordante prosperidad, para sobrevivir en las profundidades de la clase económica más baja.

01

Camarera en Florida

Más que nada por pereza, decido empezar mi vida de asalariada mal remunerada en el pueblo más próximo al que en realidad vivo —Key West, Florida—, que, con una población de unos 25.000 habitantes, se abre paso a codazos para alcanzar el estatus de auténtica ciudad. No tardo en darme cuenta del inconveniente de la familiaridad, de lo difícil que resulta pasar de ser un consumidor que tira alegremente el dinero a cambio de provisiones, cines y gasolina, a ser un trabajador mal remunerado en el mismísimo sitio. Me aterroriza, sobre todo al principio, que me reconozca algún tendero amable o algún antiguo vecino y tener que farfullar alguna explicación sobre mi proyecto. Sin embargo, felizmente, mis temores resultan del todo injustificados: durante un mes de pobreza y trabajo duro, nadie reconoce mi cara ni mi nombre, que pasa inadvertido, casi siempre sin pronunciar. En este universo paralelo, en donde mi padre nunca salió de la mina ni yo pasé nunca por la universidad, soy «bonita», «cariño», «rubia» y, la mayoría de las veces, «chica».

Mi primera tarea es encontrar un lugar para vivir. Calculo que, si puedo ganar 7 dólares la hora —cosa que según los anuncios de «se busca» parece posible—, puedo permitirme gastar 500 dólares de alquiler o quizá, sabiendo economizar, 600. Todavía me quedarían disponibles 400 o 500 dólares para la comida y la gasolina. En la zona de Key West, esa cantidad me limita bastante a los albergues o las caravanas..., como una, a quince minutos de la ciudad por un camino agradable, que no tiene aire acondicionado, persianas, ventiladores, televisor ni, como forma de diversión, más que el desafío de eludir al dobermann pinscher del dueño. El problema grave del lugar es el alquiler de 675 dólares al mes, cantidad muy por encima de mis posibilidades. Está bien, Key West es caro. Pero

también lo son la ciudad de Nueva York, Bay Area, Jackson, Wyoming, Telluride, Boston o cualquier otro lugar donde los turistas y los ricos se disputan el espacio vital con las personas que les limpian los aseos y les fríen las patatas con cebolla. Todavía me asusta haber tomado conciencia de que una «cochina caravana» se haya convertido para mí en el modo de vida al cual aspiro.

Por lo tanto decido, como es usual, negociar entre lo que está a mi alcance y la comodidad. Me instalo por 500 dólares en un «estudio» a 50 kilómetros de las posibilidades de empleo en Key West, por una carretera de doble vía. Lo cual significa cuarenta y cinco minutos de viaje, si no hay obras en la carretera y si no me encuentro atrapada por turistas canadienses, que van disparados en busca de sol. Aborrezco conducir por una carretera secundaria sembrada de cruces blancas, que conmemoran los choques de frente más violentos. Pero es un rincón acogedor..., más o menos un camarote, levantado en el húmedo patio trasero de la casa prefabricada donde vive el dueño —un hombre afable que repara televisores—, que vive con su novia camarera. Desde el punto de vista antropológico, habría sido preferible el camping, pero aquí tengo un suelo blanco reluciente, un colchón firme, y los pocos bichos allí afincados son fáciles de ahuyentar.

La tarea siguiente es peinar los anuncios de «se busca» y encontrar trabajo. Por una u otra razón descarto varias ocupaciones: por ejemplo, la de recepcionista de hotel —que, para mi sorpresa, está considerado trabajo no cualificado y sólo se paga a 6 o 7 dólares la hora—, porque significa estar de pie en un sitio fijo ocho horas diarias. También me gustaría evitar el oficio de camarera porque recuerdo que a los dieciocho años me dejaba los huesos hechos polvo y, desde entonces, han quedado atrás décadas de varicosis y dolor de espalda. Dejo de lado el telemarketing —uno de los primeros refugios para los repentinamente indigentes— por razones de personalidad. Queda la posibilidad de ciertos puestos en supermercados —vendedora de «deli», por ejemplo— o tareas de limpieza en hoteles y casas de huéspedes, que pagan a 7 dólares la hora y que, supongo, no es demasiado distinto de lo que he hecho en mi casa, a tiempo parcial, durante toda la vida.

Me visto con lo que me parece un conjunto de aspecto respetable —

bermudas bien planchadas y camiseta con cuello de barco—, y me pongo en marcha para hacer una gira por hoteles y supermercados. Best Western, Econo Lodge y HoJo's, todos me permiten llenar solicitudes. Para mi alivio, lo que más les interesa es saber si soy residente legal en Estados Unidos y si he cometido delitos graves. Mi siguiente parada es Winn-Dixie, el supermercado, que resulta disponer de un proceso de solicitudes particularmente gravoso: una «entrevista» a través de ordenador puesto que, al parecer, en el establecimiento ningún ser humano está considerado capaz de enumerar los requisitos exigidos por la corporación. Me conducen a una gran habitación, decorada con carteles que ilustran cómo parecer «profesional» (ayuda ser blanco y, en caso de ser mujer, haberse rizado el pelo) y advierten contra las ingeniosas promesas con las cuales los dirigentes sindicales pueden pretender tentarme. La entrevista es del tipo «opciones múltiples»: «¿Tengo alguna obligación, como el cuidado de los hijos, que pueda obstaculizar mi puntualidad en el trabajo?», «¿Creo que la seguridad en el trabajo es responsabilidad de la empresa?». De pronto, acechando astutamente: «¿Cuántos dólares de productos robados he comprado en el último año?», «¿Denunciaría a un compañero de trabajo si lo sorprendiera robando?». Y, por último, «¿Es usted una persona honesta?».

Al parecer, me luzco en la entrevista porque me dicen que lo único que debo hacer es acudir al día siguiente a la consulta del médico Fulano de Tal para hacerme un análisis de orina. Ésta es por lo visto una norma bastante corriente: si quieres apilar cajas de Cheerios o pasar la aspiradora por las habitaciones de un hotel en los químicamente fascistas Estados Unidos, tienes que estar dispuesta a acuclillarte y hacer pis frente a una auxiliar de enfermería (sin duda ha tenido que hacer lo mismo antes que tú).[3] Decido que el salario que Winn-Dixie ofrece —6 dólares y un par de centavos la hora para empezar— no basta para compensar semejante indignidad.

Como en Wendy's, donde 4,99 dólares te proporcionan en la zona mexicana del Super-bar un reconfortante hartazgo de frijoles refritos y salsa de queso. Un empleado adolescente que me ve estudiar los anuncios de trabajo me ofrece amablemente una solicitud de empleo. La lleno aunque, también aquí, la paga es sólo

de 6 dólares la hora, más las propinas. Ha llegado el momento de lanzarme a recorrer las pensiones y casas de huéspedes de Key West's Old Town, adonde acuden todos aquellos glotones y visitantes serios de lugares de interés, situada a unos tres kilómetros del extremo respetable de la isla. Allí han establecido sus cuarteles los hoteles de precio reducido. En The Palms, el marchoso, llamémoslo así, dueño en persona me lleva a dar una vuelta por los dormitorios y a conocer a las mujeres que limpian. Con satisfacción advierto que tienen un aspecto muy parecido al mío: ex hippies ajadas en shorts con el pelo recogido hacia atrás en trenzas. La mayoría de ellas no me dirigen la palabra, ni siquiera una mirada, excepto para ofrecerme una solicitud de empleo. En mi última escala, un grandioso B & B, espero veinte minutos para conocer a Max y oírle decir que, en este momento, no hay ningún puesto libre, pero que no tardará en haberlo porque «nadie dura más de un par de semanas».

Así pasan tres días y, para mi desencanto, no me llaman de ninguno de los aproximadamente veinte sitios donde he dejado mi solicitud. He sido demasiado vanidosa y no me he molestado en disimular que mi formación está muy por encima de la necesaria para los trabajos que busco con tanto ahínco... Pero nadie parece interesado en averiguar hasta qué punto estoy en exceso preparada. Sólo más tarde me doy cuenta de que no se puede confiar en los anuncios de «se busca» para saber cuáles son los trabajos disponibles en determinado momento. Tendría que haber deducido por el comentario de Max que hay una política empresarial que contrarresta la implacable rotación de la fuerza laboral con salarios bajos. La mayoría de los grandes hoteles pone anuncios casi continuamente, aunque no sea más que para hacerse con una lista de solicitantes que reemplacen al último trabajador que se va sin rumbo fijo o es despedido. De manera que encontrar trabajo es sólo cuestión de estar en el lugar y momento adecuados, y de ser lo bastante flexible para aceptar cualquier trabajo que ese día se ofrezca. Es lo que al fin ocurre en una de las grandes cadenas de hoteles baratos a la cual acudo, como de costumbre, para realizar tareas de limpieza donde, en cambio, me prueban como camarera en el «restaurante familiar» contiguo, un sitio deprimente que da al aparcamiento. Y que ese día, con 40 grados, sirve «salchichas polacas con salsa barbacoa». Phillip, el joven y atildado indio

occidental que se presenta como administrador, me entrevista con el mismo entusiasmo que si fuera el funcionario que tramita mi inscripción en el seguro médico. Las principales preguntas se refieren a cuántos turnos puedo hacer y cuándo puedo empezar. Balbuceo que hace tiempo que estoy fuera desentrenada como camarera, pero él ya está hablando del uniforme: debo presentarme al día siguiente con pantalones y zapatos negros; él me proporcionará el polo color mostaza con la leyenda «Hearthside» —como llamaremos el lugar— bordada, aunque a mí me gustaría usar mi propia camiseta en el trabajo, «ja, ja». Al oír la palabra «mañana» algo entre el miedo y la indignación me estalla en el pecho. Me gustaría decir: «Gracias por dedicarme su tiempo, señor, pero esto no es más que un experimento, sabe usted, no mi vida real».

Así empieza mi carrera en el Hearthside, donde trabajo durante dos semanas de dos de la tarde a diez de la noche por 2,43 dólares la hora más propinas.[4] A los empleados les está prohibido entrar por la puerta principal, de modo que el primer día entro por la cocina, donde encuentro a un hombre de cara roja con una pelambre que le llega a los hombros, lanzando bistés congelados a la pared y aullando: «¡Jodida mierda!». «Es Billy», me explica Gail, la camarera enjuta de mediana edad, designada para enseñarme. «Tiene la regla», condición, en este caso, ocasionada porque el cocinero del turno de la mañana se ha olvidado de descongelarlos. Durante las ocho horas siguientes corro tras la ágil Gail, mientras acumulo instrucciones sueltas y fragmentos de su tragedia personal. Toda comida debe ser servida en bandeja, y la razón por la cual está tan cansada es que esa mañana ha despertado bañada en sudor frío, pensando en su novio, muerto hace pocos meses durante una refriega en prisión, prisión situada al norte del estado. Los vasos de limonada no se vuelven a llenar. La razón por la que estaba en prisión es que lo cogieron conduciendo con unos cuantos drogados, eso es todo, podría pasarle a cualquiera. Llevar siempre la jarrita de crema a la mesa en un platillo, nunca en la mano. Cuando se lo llevaron, ella pasó varios meses viviendo en el camión, meando en un frasco de plástico y leyendo de noche a la luz de una vela. Pero en verano no se puede dormir en el camión porque hay que tener

las ventanillas abiertas y eso significa que cualquiera puede entrar, desde mosquitos hasta...

Por lo menos, Gail da reposo a mis temores de parecer demasiado cualificada. Desde el primer día advierto que, de todas las cosas que he dejado atrás —hogar e identidad—, la que más echo de menos es la de ser competente. Y no es que me haya sentido competente al cien por cien en el oficio de escritora, donde el éxito de un día no garantiza absolutamente nada al siguiente. Pero, en mi vida de escritora, tengo por lo menos cierta idea del «procedimiento»: hacer la investigación, trazar la línea general, esbozar el borrador, etcétera. En cambio, en el oficio de camarera, los pedidos me acosan como abejas: más té helado aquí, ketchup por allí, «una caja para llevar» a la mesa 14 y, por si acaso, ¿dónde están las sillas altas? De las veintisiete mesas, más de seis son mías casi en todo momento aunque, en tardes de escasa concurrencia o si Gail no está, a veces tengo todo el lugar para mí. Hay que dominar el sistema de pedidos por pantalla de ordenador que, supongo, está pensado para minimizar los contactos entre camarera y cocinero pero, en la práctica, exige el constante ajuste: «Salsa de carne en el puré, ¿vale? Sin salsa el pastel de carne»... Y así siempre. Más algo que sabía desde los dieciocho y que, con el paso de los años, había olvidado: alrededor de una tercera parte de la tarea de quien sirve es «trabajo al margen», invisible para los clientes. Es decir, barrer, fregar, cortar en rodajas, volver a llenar copas y reponer provisiones. Si no está todo hecho —en cada uno de los detalles—, te enfrentas con la avalancha de la cena a las seis de la tarde, indefensa y, probablemente, vencida. Al principio me equivoco docenas de veces y, para mi vergüenza, me apoyo en Gail: «Está bien, cariño, a todo el mundo le pasa alguna vez»; vergüenza porque, con verdadera sorpresa y pese al distanciamiento científico que procuro mantener, el asunto me importa.

La cosa sería mucho más fácil si, por lo menos, pudiera deslizarme por el oficio, como Lily Tomlin con sus patines de camarera. Pero me criaron con el absurdo precepto del Booker T. Washingtoniano que dice: «Hagas lo que hagas, hazlo bien». Lo cierto es que «bien» no es «hazlo aceptablemente bien ni a medias», sino hazlo mejor de lo que nadie lo haya hecho nunca. O eso decía mi padre, que debe de haber sabido de qué hablaba porque se las arregló para salir

adelante y sacarnos adelante a nosotros, desde las profundidades de la mina de cobre de Butte hasta los barrios residenciales del nordeste. Pasó del whisky con cerveza a los martinis, antes de que la bebida acabara con sus ambiciones. Como en la mayoría de los esfuerzos con los que he tropezado a lo largo de mi vida, «hazlo mejor que nadie» no es un objetivo razonable. Aun así, cuando me despierto a las cuatro de la mañana —también bañada en sudor frío como Gail—, no pienso en los titulares periodísticos que estoy descuidando. Pienso en la mesa donde estrujé el pedido y no serví el plato a uno de los niños hasta que el resto de la familia ya estaba hincando el diente a los pasteles de lima. Ésa es la otra motivación poderosa: los clientes —o «pacientes»—, puesto que no puedo evitar verlos como pacientes, por esa misteriosa vulnerabilidad que parece haberlos dejado temporalmente incapaces de alimentarse por sí mismos. Al cabo de pocos días de estar en el Hearthside, siento la ética del servicio como si una descarga de oxitocina —la hormona del parto— acabara conmigo. La mayoría de mis clientes son obreros lugareños (camioneros, obreros de la construcción, incluso trabajadoras del hotel de al lado) y, dentro de las lamentables circunstancias, quiero que vivan lo más aproximado a la experiencia de una «buena comida». Conmigo nada de «venga, tíos». Todo cliente mayor de doce años es «señor» o «señora» para mí. Les sirvo té helado constantemente y les vuelvo a llenar la taza de café. A media comida me acerco para preguntar si todo marcha bien. Acicalo sus ensaladas con champiñones crudos picados, rodajas de fruta de verano o trozos de cualquier otro producto que pueda encontrar y haya sobrevivido a su estancia en los cuencos disponibles de la despensa refrigerada.

Está Benny, por ejemplo, el fontanero musculoso, que ni siquiera puede pensar en comer hasta que ha absorbido media hora de aire acondicionado y agua helada. Charlamos de hipertermia y electrólitos hasta que está en condiciones de pedir alguna combinación sibarita de sopa del día, ensalada de la huerta y una guarnición de sémola. Están los turistas alemanes, que tan conmovidos se sienten con mi rudimentario «Wilkommen» y mi «Ist alles gut?», que me dan propina en serio. (Los europeos, sin duda echados a perder por belicosos sindicatos, salarios altos implantados por el «Estado de bienestar», no consideran en general que deban dejar propina. Algunos restaurantes, incluido el Hearthside,

permiten a sus camareros «sisar» a los clientes extranjeros o sumar la propina a la cuenta. Como esa cantidad se añade antes de que los clientes tengan ocasión de dar o no propina, la práctica significa una multa por hablar un inglés defectuoso.) Las dos lesbianas llenas de lamparones, que acaban de terminar su turno, se quedan tan impresionadas por mi impecable manera de manipular la varilla de la piña colada que me elogian ante Stu, el adjunto del administrador. Está Sam, el amable poli retirado con pensión, que debe taparse el agujero de la traqueotomía para forzar a entrar en sus pulmones el humo del cigarrillo.

A veces juego con la fantasía de ser una princesa que, como penitencia por alguna transgresión insignificante, se ha propuesto alimentar con sus manos a cada uno de sus súbditos. Pero las que no son princesas y trabajan conmigo son igual de indulgentes, aunque signifique desobedecer normas de la gerencia como, por ejemplo, no sobrepasar el número de cuscurros que puede llevar una ensalada (deben ser seis). «Pon todos los que quieras», me cuchichea Gail, «siempre y cuando Stu no esté mirando». Gail mete mano a sus propinas para comprar bizcochos y salsa de asado a un mecánico desempleado que ha gastado todos sus ahorros en cirugía dental. La generosidad de Gail me obliga a mí a cargar con la cuenta de su pastel y su leche. Es posible que en la «industria de la hospitalidad» puedan encontrarse niveles tan altos de amor espiritual. Recuerdo la leyenda del cartel que decoraba uno de los apartamentos donde busqué alojamiento: «Si buscas tu felicidad, no la encontrarás nunca. Sólo cuando busques la felicidad de otros, vendrá a ti», o palabras semejantes. Curiosa opinión, me pareció en su momento, para encontrarla en el sótano frío y húmedo del apartamento de un solo ambiente del Best Western, habitado por un botones. En Hearthside utilizamos el menor resquicio de autonomía para suministrar hasta el acoso calorías de contrabando a nuestros clientes. Nos parece la manera de manifestarles aprecio. Como camareras nos corresponde armar las ensaladas y los postres, rociar los aliños y verter la nata batida. También controlamos las porciones de mantequilla que servimos a los clientes y la cantidad de crema agria de las patatas hervidas. De manera que, si uno se pregunta por qué son tan obesos los estadounidenses, hay que tener en cuenta que las camareras expresan su amor por la humanidad y, a la vez, ganan propinas con la encubierta distribución de grasas.

Diez días metida en esto, está empezando a parecer un estilo de vida vivible. Me gusta Gail, que, en edad, «va para los cincuenta», pero se mueve a tanta velocidad que puede estar en un sitio y luego en otro, sin parecer haber estado en ninguno intermedio. Yo hago el payaso con Lionel, el adolescente haitiano ayudante de camarero, aunque no tenemos mucho vocabulario común, y merodeo por el fregadero principal para escuchar el creole musical de los lavaplatos mayores que, en sus voces de bajo, suena como un francés con testosterona. Entablo relación con Timmy, el muchacho blanco de catorce años que ayuda por la noche, diciéndole que no me gusta que la gente ponga las sillitas de los niños directamente en las mesas porque los bebés se parecen demasiado a los platos de guarnición. Él sonríe con una mueca deliciosa y, para corresponderme, en noches de poco ajetreo empieza a contarme los argumentos de todas las películas de la serie Tiburón (siempre favoritas en los cayos infestados de tiburones): «Ella mira alrededor y el esquiador acuático ya no está...; entonces ¡zas! El bote entero...».

Tengo predilección por Joan, la esbelta jefa de camareras cuarentona, que resulta ser una feminista militante. Un día me lleva aparte para decirme que «los hombres lo manejan todo...; nosotras no tenemos la menor oportunidad, a menos que nos mantengamos unidas». Por lo tanto, me respalda cuando caigo desmayada al suelo y se lo retribuyo dándole algo de mis propinas; o hago guardia cuando desaparece sin autorización para fumar un cigarrillo. Todos la admiramos porque cuando Billy suelta alguna de sus obscenidades a propósito del servicio femenino, ella se planta con un: «Déjate de joder». Incluso me entretengo con Billy cuando, en una noche de poco trajín, para reconciliarse después de haberme atacado injustificadamente —o eso creo— a causa de mis torpezas, me cuenta sus gloriosos días de joven en la «escuela coronaria» de Brooklyn, donde salía con una chavala portorriqueña impresionante..., ¿o quiso decir «escuela culinaria»?

Todas las noches termino a las diez o diez y media, según las tareas al margen que haya conseguido hacer durante el turno. Vuelvo a casa a toda prisa, a los casetes que cogí al azar cuando dejé mi verdadera casa: Marianne Faithfull, Tracy Chapman, Enigma, King Sunny Adé, Violent Femmes. Estoy demasiado agotada y la música

empieza a retumbar en mi cráneo, pero todavía no he perdido el aliento. El tentempié de medianoche consiste en Wheat Thins y Monterey Jack, acompañados por vino blanco barato con hielo y cualquier cosa que AMC [American Music Center] pueda ofrecer. Me meto en la cama a la una y media o dos de la madrugada, me despierto a las nueve o las diez, leo durante una hora mientras mi uniforme da vueltas en la lavadora del dueño de casa. Luego transcurren otras ocho horas, siguiendo las instrucciones del Libro Rojo de Mao: «Servir al pueblo».

Podría haberme dejado estar así, en una especie de sueño proletario, excepto por dos cosas. Una es la dirección. Si hasta ahora he dejado el tema al margen, es porque todavía me estremece pensar que pasé todas esas semanas bajo la vigilancia de hombres (y luego mujeres) cuyo trabajo consistía en observar mi conducta para advertir señales de pereza, robo, abuso de drogas o algo peor. No es que los administradores y, en especial, los «administradores adjuntos» de establecimientos como éste, que pagan salarios bajos, sean precisamente enemigos de clase. En el negocio de los restaurantes son antiguos cocineros, todavía capaces de hacer suplencias en la cocina; en los hoteles suelen ser antiguos oficinistas, cuyos salarios rondan los 400 dólares a la semana. Pero todos saben que han cruzado la barrera. Dicho con crudeza, se han convertido en empresa, especie opuesta a la del ser humano. A los cocineros les gusta preparar platos sabrosos; a los camareros, servirlos bien. Pero los administradores están ahí sólo por una razón: garantizar que se haga dinero para una entidad teórica —la sociedad anónima—, que existe allá lejos en Chicago o Nueva York..., si puede decirse que una sociedad anónima tiene existencia física alguna. Cuando reflexiona sobre su carrera, Gail me cuenta, arrepentida, que hace años juró no volver a trabajar nunca para una sociedad de ese tipo. «No es que ellos tensen la cuerda, es que tú la aflojas y aflojas, y ellos la recogen.»

Los administradores pueden quedarse sentados —durante horas si se les antoja—, pero es tarea de ellos fijarse en que nadie lo haga aunque no haya nada que hacer y, por eso, los ratos de poco movimiento pueden ser tan agotadores como los de mayor ajetreo.

Empiezas por alargar cada pequeña tarea porque, si el administrador de turno te pesca un momento mano sobre mano, te hará hacer algo mucho más desagradable. De modo que paso el trapo, limpio, vierto en un solo frasco los restos de ketchup, vuelvo a verificar la reserva de tartas de queso, coloco las sillas para que los imaginarios comensales se sienten cómodamente en su sitio..., preguntándome en todo momento cuántas calorías quemo en esos ejercicios puramente teatrales. Desesperada, incluso saco los postres de donde están dispuestos en envases de cristal y les doy aspecto de recién hechos con chorros de nata montada y relucientes cerezas al marrasquino... Cualquier cosa con tal de parecer ocupada. Una noche particularmente aburrida, Stu me encuentra echando un vistazo al USA Today olvidado por un cliente. Me hace pasar por todo el suelo la aspiradora rota que tiene un brazo de sesenta centímetros. La única manera de hacerlo sin perjuicio ortopédico es pasarla de rodillas.

En mi primer viernes en Hearthside organizan «una reunión obligatoria para todos los empleados del restaurante». Asisto, ansiosa por comprender a fondo la estrategia global marketing de nuestro figón (¿cocina básica de Ohío con un toque tropical?), del que nosotros pretendemos vivir. Pero no hay «nosotros» en esa reunión. Phillip, el administrador máximo excepto algún «asesor» enviado por el cuartel general de la corporación, abre la reunión con un comentario desdeñoso: «La sala de descanso está que da asco. Colillas en los ceniceros, periódicos tirados por todos lados, migas». En la pequeña habitación sin ventanas, que también aloja el reloj registrador con las tarjetas de todos los empleados del hotel, es donde amontonamos los bolsos y ropas de calle, además de pasar allí la media hora de descanso que nos corresponde para comer. Nos dice que esa sala no es un derecho y puede clausurarse. También debemos saber que los armarios de la sala y todo lo que tengan dentro pueden ser registrados en cualquier momento. Después empiezan con los cotilleos: ha habido habladurías; los cotilleos (parece querer decir que los empleados hablan entre ellos) deben acabarse. Los empleados fuera de servicio tienen prohibido comer en el restaurante, porque «otros empleados se reúnen a su alrededor y cotillean». Cuando Phillip da por terminada su agenda de reprimendas, Joan se queja del estado de los aseos de mujeres y yo salto a propósito de la aspiradora. Pero no recibo ningún apoyo de

mis compañeros, cada uno de los cuales se ha sumido en su propio miedo. Gail, mi modelo de conducta, fija la mirada apenada a un palmo de su nariz. La reunión acaba cuando se levanta Andy, uno de los cocineros, murmurando que ha interrumpido su día libre por culpa de esa tremenda gilipollez.

Cuatro días después, de pronto, nos convocan a las tres y media de la tarde, a pesar de que hay mesas ocupadas en el salón. Todos nosotros —unos diez empleados— estamos de pie alrededor de Phillip, que anuncia sombríamente haber recibido información de que hay cierta «actividad de tráfico de drogas» en el turno de noche y que, en consecuencia, a partir de ahora el lugar va a convertirse en un centro de trabajo «libre de drogas», es decir, que todo contratado nuevo deberá someterse a la prueba de detección de consumo de drogas y, posiblemente, también algunos de los empleados actuales, elegidos al azar. Celebro que esa parte de la cocina esté tan oscura, porque me doy cuenta de que me ruborizo tanto como si me hubieran pescado dando una calada en el aseo de mujeres. Nunca había sido tratada así —haciendo fila en el pasillo, amenazada con registro de armarios, acribillada a acusaciones lanzadas a ciegas—, por lo menos desde que iba al instituto. De vuelta en el salón, Joan pierde la compostura: «La próxima vez nos van a decir que no podemos practicar el sexo en el trabajo». Le pregunto a Stu qué es lo que ha provocado la campaña y sólo balbucea algo sobre «decisiones empresariales». Aprovecha la ocasión para reprendernos a Gail y a mí por ser demasiado generosas con los panecillos. De ahora en adelante no habrá más que uno por cliente y se servirá con la comida, no con la ensalada. También se mete con los cocineros. Apremia a Andy para que salga de la cocina y, con la serenidad del hombre cuyo utensilio cotidiano ha sido el cuchillo de carnicero, le hace observar que «Stu tiene hoy instintos criminales».

Avanzada la noche, los rumores se materializan alrededor de la idea de que el inculpado por drogas es el mismo Stu. Utiliza el teléfono del restaurante para pedir marihuana y manda a una de las camareras recién llegadas a buscársela. Han descubierto a la camarera y ella puede haberse ido de la lengua y dejado escapar el nombre de Stu, o lo suficiente para que se sospeche de él. Ésa puede ser la explicación de su cabreo. ¿Quién sabe? (Personalmente estoy

dispuesta a creer cualquier cosa mala sobre Stu, que no cumple ninguna función manifiesta y presume demasiado de nuestra etnia común. Una noche se acercó furtivamente a mí para hacerme partícipe de cierto «nacionalismo» dirigido contra los inmigrantes haitianos: «Aquí me siento como un extranjero. Están ocupando nuestro país». Conforme avanza la noche, el asunto de las drogas ya ha llegado a la cocaína. Lionel, el ayudante de camarero, nos distrae durante el resto del turno: de pie justo detrás de Stu, aspira en pleno delirio una línea imaginaria a través de un tubo.

El otro problema, añadido al menos que motivador estilo administrativo, es que este trabajo no da señales de ser económicamente viable. Desde una cómoda distancia, puedes imaginar que la gente que vive, año tras año, con un salario de 6 a 10 dólares la hora, ha descubierto algunas estratagemas de supervivencia, desconocidas por la clase media. Pero no. No es difícil conseguir que mis compañeros de trabajo hablen de sus condiciones de vida porque, en casi todos los casos, el alojamiento es la fuente principal de sus tribulaciones. Es la primera cosa de la cual te ponen al corriente, cuando llegan para cumplir su turno. Al cabo de una semana he recopilado el siguiente informe:

Gail comparte habitación en un conocido alojamiento del centro de la ciudad, por 250 dólares a la semana. Su compañero de cuarto, un amigo, ha empezado a golpearla, la vuelve loca, pero sola no puede pagar el alquiler.

Claude —el cocinero haitiano— está desesperado por marcharse del apartamento de dos habitaciones que comparte con su novia y otros dos extraños. Hasta donde yo sé, los demás haitianos viven en las mismas condiciones de hacinamiento.

Annette —una camarera de veinte años embarazada de seis meses y abandonada por el novio— vive con su madre, empleada de correos.

Marianne —sirve los desayunos— y su novio pagan 170 dólares a la semana por una caravana para una persona.

Billy —con un salario de 10 dólares la hora es el más rico de nosotros— vive en una caravana propia y sólo paga los 400 dólares por la parcela del camping.

Andy —el otro cocinero blanco— vive en el barco que tiene en dique seco. Hasta donde soy capaz de contar por sus tiernas descripciones, el barco no puede tener más de seis metros de largo. Ofrece llevarme a pasear en él, una vez que esté reparado. Pero la invitación viene acompañada de interrogatorios sobre mi estado civil, de modo que no le dejo desarrollar la idea.

Tina —otra de las camareras— y su marido pagan 60 dólares por noche en la Days Inn porque no tienen coche y la Days Inn está a una distancia de Hearthside que permite ir caminando. Cuando a Marianne la echan de la caravana por realquilarla —cosa que prohíben las reglas del camping—, deja a su novio y se aloja con Tina y su marido.

Joan, que me tenía engañada con sus numerosos y elegantes conjuntos —las jefas de camareras pueden llevar su propia ropa—, vive en una furgoneta, aparcada por la noche detrás de un centro comercial, y se ducha en la habitación del motel de Tina. La ropa es de mercadillo.[5]

Con mi solipsismo de clase media, me choca esa grave imprevisión en alguno de esos apaños. Cuando Gail y yo estamos envolviendo los cubiertos en servilletas —la única tarea que nos está permitido

hacer sentadas—, me cuenta que está pensando escapar de su compañero de habitación y mudarse a la Days Inn. Me quedo atónita: ¿cómo puede pensar siquiera en pagar 40 o 60 dólares por día? Pero si temía que me tomaran por una asistente social, lo que he conseguido es parecer tonta. Me mira de reojo con incredulidad: «¿De dónde crees que puedo sacar para pagar un mes de alquiler y el depósito de un apartamento?». Tenía la petulancia de haber sido bastante hábil para proporcionarme un alojamiento de 500 dólares pero, naturalmente, sólo fue posible porque me presté 1.300 a mí misma para los gastos iniciales, cuando empecé mi vida de trabajadora mal remunerada: 1.000 para el primer mes de alquiler y la fianza, 100 para los primeros víveres y dinero de bolsillo, 200 apartados para emergencias. Como en ciertas proposiciones de física, las condiciones iniciales lo son todo en la pobreza.

No hay estratagemas económicas secretas que alimenten a los pobres. Por el contrario, hay una enorme cantidad de costes adicionales. Si no dispones de los dos meses de alquiler que necesitas para proporcionarte un apartamento, acabas pagando un ojo de la cara a la semana por una habitación. Si no tienes más que una habitación —en el mejor de los casos con un hornillo—, no puedes ahorrar cocinando abundantes guisos de lentejas, que pueden guardarse en el congelador hasta la semana siguiente. Te alimentas con comida rápida o frankfurts y tazas de sopa Styrofoam, calentadas en microondas de mercados abiertos a todas horas. Si no tienes dinero para el seguro médico —y las despiadadas normas de Hearthside te hacen polvo en tres meses—, te las arreglas sin atención sanitaria rutinaria ni recetas y acabas pagando el precio. Por ejemplo, Gail estaba muy bien de salud hasta que le faltó dinero para el tratamiento con estrógenos. Se supone que ya estaba incluida en el plan de salud de la empresa, pero la gerencia alega haber perdido su solicitud y tiene que volver a empezar todo el papeleo. De modo que gasta 9 dólares en píldoras para evitar las migrañas que no tendría —insiste ella— si tuviera cubierta la provisión de estrógenos. De manera parecida, el novio de Marianne perdió su trabajo de techador porque le costó mucho tiempo curarse un corte en el pie, para el cual no pudo pagar el antibiótico recetado.

Al cabo de dos semanas de trabajo me siento para evaluar mi propia

situación. No sería mucho mejor que la de ellos si ésta fuera mi vida verdadera. El oficio de camarera tiene la seductora condición de que no necesitas esperar al día de pago para saber que tienes unos billetes en el bolsillo. Las propinas cubren en general mis gastos de alimentación y gasolina. Aún me queda algo para meter en el cajón de la cocina, que me sirve de banco. Pero cuando el negocio turístico escasea con los calores del verano, a veces dejo el trabajo con 20 dólares de propinas en el bolsillo (el ingreso bruto es mayor, pero las camareras deben compartir alrededor de un 15 por ciento con los ayudantes y quienes sirven el bar). Sueldo incluido, la suma alcanza el salario mínimo de 5,15 dólares la hora. El dinero guardado en el cajón se amontona pero, al ritmo actual, faltarán 100 dólares para el alquiler cuando llegue fin de mes. Tampoco veo que pueda reducir ningún gasto. Es verdad que todavía no he recorrido la vía del guiso de lentejas, pero se debe a que no tengo una cazuela grande, agarradores ni un cucharón para revolver (que me costarían unos 30 dólares en Kmart o algo menos en un bazar barato). Para no hablar de las cebollas, las zanahorias y la indispensable hoja de laurel. Sí me preparo la comida casi todos los días, en general algo que se cueza a fuego lento —con alto contenido proteico—, como hamburguesas de pollo congeladas y queso fundido encima y frijoles pintos de lata para acompañar. La cena la hago en el Hearthside, que ofrece a sus empleados la posibilidad de elegir entre un sándwich de beicon, lechuga y tomate o uno de pescado o una hamburguesa por sólo 2 dólares. La hamburguesa dura más, sobre todo si tiene un montón de jalapeños secos. Pero a medianoche me vuelve a zumbar el estómago.

Por lo tanto, a menos que empiece a usar el coche como residencia, tengo que encontrar un segundo trabajo o buscar otro alternativo. Llamo a todos los hoteles donde, hace semanas, dejé mi solicitud como camarera de habitación —Hyatt, Holiday Inn, Econo Lodge, HoJo's, Best Western—, más a media docena de casas de huéspedes de la zona. Nada. Empiezo otra vez las giras, pierdo mañanas enteras a la espera de que asome algún administrador. Incluso me meto en sitios espeluznantes donde el empleado del despacho de recepción saluda desde detrás de un cristal antibalas y vende licores. Pero, o bien alguien ha puesto al descubierto mis habilidades domésticas en la vida real —que son más bien, digamos, desenfadadas—, o estoy en el extremo equivocado de una infalible

ecuación étnica: la mayoría —pero de ninguna manera todas— de las asistentas que he visto en mis búsquedas de trabajo son afroamericanas, hispanohablantes o refugiadas del mundo poscomunista de Europa central. En cambio, las camareras son casi sin excepción blancas y no hablan más que inglés. Cuando por fin consigo una respuesta afirmativa, he sido clasificada una vez más como personal de atención al cliente. Jerry's —no es el nombre verdadero—, que es parte de una conocida cadena nacional, físicamente ligada aquí a otro hotel barato, está dispuesto a servirse de mí ya. La perspectiva es a la vez alentadora y aterrorizante porque, casi con la misma cantidad de mesas y sillas, Jerry's atrae tres o cuatro veces más clientes que el sombrío Hearthside.

Imaginad un infierno de gordos. Y no me refiero a un lugar donde no haya comida. Por el contrario, hay de todo lo que se puede comer, si comer no tuviera consecuencias corporales —queso a la parrilla, pechugas de pollo fritas, postres cargados de caramelo—, sólo que, de una u otra manera, hay que pagar cada bocado con malestares. La cocina es una caverna, un estómago que conduce al intestino delgado, el área de la basura y el fregado, de donde salen extraños olores, que combinan lo comestible y los despojos: carroña cremosa, vómito de pizza y ese aroma único y enigmático de Jerry's: pedo cítrico. El suelo brilla de sobras resbaladizas, obligándonos a caminar por la cocina pasito a pasito, como Susan McDougal con grilletes. Por todos lados, los fregaderos están atascados con restos de lechuga, trozos de limón en descomposición, cortezas de pan tostado empapadas en agua. Si pones la mano en cualquier mármol, corres el riesgo de quedarte pegado por la capa de antiguos restos de sirope, cosa que es una desgracia porque aquí las manos son utensilios, usados para echar lechuga a puñados en los platos de ensalada, coger porciones de pastel e, incluso, para cambiar de un plato a otro cebollas y patatas doradas de la sartén. El cartel con las normas establecidas que preside el único cuarto de baño para ambos sexos nos advierte que nos lavemos las manos a conciencia —hasta da instrucciones sobre cómo hacerlo—, pero siempre falta algún elemento vital: jabón, toallas de papel, papel higiénico. Nunca encontré las tres cosas a la vez. Aprendes a llenarte los bolsillos de servilletas antes de entrar

ahí. Tanto peor para los clientes, obligados a comer —aunque no se den cuenta— casi literalmente de nuestras manos.

La sala de descanso resume toda la situación: no hay ninguna porque no hay descansos en Jerry's. Durante seis u ocho horas seguidas no te sientas nunca, excepto para hacer pis. Hay por cierto cuatro sillas plegables y una mesa al lado del cuarto de baño, pero es difícil que nadie se siente ahí, el verdadero recto del sistema gastroarquitectónico. La función del área adyacente al aseo es almacenar los ceniceros donde camareros y lavaplatos dejan quemar cigarrillos a todas horas, como si fueran cirios votivos; así no pierden tiempo en volverlos a encender cuando entran disparados para dar una calada. Casi todos fuman como si su bienestar pulmonar dependiera del cigarrillo —la multinacional mezcolanza de cocineros; los lavaplatos, aquí sin excepción checos; los camareros, estadounidenses nativos—, creando una atmósfera donde el oxígeno es sólo un ocasional agente contaminante. Durante mi primera mañana en Jerry's, cuando se produjeron mis sacudidas hipoglucémicas, le dije a una de mis compañeras que no entendía cómo podía pasar tanto tiempo sin comer. «Bueno, yo tampoco entiendo cómo puedes tú pasar tanto tiempo sin un cigarrillo», contestó con tono de reproche. Porque el trabajo es lo que haces para los demás; fumar es lo que haces para ti mismo. No sé por qué los cruzados antitabaco no han aprovechado nunca el elemento de desafío del autoalimento, que hace del hábito algo tan atractivo para sus víctimas: como si en un centro de trabajo de Estados Unidos, la única cosa que la gente pudiera llamar propia fueran los tumores que cultivan y los ratos perdidos que dedican a nutrirlos.

La Revolución industrial no es ahora una transición fácil, especialmente durante mi experimento, cuando tienes que reconocerla volando en un par de días. He pasado en un santiamén del trabajo artesanal a la fábrica, de la morgue refrigerada del Hearthside directamente a las llamas. Los clientes llegan en avalanchas humanas, a veces cincuenta comensales hambrientos y malhumorados, arrojados de golpe por autobuses turísticos. En vez de dos «chicas» en el salón por turno, puede haber hasta seis corriendo de aquí para allá con nuestras relucientes camisas hawaianas de color rosa y anaranjado. Las conversaciones, sea con

los clientes o los compañeros de trabajo, en raras ocasiones duran más de veinte segundos. El primer día me hiere la frialdad de mis hermanas camareras. Mi mentora del día, de veintitrés años, es la viva imagen de persona competente, sin inflexiones emocionales; las otras, que chismorrean a propósito de la verdadera razón por la cual una está hoy enferma y acerca de la suma de dinero que otra debe pagar de fianza, me ignoran por completo. El segundo día descubro el porqué. «Bien, qué bueno volver a verte», me dice una de ellas, al saludarme. «Casi nadie vuelve después del primer día.» Me siento profundamente reivindicada —una superviviente—, pero me costará mucho tiempo, tal vez meses, tener la esperanza de ser aceptada en esta hermandad femenina.

Empiezo con la bonita y heroica idea de desempeñar los dos trabajos al mismo tiempo y, durante dos días, casi lo hago: hacer el turno del desayuno y la comida en el Jerry's, de ocho de la mañana a dos de la tarde; llegar al Hearthside unos minutos tarde, a las dos y diez, intentando aguantar hasta las diez de la noche. En los pocos minutos que tengo entre uno y otro trabajo, arrebato un sándwich de pollo con especias a través del mostrador acristalado del servicio para automovilistas del Wendy's, lo engullo en el coche, me cambio los pantalones color caqui por los negros y la camisa hawaiana por el polo color mostaza. Pero surge un problema. Cuando, durante las horas muertas de tres a cuatro de la tarde, por fin me siento a envolver cubiertos, mis carnes parecen pegarse a la silla. Trato de reabastecerme de combustible con una taza hurtada de sopa de almejas, como he visto hacer docenas de veces a Gail y a Joan, pero Stu me pesca y me dice entre dientes: «¡De comer, nada!», aunque alrededor no haya un solo cliente a quien pueda ofender el espectáculo de la comida haciendo contacto con los labios de la camarera. De manera que digo a Gail que me marcho. Me abraza y dice que también ella podría seguirme a Jerry's.

Las posibilidades de que lo haga son muy remotas. Ha dejado el albergue y a su desagradable compañero de cuarto para vivir otra vez en su camioneta. ¡Y vaya sorpresa! Ese mismo día, más tarde, me cuenta entusiasmada que Phillip le ha dado permiso para aparcar la camioneta por la noche en el parking del hotel, siempre y cuando no se deje ver. ¡Y el parking es muy seguro porque está patrullado por un guardia de seguridad del hotel! Si el Hearthside le

ofrece semejantes beneficios, ¿quién va a pensar en marcharse? En todo caso, ésa debe de ser la teoría de Phillip. Acepta mi renuncia con un encogimiento de hombros. Lo único que le preocupa es que devuelva los dos polos y los dos delantales.

Estoy segura de que Gail habría tenido éxito en Jerry's pero, para mí, es un curso intensivo de agotamiento empresarial. Hace años, el amable cocinero encargado de los fritos que me adiestraba para servir como camarera en una parada de camiones de Los Ángeles, solía decir: «No hagas nunca viajes innecesarios; si no tienes que andar deprisa, anda despacio; si no tienes que caminar, quédate quieta». Pero en Jerry's el esfuerzo por distinguir lo necesario de lo innecesario y lo urgente de lo que no lo es significaría consumir demasiadas energías. Lo único que se puede hacer es considerar cada turno como una emergencia continua: ahí tienes a cincuenta personas hambrientas, desparramadas por el campo de batalla, ¡así que ya puedes estar saliendo y alimentarlas! Olvídate de que mañana tendrás que volver a hacerlo, olvídate de que tendrás que estar alerta esta noche, para esquivar a los borrachos, cuando conduzcas de vuelta a casa... ¡Consúmete, consúmete, consúmete! Lo ideal es que en algún momento cojas lo que los camareros llaman «el ritmo» y los psicólogos, «estado de fluidez», cuando las señales pasan de los órganos sensoriales directamente a los músculos, evitando la corteza cerebral, y se establece una especie de vacuidad estilo zen. Ahora estoy en el turno de dos de la tarde a diez de la noche y un camarero del turno de la mañana me habla de la época en que él «se pulía un triple» —tres turnos de un saque, todo el recorrido del reloj— y luego salía, tomaba una copa, se encontraba con la novia y —es posible que eso no me lo dijera— practicaban sexo ahí mismo..., y aquello era fantástico.

Pero hay otra faceta del sistema neuromuscular: el dolor. Empiezo a despacharme antiinflamatorios comprados en la farmacia como si fueran vitamina C —cuatro antes de cada turno—, porque una antigua lesión de esas que corroen se ha convertido en un constante espasmo agudo a fuerza de llevar y traer bandejas. En mi vida corriente, esa invalidez física justificaría un día tirada en la cama con una bolsa de hielo. Aquí me consuelo con el anuncio de Aleve, donde el relamido tío currante pregunta: «Si te largaras del trabajo al cabo de cuatro horas, ¿qué diría el jefe?». Y el otro tío currante

no tan relamido, que lleva una viga de metal a cuestas, contesta: «Me echaría, eso es lo que haría». Pero, afortunadamente, según nos dice el anuncio, nosotros —los currantes— podemos ejercer la misma autoridad sobre los analgésicos que la que los jefes ejercen sobre nosotros. Si Tylenol no quiere trabajar más de cuatro horas, le das una patada en el culo y lo cambias por Aleve.

Es verdad que me cojo ocasionales descansos de esta vida y voy de vez en cuando a casa para recoger los e-mails y hacer visitas conyugales (pero nunca dejo de pagar lo que como allí, a razón de 5 dólares por comida, que pongo en una jarra), veo El show de Truman con amigos y dejo que me paguen la entrada. Y, mientras estoy en el trabajo, todavía tengo esos momentos de qué-hago-yo-aquí. Y siento tanta añoranza de la letra impresa, que releo obsesivamente las seis páginas del menú. Pero conforme pasan los días, mi vida anterior empieza a parecerme demasiado ajena. Los e-mails y mensajes telefónicos dirigidos a mi antiguo yo vienen de una raza de personas lejanas, con preocupaciones exóticas y mucho tiempo disponible. El mercado de la vecindad que yo exploraba en busca de víveres me parece ahora tan prohibitivo como un centro comercial yuppie de Manhattan. Y, cuando una mañana me siento en mi verdadera casa para pagar cuentas de mi vida pasada, me encandilan las sumas de tres cifras que debo, por ejemplo, al Club Body Tech o a Amazon.com.

La dirección del Jerry's es en general más calmada y más «profesional» que la del Hearthside, salvo dos excepciones. Una es Joy, mujer regordeta y ordinaria que apenas ha pasado la treintena. En una ocasión me dedicó varios minutos de su tiempo para enseñarme la manera correcta de llevar la bandeja con una mano; pero puede cambiar de humor y desconcertar de un turno a otro e incluso en el mismo. La segunda es B. J., alias B. J. la arpía, cuya tarea consiste en plantarse al lado del mostrador de la cocina y aullar: «Nita, tu pedido está listo, llévalo» o «Barbara, ¿no ves que tienes otra mesa ahí fuera? ¡Muévete, niña!». La odian, entre otras cosas, por haber reemplazado las latas de nata batida con rociador por bolsas de plástico llenas de nata batida, que es necesario apretar con las dos manos... Según dicen, la razón es que ha visto —o cree haber visto— a empleados que tratan de inhalar el gas de las latas rociadoras, con la esperanza de que haya óxido nitroso. La tercera

noche me lleva aparte y acerca tanto su cara a la mía que parece que me fuera a dar un topetazo con la frente. Pero en vez de decir: «Estás despedida», me dice: «Lo estás haciendo muy bien». El único inconveniente es que pierdo mucho tiempo charlando con los clientes: «Así es como te atrapan». Además les dejo que se aprovechen de mí, es decir, me acosan con nuevas exigencias: les llevo ketchup y deciden que quieren además Thousand Island; se la llevo y anuncian que necesitan una guarnición de patatas fritas y, de esa manera, consiguen distraerme. Por último me dice que no lo tome a mal, que trata de decir las cosas de buen modo, pero «Te metes en un lío, ¿sabes?, porque hay que hacerlo todo deprisa».[6]

Balbuceo unas palabras de agradecimiento por la advertencia, sintiendo que acaba de dejarme desnuda algún almojarife enloquecido de cierta antigua ley suntuaria: «Oye, tú, nada de cháchara». A quienes sirven no les está permitido fantasear con la ética de servicio. Las charlas con los clientes son para los camareros jóvenes y de buena presencia, educados en la universidad, que sirven carpaccio y ceviche en los sitios elegantes del centro; para esos niñatos que llegan a ganar de 70 a 100 dólares por noche. ¿Qué me había creído yo? Mi obligación es llevar los pedidos de las mesas a la cocina y las bandejas de la cocina a las mesas. Los clientes son el mayor obstáculo para que la información se transforme, como si fuera sobre rieles, en alimento y el alimento en dinero: los clientes son, en resumidas cuentas, el enemigo. Y lo más doloroso es que así empiezo a verlo yo misma. Están los tradicionales gilipollas —capullos que se bajan múltiples Buds y luego arman un escándalo porque los bistés son demasiado escuálidos y las patatas fritas demasiado escasas—, así como los impedidos —debido a la edad, la diabetes o la poca ilustración—, que exigen pacientes consejos nutritivos. Por alguna razón, los peores son los adventistas: las mesas de diez personas, todos joviales y santificados después de haber asistido al servicio dominical vespertino, que me acosan sin piedad y luego me dejan un dólar por una cuenta de 92. O el tío con la camiseta de la crucifixión (alguien a quien venerar), que se queja de que sus patatas cocidas están demasiado duras y su té helado demasiado frío (muy animosa le sirvo las dos cosas al punto) y no deja propina alguna. Por regla general, la gente que lleva cruces o insignias con la leyenda qhj («¿Qué haría Jesús?») nos echa miradas de

reprobación hagamos lo que hagamos, como si confundieran el oficio de camarera con la profesión original de María Magdalena.

Al cabo de un tiempo trabo amistad con las otras «chicas» que trabajan en mi turno. Nita, la veinteañera tatuada, que se burla de nosotras mientras ronda por ahí, diciendo alegremente: «¿Hemos empezado ya a hacer dinero?». Ellen —cuyo hijo adolescente cocina en el turno de la noche—, quien una vez dirigió un restaurante en Massachusetts, pero no quiere probar ser jefa aquí, porque prefiere ser una trabajadora más que «andar por ahí impartiendo órdenes a la gente». Lucy, la cincuentona de carácter simple y risa estridente que, hacia el final del turno, cojea por una dolencia en la pierna cuya naturaleza no puede precisar sin el seguro de asistencia sanitaria. Hablamos de cosas corrientes entre mujeres —los hombres, los hijos, la siniestra tentación del pastel de chocolate y mantequilla de cacahuete del Jerry's—, y noto que ninguna de ellas saca a relucir temas potencialmente caros, como salir de compras o ir al cine. Igual que en el Hearthside, la única diversión a la que se hace referencia son las reuniones, que exigen poco más que unas cervezas, un sitio donde encontrarse y unos cuantos amigos íntimos. Sin embargo, ninguna de ellas pertenece a la clase de los sin techo, ni se preocupa por el tema, gracias por lo general a que tienen un marido o un novio que trabaja. A pesar de todo, formamos un grupo fiable de apoyo mutuo: si alguna de nosotras se siente mal o abrumada, otra despejará las mesas o, incluso, le llevará las bandejas. Si una de nosotras se escapa a fumar un cigarrillo o a hacer pis, las otras harán todo lo posible por ocultar su ausencia a los encargados de velar por la racionalidad empresarial.[7]

Mi redentor contacto humano —mi receptor de oxitocina es lo que era— es George, el lavaplatos checo de diecinueve años, que lleva en este país exactamente una semana. Entablamos conversación cuando me pregunta de manera casi ininteligible cuánto cuestan los cigarrillos en Jerry's. Hago lo que puedo para explicarle que cuestan un dólar más aquí que en el estanco. Le sugiero que coja uno de los paquetes empezados, que siempre hay por ahí en la sala de descanso. Para él es impensable. Excepto por un minúsculo aro que indica su pertenencia a algún punto de vista vagamente alternativo, George es un hombre cabal: lleva el pelo cortado a cero, es trabajador y está hambriento por cruzar una mirada. «¿De la

República Checa —le pregunto— o de Eslovaquia?» Parece encantado de que yo sepa la diferencia. «Vaclav Havel —pruebo—, ¿la revolución de terciopelo, Frank Zappa?» «Sí, sí, 1989» —contesta, y me doy cuenta de que para él eso ya es historia.

Mi proyecto es enseñar inglés a George. «¿Cómo estás hoy, George?», le pregunto al final de cada turno. «Estoy bueno y ¿cómo estás tú, Barbara?» Me entero de que no le paga Jerry's sino el «agente» que lo trajo: 5 dólares la hora. El agente se queda con el dólar de diferencia que Jerry's paga a los lavaplatos. También me entero de que comparte un apartamento con un montón de otros «plateros» —como él los llama— checos, y de que no puede acostarse hasta que alguno de ellos sale para cumplir su turno y deja una cama vacante. Estamos en una de nuestras sesiones de «enseñanza de una segunda lengua», cuando nos pesca B. J. Ordena a «Joseph» recoger las alfombrillas de goma que están en el suelo cerca de los fregaderos y pasar la fregona debajo. «Creí que te llamabas George», digo en voz alta para que me oiga B. J., mientras vuelve dando zancadas al mostrador. ¿Está avergonzada? Tal vez un poco, porque me contesta desde su lugar: «George, Joseph, no sé; ¡son tantos...!». No digo nada, no asiento con la cabeza ni sonrío y por eso me castigan más tarde, cuando creo que ya he acabado y ella anuncia que debo envolver otros cincuenta juegos de cubiertos. Y ¿no es ya hora de que prepare una tanda de quince litros más de aliño de queso azul? «¡Ojalá te hagas vieja en este lugar, B. J,!», es la maldición que le echo cuando por fin me deja marchar. «¡Ojalá que el sirope te pegue los pies al suelo!»

Tomo la decisión de mudarme más cerca de Key West. Primero por el viaje. Segundo y tercero, también por el viaje. La gasolina se traga de 4 a 5 dólares al día y, aunque Jerry's tiene toda la clientela que es capaz de absorber, el promedio de propinas es sólo del 10 por ciento, y eso no precisamente para una novata como yo. Entre la paga básica de 2,15 la hora y la obligación de compartir las propinas con los ayudantes y los lavaplatos, sólo llegamos a hacer un promedio de 7,50 dólares la hora. Están además los 30 dólares que debo gastar en los pantalones reglamentarios color caqui que usa el personal de servicio de Jerry's..., un desembolso que puedo tardar semanas en amortizar. (He peinado las tiendas de segunda categoría de la ciudad, con la esperanza de conseguir unos más

baratos, pero, al final, decidí que los de marca Dockers, que cuestan 49 dólares, parecen capaces de resistir más tiempo el lavado diario.) Entre mis compañeras, todas las que no cuentan con un marido o novio que trabaje, parecen tener un segundo empleo: Nita hace algo con el ordenador, ocho horas al día; otra hace soldaduras. Sin los cuarenta y cinco minutos de viaje, imagino que puedo tener dos empleos y, además, tiempo de darme una ducha entre uno y otro.

Reúno los 500 dólares del depósito que el dueño de una vivienda me ha devuelto, los 400 que he ganado con vistas al alquiler del mes próximo, más los 200 reservados para emergencias. Gasto 1.100 dólares en pagar el alquiler y el depósito de la caravana número 46 en el Overseas Trailer Park, a kilómetro y medio del grupo de hoteles baratos, que constituyen la versión Key West de un polígono industrial. La número 46 tiene unos 2,50 metros de ancho, un área estrecha —donde están el hornillo y el fregadero— que separa el dormitorio de lo que, si somos optimistas, podríamos llamar el «salón», con una mesa para dos personas y un sofá de tamaño reducido. El cuarto de baño es tan pequeño que las rodillas rozan el compartimento de la ducha cuando me siento en el váter. Y no se puede saltar de la cama, hay que bajar los pies con cuidado para encontrar un trozo de suelo donde apoyarse. Estoy a pocos metros de una taberna, un bar que anuncia «mañana cerveza gratis», una tienda de comestibles y un Burger King, pero no hay supermercado ni, ¡oh!, lavandería. El Overseas Park tiene fama de ser un antro de delito y cocaína. Tengo por lo menos la esperanza de gozar de cierta vida callejera multicultural. Pero reina la desolación noche y día, excepto por la reducida circulación de peatones, que se dirigen a sus trabajos en el Sheraton o el 7-Eleven. Aquí no son exactamente personas sino mano de obra barata que, entre turno y turno, se guarecen del calor.

Al mismo tiempo que empeoran mis condiciones de vida, surge en Jerry's una nueva forma de violencia. Primero nos enteramos —por un anuncio que aparece en los ordenadores que transmiten los pedidos— de una nueva norma: al bar del hotel, el Driftwood, ya no pueden acceder los empleados del restaurante. Por un rumor me he enterado de que la culpable es la eficiente mujer de veintitrés años que me adiestró, otra de las que se alojan en una caravana y tienen tres hijos. Algo la había desquiciado esa mañana, se escabulló para

tomarse una copa y volvió al salón algo afectada por el alcohol. La restricción perjudica sobre todo a Ellen, que tiene la costumbre de soltarse el pelo y dejarse caer por el Driftwood para tomar un par de copas antes de volver a casa al terminar su turno. Pero todos sentimos un escalofrío. Cuando al día siguiente voy a buscar pajitas, encuentro la despensa cerrada con candado. Nunca había estado con el candado echado. Entramos y salimos de allí todo el día porque necesitamos servilletas, recipientes para jalea, vasos de polietileno para llevar. Vic, el corpulento administrador adjunto que me abre la despensa, me explica que ha pescado a uno de los lavaplatos intentando robar algo y que, desafortunadamente, el ingrato seguirá entre nosotros mientras se encuentra un sustituto. Por eso han echado el candado. No me molesto en preguntar qué trataba de robar el lavaplatos, pero Vic me dice quién es: el muchacho con el pelo corto y el aro que, ¿ves?, ya está de vuelta.

Me gustaría poder decir que me precipité a buscar a George y escuchar su versión de la historia. Me gustaría poder decir que paré los pies a Vic y que insistí en que le proporcionaran un intérprete a George, para permitirle defenderse. O anunciar que encontré a un abogado que llevaría el caso gratis. Lo menos que podía haber hecho era asegurar como testigo la honestidad de George. Para mí, el misterio es que haya algo que merezca la pena robar en la despensa, al menos algo que encuentre comprador: «Gyorgi está aquí y me da 200 o 250 sobres de ketchup. ¿Tú qué opinas?». Imagino que se ha llevado —si es que se ha llevado algo— algunas galletas Saltines o una lata de una mezcla preparada para hacer pastel de cerezas. Y lo ha hecho por hambre.

De modo que ¿por qué no intervine? Desde luego no porque me contuviera la clase de parálisis moral que puede disfrazarse de objetividad periodística. Por el contrario, algo nuevo —algo detestable y servil— se me había contagiado... junto con los olores de la cocina, que todavía noto en el sujetador cuando, al fin, me desnudo por la noche. En la vida real soy moderadamente belicosa, pero mucha gente brava pierde la belicosidad en los campos de prisioneros. Es posible que pase algo parecido en el medio mucho menos atroz de los centros de trabajo de Estados Unidos, que pagan salarios bajos a sus empleados. Es posible que con uno o dos meses más en Jerry's hubiera recuperado mi espíritu de cruzada. También

es verdad que en un mes o dos más podría haberme convertido en una persona del todo distinta, es decir, en la persona en que se había convertido George.

Pero no me había propuesto averiguarlo. Cuando mi zambullida de un mes en la pobreza estaba a punto de terminar, aterricé finalmente en el trabajo soñado: empleada de hogar. Lo conseguí entrando en la oficina de personal del único sitio donde imaginaba poder ofrecer cierta credibilidad: el hotel adyacente al Jerry's. Les confesé mi urgencia por conseguir un segundo trabajo para poder pagar el alquiler y no, no podía ser empleada de recepción. «Muy bien», soltó inmutable la encargada de personal, «entonces tiene que ser empleada de hogar». Me hace ir en busca de la jefa del personal de limpieza, una hispana pequeñita, con un ritmo de actividad frenético, que me saluda llamándome «nena» y me entrega un panfleto que hace énfasis en la necesidad de adoptar una actitud positiva. La paga es de 6,10 dólares la hora, desde las nueve de la mañana hasta cuando «haga falta», que yo espero pueda ser hasta poco antes de las dos de la tarde. Cuando conozco a Carlotta, la afroamericana de mediana edad que me va a enseñar, no necesito preguntar por el seguro de salud. A Carlie, como me pide que la llame, le faltan todos los dientes superiores delanteros.

Durante mi primer y último día como trabajadora mal remunerada, dedicada a faenas de limpieza en Key West —aunque to-davía no sé que es el último—, Carlie está de un humor de perros. Nos han adjudicado diecinueve habitaciones para limpiar, casi todas «habitación de salida» y no «habitación ocupada». La limpieza de una habitación de salida exige todo el rollo de dejar las camas desnudas, pasar la aspiradora y fregar los cuartos de baño. Cuando una de las habitaciones que figura en la lista de habitaciones ocupadas resulta ser de las que quedan libres, Carlie llama a Millie para quejarse, como es natural, en vano. «De modo que prepara a la hija de puta», me ordena, y yo hago las camas mientras ella chapotea por el cuarto de baño. Durante cuatro horas sin ningún descanso, deshago y hago camas. Tardo alrededor de cuatro minutos y medio en hacer una cama de plaza y media, tiempo que puedo reducir a tres minutos si hay alguna razón. Tratamos de

evitar pasar la aspiradora, recogiendo las basuras más grandes a mano, pero a veces no hay más remedio que arrastrar el monstruoso aparato —pesa unos quince kilos—, tirar del carromato y forcejear con él por el suelo de la habitación. A veces Carlie me alarga el vaporizador de «Bam» (acrónimo de algo que empieza con el ominoso nombre de «tensio...», porque el resto se ha borrado de la etiqueta) y me deja hacer los baños. Ninguna ética de servicio me desafía aquí a alcanzar niveles más altos en el desempeño de mis funciones. Sólo me concentro en quitar vello púbico de las bañeras o, por lo menos, el oscuro que puedo ver.

Estaba deseando que llegara el momento de hacer el allanamiento de morada para limpiar las habitaciones ocupadas. Era la ocasión de estudiar la existencia física de los extraños. Pero lo que dejan en las habitaciones es siempre sorpresivamente banal y pulcro: estuches cerrados con cremallera de máquinas de afeitar, zapatos alineados contra las paredes (no hay armarios), folletos sobre buceo, tal vez una o dos botellas vacías de vino. Es la televisión lo que nos mantiene en movimiento. Desde Jerry y Sally hasta Hawai cinco-cero y luego los culebrones. Si hay algo especialmente atractivo como «No aceptes un "no" por respuesta» de Jerry, nos sentamos en el borde de una cama y nos reímos un momento, como si estuviéramos en un pajama party en vez de en un trabajo sin futuro en fase terminal. Lo mejor son los culebrones. Carlie pone el volumen a tope, para no perderse nada desde el cuarto de baño o mientras la aspiradora está en marcha. En la habitación número 503, Marcia se enfrenta con Jeff a propósito de Lauren. En la 505, hostiga a la pobre y engañada Marcia. En la 511, Helen ofrece a Amanda 10.000 dólares a cambio de que deje de ver a Eric. Carlie sale del cuarto de baño para ver la cara preocupada de Amanda. «Cójelos, chica —le aconseja—, yo lo haría.»

Al cabo de un rato empiezan a confundirse las habitaciones de los turistas que limpiamos y los interiores de los culebrones decorados con mucho más lujo. Entramos en un mundo mejor: un mundo confortable, donde todos los días son días libres, a la espera de que los llene la intriga sexual. Sólo somos intrusas en esa fantasía y, sin embargo, pagamos nuestra presencia con dolores de espalda y una sed perpetua. Los espejos —y hay muchos en las habitaciones de los hoteles— reflejan el tipo de persona que encuentras normalmente

empujando el carro de la compra por la calle de una ciudad: desaliñada, vestida con el polo húmedo del hotel, dos tallas mayor de lo que te corresponde, mientras gotas de sudor chorrean por la barbilla como si fuera baba. Me siento enormemente aliviada cuando Carlie anuncia que ha llegado la media hora de descanso para comer, pero mi apetito se desvanece cuando veo que la bolsa que lleva toda la mañana en el carro de la limpieza no es basura sacada de la puesta a punto de una habitación, sino los panecillos y frankfurts que ha traído para almorzar.

Entre la televisión y el hecho de que, como recién llegada, no estoy en condiciones de lanzar nuevos temas de conversación, casi no me entero de nada referente a Carlie, salvo que tiene dolores..., y en más de un sentido. Se mueve despacio cuando trabaja, murmurando algo sobre dolor de articulaciones. Y es probable que eso la condene, puesto que a las inmigrantes más jóvenes que limpian —polacas o salvadoreñas— les gusta despachar sus habitaciones a las dos de la tarde, mientras ella alarga el trabajo hasta las seis. No tiene ningún sentido apresurarse, observa, si te pagan por hora. La dirección ya ha tomado a una mujer para lo que suena a estudio de tiempos y se habla de que se va a pagar por habitación y no por hora.[8] La oigo rumiar también a propósito de los pequeños indicios de que se avecinan faltas de respeto y no sólo por parte de la gerencia. «No se preocupan por nosotras», me dice, refiriéndose a los huéspedes. «Lo cierto es que ni siquiera nos tienen en cuenta, a menos que haya algún robo en la habitación... Entonces te caen todos encima.» Estamos almorzando en la sala de descanso cuando entra un muchacho blanco con uniforme de encargado de mantenimiento y Carlie lo llama amablemente: «Eh, tú, ¿cómo te llamas?».

«Peter Pan» —contesta, dándonos ya la espalda.

«No tiene ninguna gracia —dice Carlie volviéndose hacia mí—. Ésa no es manera de contestar. ¿Por qué tenía que hacerse el gracioso?»

Me aventuro a decir que es una pose y ella asiente como si fuera un diagnóstico acertado.

«Sí, vale, será una pose.»

«Es posible que tenga un mal día», añado, no porque sienta la obligación de defender a la raza blanca sino porque Carlie tiene la cara desencajada de pena.

Cuando pido permiso para marcharme a las tres y media, otra mujer de la limpieza me advierte que nadie ha conseguido combinar este trabajo con el de ser camarera en Jerry's: «Una jovencita lo intentó una vez durante cinco días y tú no eres ninguna cría». Con esa alentadora información en la cabeza, vuelvo a todo correr a la número 46, me despacho cuatro Advils (el nombre de la marca esta vez), me ducho —agachada para poder entrar en el cubículo— y trato de serenarme para el turno próximo. Hasta donde lo que Marx llama «reproducción de la fuerza de trabajo», es decir, lo que tiene que hacer un trabajador sólo para estar otra vez en condiciones de volver a trabajar. El único obstáculo imprevisto para la transición sin complicaciones entre uno y otro trabajo es que mis pantalones caqui de Jerry's que anoche, a la luz de una bombilla de 40 vatios, parecían razonablemente limpios, cuando lavé a mano la camiseta hawaiana, están a la luz del día salpicados de manchas de ketchup y salsa ranchera. Pierdo la mayor parte de mi hora de descanso entre los dos trabajos intentando quitar los restos de comida de los pantalones con una esponja y conseguir que se sequen al sol encima del capó del coche.

Mi teoría es que puedo hacer los dos trabajos si soy capaz de beber suficiente cafeína y no distraerme con el cada vez más evidente sufrimiento de George.[9] Durante unos pocos días después del presunto robo, parecía no haber entendido en qué lío se había metido y nuestras animadas y brevísimas charlas continuaron. Pero en el último par de turnos ha estado apático y se ha presentado sin afeitar. Esta noche parece el fantasma que todos sabemos que es. Ojeras oscuras en forma de media luna le cuelgan de los ojos. En un momento dado, cuando estoy inmovilizada en la tarea de llenar pequeños vasos de papel con nata agria para las patatas hervidas, se acerca y mira como si quisiera explorar los límites de nuestro vocabulario compartido. Pero me llaman de una mesa del comedor. Decido darle todas mis propinas de la noche y al diablo con mi experimento de manejarme con el dinero de una subasalariada. A las ocho, Ellen y yo tomamos un tentempié sin sentarnos, en el mefítico extremo del mostrador de la cocina. Sólo puedo servirme

dos o tres trozos de mozzarella y mi almuerzo ha consistido en un puñado de McNuggets. No estoy cansada en absoluto, me aseguro a mí misma, aunque a lo mejor es que ya no queda nada de mí misma para controlar el cansancio. Lo que vería si estuviera más alerta es que fuerzas destructivas están ya concentrándose contra mí. No hay más que un cocinero en su sitio, un hombre joven llamado Jesús, y es nuevo en el oficio. Ahí llega Joy, que aparece para hacerse cargo a mitad de turno, con tacones altos, un vestido largo blanco muy ceñido y oliendo a alcohol, como si acabara de levantarse de tomar un cóctel en cualquier bar.

En ese momento se desencadena la tormenta. Cuatro de mis mesas se ocupan al mismo tiempo. Cuatro mesas no son nada para mí ahora, siempre y cuando estén debidamente escalonadas. Mientras tomo el pedido de la mesa 27, la 24, la 25 y la 28 observan con envidia. Mientras tomo el de la 25, los de la 24 me fulminan con la mirada porque todavía no he tomado el suyo. Los de la 28 son cuatro individuos tipo yuppie —con todo lo que eso significa— que dan instrucciones desesperantes sobre el pollo César. Los de la 25 son una pareja de negros que se quejan, con razón, de que el té helado no esté bastante frío y de que la mesa esté pegajosa. Pero la mesa 24 es el acontecimiento meteorológico del siglo: diez turistas británicos que parecen haber tomado la decisión de absorber toda la experiencia estadounidense por la boca. Cada uno pide, por lo menos, dos bebidas: té helado y batido de leche, Michelob y agua (con una rodaja de limón, por favor). Más una verdadera orgía promiscua de especialidades del desayuno, palitos de mozzarella, pollo troceado, quesadillas, hamburguesas con y sin queso, guarniciones de verduras picadas y doradas para la carne con cheddar, con cebollas, patatas fritas muy condimentadas, patatas fritas, banana split. ¡Pobre Jesús! ¡Pobre de mí! Porque cuando llego con la primera bandeja de platos —después de tres viajes para completar los pedidos—, la princesa Di se niega a comer los crepes con pollo y las salchichas del día porque, según dice ahora, el pollo no lo quería como aperitivo. Tal vez los demás habrían aceptado sus platos, pero Di, que ya va por su tercera Michelob, insiste en que todo lo demás vuelva a la cocina, mientras ellos se ocupan de sus primeros platos. Entretanto, los yuppies me hacen señas para que les lleve más descafeinado y la pareja de negros parece dispuesta a convocar a la NAACP [Asociación Nacional para el Desarrollo de la

Gente de Color].

Gran parte de lo que ocurre después se pierde entre las nubes de la refriega. Jesús empieza a hundirse. La pequeña impresora que tiene delante vomita pedidos a más velocidad de lo que él es capaz de arrancarlos y, mucho menos, de preparar. Una inquietud amenazante crece en las mesas, todas ellas ocupadas. Hasta la invencible Ellen está lívida de tensión. Llevo a la mesa 24 los platos principales recalentados, que los comensales rechazan de inmediato porque están demasiado fríos o fosilizados por el microondas. Cuando vuelvo a la cocina con las bandejas (tres bandejas en tres viajes), Joy me enfrenta con los brazos en jarra: «¿Qué es esto?». Se refiere a la comida, a platos de crepes rechazados, patatas y cebollas doradas con distintos sabores, tostadas, hamburguesas, salchichas, huevos. «Pues... revoltillo con cheddar», intento explicar, «y eso es...». «No», me chilla en la cara, «¿es un tradicional, un superrevoltillo o algo para hacer boca?». Trato de estudiar mis notas en busca de una clave. Pero las notas se han empeñado en hacerme jugarretas, y no sólo con los platos sino con mi cabeza, y debo admitir la imposibilidad de reconstruir el orden original. «¿No sabes distinguir entre un tradicional y algo para hacer boca?», pregunta Joy indignada. Lo único que sé es que mis piernas han perdido interés en la actual aventura y han anunciado su decisión de doblarse. Me salva un yuppie (felizmente no uno de los míos), que elige ese momento para entrar de estampida en la cocina y gritar a voz en cuello que su comida lleva veinticinco minutos de retraso. Joy le chilla que se vaya al cuerno y salga de su cocina, por favor, y luego se vuelve a Jesús hecha una furia, lanzando con vehemencia una bandeja vacía a través del recinto.

Me marcho. No es que salga de la cocina, me marcho sin más. No termino mis tareas complementarias, no recojo las tarjetas que acreditan mis propinas —si es que las hay— en la caja registradora ni, desde luego, pido permiso a Joy para marcharme. Lo sorprendente es que puedas irte sin permiso, que las puertas se abran, que el espeso aire nocturno tropical se despeje para dejarme pasar, que mi coche esté todavía aparcado donde lo dejé. No hay espíritu reivindicativo alguno en esa salida, ningún «a joderse» de alivio, sólo una fría, húmeda y abrumadora sensación de fracaso, que me aplasta a mí y a todo el parking. Me metí en la aventura con

espíritu científico, para probar una ecuación matemática. En algún punto a lo largo de la experiencia, en la perspectiva de túnel impuesta por los interminables turnos y la despiadada concentración, se convirtió en una prueba a mí misma y he fracasado rotundamente. No sólo agoté mis energías como empleada de hogar-camarera: olvidé dar a George mis propinas y, por razones tal vez mejor conocidas por gente generosa y trabajadora como Gail y Ellen, eso duele. No lloro pero, por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que los conductos lagrimales están todavía ahí y todavía son capaces de hacer su labor.

Cuando me marcho del camping, le doy la llave de la 46 a Gail y pido que el depósito se lo transfieran a ella. Según me ha dicho, Joan aún vive en su caravana y a Stu lo han despedido del Hearthside. Según los últimos rumores, la droga que él pedía desde el restaurante era cocaína y lo pescaron metiendo mano en la caja registradora. Nunca supe qué pasó con George.

■

[3] El 81 por ciento de las grandes compañías exige el análisis sobre consumo de drogas, frente al 21 por ciento que lo exigía en 1987. El promedio más alto actual corresponde a las empresas establecidas en el sur. La droga más fácil de detectar (la marihuana, que sigue revelándose semanas después de haber sido consumida) es también la más inocua. En cambio, la cocaína y la heroína no se detectan en general tres días después del consumo. El alcohol, que el cuerpo elimina al cabo de pocas horas de haber sido ingerido, no se analiza.

[4] Según la Fair Labor Standards Acts [Leyes Laborales], a los patronos no se les exige pagar a los empleados que reciben propinas —como es el caso de los camareros— más de 2,13 dólares la hora como salario base. Sin embargo, si el total de las propinas más los 2,13 dólares la hora suman menos que el salario mínimo o menos de 5,15 dólares la hora, se exige al empleador pagar la diferencia. Los administradores no mencionan esa ley. Tampoco se divulgaba

en ninguno de los restaurantes donde trabajé.

[5] No pude encontrar estadísticas sobre el número de trabajadores que viven en coches o furgonetas pero, según un informe de 1997 de la National Coalition for the Homeless [Coalición Nacional para los Sin Techo], «Myths and Facts about Homelessness» [Los mitos y las realidades de los sin techo], en veintinueve ciudades del país, casi una quinta parte de estas personas son trabajadores a tiempo completo o parcial.

[6] En Workers in a Lean World: Unions in the International Economy (Verso, 1997) Kim Moody cita estudios que indican aumento de lesiones y enfermedades relacionadas con el estrés en los lugares de trabajo, entre mediados de los años 80 y principios de los 90. Sostiene que el aumento de los niveles de estrés refleja un nuevo sistema de «acoso laboral» en el cual trabajadores de gran variedad de industrias se ven exprimidos para extraer el máximo de productividad, en detrimento de su salud.

[7] Hasta abril de 1998 no había reglamento federal que garantizara el tiempo para ir al lavabo. Según Marc Linder e Ingrid Nygaard, autores de Void Where Prohibited: Rest Breaks and the Right to Urinate on Company Time, Cornell University Press, 1997: «El derecho para descansar e ir al servicio durante el trabajo no está muy bien conceptuado en la lista de causas sociales o políticas apoyadas por patronos, profesionales o ejecutivos que, en el lugar de trabajo, disfrutan de libertades con las cuales sólo pueden soñar millones de obreros de fábricas. [...] Mientras nos consternaba descubrir que los obreros carecían del reconocido derecho de ir al lavabo durante las horas laborales, [los obreros] se asombraban de la ingenua creencia de personas ajenas de que sus patronos les permitieran satisfacer esa función corporal básica, cuando era necesario. [...] La obrera de una fábrica a quien no se le permitía ir al lavabo durante seis horas seguidas evacuaba en compresas que llevaba bajo el uniforme; y la maestra del parvulario de una escuela, que no tenía ayudantes, debía llevar a sus veinte alumnos al cuarto de baño y ponerlos en fila ante la puerta batiente, mientras ella evacuaba».

[8] Pocas semanas después de marcharme, oí por radio que pedían personal de limpieza en ese hotel con la asombrosa paga de «más de

9 dólares la hora». Cuando pregunté, descubrí que el hotel había empezado a pagar efectivamente por habitación. Y sospecho que Carlie —si es que aguantó— seguirá ganando el equivalente a 6 dólares la hora o un poco menos.

[9] En 1996 el número de personas que tenían dos o más trabajos a la vez llegaba a los 7,8 millones, equivalente al 6,2 por ciento de la fuerza laboral. Era casi el mismo porcentaje entre hombres y mujeres (6,1 frente a 6,2). Alrededor de los dos tercios de quienes viven del pluriempleo desempeñan un trabajo a tiempo completo y otro a tiempo parcial. Sólo una heroica minoría —el 4 por ciento de los hombres y el 2 por ciento de las mujeres— trabajan simultáneamente en dos sitios a tiempo completo. (Datos de John F. Stinson Jr., «New Data on Multiple Jobholding Available from CPS», Monthly Labor Review, marzo, 1997.)

02

Empleada de hogar en Maine

Elegí Maine por su blancura. Pocos meses atrás, en primavera, había estado en la zona de Portland, para dar una charla en una universidad local. Me sorprendió lo que parecía ser un caso extremo de albinismo demográfico. No sólo eran blancos los profesores y estudiantes, cosa desde luego corriente; también lo eran las camareras de habitación del hotel, los mendigos y los taxistas que, además, hablaban inglés o, al menos, una variante del inglés originario de Nueva Inglaterra, sin tantas «erres».

Tal cosa podría no hacer de Maine el escenario ideal para agazaparse a largo plazo, pero era el sitio perfecto para que, entre la mano de obra barata, se infiltrara una caucasiana de ojos azules y habla inglesa, sin que le hicieran preguntas. En mi visita de primavera a la zona de la comunidad comercial de Portland había notado un atractivo añadido: pedían lastimeramente mano de obra fresca. Los noticiarios de la televisión local alentaban a los televidentes a presentarse para hacer una prueba en una compañía de telemarketing, ofreciendo «turnos especiales para madres». La clásica estación de rock promocionaba «ferias de trabajo», donde podías pasear entre las mesas de los eventuales empleadores, como el comprador en una lonja de pescado que juega fuerte para ganar. Antes de decidir volver a Maine como trabajadora principiante, descargué anuncios de la página web del Portland Press Herald donde pedían asistentas. Mi ordenador portátil se quedó sin aliento por el esfuerzo. Por lo menos tres de los miles de anuncios que revisé prometían ambientes de trabajo «entretenidos e informales». Me imaginé equipos con camisas de franela, bromeando en los descansos vespertinos entre sidra y donuts. Es posible, razoné, que cuando das a los blancos un estado para ellos solos, se traten bien de verdad entre sí.

En la tarde del martes 24 de agosto —todavía es verano, pero los anuncios de ventas de «vuelta al colegio» atruenan desde todos los centros comerciales—, llego a la estación de autobuses Trailways de Portland y, como es demasiado tarde para recoger mi coche en Rent-A-Wreck [empresa de alquiler de coches de segunda categoría], tomo un taxi para ir al Motel 6, que será mi base hasta encontrar las salidas de una ciudadana normal: trabajo y alojamiento. Hay que reconocer que ésta es una extraña aventura para cualquiera que no participe en un programa de protección de testigos: abandonar hogar y relaciones, para dejarme caer a tres mil doscientos kilómetros de distancia en un lugar donde no conozco a casi nadie y del cual ignoro por completo los datos más elementales de geografía, clima y buenos sitios para comer. Aun así, pienso, ese traslado repentino a un estado desconocido no es en absoluto distinto del tipo de desarraigos que, cotidianamente, parten por el eje las vidas de los auténticamente pobres. Pierden su trabajo, su coche o su canguro. O pierden su hogar, porque han estado viviendo con una madre o hermana que los echa cuando vuelve el novio; o cuando necesita la cama o el sofá donde han estado durmiendo, para cedérselo a cualquier otro miembro díscolo de la familia. Y ahí quedan. Y aquí estoy yo, tan despistada y sola como no lo he estado nunca en mi vida adulta.

Uno de los pasos por los que Alcohólicos Anónimos exige pasar a quienes quieren recuperarse es hacer «un inventario moral exhaustivo y audaz» de sí mismos. Ahora, sola en mi habitación de motel, estoy más que obsesionada con mi «rollo»: cuánta cuerda tengo y hasta cuándo va a durar. Tengo mi ordenador portátil y una maleta con camisetas, tejanos y pantalones color caqui, tres blusas de manga larga, un par de pantalones cortos, vitaminas y un surtido de artículos de tocador. Tengo una bolsa cargada de libros que, como las botas de excursión que compré para los fines de semana, resultan ser los artículos más inútiles de mi inventario. Tengo 1.000 dólares, más unos cuantos billetes pequeños arrugados en los bolsillos. Y ahora, por unos alarmantes 59 dólares la noche, tengo una cama, televisor, teléfono y una vista casi panorámica de la carretera 25. En Estados Unidos hay dos clases de moteles con habitaciones baratas: los del tipo Hampton Inn, evidentemente calibrados, más que decorados, para dar un ambiente de asepsia amenazadora; los del otro tipo, donde se ha dejado acumular la

historia en forma de alfombras manchadas, depósitos persistentes de humo de cigarrillo y migas de Cheetos bajo la cama. El Motel 6 está en esa última categoría, que lo hace más acogedor —es un decir— o endemoniado. Al salir a pie por la entrada principal, a través del parking VIP, se llega a la gasolinera Texaco, con un Clipper Mart adyacente. Al cruzar la autopista de peaje desde la Texaco —una hazaña que, a pie, exige tanta rapidez como coraje—, permite llegar a fuentes más suculentas de subsistencia, incluidas un Pizza Hut y un Shop-n-Save [Compre y Ahorre]. Esto es, desde luego, un escalón considerablemente más alto que lo descrito en la desgarradora novela de J. G. Ballard Concrete Island, donde el héroe se estrella contra una isla intermedia aislada por el tráfico, forzado a vivir de lo que lleva en el coche y de cualquier producto alimenticio que puede aprovechar de los desechos de los motoristas. Me llevo pizza y ensalada para cenar en la habitación, diciéndome que cualquier cosa sabe mejor cuando se ha adquirido corriendo el riesgo de perder la vida o quedar inválido. Sabe tan bien como un venado recién cazado.

¿A cuántas personas —salvo que sean fugitivos o refugiados— se les puede ocurrir semejante cosa: deshacerse de sus pasadas relaciones y rutinas, decir adiós a ese montón de correo y mensajes de voz sin contestar, para empezar todo de nuevo, sin contar con mucho más que el permiso de conducir y la tarjeta de la Seguridad Social como manera de asegurarse un hilo de continuidad con el pasado? Sería estimulante, me digo, tan estimulante como zambullirse en el Atlántico helado de Nueva Inglaterra y, a continuación, nadar despacio y cómodamente más allá del oleaje. Durante esos pocos primeros días en Portland, me invaden las ansiedades de mi verdadera clase social. Los profesionales educados en la clase media nunca se lanzan precipitadamente hacia el futuro, vulnerables a cualquier sorpresa que los asalte. Siempre tenemos un plan o, por lo menos, una lista de cosas pendientes por hacer. Nos gusta saber que todo está previsto; que, en cierto modo, nuestras vidas ya han sido vividas. Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí y en qué orden debo hacerlo? Necesito trabajo y un apartamento pero, para conseguir trabajo, necesito una dirección y un número de teléfono y, para conseguir un apartamento, conviene ofrecer pruebas de tener un empleo estable. Lo único que se me ocurre es hacerlo todo a la vez y tener la esperanza de poder confiar en que los adolescentes de la

centralita del Motel 6 hagan de contestador automático.

El periódico que me llevo del Clipper Mart da la inesperada noticia de que no hay apartamentos disponibles en Portland. En realidad, hay muchas comunidades de propietarios y «apartamentos para ejecutivos» por 1.000 o más dólares al mes, pero las únicas opciones de alquileres baratos parecen apiñarse en una zona a treinta minutos en coche hacia el sur, en el pueblo que tiene el tranquilizador nombre de Old Orchard Beach [Playa del Antiguo Huerto]. Sin embargo, incluso ahí los alquileres están muy por encima del nivel de los de Key West: bastante más de 500 dólares por un apartamento de un solo ambiente amueblado. Unas cuantas llamadas confirman mi impresión de que el alojamiento invernal de los pobres consiste en habitaciones de motel, que la mayor afluencia turística abarrota en verano.[10] Los alquileres más baratos se consiguen después del Día del Trabajo y los contratos terminan en junio. ¿Qué hay de la posibilidad de compartir una habitación? Glenwood Apartments (no es el nombre verdadero) anuncia una habitación por 65 dólares a la semana en Old Orchard Beach —cocina americana y cuarto de baño compartidos con otros huéspedes—, donde se aloja una mujer que me describen por teléfono como «una mujer de carácter, pero limpia»... Y pienso, ¿sabes?, ésa podría ser yo o, al menos, mi nueva mejor amiga. Me oriento con mi plano del Clipper Mart y, alrededor de las diez, llego a la ciudad playera, deteriorada y, evidentemente, sin huerto. Earl me enseña los alrededores de Glenwood. Repite lo de «una mujer de carácter, pero limpia», a propósito de mi posible compañera de vivienda y añade que «le están dando una oportunidad». Pregunto si tiene trabajo y, sí, hace tareas de limpieza. Pero nunca llego a conocerla porque el lugar es tan inquietante que, probablemente, está al borde de caer en la ilegalidad. Entramos en el sótano de esa destartalada combinación de motel y casa de huéspedes, donde Earl me señala una puerta cerrada —la cocina, me dice—, pero en ese momento no podemos entrar porque un tío está durmiendo ahí. Se ríe entre dientes, como si dormir en una cocina sólo fuera una más de las excentricidades que es necesario aguantar en el negocio inmobiliario. ¿Entonces, dónde se cocina?, quiero saber. Bueno, el hombre no siempre está ahí... La habitación en sí está al final del pasillo de la «cocina». De tamaño es la mitad que mi reducto en el Motel 6. Tiene dos camas gemelas sin hacer, un escritorio con dos

cajones, un par de bombillas en el techo y nada más. No hay ventana. Bueno, hay algo parecido a la estructura de una ventana cerca del techo, que no ofrece más vista que la de suciedad compacta, como la que uno podría ver desde la tumba.

Camino de vuelta hasta la calle principal del pueblo e instalo mi «oficina» en la cabina telefónica, cerca del embarcadero, desde donde consigo citas para ver unos cuantos apartamentos más, dejando de lado los que son compartidos. En el SeaBreeze me acompaña un sujeto enorme y despectivo. Me dice que ahí no hay problemas porque él es un poli retirado, su yerno también es poli y todo el mundo lo sabe. Pero no puedo saber si eso supone que debo sentirme segura o advertida. Y un supuesto añadido: él mantiene reducido el número de niños en el lugar y los que hay no estorban en absoluto, me da su palabra. Pero el alquiler es de 150 dólares a la semana, de modo que sigo hasta el Biarritz, donde una chica jovial me enseña un apartamento de un solo ambiente a 110 dólares a la semana. No hay televisión, ropa de cama ni vajilla. Lo que no me gusta es la planta baja, que da a una calle comercial muy transitada, de modo que hay que escoger entre la intimidad y la luz. Bueno, no es eso lo único que no me gusta, pero ya es bastante. Derrotada me dirijo de vuelta a Portland, cuando veo que el Blue Haven Motel, sobre la carretera 1, tiene apartamentos en alquiler. El lugar parece muy coqueto: una suerte de estilo alpino, con sus filas de diminutas cabañas blancas, situadas contra un profundo pinar azul. Detengo el coche. Por 120 dólares a la semana puedo disponer de un salón-dormitorio con cocina aparte, ropa blanca y un televisor, que tendrá cable hasta que la compañía se dé cuenta de que el inquilino anterior ha dejado de pagar la cuenta. Y lo que es todavía más importante, la fianza es de sólo 100 dólares, que hago aparecer en el acto.

Si hubiera tenido unos días o semanas más para seguir buscando, es posible que hubiera conseguido algo mejor. Pero, por cada día de alojamiento en el 6, el contador avanza a razón de 59 dólares. Y el 6 parece cada vez más una creación de Ballard. En la tarde de mi tercera jornada allí, vuelvo a mi habitáculo y me encuentro con que la puerta ya no responde a mi llave. Resulta que cambiar la cerradura es la única forma que tiene la dirección para llamar la atención a quien debe dinero. Es sólo un mal momento que, sin

embargo, dura lo suficiente para atisbar un futuro sin cepillo de dientes ni cambio de ropa.

Ahora, a buscar trabajo. Por mi experiencia en Key West, sé que debo ofrecerme en todos los que pueda. Porque por muchos anuncios que haya pidiendo asistentas, eso no quiere decir que precisamente en ese momento necesiten a nadie. Los puestos de camarera son escasos ahora que la temporada turística está por terminar. Y, de todos modos, estoy en busca de nuevos desafíos. Las tareas de oficina están supeditadas a las limitaciones de mi guardarropa. No tengo en la maleta —ni siquiera en el armario de mi casa— conjuntos suficientes para una semana. De modo que busco tareas de limpieza (tanto en oficinas como en casas), cuidados y asistencia de enfermería a domicilio, trabajo en fábricas y una colocación llamada «ayudante general», que suena a la vez cordial y altruista. Es humillante el asunto de buscar trabajos mal remunerados, consistiendo como consiste en ofrecerte —tus energías, tu sonrisa, tu auténtica o fraguada experiencia en la vida — a una serie de personas para quienes nada de eso significa un bagaje precisamente interesante. En una fábrica de tortillas —donde mi labor consistiría en cargar bolas de masa sobre una cinta transportadora—, la «entrevista» la conduce un secretario aburrido que ni siquiera dice: «¿Qué hay, cómo está usted?». Voy a Goodwill [Buena Voluntad], empresa por la cual siento curiosidad porque sé por investigaciones anteriores que se ha situado a sí misma, a lo largo y ancho del país, como la empresa ideal para los pobres que han quedado privados de las prestaciones de la Seguridad Social y para los minusválidos. Lleno la solicitud y me dicen que la paga es de 7 dólares la hora y que alguien se pondrá en contacto conmigo en un par de semanas. Durante toda la negociación —que se desarrolla en un depósito, donde unas treinta personas de ambos sexos revisan cajones de ropa usada—, nadie me echa una mirada. Bueno, la verdad es que lo hace una sola persona. Cuando busco la salida, advierto que un sujeto flacucho y deforme, apoyado sobre un pie y con el otro bajo la rodilla, me mira torvamente mientras, con las manos por encima de la cabeza, hace movimientos de natación para conservar el equilibrio o para rechazarme.

No en todos los sitios son tan indiferentes. En un Wall-Mart suburbano, que anuncia «una feria de trabajo», estoy sentada en

una mesa a la cual están atados algunos globos (ésa es la parte «feria»), esperando a Julie. Cuando al cabo de diez minutos aparece, está alterada porque, según cuenta, acaba de entrar a trabajar en esa planta y nunca ha entrevistado a nadie. Afortunadamente para ella, la entrevista consiste, casi por completo, en llenar cuatro páginas de «sondeo de opinión», sin la acostumbrada «elección múltiple». Julie me garantiza que sólo debo dar mi opinión personal, escalonando las respuestas en diez grados, desde «totalmente de acuerdo» a «totalmente en desacuerdo».[11] Como en la prueba a la que me sometieron en el Winn-Dixie de Key West, aparecen las preguntas usuales sobre si un compañero de trabajo que roba debe ser perdonado o denunciado; si debe culparse a la dirección cuando las cosas marchan mal; si no importa llegar tarde cuando se tiene una «buena excusa». Lo único que distingue a este control es su obsesión con la marihuana, lo cual sugiere que el autor es un pensador profundo, que se afana por ajustarse al estilo de vida de la corporación. Entre las cuestiones sobre las cuales me piden opinión aparecen: «Algunas personas trabajan mejor cuando están un poco colocadas»; «Todo el mundo prueba la marihuana», y, para desconcertar, «La marihuana es lo mismo que una copa». ¡Hum...! ¿Qué clase de copa?, quiero saber. «Da lo mismo.» ¿Desde el punto de vista químico o moral? ¿O debo poner algo que no me comprometa? «¿No sabría contestar porque no bebo?»

La paga es de 6,50 dólares la hora, me dice Julie, pero puede llegar enseguida a ser de 7 dólares. Cree que yo estaría muy bien en el departamento de señoras. Le digo que pienso lo mismo.

Es difícil imaginar qué dicen estas encuestas a los patronos sobre los potenciales empleados, puesto que las respuestas «acertadas» tendrían que ser obvias para cualquiera que haya topado alguna vez con los principios de la jerarquía y la subordinación. ¿Trabajo bien con otros? ¡Por supuesto! Pero nunca hasta el extremo de titubear para informar de la menor infracción que puedan cometer. ¿Soy capaz de tomar decisiones por mi cuenta? Oh, sí, pero sé muy bien que no debo permitir que esa capacidad interfiera en la obediencia ciega del esclavo a las órdenes recibidas. En The Maids [Las sirvientas], un servicio de limpieza de casas, me dan algo llamado «Accutrac personality test» [Test de rasgos de personalidad] que, al principio, advierte que «la prueba contempla múltiples medidas

para detectar intentos de distorsionar o “predecir” el objetivo del cuestionario». Como es natural, «nunca» me parece difícil «frenar las actitudes de autocompasión», ni me imagino que otros hablen de mí a mis espaldas, ni creo que «la dirección estará siempre en conflicto con los empleados porque tiene una serie de objetivos del todo diferentes». Decido que la verdadera función de esos sondeos es dar información a los empleados potenciales y no a los empresarios y que la información que transmiten es siempre la misma: «No tendrás secretos para nosotros. No sólo queremos tus músculos y la porción de cerebro directamente conectada con ellos, queremos lo más recóndito de ti mismo».

Lo más importante que aprendo en el proceso de andar a la caza de trabajo es que —a pesar de todos los anuncios de «se busca asistenta» y ferias de trabajo—, Portland es otra ciudad de 6 o 7 dólares la hora. Esto debería ser tan alarmante para los economistas como el estallido de una radiación exótica para los astrónomos. Si la oferta de trabajo es relativamente baja con respecto a la demanda, el precio debería elevarse, ¿de acuerdo? Ésa es la «ley». En una de las oficinas donde proporcionan servicio doméstico a la cual acudo —Merry Maids [Sirvientas Alegres]—, mi presunta jefa me retiene hora y cuarto. Perdemos la mayor parte del tiempo escuchando sus quejas sobre la dificultad de conseguir servicio doméstico de confianza. Sería bastante fácil encontrar la solución, porque ofrece de «200 a 250 dólares» a la semana por un promedio de cuarenta horas de trabajo. «No intente calcular a cuánto sale la hora», me advierte, al ver que frunzo el ceño mientras hago esa cuenta, no demasiado complicada. «No lo calculamos de esa manera.» A pesar de todo, la hago. La cantidad de 5 a 6 dólares la hora por lo que esta señora reconoce sin ambages que es un trabajo duro —con alto riesgo de repetitivo estrés por agravios— parece garantizar el rechazo de todas aquellas personas capaces de hacer un cálculo matemático. Me doy cuenta de que, igual que en Key West, un solo trabajo nunca será suficiente. En la nueva versión de la ley de la oferta y la demanda, los trabajos son tan despreciables —medidos por el salario— que estimula a las trabajadoras a tomar tantos como sea posible.

Al cabo de dos días de cubrir el área del gran Portland con solicitudes, me obligo a sentarme en mi habitación del 6 —de

donde no puedo escapar hasta que el Blue Haven me deje entrar el domingo— y espero a que suene el teléfono. Hacerlo exige más esfuerzo del que se pueda imaginar, porque la habitación es demasiado pequeña para dar vueltas por ella y demasiado deprimente para soñar despierta, en caso de que tuviera suficiente calma para intentarlo. Afortunadamente, el teléfono suena dos veces antes de mediodía y, más debido a la claustrofobia que a ningún cálculo económico serio, acepto los primeros dos trabajos que me ofrecen. Un hogar de ancianas me necesita los fines de semana por 7 dólares la hora. Debo empezar mañana. The Maids tiene el placer de anunciarme que he «superado el test de personalidad» y que puedo empezar el lunes a las siete y media de la mañana. Es el trabajo doméstico más agradable y mejor pagado que he encontrado: 6,65 dólares la hora aunque, como castigo, si falto un día se reducirá a 6 dólares durante dos semanas.[12] No entiendo exactamente qué hacen las mujeres de servicio ni en qué se diferencian de las empresas de limpieza, pero Tammy —la administradora de The Maids— me asegura que el trabajo me resultará familiar y fácil puesto que «llevamos la limpieza en la sangre». No estoy tan segura sobre la facilidad, después de las advertencias que me hicieron en Merry Maids, pero me imagino que mi espalda podrá aguantar una semana. Se supone que acabaremos todos los días a las tres y media de la tarde, cosa que nos dejará suficiente tiempo libre para ir a la caza de otro trabajo para las tardes laborables. Tengo en el punto de mira una fábrica de patatas fritas que está a diez minutos en coche del Blue Haven. Y siempre puedo tratar de descubrir una de esas empresas de venta por catálogo y llenar los pedidos, desde lo que espero sea un asiento ergonómicamente apropiado. La cosa empieza a parecer un plan: del servicio doméstico a algo mejor. El hogar de ancianas me sacará de apuros durante la transición. Para celebrarlo, ceno en el bar del Appleby's (no es el nombre verdadero): una hamburguesa y un vaso de vino tinto por 11,95 más propina, mientras veo involuntariamente un programa de la ESPN.

En mi cuarto día en Portland, me levanto a las cinco menos cuarto de la mañana, para asegurarme de estar en Woodcrest Residential Facility (no es el nombre real), dispuesta a empezar mi turno a las siete. Soy ayudante de la dietista —suena importante y técnico— y, al principio, el trabajo parece bastante agradable. Llevo mi ropa

habitual, es decir, camiseta y tejanos azules o caquis, sin más añadido que la redecilla reglamentaria y el delantal que yo quiera. Ni siquiera tengo que llevar el almuerzo, porque comemos cualquier cosa que haya sobrado, después de que las residentes —como las llamamos respetuosamente— hayan comido su parte. Mi supervisora, Linda, mujer amable de unos treinta años, incluso encuentra tiempo para instruirme sobre mis derechos: no debo consentir ningún acoso sexual, particularmente por parte de Robert, aunque sea hijo del dueño. Si tengo cualquier problema, debo acudir de inmediato a ella. Me da la sensación de que, de vez en cuando, le gustaría recibir quejas relacionadas con Robert. Por otro lado, la disciplina es muy severa con quienes fastidian y pueden poner las vidas en peligro: por ejemplo con los adolescentes que trabajan los fines de semana y derriten mantequilla bajo un foco de luz para que se esparza por el suelo creando una zona peligrosamente resbaladiza... No quiere decir que ella me crea capaz de hacer nada semejante. Hoy trabajaremos en la sala cerrada con llave de las enfermas de Alzheimer. Vamos a traer el desayuno desde la cocina principal —que está en la primera planta— hasta la pequeña cocina de la sala, para servirlo a las residentes, a limpiar y luego a preparar el servicio del almuerzo.

Para una camarera con experiencia como yo, es coser y cantar. Cuarenta minutos antes de que el desayuno esté listo, las residentes empiezan a amontonarse, con andadores, en silla de ruedas o caminando muy tiesas por sus propios medios. Organizan pequeñas refriegas sobre dónde se sienta cada una. Yo me precipito alrededor sirviendo el café —únicamente descafeinado, me advierte Linda, porque, de lo contrario, la cosa se puede poner bastante fea— y tomo «pedidos», tratando de pensar que estoy en un restaurante, aunque no puedo dejar de pensar que, en un restaurante normal, muy pocas clientas huelen como éstas, cuya ropa interior está mojada. Si alguien rechaza las torrijas que ofrecemos, Linda y yo preparamos sándwiches de mantequilla de cacahuete porque la idea, especialmente durante el desayuno, es que coman deprisa, antes de caerse desplomadas sobre los platos por una bajada de azúcar... o de escaparse por el pasillo. Hay algunas carreras, pero no preocupaciones graves por olvidos: el compartimento de la memoria de nuestras «clientas» no es demasiado sólido. Hago un esfuerzo por aprender sus nombres: Marguerite, que llega al comedor abrazada a

un osito, sin más ropa que un pañal de la cintura para abajo; Grace, que me persigue con mirada acusadora y exige que le vuelva a llenar la taza, cuando todavía no la ha tocado; Letty, una diabética, a quien hay que vigilar porque escamotea donuts del plato de otras; Ruthie —que ablanda su torrija con el procedimiento de echarle zumo de naranja por encima y por gran parte de la mesa— es una de las más espabiladas. Pregunta cómo me llamo y, cuando se lo digo, se desternilla de risa: «¡Barbara Bush!». A pesar de mis airadas protestas, la broma se repite dos veces durante el servicio del desayuno.

La parte desagradable es la limpieza. No había tenido en cuenta que, en gran medida, la ayudante de la dietista es un lavaplatos. Y hay unas cuarenta personas —contando a las ATS, que han gorroneado los desayunos de las residentes— cuyos utensilios hay que fregar. Quitar los restos de los platos, tirarlos a mano al cubo de basura, remojar los platos en un prelavado, apilarlos en un cajón de rejilla y meter el cajón en el lavavajillas. Lo cual significa agacharse casi hasta el nivel del suelo con el cajón lleno —calculo que pesa ocho o diez kilos— que tiendes frente a ti. Cuando el lavavajillas ha terminado el ciclo, hay que enfriar los platos para poder manejarlos, descargar el cajón y volver a cargar el artefacto. Entretanto sigo quitando la mesa y recogiendo la comida de las rezagadas. El truco consiste en tener siempre un nuevo cajón listo para meterlo en la máquina en cuanto ha acabado el ciclo anterior. He lavado platos desde que, a los seis años, mi madre me asignó esa tarea para poder disfrutar de su acostumbrado cigarrillo después de la comida. Y, hasta cierto punto, me gusta trabajar con agua. Pero todo lo que puedo hacer es seguir el ritmo de la máquina por un lado y el flujo de platos sucios por el otro. Una vez que los platos están bajo control, Linda me pide que pase la aspiradora por la alfombra del comedor, cosa que realmente no sirve para nada si quiero quitar los pegotes. De modo que dedico un buen rato a meterme bajo las mesas y a rascar con las uñas los pedazos de pan aplastados.

Durante el descanso de media mañana me encuentro con Pete —uno de los dos cocineros de turno en la cocina principal— en una cita para fumar un cigarrillo. Había charlado con él cuando llegué a las siete, antes de que se presentara Linda. Tenía tres preguntas para hacerme: ¿de dónde era?; ¿dónde vivía ahora?; ¿estaba

casada? Le contesté la última pregunta con medias palabras, haciendo de lado por un momento al novio, en parte porque no tenía sentido hablar sobre «el hombre con quien vivo» justo entonces, cuando no estaba viviendo con él; en parte, lo reconozco, por el cobarde deseo de reclutar a Pete como aliado, cualesquiera fueran las circunstancias que se presentaran. Una ayudante de dietista —según entiendo el oficio— depende tanto del cocinero como una camarera. Él o ella pueden hacer la vida relativamente fácil a un camarero o, si así está dispuesto, ponerle una zancadilla para que se dé un buen golpe. De modo que salgo con él al parking y me siento en su coche para fumar sus Marlboro, cosa tan mal vista como una auténtica cita, con la salvedad de que las puertas están abiertas de par en par para que salga el humo. ¿Qué me parece el lugar? Muy bien, le digo, y, puesto que mi padre terminó sus días en una residencia para enfermos de Alzheimer, me siento casi como en casa...; es humillante, pero es verdad. Bueno, cuídate de Molly, me advierte. Se trabaja bien con ella, pero es capaz de apuñalarte por la espalda. Linda está muy bien, aunque la semana pasada se enfureció con él por haber dejado deslizarse un postre en la bandeja de una diabética (a las residentes que no pueden llegar al comedor les llevan las bandejas ya preparadas en la cocina)... Y ¿qué cree ella que es esto, un condenado hospital? Mira, nadie sale vivo de aquí. Cuídate de Leon, que tiene la manía de perseguir a sus compañeras de trabajo hasta los retretes. En realidad, cuídate de todo el mundo, porque este sitio se alimenta de chismes y cualquier cosa que digas será de conocimiento público en cuestión de horas. Y ¿qué hago para distraerme? «Oh, leer», le contesto. «¿Nada de copas ni juergas?» Sacudo la cabeza con gesto remilgado, sintiéndome una verdadera mojigata o, por lo menos, terreno yermo para los chismes, incluidos los de quien me hace compañía.

Tendría que haber dejado claro que no estamos hablando aquí de ligues. Pete probablemente es diez años menor que yo (aunque él parezca no advertirlo ni yo vea razón para señalarlo) y, pese a su asombroso parecido con un actor cómico muy conocido y popular, es evidente que no tiene el menor sentido de humor. Si damos crédito a su historia, es tan impostor como yo (aunque, naturalmente, tampoco lo sabe). Ya ves, no gano más de 7 dólares la hora, me dice, si bien he ganado mucho más en restaurantes. Pero no le importa porque hace años hizo grandes ganancias en el

juego y, desde entonces, ha hecho inversiones acertadas. Si es tan rico, no puedo evitar preguntarme por qué conduce este viejo cacharro herrumbrado ni por qué tiene los dientes delanteros tan estropeados y separados. Y, además, ¿qué está haciendo el cocinero de un restaurante respetable en este ambiente insípido, donde la mitad de las comidas se convierten en puré apenas han sido hechas? Pero, como es natural, la pregunta que hago es otra: «¿Por qué trabajas si tienes tanto dinero?». «Oh, traté de quedarme en casa, pero te vas volviendo loco, ¿sabes?, y acabas sintiéndote un marginado.» En cierto modo, eso me toca, aún más que las presuntas mentiras sobre sus bienes: el lugar que ha descrito como tan morbosamente disfuncional puede llegar a ser una comunidad humana real y absorbente. ¿Me gustaría dar un paseo por la playa algún día, después del trabajo? Sí, muy bien... Y me marcho a prepararme para el almuerzo.

Me sorprende que varias de las residentes más sensibles parecen reconocerme durante el servicio del almuerzo. Una de ellas me coge del brazo cuando le llevo su loncha de jamón y susurra: «Es usted una buena persona, ¿lo sabe?», y repite el elogio cada vez que le sirvo un plato. Otra residente me dice que le parezco «maravillosa»; otra recuerda mi nombre. Esto podría funcionar, pienso, podría ser un faro luminoso en la creciente oscuridad de la demencia y, en algún sistema cósmico de justicia, compensaría el cuidado impersonal que recibió mi padre en una residencia mucho menos agradable que ésta. Feliz, satisfago los pedidos especiales de helados y sándwiches tostados de queso. Me río de la broma de Barbara Bush, cuando se repite una y otra vez. El talante piadoso dura hasta que lleno el vaso de leche de una anciana arrugada, con el pelo blanco y desgreñado, que parece haber sido doblada y metida a la fuerza en la silla de ruedas. «Quiero tirarle algo», parece decir y, cuando me inclino para confirmar tan improbable aspiración, la vieja maniática me tira el vaso entero encima y me empapa los pantalones desde la ingle hasta el tobillo. «¡Ja, ja —cacarean mis antiguas admiradoras—. ¡Se ha mojado los pantalones!» Después de todo ya no soy una paria, como diría Pete, en ese extraño y blanco estado. He sido introducida en un mundo rico en intrigas y chismes. Y ahora me han bautizado con el más blanco de los líquidos.

Sábado, mi última noche en el 6. Me niego a pasarla encerrada en

mi habitación. ¿Qué puede hacer una persona de escasos recursos a quien no le gustan las juergas? Durante la semana he pasado varias veces por delante de la iglesia de la Redención, en el centro de la ciudad. Su solo nombre ejerce una atracción atemorizante. ¿Es posible que exista una congregación entera de personas que no hayan oído hablar nunca de la novela de James Dickey ni de la película posterior? O, lo que es peor, ¿está esa pandilla de cristianos familiarizada a fondo con la historia de la violación homosexual en los bosques? En la marquesina frente a la iglesia se anuncia un «despertar en la carpa». Parece el entretenimiento perfecto para una atea que se mueve por su cuenta. Conduzco por una zona amenazante, llena de prostíbulos desiertos —¡fuera de aquí, Dickey! —, hasta que la carpa asoma en la penumbra. Desgraciadamente, como divertimento sólo hay sesenta sillas plegables ocupadas, de las alrededor de trescientas disponibles. Cuento tres o cuatro personas de color, africanos o mexicanos, diría yo; todos los demás son paletos de aspecto trágico, mi propio pueblo, genéticamente hablando (Ehrenreich es el apellido adquirido por matrimonio; mi apellido de soltera, Alexander, es original de Kentucky).

Charlo con una mujer que está cerca de mí: «Bonita noche». «¿Viene usted de lejos?»... y cosas por el estilo. Me presta su Biblia porque parezco ser la única asistente que no tiene un ejemplar propio. Es un alivio que uno de los diez o doce hombres que están en el escenario nos ordene ponernos de pie y empezar a cantar, porque la silla plegable es una tortura para mi agotada espalda. Me uno incluso a las palmas y al balanceo rítmicos, que parecen demostrar un mínimo nivel de participación. Hay unos pocos adeptos genuinos presentes que se lanzan embelesados a la música, con los ojos cerrados, los brazos en alto, sin duda a la espera de la llegada del éxtasis.

Pero, antes de que pueda pasar nada interesante, empieza la monserga. Un hombre en mangas de camisa nos habla del maravilloso libro que es la Biblia y lamenta que la gente compre tantos libros menos valiosos, cuando, realmente, sólo se necesita uno. Alguien dice por televisión que leas cualquier libro (secular) y entonces «ese libro eleva el..., ya sabes, ¿cuál es la frase?». Pienso que la frase que busca es «volumen de ventas», pero nadie sabe cómo ayudarlo. De cualquier manera «el libro» pueden ser

trescientos y la proporción es de uno a diez. ¿Qué? Luego un compañero mexicano se hace cargo del micrófono, cierra los ojos apretando bien los párpados y nos lanza fuego graneado, con una reseña de nuestra deuda con Cristo crucificado. Después habla un sujeto mayor, blanco, que ataca a la «escandalosa ciudad» por su inadecuada y herética escasa contribución de almas a este «despertar» que cuesta dinero, ¿saben? La carpa no se ha puesto en pie sola. Estamos hablando de gastos de estructura, nadie está haciendo dinero para sí. Y si ustedes consideran lo que Jesús nos dio, para que pudiéramos gozar con Él en la vida eterna en los cielos...

No puedo evitar que me ronden por la mente las implicaciones de la enfermedad de Alzheimer en la teoría del alma inmortal. ¿Quién va a desear una vida después de ésta, si pasa la inmediatamente anterior reducido a una silla de ruedas, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados, la boca y los ojos abiertos de par en par y mudos por igual, como muchas de las residentes que tengo a mi cargo? ¿El «alma» que poseemos para siempre jamás es la que tenemos en el momento de la muerte, en cuyo caso la gloria eterna debería parecerse al Woodcrest, con muchas enfermeras y ayudantes de dietista para cuidar a quienes han muerto en un estado de descomposición mental? ¿O es a lo mejor el alma individual la que mora dentro de nosotros en plena posesión de las facultades intelectuales y aspiraciones morales? En ese caso, no debería importar que los diabéticos dementes coman o no magdalenas porque, desde el estricto punto de vista de la salvación, ya están muertos.

El sermón continúa, interrumpido por los debidos «amenes». Sería bueno que alguien leyera el Sermón de la Montaña ante esa manada de ojos tristes, acompañado por un comentario enardecedor sobre la desigualdad de rentas y la necesidad del inmediato aumento del salario mínimo. Pero aquí Jesús no aparece más que como un cadáver; el hombre lleno de vida, buen bebedor de vino y precoz presocialista no es mencionado ni una vez. Tampoco se comenta nada sobre lo que él tuvo que decir. Manda Cristo crucificado y quizá la verdadera tarea del cristianismo moderno sea volver a crucificarlo una y otra vez, para que nunca le salga una palabra más de la boca. Me habría gustado quedarme por ahí para oír otras

lenguas —en caso de que ocurriera—, pero los mosquitos, arrastrados al frenesí con todo ese parloteo sobre Su sangre, están lanzando un ataque a gran escala. Me levanto para marcharme, calculando el momento en que los cronométricos movimientos del predicador lo hagan mirar para otro lado. Salgo en busca de mi coche, con cierta esperanza de encontrar a Jesús, ahí en la oscuridad, amordazado y encadenado a la soga de una carpa.

El domingo me mudé por fin al Blue Haven, tan contenta de salir del 6 que los defectos de mi nuevo hogar me parecieron menores o, al menos al principio, simpáticos. Es más reducido de lo que recordaba por un detalle: el trastero de las herramientas que usan los dueños del motel ocupa parte de mi cabaña y, como resultado, se produce una mezcla desafortunada de funciones biológicas. Como el váter está a menos de un metro veinte de la diminuta mesa de la cocina, tengo que cerrar la puerta del cuarto de baño o me parece estar comiendo en una letrina. Y, como la cabecera de la cama está a poco más de dos metros del hornillo, el olor del lenguado que frío para mi cena inaugural flota en el ambiente toda la noche. Freír es casi lo único que puedo hacer, puesto que el equipo de cocina se reduce a una sartén, un plato, un cuenco pequeño, una cafetera y un vaso alto... Ni siquiera hay la proverbial bacinilla para hacer pis. La cosa es improvisar: los recipientes de ensalada de los bares pueden volverse a usar como fuentes; el único plato, como tabla de picar. El hueco del centro de la cama puede remediarse durmiendo sobre toallas dobladas, etcétera. No hay motivos para preocuparse... Tengo una dirección, dos trabajos, un coche alquilado de segunda mano. La ansiedad que me consumía durante esos primeros días en el 6 empieza a desvanecerse.

Resulta que el mero hecho de disponer de una cabaña para mí sola me convierte en una aristócrata en la comunidad del Blue Haven. Los demás residentes estables —a quienes encuentro en el cobertizo de la lavandería comunitaria— son obreros que deben lavarse los uniformes y los monos, por lo general bien entrada la noche. La mayoría son parejas con niños, muy parecidos a los de la clase obrera blanca que, de vez en cuando, se vislumbran en las comedias. Sólo que, al contrario de sus homólogos de la televisión,

mis vecinos se apiñan tres o cuatro en un apartamento minúsculo o, a lo sumo, en apartamentos de una habitación. Un muchacho joven me pregunta en qué unidad me alojo y luego me dice que él vivió en la misma... con dos amigos. Una mujer de mediana edad con una nieta a cuestas me dice con tono consolador que al principio siempre es difícil vivir en un motel, sobre todo si estás acostumbrada a tener casa. Pero que una se acostumbra en poco tiempo y te quitas la idea de la cabeza. Ella, por ejemplo, lleva ya once años en el Blue Haven.

Cuando a las siete y media del lunes llego a la oficina de The Maids, descansada y dispuesta a todo, no sé nada de servicios de limpieza como este que, según el folleto que me entregan, tiene más de trescientas sucursales por todo el país. Casi todo lo que sé sobre trabajo doméstico lo he aprendido en novelas inglesas del siglo XIX y en Arriba y abajo.[13] Ha sido más que profético haber pescado la reposición de esa misma serie durante el fin de semana y quedarme asombrada de lo correctísimas que parecían esas sirvientas con sus uniformes negros y blancos. Cuánto más sabias eran que sus amos inmaduros y egoístas. También nosotras tenemos uniformes aunque son más zafios que decorosos... Sientan mal y tienen una combinación chillona de pantalones verde agua y camiseta con un enceguecedor color amarillo girasol. Según nos explican por escrito y durante el día y medio de entrenamiento, también nosotras tenemos un código especial de decoro. No se puede fumar en ningún sitio o, por lo menos, no hasta quince minutos después de haber llegado a la casa. Nada de beber, comer ni masticar chicles en la casa. Nada de tacos en la casa aunque el dueño no esté y —tal vez para mantenernos entrenadas— ninguna obscenidad ni siquiera en la oficina. Mi primera idea jocosa es «de modo que esto es Abajo». Pero, desde luego, no tengo la menor idea de hasta dónde me pueden llevar estas escaleras abajo.

Pasan cuarenta minutos antes de que nadie advierta mi presencia, como no sea con una breve inclinación de cabeza. Durante ese tiempo llegan los otros empleados —una veintena— con sus resplandecientes uniformes. Desayunan café, bollos y donuts gratis que, amablemente, nos ofrece The Maids. Menos uno, todas son mujeres, con una edad media que calculo en casi treinta años, aunque el abanico abarca desde las recién salidas de la escuela

hasta las ya bien entradas en la tercera edad. Hay una agradable especie de bullicio conforme desayunan y llenan cubos de plástico de trapos, frascos y productos de limpieza. Pero escasa conversación aparte de unas pocas referencias a lo que han comido (pizza) y bebido (gelatina) durante el fin de semana. Como en la habitación donde nos reunimos no hay más que dos sillas plegables, la otra chica nueva y yo nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas, silenciosas y atentas, mientras a las antiguas las seleccionan en equipos de tres o cuatro y las despachan a las casas que tienen en las listas del día. Una de las mujeres me explica que los equipos no vuelven necesariamente a las mismas casas una semana tras otra y que no hay ninguna garantía de formar parte del mismo equipo al día siguiente. Supongo que esa medida es una de las ventajas que las empresas de servicios de limpieza ofrecen a sus clientes: no se ven involucrados en relaciones empalagosas ni posibles culpabilidades conflictivas, porque los clientes se comunican casi exclusivamente con Tammy —la directora de la oficina— o con Ted, el dueño de la franquicia y nuestro jefe.[14]

Las ventajas para la trabajadora son más difíciles de determinar ya que la paga es inferior a lo que normalmente gana una empleada de hogar independiente: más de 15 dólares por hora, según he oído decir. Mientras espero a que nos proporcionen el uniforme en la habitación interior —donde está el teléfono y Tammy tiene su despacho—, oigo decir a un cliente potencial que The Maids cobra 25 dólares la hora y persona. ¿La compañía gana 25 dólares y a nosotras nos pagan 6,65 cada hora trabajada? Creo que he oído mal pero, pocos minutos más tarde, oigo repetir lo mismo a otro interesado. De modo que la única ventaja de trabajar aquí y no por cuenta propia es que no necesitas clientela y ni siquiera coche. Puedes llegar directamente del paro o, como en mi caso, de la estación de autobuses... recién bajada del barco.[15]

Por fin, después de que las demás empleadas hayan salido a toda velocidad en los llamativos coches verdes y amarillos de la compañía, me conducen a una habitación diminuta, del tamaño de un guardarropa, fuera del despacho interior, para que aprenda el oficio a través de una cinta de vídeo. La administradora de otra de las compañías de limpieza donde me había presentado me había dicho que no le gustaba contratar a gente que hubiera hecho tareas

de limpieza antes, porque se resistían a aprender el sistema de la compañía. De modo que me preparé a despejar mi mente de toda experiencia de limpieza doméstica anterior. Hay cuatro cintas —Quitar el polvo, Cuartos de baño, Cocinas y Pasar la aspiradora—, todas con actuaciones estelares de una atractiva joven, posiblemente hispana, que se mueve de un lado a otro con serenidad, obedeciendo las órdenes de una voz masculina: «Al pasar la aspiradora, empieza por el dormitorio principal; al sacudir el polvo, empieza por la habitación que esté justo al lado de la cocina. Cuando entres en una habitación, divídela mentalmente en sectores que estén a tu alcance. Empieza por el sector de la izquierda y, dentro de cada sector, muévete de izquierda a derecha y de lo más alto a lo más bajo. De esa manera, nada queda nunca sin repasar».

La que más me gusta es Quitar el polvo, por su innegable lógica y cierta clase de austera belleza. Cuando entras en una casa, rocías un trapo blanco con Windex y lo metes en el bolsillo izquierdo de tu delantal. Otro trapo, rociado con desinfectante, va a parar al bolsillo central y un tercero, con limpiamuebles, al derecho. Un trapo seco, para pulir las superficies, ocupa el bolsillo derecho de los pantalones. Las superficies brillantes se limpian con Windex, la madera con limpiamuebles y todo lo demás se deja libre de polvo con desinfectante. De vez en cuando Ted se deja caer, mira conmigo y fija la imagen para recalcar un momento particularmente dramático: «¿Ve cómo trabaja alrededor del florero? Ahí puede producirse un accidente». Si Ted mismo apareciera en un vídeo, tendría que ser de dibujos animados, porque los únicos rasgos esbozados sobre su cara regordeta son los ojos como botones castaños y la nariz chata. La barriga, cubierta por una camiseta, le cuelga por encima de la cintura de los pantalones cortos. «¿Sabe?, todo esto se estudió con un cronómetro», me dice con algo parecido al orgullo. Cuando el vídeo advierte que los trapos deben volver a humedecerse con los productos de limpieza, fija la imagen para decirme que también es peligroso limitarse a rociarlos, sobre todo si hace trabajar con más lentitud. «Los productos de limpieza no son tan caros como su tiempo.» Bueno es saber que algo es más barato que mi tiempo o que, dentro de la jerarquía de valores de la compañía, estoy por encima del Windex.

La cinta que más desasosiego produce es Pasar la aspiradora, en

realidad un programa doble que empieza con una introducción dedicada a la aspiradora-mochila que vamos a usar. Sí, aunque parezca mentira, la aspiradora se sujeta con correas a la espalda, explica un individuo gordinflón que se presenta como su inventor. Se la pone, ajustándose bien las correas a través y por debajo del pecho. Luego dice, mirando orgullosamente a la cámara: «¿Ves?, yo soy la aspiradora». No pesa más que cinco kilos, proclama, aunque según descubro enseguida, con los accesorios colgados de la correa que rodea la cintura, el peso total debe de pasar de los siete kilos. ¿Qué va a ser de mi caprichosa y mimada zona lumbar? El inventor vuelve al tema de la fusión ser humano-máquina: cuando la cosa esté debidamente sujeta, nosotros también seremos aspiradoras, sólo constreñidos por el cable que nos ata a un enchufe. Y las aspiradoras no tienen dolores de espalda. No sé por qué, toda esa información me deja exhausta. Con el distante interés de un cineasta, veo el segundo vídeo, que explica el procedimiento correcto para pasar la aspiradora. ¿Puede ser la muchacha modelo una muchacha real y la casa modelo estar habitada por un morador real? ¿Quién es esa gente, cuya idea de la decoración es colgar series de cuadros de ánades en vuelo, en una casa sin carácter alguno y limpia como una patena, incluso antes de que la muchacha modelo se ponga a trabajar?

Al principio, los vídeos dedicados a las cocinas y a los cuartos de baño me parecen desconcertantes. Tardo varios minutos en darme cuenta de la razón: no hay agua o casi no hay. Mi madre, un ama de casa compulsiva, me enseñó a limpiar: usaba agua tan caliente que necesitabas guantes de goma para sumergirte en aguas caudalosas como las del Niágara, en las cuales la mayoría de los microbios quedaba aplastada bajo su fuerza, antes de que la espuma de jabón tuviera ocasión de romper las paredes de sus células. Pero los gérmenes no se mencionan nunca en los vídeos proporcionados por The Maids. Nuestros antagonistas sólo existen en el mundo visible —capas de suciedad jabonosa, polvo, mármoles asquerosos, pelos de perro, manchas y marcas—, y deben ser atacados por el trapo húmedo o, en casos extremos, por Dobie (la marca del estropajo de plástico que usamos). Sólo restregamos para quitar las impurezas que el cliente podría descubrir con la mano o el ojo. Lo demás sólo tenemos que enjuagarlo con agua. Nada se dice de la posibilidad de transportar bacterias de los cuartos de baño a las cocinas —con el

trapo o con la mano—, ni de una a otra casa. Los vídeos hacen hincapié en los «toques cosméticos» a los que, cuando Ted vuelve a merodear por la habitación, dirige mi atención sin cesar. Ahuecar todas las almohadas que haya y colocarlas simétricamente. Dejar relucientes los fregaderos de acero inoxidable con aceite de bebé. Dejar todos los frascos de especias, champús, etcétera, con las etiquetas bien a la vista. Peinar las orillas de las alfombras persas con un cepillo de púas. Crear un diseño tipo helecho en las alfombras, con ayuda de la aspiradora. Los extremos sueltos del papel higiénico o los rollos de toallas de papel deben doblarse de determinada manera (igual que lo hacen en las habitaciones de los hoteles). Los «revoltijos» de papeles sueltos, ropa o juguetes deben apilarse en «revoltijos ordenados». Por último, la casa debe ser pulverizada con el ambientador de aroma floral que usa la compañía. Y que señalará a los dueños, cuando vuelvan, que sí, que la casa ha sido «limpiada».[16]

Al cabo de un día de entrenamiento me juzgan preparada para salir con un equipo. Pronto descubro que la vida no es una película. Por lo menos no es la película de Quitar el polvo. Por un lado, comparados con nuestro ritmo real, los vídeos de entrenamiento están grabados a cámara lenta. No caminamos por la mañana hasta los coches con nuestros cubos llenos de productos de limpieza y utensilios, corremos, y, cuando subimos a una casa, también corremos con los cubos hasta la puerta. Liza, una treintañera de buen carácter que es mi primera jefa de equipo, me explica que sólo nos dan tantos minutos por casa: desde menos de sesenta para un apartamento con cuarto de baño y aseo, hasta doscientos o más para un piso con varios cuartos de baño adonde vamos por primera vez. Me habría gustado saber por qué, si nos pagan por hora, les preocupan los límites de tiempo de Ted. Pero no me atrevo a decir nada que pueda tomarse como cuestionamiento. Conforme vamos de casa en casa, Liza nos asigna nuestras tareas. Cruzo los dedos para conjurar el peligro de los cuartos de baño y la aspiradora. Hasta sacudir el polvo es hacer aerobic, si se hace bajo presión y, después de una hora de faena —alcanzar la parte superior de las puertas, arrastrarse por los suelos para quitar el polvo de los zócalos, subirse al cubo para atacar las estanterías más altas—, no me importaría sentarme con un gran vaso de agua. Pero tan pronto he cumplido con mi tarea, aviso a mi jefa y me hace ayudar a otra.

Una o dos veces, cuando se considera que el proceso natural de evaporación es demasiado lento, me asignan la tarea de secar un suelo ya fregado. Con un trapo bajo cada pie patino de un lado a otro. Por lo general, cuando salgo para tirar el agua sucia de fregar los suelos, y escurrir los trapos y subir al coche, el resto del equipo ya está dentro, con el motor en marcha. Liza me asegura que nunca se han dejado a nadie en una casa, ni siquiera a una recién llegada a quien nadie conoce.

En la entrevista me habían prometido un descanso de treinta minutos para comer, pero resultó ser un alto de cinco en algún bar de paso, si es que lo hay. Traigo mi propio sándwich —todos los días el mismo sándwich de pechuga de pavo y queso—, como hacen algunas de las otras. El resto come cualquier cosa rápida, una pasta o un donut, que ha reservado del desayuno gratis, o nada en absoluto. Las dos mujeres mayores, casadas, con las cuales formo equipo, comen mejor: sándwiches y fruta. Para las más jóvenes, el almuerzo consiste en una porción de pizza, una mini (masa cubierta con alguna salsa de pizza) o una pequeña bolsa de patatas fritas. Hay que tener en cuenta que no somos oficinistas, todo el día sentadas, holgazaneando, a ritmo metabólico elemental. Un cartel colocado en la pared de la oficina expone alegremente la cantidad de calorías que se queman por minuto en nuestras distintas tareas: de 3,5 cuando se quita el polvo, hasta 7 cuando se pasa la aspiradora. Con un promedio de gasto de 5 calorías por minuto en una jornada de siete horas (ocho horas menos el tiempo para viajar de una casa a otra), necesitas ingerir 2.100 calorías más que el mínimo recomendado, que es de unas 900. Me pongo agresiva con Rosalie —que, como yo, es nueva en el oficio y acaba de salir de un instituto de secundaria en la zona rural del norte del estado— por la mezquindad de sus almuerzos, sólo Doritos: media bolsa del día anterior o una bolsa pequeña recién comprada. No tiene nada en la casa, dice (aunque vive con su novio y su madre); y, por cierto, no tiene dinero para comprarse el almuerzo, según descubro cuando le ofrezco traerle un refresco de un Quik Mart y me confiesa que no tiene 89 centavos. Con espíritu maternal intento llevarla a la cafetería, con la esperanza de forzarla a tomar un vaso de leche. ¿Cómo puede aguantar ocho, incluso nueve horas por día? «Bueno —concede— a veces me mareo.»

¿Hasta qué punto son pobres mis compañeros de trabajo? El hecho de que cualquiera esté trabajando en este oficio evidencia, a primera vista, algún tipo de desesperación o, por lo menos, una historia de traspiés y desengaños. Pero no me corresponde preguntar. En las películas sobre prisiones, que me proporcionan la guía mental para saber cómo comportarme, el recién llegado no va por ahí haciendo palmas y preguntando: «¡Hola, tú! ¿Por qué te han metido aquí?». De manera que en los coches y cuando estamos reunidas en el despacho, escucho y me entero de que ninguna parece carecer de vivienda. Casi todas están arraigadas en familias numerosas, o artificialmente numerosas, con compañeros de piso. Hablan de visitar a los abuelos en el hospital o de mandar tarjetas de cumpleaños a una sobrina del marido; las madres solteras viven con sus madres o comparten apartamento con una compañera de trabajo o el novio. Pauline, la mayor de nosotras, es dueña de su casa, pero duerme en el sofá de la sala, porque cuatro hijos ya adultos y tres nietos ocupan los dormitorios.[17]

Pero, aunque por lo visto nadie duerme en un coche, desde el principio advierto indicios de serias dificultades si no de miseria. Vuelven a guardar en el paquete los cigarrillos a medio fumar. Hay discusiones sobre quién pondrá los cincuenta centavos del peaje y se discute si se puede contar con que Ted los reembolse de inmediato. Una de mis compañeras está fuera de sí porque le duele una muela del juicio y llama desde todas las casas tratando de localizar un sitio de asistencia dental gratis. Cuando mi equipo —debería decir el equipo de Liza— descubre que no hay un solo Dobie en los cubos, sugiero que paremos en cualquier tienda barata y compremos uno, en vez de volver a la oficina. Pero no llevo dinero encima y, entre las cuatro, no podemos reunir 2 dólares.

El viernes de mi primera semana en The Maids, hace en Maine un calor desacostumbrado para esos días de principios de septiembre: 35º, según los termómetros y relojes digitales de los bancos por los que pasamos. Formo equipo con Rosalie —la de cara triste— y nuestra jefa, Maddy, cuyo talante malhumorado es un alivio dentro de lo que cabe, después de la constante alegría de Liza. He sabido que Liza tiene un rango superior al de mujer de la limpieza. En realidad, es una especie de supervisora y se dice que es un poco acusona. Maddy, una madre soltera que debe de tener unos

veintisiete años, trabaja desde hace sólo tres meses y le inquietan los problemas del cuidado de su hijo. La hermana de su novio —me cuenta mientras vamos camino de la primera casa— cuida al bebé de dieciocho meses por 50 dólares a la semana, que es un buen pellizco a su sueldo de The Maids. Además no confía del todo en ella, pero una guardería puede costar hasta 90 dólares a la semana. Después de dejar reluciente la primera casa, echamos mano del «almuerzo» —Doritos para Rosalie y una bolsa de Pepperidge Farm Goldfish— mientras nos dirigimos a un exclusivo barrio residencial de las afueras para limpiar lo que, según nuestra hoja de instrucciones advierte, es una mansión con cinco cuartos de baño y, encima, se trata de un cliente nuevo. A pesar de la advertencia, el tamaño del caserón nos hace detenernos un momento, con los cubos en la mano, antes de descubrir una entrada apropiadamente humilde para personal de servicio.[18] Ahí está, como un transatlántico encallado. La proa corta oleadas de césped. Tiene innumerables ventanas. «Bueno, bueno —dice Maddy, leyendo el nombre del dueño en la hoja de instrucciones—. La señora W. y su puñetera casa. Espero que nos dé el almuerzo.»

La señora W. no se alegra de vernos. Hace muecas de exasperación cuando la niñera negra nos escolta hasta el salón íntimo, galería privada de verano, estudio o cualquiera sea el uso del recinto, donde ella está sentada. Al fin y al cabo ya tiene a la niñera, una persona que parece ser la cocinera y un batallón de hombres, que dan ciertos toques finales y supervisan la construcción. No, no quiere tenernos dando vueltas por la casa, porque ya lo ha explicado todo por teléfono a la empresa. Pero Maddy se queda plantada ahí, con Rosalie y conmigo detrás, hasta que la señora cede. Debemos levantar todo lo que haya en las superficies —nos indica durante la gira—, agacharnos y estar seguras de haber repasado cada trozo de los miles de metros, calculo, de zócalo. Y debemos tener cuidado con el bebé, que está durmiendo la siesta y no puede soportar que ninguna clase de fluidos de limpieza se le acerque.

Me dejan a mi aire para que quite el polvo. En tales circunstancias, donde ni siquiera sé cómo se llaman las distintas habitaciones, el sistema especial de The Maids se convierte en salvavidas. Todo lo que tengo que hacer es mantenerme en movimiento de izquierda a

derecha —dentro de las habitaciones y entre una y otra—, tratando de encontrar puntos de referencia para no hacer un cuarto, un pasillo o un vestíbulo dos veces. Las que quitan el polvo tienen el panorama biográfico más completo, dada la necesidad de levantar cada minucia y cada objeto uno por uno. Me entero de que la señora W. es alumna de una prestigiosa universidad para mujeres; ahora se ocupa de dirigir sus inversiones y los movimientos intestinales de su bebé. Encuentro gráficos para ese último propósito, con espacio para señalar día y hora, las tomas de muestras más recientes, su consistencia y color. En la habitación principal quito el polvo de una estantería llena de libros sobre embarazo, lactancia, los primeros seis meses, el primer año, los primeros dos años..., y me pregunto qué hace Maddy con su hijo, privada, como está, de cuidarlo. Es posible que haya habido alguna división secreta entre reproductoras y zánganas de las mujeres del mundo. Y ya no se considera que quienes pertenecen al servicio doméstico se reproducen. Tal vez sea ésa la razón por la cual la administradora de nuestra oficina, Tammy —que una vez fue mujer de la limpieza—, lleve uñas postizas de dos centímetros y medio de largo y minúsculos conjuntos chillones: para demostrar que ha llegado a la casta de las reproductoras y ya no la pueden mandar a limpiar.

Hace más calor dentro que fuera. Supongo que no hay aire acondicionado por el bebé. Lo hago muy bien hasta que me encuentro con la fila de puertas de cristal, que cubren el costado y la parte trasera de la planta baja. Hay que pasarles Windexed, secarlas y darles brillo: por dentro y por fuera, de arriba abajo, de izquierda a derecha, hasta que queden tan inmaculadas e invisibles como una sustancia material pueda estar. Puedo ver a los muchachos de la construcción ahí fuera, bebiendo Gatorade. Pero la norma es que, mientras están dentro de una casa, las mujeres de la limpieza no pueden acercarse a los labios ningún producto líquido ni alimenticio. El sudor, ni siquiera en cantidades indecorosas, no es nada nuevo para mí. Vivo en una región subtropical donde incluso quienes están inactivos se sienten sudorosos nueve de los doce meses del año. Busco también en mi vida normal y siento cierto orgullo machista por las V de sudor que se forman en mi camiseta después de diez o más minutos en la escalera del gimnasio. En la vida normal, los líquidos perdidos se reponen de inmediato. En

cualquier lugar de «Yupilandia» —aeropuertos, por ejemplo—, todos parecen ahora niños de pecho, inseparables de los biberones plásticos llenos de agua. Aquí, sin embargo, sudo sin descanso y sin reponer líquidos, no en gotas individuales sino en capas continuas de agua, que me empapan a través de la camiseta, cayéndome por la espalda y las piernas. El delineador que me puse por la mañana —tonta y presumida como soy— hace tiempo me ha rodado por las mejillas y, si quisiera, podría escurrirme la trenza. Mientras avanzo a través de cuartos (¿de estar?), me pregunto si la señora W. ha tenido la ocasión de darse cuenta de que cada chisme y objeto con el cual expresa su yo único e individual es, desde otra posición estratégica, un obstáculo entre cualquier persona sedienta y un vaso de agua.

Cuando ya no encuentro más superficies para repasar y he agotado por fin la provisión de habitaciones, Maddy me asigna la limpieza del suelo de la cocina. Vale, si no fuera porque la señora W. está en la cocina, de modo que debo arrodillarme casi a sus pies. No, no tenemos fregonas como la que uso en casa; el gesto de apoyarse en las manos y las rodillas es, sin duda, el mayor atractivo que ofrecen las empresas de servicios de limpieza como The Maids. «Fregamos los suelos a la antigua usanza: apoyadas en nuestras manos y rodillas» (la cursiva es mía), alardea el folleto de una empresa de la competencia. La verdad es que, sean cuales sean las ventajas que pueda tener la variante «manos y rodillas» —estás desde luego más cerca de tu trabajo y es menos probable que se te pase una mancha —, las reduce la sequía artificial impuesta por el sistema de limpieza de The Maids. Nos instruyen para que usemos menos de medio cubo pequeño de agua templada para una cocina y todos los suelos fregables adyacentes (rincones para desayunar y otras zonas para comer), lo cual significa que, en pocos minutos, no hacemos más que redistribuir uniformemente la suciedad por todo el suelo. Hay ocasionales quejas de los clientes por la limpieza de los suelos. Por ejemplo, un hombre hubo de recoger algo que se le había derramado en el suelo recién «limpiado» y se encontró con que el papel de cocina usado quedaba gris. Una fregona y un cubo lleno de agua jabonosa caliente no sólo dejaría el suelo más limpio sino que no afectaría la dignidad de la persona que limpia. Pero es esa primitiva postura de sumisión —y lo que en última instancia es accesibilidad anal— lo que parece ser gratificador para los

consumidores de servicio doméstico.[19]

No sé, pero el suelo de la señora W. es duro —piedra, creo, o algún material pétreo— y hoy no tenemos rodilleras. Con mi inocencia de clase media, pensaba que las rodilleras eran una de las fantasías lascivas de Monica Lewinsky, pero no, existen de verdad y son, en general, parte de nuestro equipo habitual. De manera que ahí estoy de rodillas, abriéndome camino por la habitación —como cualquier penitente fanático que se arrastra por las estaciones de la crucifixión—, cuando me doy cuenta de que la señora W. ha clavado la mirada en mí... Con tanta insistencia que, por un momento, me acosa la disparatada posibilidad de haber dado alguna vez una conferencia en su aula magna y de que esté tratando de recordar dónde me ha visto antes. Si me reconociera, ¿me despedirían? ¿Estaría por lo menos dispuesta a ofrecerme un vaso de agua? Porque he decidido que, normas o no normas, si de verdad me ofreciera agua, la aceptaría. Y, si le llegara a Ted noticia de esa infracción, me limitaría a decir que creí que habría sido una grosería rehusarla. Pero no hay por qué preocuparse. La señora sólo está fijándose en si dejo algún centímetro cuadrado sin fregar. Y cuando, dolorida, me pongo otra vez de pie, parpadeando a través del sudor, dice: «Ya que está en esto, ¿podría usted fregar el suelo del pasillo?».

Al terminar la jornada volví al Blue Haven a toda prisa, bajé las persianas para tener un poco de intimidad, me quité el uniforme en la cocina —el cuarto de baño es demasiado pequeño para que quepa una persona y la ropa que se ha quitado— y me puse bajo la ducha unos buenos diez minutos, pensando toda esta agua es mía. La he pagado de verdad, me la he ganado. He pasado mi primera semana en The Maids sin contratiempos, lesiones ni desplantes. Tengo muy bien la espalda, no me duele en absoluto. Incluso las muñecas, dañadas hace años por el síndrome del túnel carpiano, han dejado de darme motivo de queja. Mis compañeras de trabajo me advirtieron que, la primera vez que utilizaron la aspiradora-mochila, creyeron que se desmayaban. Yo no. Soy fuerte y, es más, estoy bien. ¿Tiré el agua apestosa de mi cubo en el conjunto blanco informal veraniego de la señora W.? No. ¿Cogí alguna de las correas de mi aspiradora y la estrellé contra las figuras de porcelana china o las estatuillas de Bohemia de alguien? Nunca. Estaba en todo

momento animosa, enérgica, servicial y todo lo experta que se puede esperar de una principiante. Si he aguantado una semana, puedo aguantar otra y, además, tendría que aguantar porque no disponía ni de un momento para buscar trabajo. Eso de acabar la jornada a las tres y media de la tarde resultó ser un mito. Es frecuente que no volvamos a la oficina hasta las cuatro y media o las cinco. ¿Qué me había imaginado? ¿Iba a acudir a una entrevista empapada y maloliente como quedaba al terminar el trabajo? Decido recompensarme con un paseo por Old Orchard Beach al atardecer.

Hace tanto calor que todavía hay algunos bañistas en la playa. Yo me conformo con sentarme en pantalones cortos y camiseta y observar cómo el océano choca contra la arena. Cuando cae el sol, vuelvo a pie al pueblo para buscar mi coche. Me asombra oír un ruido que asocio con ciudades como Nueva York y Berlín. Hay una pareja de músicos peruanos, tocando en la pequeña isla cubierta de hierba, en la calle próxima al muelle. Unas cincuenta personas —locales y turistas— se han reunido a su alrededor, ofreciendo sus anodinas caras de fin de verano al sonido. Bordeo la multitud y encuentro un asiento desde donde puedo ver de cerca a los músicos: la joven y guapa guitarrista y el hombre, más alto, que toca la flauta. ¿Qué hacen en este balneario cutre de obreros? ¿Y qué significa para la audiencia esta visita inesperada de piel oscura del sur? La melodía que la flauta deja oír por encima de la percusión es a la vez muy extraña y familiar, como si hubiera sido implantada en la mente de mis antepasados hace siglos y hubiera permanecido olvidada hasta ese momento. Todos los demás parecen estar tan paralizados como yo. Los músicos se hacen guiños y sonríen mientras tocan y me doy cuenta de que son los emisarios secretos de una conspiración mundial de las clases bajas, para arrancar alegría de la degradación y la inmundicia. Cuando acaba la canción, les doy un dólar, el equivalente de unos diez minutos de sudor.

El talante de superwoman no dura mucho, entre otras cosas porque, si bien los músculos y las articulaciones se portan como es debido, la piel ha decidido rebelarse. Al principio creí que los bultos rosados que me picaban en brazos y piernas los produciría alguna

hiedra venenosa durante cualquier «cierre patronal». A veces, el dueño de casa se olvida de que vamos a ir, se olvida de dejar la llave bajo el felpudo o cambia de opinión y no quiere que le hagamos el servicio. Ni siquiera se toma la molestia de avisar a Ted. Para nosotras no es motivo de alegría, como un día de nevada para los escolares. Ted nos echa la culpa de la irresponsabilidad de sus clientes. Cuando los dueños de casa se olvidan de que vamos, Ted explica en una de nuestras reuniones matinales de salida que eso «significa algo»: que no están satisfechos con nuestro trabajo y no son suficientemente agresivos para decírnoslo. En una ocasión, me cuenta Pauline, en que ésta actuaba como jefa de equipo, llamó a Ted para informar del cierre patronal. La respuesta —contaba Pauline compungida— fue: «No me haga usted eso». De modo que, antes de darnos por vencidas y confesar que una casa está cerrada, buscamos —como gatos callejeros— puntos de entrada alternativos. Lo cual puede significar pisotear cualquier cosa para atisbar a través de las ventanas y probar todas las puertas. No he visto ninguna hiedra venenosa, pero ¿quién sabe cuántos otros miembros de especies venenosas (roble, zumaque, etcétera) acechan en la flora de Maine?

También es posible que la culpa sea de los productos de limpieza pero, en ese caso, la urticaria habría empezado por las manos. Después de dos días de irritación menor, está en marcha un desmoronamiento epidérmico a gran escala. Me embadurno de crema antipruriginosa de Rite Aid. A pesar de todo no puedo dormir más de hora y media de un tirón, antes de que vuelva a empezar el tormento. Me despierto y me doy cuenta de que puedo trabajar, si bien tal vez no deba hacerlo, aunque sólo sea porque parezco leprosa. Ted no es demasiado comprensivo con las enfermedades: una de las reuniones matinales estuvo dedicada al tema de «cómo trabajar enfermo». Alguien, y no iba a dar nombres, nos dijo, había faltado por una migraña. «Si tengo migraña, me tomo dos Excedrinas y sigo haciendo mi vida. Eso es lo que ustedes tienen que hacer: arreglárselas con ella.» Por lo tanto —está en el espíritu del experimento científico—, me presento en la oficina, preguntándome si mi aparición cubierta de manchas inflamadas será suficiente para que me manden a casa. Ciertamente, yo no querría que alguien con mi aspecto toqueteara los juguetes de mis hijos o las pastillas de jabón del tocador. Pero no es problema. El

diagnóstico de Ted es que debe de ser alergia al látex. No tengo más que apartarme de los guantes de látex, que usamos para tareas particularmente desagradables. Me dará guantes de otro material.

Para mantener mi papel tendría que encontrar una sala de primeros auxilios después del trabajo y tratar de sacarle algún partido a la asistencia gratuita. Pero es demasiado. Por la noche, la picazón es tan fuerte que me dan rabietas: agito los brazos y pataleo con los pies para no rascarme ni berrear. De modo que vuelvo a las redes de apoyo de la vida real de mi clase social, llamo al dermatólogo que conozco en Key West y lo obligo a recetarme algo sin verme. El episodio —incluida la crema antipruriginosa, la cortisona, la crema con cortisona y el Benadryl para pasar las noches— se traga 30 dólares. Todavía hace un calor irracional y, con frecuencia, me pongo a mirar la piscina azul celeste de alguien, mientras paso la aspiradora o friego, desesperada por la picazón reprimida. Hasta a quienes no tienen urticaria les afecta el contraste entre el tremendo calor y el agua fresca e inaccesible. Uno de los días más calurosos —después de haber limpiado una casa con piscina, vestuarios y glorieta—, íbamos en el coche Rosalie, Maddy y yo, obsesionadas con todas las formas de inmersión imaginables: agua salada o dulce, lagos o piscinas, olas o mar serena con la superficie lisa como el cristal. Ni siquiera podemos lavarnos las manos en las casas, por lo menos después de haber limpiado, secado y pulido los fregaderos. Y, cuando me las arreglo para lavarme antes de que el fregadero me esté vedado, siempre surge una faena de último minuto, como escurrir los trapos usados para el suelo, ya fuera de la casa. Es posible que se me haya pegado algún bicho en una casa o que sea el desinfectante que, en mi afán de limpieza, me echo a chorros en las manos directamente del envase. A los tres días de estar con urticaria, hago otro viaje a Old Orchard Beach y me meto en el agua con la ropa puesta (no se me ocurrió traer un bañador de Key West a Maine). Intento simular un accidente: una ola se me ha echado encima... No soy una transeúnte digna de lástima que usa la playa como bañera.

Hay algo más que trabaja contra mi euforia muscular. He estado regodeándome para mis adentros con mi capacidad para aguantar y, a veces, trabajar más y mejor que mujeres veinte o treinta años menores que yo. Pero resulta que esa relativa ventaja dice menos de

mí que de ellas. El nuestro es un vínculo físico, hasta el extremo de que nos vinculamos a todo. Los achaques de una persona pueden ser una carga extra para una compañera de equipo. Hay un tráfico constante de soluciones de hierbas y medicamentos de venta sin receta para el dolor. Si no sé cómo sobreviven mis compañeras de trabajo con su salario ni qué piensan de nuestras condiciones infernales, sí sé de sus dolores de espalda, calambres y ataques de artritis. Lori y Pauline están eximidas de pasar la aspiradora por el estado de sus espaldas. Lo cual quiere decir que temes ir a parar a sus equipos. Helen tiene un pie hecho polvo. Un día, Ted explica su ausencia diciendo que la culpa la tienen los zapatos baratos que usa. Él insinúa que ella los elige así de mala fe. La artritis de Marge hace que fregar suelos le resulte una tortura. Otra de las mujeres tiene que ver a un fisioterapeuta para poder volver a girar el puño. Cuando Rosalie me cuenta que su problema de hombro se debe a haber recogido arándanos de niña —a mis ojos sigue siéndolo—, visualizo una escena de mi infancia: vagaba por los campos un radiante día de julio y cogía arándanos a puñados mientras caminaba. Pero cuando Rosalie era niña trabajaba en los campos de arándanos del norte de Maine y su hombro dañado es una enfermedad profesional.

De modo que el nuestro es un mundo de dolores..., manejado a fuerza de Excedrina y Advil, compensados por cigarrillos y, en uno o dos casos —sólo durante los fines de semana—, por copas. ¿Tienen los dueños de casas la menor idea de las miserias que acompañan, dejar sus casas en tan perfecto estado como un motel? Si la tuvieran, ¿les importaría o estarían sádicamente orgullosos por lo que han comprado, presumiendo ante los invitados a una cena de que sus suelos sólo se limpian con las más puras y frescas lágrimas humanas recién derramadas? En uno de los pocos intercambios de palabras con un ama de casa —una mujer musculosa y pizpireta—, cuyo despacho revela que trabaja a tiempo parcial como entrenadora personal, estoy pasando la aspiradora cuando advierte cómo sudo. «Eso es una verdadera prueba de resistencia, ¿no es así?», observa no sin amabilidad, y me ofrece un vaso de agua, el único que me han ofrecido nunca. Desobedezco la orden de no ingerir nada mientras estamos en una casa y lo bebo, dejando un dedo de agua para evitar la violencia de que me ofrezca otro. «Siempre digo a mis clientas —me informa—: si quieren estar en

forma, no tienen más que despedir a la empleada de hogar y hacer el trabajo ustedes mismas.» «Ajá», es todo lo que digo, puesto que no estamos precisamente conversando juntas en el gimnasio y no puedo explicarle que esta forma de ejercicio es completamente asimétrica, brutalmente repetitiva y que tanto puede destruir como fortalecer el esqueleto y los músculos.

El autocontrol se convierte en algo más que un desafío el día en que la dueña de un condominio de un millón de dólares (eso calculo porque tiene tres pisos y una amplia vista de la fabulosa costa rocosa), una señora que, según una fotografía enmarcada colgada en la pared, es pariente de la auténtica Barbara Bush, me lleva hasta el baño principal para explicarme las dificultades que tiene con el plato de la ducha. Parece que las paredes de mármol han estado «sangrando» sobre los accesorios de bronce..., ¿podría yo restregar el enlucido con más fuerza que de costumbre? No es su mármol el que está sangrando —querría decirle—, es la clase trabajadora de todo el mundo, los mineros que extrajeron el mármol, tejieron sus alfombras persas hasta quedarse ciegos, cosecharon las manzanas de su precioso centro de mesa otoñal del comedor, fundieron el acero de los clavos, condujeron los camiones, levantaron este edificio y ahora se doblan, se agachan y sudan para limpiarlo.

Y no es que yo —en mis momentos más histriónicos— me crea miembro de la oprimida clase obrera. Mi misma capacidad para trabajar una hora tras otra se debe a décadas de haber recibido mejores cuidados médicos que el promedio general, una dieta alta en proteínas y sesiones agotadoras en gimnasios, que cobran 400 o 500 dólares al año. Si ahora soy falso miembro de la clase trabajadora, es porque no he trabajado en nada físicamente duro durante suficiente tiempo como para haber arruinado mi cuerpo. Pero diré esto para mí misma: nunca he recurrido a una persona ni a una empresa de limpieza (excepto en dos ocasiones, para preparar la casa que iba a alquilar por una temporada), pese a que varios compañeros y maridos me han insistido en que lo hiciera. Cuando los niños eran pequeños y lo hubiera necesitado, no podía permitírmelo. Y cuando más adelante he podido hacerlo, la idea me sigue repugnando. En parte es consecuencia de haber tenido una madre convencida de que limpiar una misma la casa es el sello distintivo de la virtud femenina. En parte es consecuencia de que mi

trabajo normal es sedentario, de modo que las tareas domésticas —un toque de diez minutos aquí, otro de quince allí— me sirven de descanso. Pero por lo que más rechazo la idea —aunque todas mis amigas de clase media alta, con sentimiento de culpa y tanto encubrimiento como sea posible, contratan asistentas— es porque ésa no es precisamente la clase de relación que quiero tener con un ser humano.[20]

Hablemos, por ejemplo, de mierda. Es una realidad, como dice la etiqueta del envase gigante. Una realidad que les ocurre a las empleadas de hogar todos los días. La primera vez que, en este oficio, encontré un váter manchado de mierda, me chocó por la sensación de haberme metido en una no deseada intimidad. Hace unas horas, algún culo bien alimentado estuvo haciendo fuerza en este asiento de váter y, ahora, aquí estoy yo restregándolo. A quienes nunca han limpiado un váter verdaderamente sucio, debo explicarles que hay tres clases de manchas de mierda. Hay restos aplastados, que se deslizan por dentro de las tazas. Hay restos salpicados hacia atrás debajo de las tapas. Y, tal vez lo más repugnante, hay costras marrones en los bordes de las tapas, donde a algún zurullo se le ocurrió chocar, en su descenso al agua. ¿No quieres saberlo? Está bien, no es un tema en el que yo habría elegido demorarme, pero los diferentes tipos de manchas exigen distintos tratamientos de limpieza. Son preferibles las que están en el interior de la taza porque pueden limpiarse con la escobilla, una especie de arma para atacar a distancia. Son temibles las costras de las tapas, sobre todo cuando exigen la intervención de un estropajo y una bayeta.

También podríamos hablar de la otra pesadilla de quienes limpian cuartos de baño: el vello púbico. No sé qué le pasa a la clase alta estadounidense, pero parece perder el vello púbico a un ritmo alarmante. Lo encuentras en abundancia en los platos de ducha, bañeras, jacuzzis, desagües, incluso incontables en fregaderos. Una vez pasé quince minutos agachada en un enorme jacuzzi para cuatro personas, enloquecida por el esfuerzo de encontrar las pequeñas volutas oscuras, camufladas contra el fondo cerámico color berenjena, pero fascinada por la imagen de los pubis de la élite económica que, a estas alturas, deben de estar completamente calvos.

Hay, por supuesto, cosas peores que pueden hacer los amos, además de cagar y perder el vello. Por ejemplo, nos pueden espiar. Pregunto a una compañera de equipo por qué está prohibido echar maldiciones en las casas y me contesta que se sabe de propietarios que dejan grabadoras funcionando mientras trabajamos. Las videocámaras son también parte de la tradición: las colocan cerca de los objetos de valor para pescar a las empleadas de hogar en el acto de robarlos. Sea todo esto cierto o no, Ted nos estimula a pensar que estamos bajo vigilancia continua en todas las casas.[21] Otros propietarios nos ponen trampas. En una me echa una reprimenda la jefa de equipo por no haber pasado la aspiradora bastante a fondo debajo de las alfombras persas, desperdigadas por los suelos de madera, porque a esa ama de casa le gusta dejar montoncitos de suciedad ahí, sólo para encontrarlos cuando hayamos dado por terminada la faena. Lo más común es que las amas de casa se las arreglen para no salir cuando vamos, para poder vigilarnos mientras trabajamos. Estoy pasando la aspiradora en casa de una pareja de jubilados, se me ocurre mirar dentro de una habitación ya hecha, y me encuentro el enorme culo de la señora —encorsetado en tela color púrpura— mirándome desde el suelo. Jamás habría creído que fuera tan ágil, pero se metió debajo de una mesa de despacho en busca de motas de polvo sin quitar.

Podría decir mucho más de las casas en sí, pero me falta vocabulario para todas las formas de terminado de paredes, materiales de suelos, instalaciones de luz, trebejos de chimeneas, porches y arte estatuario que encontramos. Sobre la decoración de interiores, tengo desde hace tiempo la sensación de que es una lástima que no tengamos pelaje y estemos obligados a vivir bajo techo. Las variadas consecuencias de esta carencia —tal como se manifiesta en la arquitectura, el mobiliario y demás— nunca han conseguido atraer mi atención. Para entender los tics, las pretensiones y la inseguridad de la clase de los propietarios, son mucho más útiles para mí los libros y otros materiales impresos. Me entero de que una de nuestras clientas es «cientóloga»; otra sostiene con orgullo ser descendiente del mismo clan escocés que mis antepasados. Otra ha enmarcado un certificado afirmando que figura en la lista de Quién es quién de las mujeres estadounidenses. En lo que a libros se refiere, en el extremo más bajo del espectro literario —en el que la mayoría de nuestros clientes se demora—

encuentro a Grisham y a Limbaugh; en el más alto hay mucho Amy Tan y, en una ocasión, hasta localicé un Ondaatje. De todas maneras, para la mayoría de nuestros clientes los libros no son más que exhibición. A juzgar por la cantidad de manchas de comida y prendas de ropa tiradas, la vida se desarrolla en la habitación que alberga el televisor con pantalla grande. Los únicos libros que de verdad me ofenden son los antiguos —sin duda comprados a bulto — que a veces están desplegados al extremo de las mesas para producir efecto de curiosidad y «autenticidad», como si los amos pasaran, de verdad, sus momentos libres leyendo títulos de 1920 como Bobsledding in Vermont: One Boy's Adventure. Presionada por el tiempo, veo inevitablemente restringidas mis investigaciones literarias. Para las mujeres de servicio, lo que cuenta es el número de libros por estante: si la cifra es mayor de doce, podemos tratarlos como una masa única y quitar el polvo de alrededor; de lo contrario hay que mover y quitarles el polvo uno a uno por separado.

No todos nuestros señores son ricos. Quizás una tercera o cuarta parte de las casas no sean más que de clase media. Algunas de ellas están muy sucias, probablemente porque no tienen ninguna ayuda para hacer una limpieza superficial entre una y otra de nuestras visitas semanales o quincenales. Pero la división de clases es cosa relativa. Una vez, después de dejar relucientes dos casas cuyo número de ocupantes excedía con creces el número de cuartos de baño (detalle que, junto con los ositos como decoración, es señal evidente de pertenecer a familias de escasos recursos), pregunté a Holly —la jefa de brigada de ese día— si la siguiente casa que aparecía en la lista era de gente «acaudalada». La contestación fue: «Si nosotras limpiamos la casa es gente acaudalada».

Día tras día me asignan al equipo de Holly. Es innegable que ha llegado el otoño. Hay niebla por las mañanas y las calabazas desbordan en los puestos de productos de granja. Por la radio del coche de la empresa, la emisora de rock clásico recuerda el cambio de estación tocando varias veces al día Maggie May: «Estamos a fines de septiembre y, realmente, tendría que estar de vuelta en la escuela». El resto de la gente ha salido rumbo a las oficinas o los colegios. Como la Cenicienta, nosotras quedamos en casas casi

siempre vacías. En la emisora de pop, Pearl Jam transmite el hipnótico Last Kiss, tan dulcemente triste, que sufrir pesares parece una condición envidiable. Nunca comentamos lo que tocan por radio ni lo que ocurre en otras partes del mundo fuera de The Maids y su cadena de casas. En ésta —la más cumplidora y seria de todas las brigadas en las cuales he estado—, la conversación se reduce a las casas que tenemos por delante..., al menos por la mañana. «Murphy, ¿no es la que tardamos cuatro horas en limpiar la primera vez?» «Sí, pero está muy bien cuando has acabado el cuarto de baño principal, en donde tienes que usar un recogedor de estiércol...», etcétera. Otras veces nos pasamos la hoja de ruta y estudiamos cuáles son los «puntos críticos» de los dueños de casa del día, según los señala Tammy. Los puntos críticos típicos son zócalos, alféizares y ventiladores de techo... Por supuesto nunca hablamos de la pobreza, el racismo ni el calentamiento de la tierra.

Es evidente que Holly no se siente bien...; es posiblemente la trabajadora más pálida de todo el estado. No pienso precisamente en la blancura de las caucasianas; pienso en trajes de novia, tuberculosis y muerte. Todo lo que sé de ella es que tiene veintitrés años, está casada desde hace casi uno y, con 30 o 50 dólares a la semana, se las arregla para alimentar al marido y a un pariente anciano. Apenas un poco más de lo que gasto para mí sola. Me sorprendería que antes del desayuno pesara más de cuarenta y cinco kilos, suponiendo que el desayuno figure en su dieta. Durante un turno de ocho o nueve horas, nunca la veo comer más que uno de esa especie de pequeños sándwiches de galletas saladas rellenos con mantequilla de cacahuete. Se diría que la comida no significa nada para ella, si no fuera porque todas las tardes, alrededor de las dos y media ya en el coche, empieza a entablar conversaciones fantasiosas sobre comidas. «¿Qué cenaste anoche, Marge?», pregunta, por ejemplo. Marge es la mayor y más próspera de la brigada —gracias a que el marido trabaja en una pescadería— y, a veces, nos cuenta detalles sobre sitios tan exquisitos como los que propone T. G. I. Friday's. Si pasamos delante de una cafetería, Holly dice: «¿Sabes?, ahí sirven auténtico foursquare —nombre local de helado con frutas y nueces—, con cuatro siropes distintos. Los hay de chocolate, fresa, caramelo, miel, con cualquier helado que pidas. Una vez pedí uno, lo dejé derretir un poco y, oh, Dios mío», etcétera.

Hoy, incluso Marge —que normalmente no habla más que de acontecimientos de su vida que no vienen a cuento («Era la araña más grande...» o «No pone más que un poco de mostaza en los frijoles y ya está...»)— nota lo temblorosa que parece Holly. «¿No es más que una indigestión o tienes náuseas?», pregunta. Holly admite que tiene náuseas y Marge le pregunta si está embarazada. No contesta. Marge vuelve a preguntar y tampoco contesta. «Estoy hablando contigo, Holly, contesta.» Se produce un momento de tensión: Marge pretende arrancarle una respuesta y Holly se defiende con evasivas. Holly, al fin y al cabo jefa de brigada, se impone.

Sólo estamos las tres —Denise ha faltado porque tiene migraña— y, en la primera casa, sugiero que ese día Marge y yo pasemos la aspiradora por toda la casa. Marge no se suma a mi ofrecimiento. No importa porque Holly lo rechaza rotundamente. Me precipito a quitar el polvo, para aliviar el trabajo de Holly todo lo posible. Cuando acabo, corro a la cocina y me encuentro con una escena tan melodramática que, por un segundo, creo haberme salido del vídeo Quitar el polvo para meterme en una película completamente diferente. Holly está en una postura muy poco digna para una jefa de brigada: desplomada sobre el mármol, sosteniéndose la cabeza con las manos. «No debería estar aquí hoy —dice, levantando la cabeza lánguidamente—. Tuve una pelea seria con mi marido. Yo no quería venir hoy a trabajar, pero me dijo que tenía que hacerlo.» La confidencia está tan fuera de lugar que me quedo sin habla. Holly continúa. El problema es que probablemente esté embarazada. Ya van siete semanas y no puede controlar las náuseas. Por eso no puede comer nada y se debilita tanto. Pero quiere mantener el secreto hasta que ella misma se lo diga a Ted.

Una amiga socióloga me había dicho que los oriundos del Maine rural son muy reservados. Consciente de ese detalle, le toco tímidamente el brazo y le digo que no debe hacer lo que está haciendo. Aunque se sintiera muy bien, no tendría que acercarse a los productos químicos que usamos. Debería irse a casa. De lo único que consigo convencerla es de que tome una de las tabletas de proteína pura que toman los deportistas. Siempre las llevo en el bolso por si me falla el sándwich. Al principio la rechaza. Repito el ofrecimiento y dice: «¿De verdad?». Al fin la acepta. La parte en

trocitos con dedos temblorosos y se los mete en la boca. Además me pregunta si querría conducir el resto del día porque no confía en ella: está demasiado mareada.

Por primera vez en mi vida de asistenta, tengo un propósito más imperioso que tratar de descubrir los gustos estéticos de la burguesía de Nueva Inglaterra. Haré el trabajo de dos personas y, si fuera necesario, el de tres. La casa siguiente pertenece a una mujer conocida por Marge y Holly como «la puta de mierda», que resulta ser Martha Stewart o, por lo menos, una acólita incondicional de ella. Todo eso me enfurece. Me irritaría aunque sólo estuviera dejándome caer por ahí de cóctel en cóctel y no trabajando duramente al lado de esa criatura pálida y desnutrida: me irritan la placa de bronce en la puerta, que anuncia la fecha de construcción de la casa (mediados del siglo XVIII); el falso bar con su ostentosa fila de whiskies de malta pura; la cama descomunal con cuatro columnas y dosel; el jacuzzi tan grande que, para entrar en él, se necesita una escalera. Cuando esté lleno, probablemente será posible zambullirse de cabeza. Paso zumbando por los cuartos de baño, me las apaño incluso para terminar la limpieza de la cocina, mientras las otras están todavía en las faenas iniciales. Aparece Marge en la cocina y señala la fila de cacharros de cobre, colgados de un estante cerca del techo. Me informa de que, según nuestras instrucciones, hay que bajarlos uno por uno y darles brillo con el producto especial de la dueña.

Vale. La única manera de llegar a ellos es subir al mármol de la cocina, arrodillarse y alcanzarlos en esa postura. Advierto que no hay cacerolas para cocinar; sólo cacharros decorativos, dispuestos para atrapar rayos de sol perdidos o reflejar las caras de los dueños, sin duda bronceadas y depiladas sin reparar en gastos. El último cacharro es más pesado de lo que esperaba —están ordenados por tamaño— y lo cojo puesta en cuclillas sobre el mármol. Se me resbala de las manos y va a estrellarse contra una pecera, artísticamente adornada con canicas. El pez vuela por los aires, las canicas se desparraman por el suelo y el agua —que en nuestro oficio está considerada como peligrosamente contaminante— lo empapa todo, incluida una pila de libros de cocina: Cucina Simpatica, cantidad de obras ambientadas en Provenza y, sí, Martha Stewart misma. Nadie se enfurece conmigo, ni siquiera Ted cuando

volvemos a la oficina, protegido como está por el seguro para estos casos. Mi castigo es ver la cara aterrorizada de Holly, cuando se precipita en la cocina para ver los destrozos.

Después del accidente, Holly decide que podemos tomarnos un descanso en cualquier sitio de camino. Compro un paquete de cigarrillos y me siento bajo la lluvia para dar unas caladas (hace años que no trago el humo pero, de cualquier manera, ayuda). Entretanto, las otras beben coca-colas en el coche. Tengo que superar este complejo de que me hayan salvado, me ordeno a mí misma. A nadie le gusta ser rescatado cuando ha cometido una torpeza. Hasta mis propósitos parecen turbios en este momento. Sí, quiero ayudar a Holly y a cualquier necesitado. Si fuera posible, a escala mundial. Soy una «buena persona», según afirman las dementes del hogar de ancianas, pero también es posible que sólo esté harta de la insignificancia súbitamente adquirida. Tal vez quiera «ser alguien», como le gusta decir a Jesse Jackson. Alguien generoso, eficaz, valiente y, quizá por encima de todo, notable.

Como colectivo ocupacional, las empleadas de hogar no somos visibles y, cuando nos ven, casi siempre lo lamentamos.[22] En el camino a la elegante residencia a lo Martha Stewart, Marge y Holly se quejan de su altanería cuando una vez se encontraron con ella. Me aventuré a preguntar por qué tantas señoras se muestran hostiles o despectivas con nosotras. «Creen que somos estúpidas», fue la respuesta de Holly. «Piensan que no tenemos nada mejor que hacer con nuestro tiempo.» Marge también se puso súbitamente seria. «Para esa gente no somos nadie —dijo—. Sólo somos sirvientas.» Tampoco somos gran cosa para los demás. Hasta los dependientes de tiendas baratas, tipos que también ganan 6 dólares la hora, parecen mirarnos por encima del hombro. En Key West, mi polo era siempre un tema que daba para entablar conversación. «¿Estás en Jerry's? —podía preguntarme un dependiente—. Yo trabajé en un sitio donde se hacían waffles, justo en el bulevar que sale de ahí.» Pero el uniforme de asistenta tiene el efecto contrario. En un lugar donde nos detenemos a comprar refrescos, una verdadera cafetería con mostrador, quise pedir té helado para llevar. Pero la camarera siguió charlando de pie con una compañera, haciendo caso omiso de mi «Perdón...». Y luego está el supermercado. Solía parar allí en mi viaje de vuelta a casa, pero no

podía soportar las miradas, fácilmente traducibles en: «¿Qué haces tú aquí?» o, «¡No me extrañaría que fuese pobre y se llevara una cerveza en el carro de la compra!». Es verdad, no tengo tan buen aspecto al final de la jornada y probablemente huela a agua de colonia y sudor. Pero es mi brillante uniforme verde y amarillo lo que me delata, como delata el uniforme de preso a un fugitivo. Es posible, se me ocurre, que esté adquiriendo un minúsculo atisbo de lo que sería si fuera negra.

Y mírame ahora, sentada en la acera de una gasolinera, resoplando bajo la interminable llovizna, tan empapada ya de sudor que no me importa. Pienso que las cosas no pueden ser más sórdidas. Pero pueden —¡claro que pueden!—, y lo son. En la casa siguiente estoy sacando la escobilla del váter de la funda cerrada con cremallera, cuando el líquido que se ha ido acumulando a lo largo del día me salpica el pie: cien por ciento extracto de váter, que chorrea por los cordones y me entra en el calcetín. Si en la vida corriente alguien, es un decir, se hiciera pis en tu pie, probablemente te quitarías el zapato y el calcetín, y los tirarías. Pero éstos son los únicos zapatos que tengo. No hay nada que hacer más que intentar ignorar la asquerosidad que me empapa el pie y, como nos exhorta Ted, seguir adelante.

Mensaje para mí de mi yo anterior: cálmate y, sobre todo, distánciate. Si no puedes soportar estar rodeada de gente que sufre, nada tienes que hacer en el mundo de los subasalariados. Ni como periodista ni como nada. Además, tengo mis propios problemas. El más urgente es el del dinero. Mis cálculos iniciales indicaban que podría arreglármelas muy bien con mis dos trabajos... a la larga, si no tenía ningún tropiezo. Pero el primer viernes en The Maids no había cheque alguno para mí puesto que, según me informan, la primera paga de una nueva empleada queda retenida por si se marcha o no acude al trabajo, para evitar que salga corriendo, se la gaste en juergas y no se presente la segunda semana. Además de esos supuestos gastos relacionados con la imprudencia, me sorprende desagradablemente que el alquiler de mi primera semana en el Blue Haven sea de 200 dólares y no de 120: la estación turística no se considera del todo acabada. Encima, aunque mi

apartamento es «amueblado», casi no tenía utensilios de cocina cuando me mudé y me vi obligada a comprar una espátula, un abrelatas, un «cuchillo multiusos», una escoba, etcétera, en el Wal-Mart. Me desenvolveré muy bien cuando empiecen a llegar los cheques de los dos trabajos pero, ahora, ya avanzada la segunda semana con trabajo, preveo un fin de semana de escaseces, incluso contando con los almuerzos gratis en Woodcrest.

¿Hay ayudas para los pobres que trabajan duro? Sí, pero para encontrarla hay que ser persona decidida y no pobre de solemnidad. Un martes, al salir del trabajo, voy en coche hasta la gasolinera Mobil, al otro lado de la calle de The Maids, y llamo a Prebles Street Resource Center, que, en el listín telefónico, figura como un lugar donde se suministra comida gratis y ayuda de todo tipo. Me contesta un mensaje grabado, diciendo que Prebles Street cierra a las tres de la tarde —¡y después hablan de los pobres trabajadores! — y que, de ahí en adelante, pruebe con el 774-AYUDA. Marco el número y espero cuatro minutos, antes de que una voz masculina atienda el teléfono. Le digo que soy nueva en la zona y estoy empleada pero que, de momento, necesito alguna ayuda para comer o asistencia económica. Me pregunta por qué necesito dinero si estoy empleada, ¿no había llevado ningún dinero encima? Lo había gastado en el alojamiento, le digo, que era más caro de lo que esperaba. Bueno, ¿y por qué no averigüé cuánto costaban los alquileres antes de mudarme? Tenía pensado hablarle también de la urticaria, como circunstancia agravante, pero decido que nuestra relación no es tan íntima como para hablarle de mi cuerpo. Al fin cede y me da otro número. Hago una serie de cuatro llamadas más hasta conseguir hablar con un ser humano, Gloria, que me dice debo ir a la despensa de alimentación de Biddeford mañana, entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. ¿Qué le hace suponer que los hambrientos tienen todo el día libre para dar vueltas por ahí, visitando «centros de acción comunitaria» y organizaciones de beneficencia? Entonces Gloria me deriva a Karen, a otro número, a otra organización de buena voluntad, donde me dicen que pertenezco a otro condado. Muy despacio y tratando de adoptar el mismo tono formal que usaría si estuviera llamando para averiguar las condiciones de una tarjeta de crédito, recorro una vez más mis limitaciones geográficas y de tiempo, recalcando que trabajo siete días a la semana, por lo menos ocho horas al día y que

da la casualidad, de que estoy en este momento en su jurisdicción. ¡Bingo! Karen se ablanda. No me puede dar dinero en efectivo, pero hará una llamada y podré recoger un vale para comida en South Portland Shop-n-Save. ¿Qué me gustaría comer?

La pregunta parece frívola o sarcástica. ¿Qué quiero comer? ¿Qué tal pastel de salmón con harina de maíz, salsa de pesto y un buen vaso de J. Lohr Chardonnay? Pero Karen habla en serio. No me puede dar dinero en efectivo porque, Dios no lo permita, me lo puliría en un despacho de bebidas, pero tampoco puede ofrecerme cualquier comida que me apetezca. Mis opciones, me explica, están limitadas a dos: una caja de sopa de fideos, un frasco de salsa de espaguetis, una lata de verduras, una lata de frijoles cocidos, medio kilo de hamburguesas, un paquete de Hamburger Helper o un paquete de Tuna Helper. Nada de frutas ni verduras frescas, nada de pollo o queso y, cosa extraña, nada de echar mano al atún. Para el desayuno me pueden dar cereales y leche o zumo. No está mal. Voy en coche hasta el Shop-n-Save, recojo mi vale (donde está la lista de mis escasas opciones) en el «Servicio al cliente», empiezo a comprar y, sin duda, a ahorrar. Me llevo un cuarto de litro de leche, una caja de cereales, medio kilo de carne picada y una lata de frijoles. Me imagino que, con las últimas dos cosas, podré hacer una especie de chili o, por lo menos, frijoles fritos con carne. Afortunadamente, la cajera no cuestiona que cambie los frijoles frescos por los cocidos. Intento agradecérselo, pero mira hacia otro lado, a nada en particular. Balance final: comida por un valor de 7,02 dólares, adquiridos en setenta minutos de llamadas y viajes, menos 2,80 dólares de llamadas telefónicas que, a fin de cuentas, es el equivalente a un salario de 3,63 dólares la hora.

Luego están los fines de semana en Woodcrest. He tratado de asumirlos como auténticos fines de semana. Como si, después de haber pasado los días laborables en tareas triviales, en gran parte dedicada a cuidados cosméticos, hubiera decidido variar y dedicarme a algún trabajo voluntario para hacer algo útil. «Tiene que ser muy deprimente», me escribe mi hermana, por supuesto también huérfana de un Alzheimer. Pero no es así en absoluto. Una vez que te unes al olvido de las residentes —sin acordarte de que una vez eran seres humanos en ejercicio de sus funciones—, puedes pensar en ellas como si fueran una pandilla de niñas marchitas que

participan en una merienda festiva. Además, comparadas con las mujeres de The Maids, mis compañeras de trabajo en Woodcrest son una piña entusiasta y extrovertida, aunque las caras suelen cambiar de un fin de semana a otro. Me forjo un poco de espacio apartada de Pete —en parte porque no quiero caer en el hábito social del fumador—, llego al nivel del «Eh, ¿qué tal?» con una docena o así de cocineros, enfermeras, ATS y otras ayudantes de dietista. En general, gozo de autonomía y libertad de movimientos minuto a minuto. Los fines de semana están notoriamente libres de supervisión y Linda, que de cualquier manera tiene poco de dictadora, rara vez aparece después del primer día. Puedo empezar a poner las mesas o a barrer por donde quiera; nada de esa pesadilla «de izquierda a derecha» o «de lo alto a lo bajo». Puedo decidir si necesitamos más helado a la hora del almuerzo y si será de chocolate ondulado o fresa. Si una residente rechaza las ofertas de pollo o las albóndigas que figuran en el menú, puedo proponerle la alternativa que se me ocurra: «¿Qué le parece un buen sándwich tostado de queso y una sopa de tomate?». Lavo las servilletas y los manteles cuando me parece.

Tantas libertades son a veces excesivas y, en consecuencia, el ajetreo es constante. El sábado siguiente al incidente de la pecera, llego a las siete y me encuentro con que mi compañera de ese día está ausente sin permiso. Seré la única ayudante de dietista en la sala cerrada con llave de las Alzheimer. Es más, ni Pete ni ningún otro cocinero de la cocina principal parece estar disponible para cumplir con su tarea habitual de la hora del desayuno: cargar los platos hasta la pequeña cocina de la sala, mientras yo sirvo. Los «es más» se multiplican. Resulta que el lavavajillas de arriba, el que está adjudicado a la sala de las de Alzheimer, está roto. Quiere decir que hay que hacer el prelavado de la vajilla arriba, después arrastrarla escaleras abajo en el carro, hasta el lavavajillas que funciona justo al lado de la cocina principal. Como desdichado toque final, se ha perdido el juego de llaves para entrar en la cocina de arriba, que, como es lógico, está fuera de la sala cerrada con llave. Por lo tanto, tengo que rastrear a una enfermera cada vez que necesito abrir la puerta. Tengo pocos recuerdos de este día y las notas de mi diario tienen el tono angustioso y lleno de pánico de un e-mail enviado por una escaladora del Everest a quien se le ha acabado el último balón de oxígeno: «Tirar restos y enjuagar los

platos. Cargarlos en el carro y hacer el primer viaje al lavavajillas de abajo, que está en funcionamiento. Apartar los artículos comestibles no consumidos (sirope, leche, etcétera). Subir la primera carga de platos limpios y colocarlos en la despensa de arriba. Recoger los manteles, individuales y servilletas; meterlos en la lavadora. Barrer bajo las sillas. Pasar la aspiradora alrededor». Conseguí hacerlo gracias a las asistentas de enfermería, que me echaron una mano durante el servicio, y gracias también a una lección que aprendí cuando hacía de camarera en el Jerry's: no te detengas, no pienses, no hagas una pausa ni siquiera por un instante porque, si lo haces, te darás cuenta del cansancio que se ha apoderado de tus piernas y ese cansancio te ganará.

Después del trabajo decido visitar el parque estatal, donde Pete había amenazado con llevarme, para apropiarme de un trozo de este otoño espléndido. Los niños trepan las enormes rocas negras esparcidas por ahí, al borde del océano. En condiciones normales yo también lo haría, pero las piernas, que tan bien me han respondido durante horas, en este momento parecen de plomo, de modo que me conformo con sentarme en una de las rocas y mirar... ¿Qué es este disparate de permitir a cualquiera que pase por la calle hacerse cargo por un día de un hogar de ancianas o, al menos, de una parte vital de él?[23] Es cierto que ése fue el único trabajo donde estudiaron verdaderamente mis antecedentes. Pero ¿qué habría ocurrido si yo hubiera sido de esa clase de trabajadoras sanitarias —ángeles de la muerte— que deciden librar a sus pacientes de su nebulosa vida a medias? Y, además, me pregunto qué efectos tendrá sobre cualquier persona llevar a lo largo de los meses esa forma de vida que significa no tener ningún día libre. En mi oficio de escritora trabajo normalmente los siete días de la semana, pero la escritura alimenta el ego, no la supervisa nadie y, de vez en cuando, se cosechan elogios. Aquí nadie notará mis heroicidades de ese turno del sábado. (Luego me encargo de contárselo a Linda y sólo recibo una distraída inclinación de cabeza.) Si te deslomas en trabajos de ínfima categoría trescientos sesenta días y pico al año, ¿se establece algún tipo de daño irreversible en el espíritu?

No sé, ni intento averiguarlo, pero puedo imaginar que uno de los síntomas es el de sentirse metida en un túnel sin salida. El trabajo ocupa todo el horizonte; la imagen de los compañeros de trabajo se

distorsiona hasta adquirir las dimensiones de miembros de la familia o de enemigos mortales. Los desaires ocupan un lugar preponderante y una reprimenda puede seguir retumbando en la cabeza por la noche. Si cometo algún error cuando paso la aspiradora —cosa que sucede bastante a menudo—, cabe esperar que pase parte de la tarde reviviéndolo y tratando de refutar la reprimenda: «La cinta no dice pasar a medias debajo de cada alfombrilla», o cosas por el estilo. No es que yo recuerde la cinta. La noche del sábado, después de mi actuación como solista en Woodcrest, me despierto a las tres de la mañana, aferrada a la teoría de que Pete me había tendido una trampa intencionadamente. Él tendría que haber estado ahí conmigo cargando platos, pero debía de estar cabreado porque yo no había vuelto a aparecer por las citas para fumar un cigarrillo y decidió que diera un patinazo. Como pude descubrir, la teoría no tenía ningún fundamento: el sábado siguiente, Pete me lleva un Egg McMuffin casero para darme un gusto. Pero el hecho de que yo estuviera desperdiciando un tiempo precioso de sueño, imaginando que me habían dado una puñalada trapera, es bastante alarmante. ¡Ya está bien, tía, contrólate!

En mi tercera semana en The Maids, el objetivo es lograr un estado de impasibilidad ilimitada. El enfado intoxica, como dicen los New Agers, y, de cualquier modo, no hay indicio alguno de que mis compañeras de trabajo compartan mi indignación por nuestras condiciones laborales. Al menos, no abiertamente. Sólo he visto evidencias de dos formas de rebelión y ninguna de las dos desafía la pirámide de jerarquía social que tenemos encima. Una es el robo. Nunca he visto robar a nadie pero la posibilidad es un trasfondo constante en la disciplina y las tradiciones de The Maids. Por ejemplo, los uniformes chillones y los relucientes coches verdes y amarillos han sido probablemente diseñados para distinguirnos de la multitud de ladrones corrientes. Y sospecho que la razón de que los pantalones no tengan bolsillos traseros es la de disuadirnos de llenarlos con joyas o monedas. Algunos propietarios dejan a la vista nidos de monedas, incluso fajos de billetes sueltos, quizá con una cámara de vídeo enfocada hacia ellos para pescar en el momento del hurto a alguna mano larga o a cualquier muchacha demasiado hambrienta. En una reunión matinal, Ted nos informa con tono muy grave de que acaba de ocurrir «un incidente» y de que quien lo ha

perpetrado ya no está entre nosotros. Esas cosas no pasan casi nunca, dice, porque la prueba Accutrac es casi al cien por cien fiable para desbrozar la mala hierba de personas deshonestas (debo de haber sido la excepción porque a mí, desde luego, no me detectaron).

La otra forma de rebelión consiste en violar públicamente el código de The Maids referente al decoro. A un par de mis compañeras —jefas de brigada— les encanta apretar el pedal y aterrorizar a los vecinos elegantes a quienes servimos. No me sorprendería que hayan llegado quejas a Ted sobre determinada vuelta en coche, durante la cual la conductora (a quien no se puede identificar ni siquiera por su nombre inventado, a menos que otras características la delaten) decidió dar vueltas chillando por un vecindario donde tenemos varios clientes, poniendo a todo volumen una cinta de rap, la mayor parte de cuya letra era la frase «que te den por culo», más otras pervertidas variantes. Mientras tanto, un sujeto con aspecto de propietario, que empujaba un cochecito, se moría de vergüenza en la acera. Nos reíamos como tontas en el asiento trasero, aferradas a los brazos de los asientos, tratando de no marearnos. Esa forma de rebelión sólo amenaza a los raros viandantes de la clase dominante. Mis compañeras parecen satisfechas de ocupar un pequeño hueco al mismo borde del abismo de la desigualdad de clases. Después de todo, si no hubiera gente con dinero, espacio y pertenencias más que de sobra, sería difícil que hubiera empleadas de hogar.

Así, poco a poco, mientras friego, paso el multiusos y saco brillo, improviso una filosofía de laudable desapego y recurro al Jesús a quien bloquearon la entrada en la carpa del «despertar» religioso; el que dijo que los últimos serían los primeros y que, si alguien te pide la capa, le des también la túnica. Añado un toque de budismo de segunda mano, que recuerdo por la reseña que hizo una amiga de un monasterio al norte de California, donde gente rica paga para pasar fines de semana meditando y haciendo trabajos humildes, tareas domésticas incluidas. Solté una carcajada cuando oí hablar de ese monasterio por primera vez. Pero, ahora, la imagen de magnates «punto-com» fregando por el bien de sus almas me parece un flotador psíquico. Está además el hecho —contado por mi hijo en una conversación telefónica— de que Simone Weil trabajó en una ocasión en una fábrica con algún propósito metafísico que no

pude entender del todo, de modo que añado algo de eso a la mezcla. En la hermosa fantasía resultante, yo no trabajo como empleada de hogar; más bien me he sumado a un orden místico, dedicado a desempeñar alegremente las tareas más despreciadas. En realidad, me siento casi agradecida y no espero recompensa por esta oportunidad de ganar la gracia a través de la sumisión y el trabajo duro. Si quiere, Holly puede desangrarse hasta morir delante de mí y consideraré que ha sido especialmente favorecida por un Dios inescrutable, más o menos como era Jesús. Decido no quejarme siquiera de que me hayan retenido mi primer talón ni de que nos timen todos los días. Nos dijeron que estuviéramos en el trabajo a las siete y media, pero el tiempo no empieza a contar hasta las ocho, cuando salimos en los coches. Tampoco nos pagan la media hora que más o menos pasamos en la oficina al final de la jornada, separando los trapos sucios y volviendo a llenar los envases de nuestros productos de limpieza. ¿Por qué quejarse de que no nos paguen ese tiempo, cuando la gente del monasterio budista paga de su bolsillo por hacer el mismo trabajo?

El talante exaltado dura alrededor de un día, e incluso durante ese tiempo tengo recaídas. Por ejemplo, cuando en una enorme y espléndida casa de campo, con las paredes pintadas a mano, encuentro un estante lleno de arrogantes elogios neoconservadores del statu quo —dadas las circunstancias, personalmente ofensivos —, considero la posibilidad de recurrir a la guerra bacteriológica contra los dueños, armas que llevo en los bolsillos del delantal. Todo lo que tendría que hacer es coger uno de los trapos empapados en E. coli enriquecido, con el que he limpiado los baños, y utilizarlo para «limpiar» los mármoles de la cocina... Un plan que me entretiene durante una hora o más. Pero, cosa bastante extraña, es la casa de un budista auténtico, que hace trizas las modas consagradas. Encontramos muchas señales de «espiritualidad» entre los dueños: libros como Ten Things I Learned about Life in My Garden [Diez cosas que aprendí de la vida en mi jardín] y, en las paredes, inspirados tapices incitando a la meditación. Pero éste es el hogar de un budista genuino —desde luego, un caucasiano converso —, con libros zen en rústica y todo, más un buda de casi un metro de alto en el salón, con una nota fijada en la frente serena y sin arrugas, advirtiendo que no debemos tocarlo, ni siquiera para quitarle el polvo.

Al marcharnos con nuestras acostumbradas prisas para llevar los cubos al coche, Holly tropieza en un socavón. Se cae y pega un grito. Doy vueltas a su alrededor y llora. Su cara pasa de la palidez mortal al carmesí. «Me he roto algo —solloza—; oí el chasquido.» Le ayudo y ordeno a Marge —que se ha quedado ahí parada con la boca abierta— que la coja por el otro brazo. «Tenemos que llevarla a urgencias —digo— para que le hagan una radiografía ahora mismo.» Pero no, sólo consiente en llamar a Ted desde la siguiente casa, aunque sea Denise quien tenga que conducir. Sigo tratando de convencerla en el coche, discurseando sobre fracturas y esguinces, como si de verdad supiera algo del tema. Holly sigue llorando y hablando de los días de trabajo que ha perdido en las últimas semanas... Las otras no parecen oírnos a ninguna de las dos.

Cuando llegamos a la casa, Holly me deja que le mire el tobillo y, mientras estoy inclinada sobre él —no hay nada que pueda ver—, susurra que el dolor es ahora verdaderamente insoportable. «No puedes apoyarte —digo—, ¿me oyes, Holly? No puedes apoyarte en ese tobillo.» A pesar de todo, sólo accede a llamar a Ted desde el teléfono de la cocina. Me quedo a su lado, escuchándola disculparse melodramáticamente ante él y siento que el laudable desapego zen se desliza de mí, igual que se me desliza el sudor por la cara. Alargo la mano e insisto en que me dé el teléfono. Las primeras palabras que oigo, casi antes de poder decir «oiga», son: «Tranquilícese, Barbara, no se ponga así», aunque ya es bastante mayorcito para saber que «no se ponga así» en general no sirve más que para incitar a la cólera.

Estallo. No soy capaz de recordar las palabras exactas, pero le digo que no puede seguir poniendo el dinero por encima de la salud de sus empleadas y que no quiero ni oír hablar de «seguir adelante», porque esta chica está realmente mal. Pero él sigue con el «no se ponga así» y, entretanto, Holly está que trina en el cuarto de baño, quitando vellos púbicos.

Cuelgo el teléfono y voy detrás de Holly al cuarto de baño, resuelta a ponerme firme. ¿Debo decirle: «Mira, la verdad es que tengo educación universitaria y un doctorado, no puedo quedarme de brazos cruzados y...»? Pero sonaría a disparate y ¿le importaría algo a Holly? Por lo que sé, el marido le pega si falta al trabajo. Hago

entonces lo único que se me ocurre y le digo: «Yo no voy a trabajar si no quieres ir al médico. Al menos siéntate con el pie en alto, mientras nosotras hacemos tu trabajo». Miro a Denise, asomada al cuarto de baño, detrás de nosotras, para que me apoye. «Esto es un paro. ¿Has oído hablar alguna vez de eso? Esto es una huelga.» Denise se limita a volver a su faena, levantando la cara crispada de vergüenza o, tal vez, de aversión.

«No voy a hacer más que los baños», dice Holly para aplacarme.

«¿Cómo, con un pie?»

«Vengo de una familia de testarudos.»

«¡Yo también, coño!»

Pero los antepasados de Holly pudieron más que los míos. La jefa de brigada que hay en ella prevalece sobre la madre que hay en mí. De cualquier manera, si me largo, ¿adónde voy a ir? Fuera, los caballos pastan en una pradera, las aves migratorias bajan en picado y levantan el vuelo en perfecta formación. No tengo la menor idea de dónde estoy: ¿al norte o al este de Portland? Podría llamar un taxi, pero no tengo dinero en efectivo suficiente para pagar el viaje a casa, ni allí tampoco tengo. Podría montar uno de los caballos, si supiera montar, y galopar de pradera en pradera, a través de los patios y las carreteras, hasta llegar al mar. Y lo único que conseguiría marchándome, suponiendo que tuviera manera de hacerlo, sería aumentar el trabajo de las otras tres, Holly incluida, porque dejó muy claro que seguirá adelante hasta que le arranquen el último estropajo de sus manos frías y agarrotadas.

De modo que no hay nada que hacer más que tragar quina. Tiemblo de rabia (contra Ted), me siento traicionada (por Marge y Denise) y, sobre todo, por mi absoluta y abyecta resignación. Me echo a los hombros la aspiradora y me amarro a ella. No es fácil fijar la vista en las alfombrillas desperdigadas por ahí cuando todo lo que ve mi retina es la pradera incendiada al rojo vivo, devorando una casa tras otra mientras arde. Estropeo la función, según señala Denise —ahora con evidente mala intención—, y tengo que hacer la planta baja otra vez. Durante todo el trayecto en el coche sólo se oye el silencio y ninguna me mira, excepto Marge, que, como de

costumbre, se ha mantenido al margen. Luego Holly entabla una de esas conversaciones pornográficas sobre comida que tanto le gusta iniciar a última hora de la tarde. «¿Qué vas a hacer de cenar esta noche, Marge?... ¿Ah, sí, con salsa de tomate?»

Estoy sentada en el coche durante el largo viaje de vuelta, tratando de mantener viva mi indignación, ensayando lo que voy a decir a Ted, cuando me despida por insolente. «Mire —le diré—. Estoy dispuesta a aguantar la mierda y los mocos o cualquier otra sustancia asquerosa que se me ponga por delante en este tipo de oficio. Sólo le hago remilgos al dolor humano. Lo siento, traté de pasarlo por alto, pero socava mi eficiencia tener que trabajar al lado de gente que llora, se desmaya, está hambrienta o sufre por la razón que sea... De modo que sí, búsquese usted a alguien más fuerte que yo.» Le diré eso o le soltaré algún otro discurso severo. Cuando estamos a un par de manzanas del despacho, Marge se vuelve hacia mí con lo que parece piedad. Sé que Marge no sale muy bien parada de esta historia. Habíamos tenido alguna larga conversación íntima sobre hormonas, antidepresivos y otras cuestiones de mujeres de mediana edad. También hubo un día en que nos estuvimos tomando el pelo por sudar tanto y, luego, cuando la casa estuvo terminada, salimos corriendo juntas bajo la lluvia, echamos la cabeza hacia atrás, estiramos los brazos y nos reímos como desquiciadas. Me encariñé con ella por eso. Ahora me dice: «Pareces cansada, Barbara». La palabra es derrotada, pero sólo digo —en voz bastante alta para que me oigan Holly y Denise, que van delante—: «Me estoy preparando para tener un enfrentamiento con Ted».

«No va a despedirte —me dice Marge alegremente—. No te preocupes por eso.»

«Oh, no es eso lo que me preocupa. Hay millones de trabajos por ahí. Fíjate en los anuncios.» Denise se vuelve hacia mí de perfil, para mirarme sin comprender. ¿No miran las ofertas? ¿No se dan cuenta de que esa gran abundancia significa que tienen a Ted cogido por el cuello y pueden pedir casi cualquier cosa, digamos 7,50 dólares la hora, calculados desde el momento en que se presentan por la mañana hasta el momento en que acaban de entregar los trapos al final de la jornada?

«Pero te necesitamos», dice Marge. Y, a continuación, como si la

frase le pareciera demasiado afectuosa: «No puedes dejar plantado a Ted sin más ni más».

«¿A qué viene eso de preocuparse tanto por Ted? Ya encontrará a alguien. Tomará a cualquiera que se las arregle para presentarse sobria a la siete y media de la mañana. Sobria y bien plantada.»

«No —interviene finalmente Holly—. Eso no es cierto. No puede cualquiera conseguir este trabajo. Tienes que pasar el test.»

¿El test? ¿El test Accutrac? «¡El test —casi aúllo— es una mierda! ¡Cualquiera puede pasar el test!»

Es una torpeza imperdonable. Primero porque es ofensivo, especialmente para Holly y su susceptible sentido profesional, que la hace seguir adelante a pesar de la enfermedad y la lesión. Por lo que sé, el test fue para ella un desafío a la instrucción básica. Aquí todo el mundo sabe leer, pero Holly me ha preguntado a veces cómo escribir ciertas palabras, llevar o acabado, que necesita para informar de cualquier «incidente» que ocurra. Segundo, desde luego, porque va contra las normas decir «tacos» en un coche de la compañía. Además, ¿dónde está mi profesionalidad, el distanciamiento periodístico, que se suponía me guiaría y sostendría en cada palmo del camino?

La furia mal dirigida no es fácil de mantener. Las últimas chispas se apagan, como se merecen, en las aguas heladas de la humillación y la derrota. Holly me odiará para siempre, estoy segura, tanto por haber desafiado su autoridad de jefa de brigada, como porque he tenido ocasión —ahora más de una vez— de verla llorosa y asustada. Denise me odiará, es natural, por montar una escena que la ha hecho sentirse incómoda o, simplemente, por haber atrasado el trabajo. Marge lo olvidará todo. Pero incluso ahora, meses después, no tengo ni idea de cómo habría tenido que haber manejado la situación. En primer lugar, ¿manteniendo la boca cerrada cuando Holly se cayó? ¿O haciendo mi huelga unipersonal hasta que —quién sabe— ella hubiera cedido y nos hubiera dejado llevarla al servicio de urgencias más próximo o, al menos, obligarla a sentarse? Lo único que sé con seguridad es que llegué a lo más bajo que pude llegar en mi vida de empleada de hogar y, probablemente, también en la mayoría de las vidas de los demás.

Ted no me despide. A la mañana siguiente tropiezo con Holly en el parking. Cojea de mala manera y vuelve a su coche. «¿Puedes creerlo? —dice, dirigiéndose a Marge, que llega en ese momento—. ¡Ted me manda a casa!», como si se tratara de una injusticia arbitraria. Si Marge no hubiera estado ahí, habría dicho algo como «Lo siento» y «Por favor, cuídate». Pero dejo pasar la ocasión y mi triunfo, si es que lo es, sabe amargo. En la oficina, Ted me agradece mi «preocupación» y dice que ha seguido mi consejo, y ha mandado a Holly a casa. Pero —tiene que haber un «pero»— ya sabe que no es posible ayudar a quien no quiere ser ayudado. «Creo que es la madre que hay en mí», es mi pobre excusa. A lo cual él responde tentativamente: «Bueno, yo también soy padre y no por eso dejo de ser una persona». Tengo la satisfacción de poder decir que, con mucha serenidad, le contesto: «Es de suponer que eso lo hace más persona». Como es lógico, no soy quien se queda con la última palabra. Un par de días más tarde salgo con Holly, que todavía cojea y sigue tratándome como si no fuera un ser humano, como si fuera un producto de limpieza no demasiado de fiar —un producto que expele sustancias indeseables—, cuando recibe una llamada de Ted por el móvil, pidiéndole que me lleve de vuelta a la oficina para salir con otra brigada que tiene por delante la dura tarea de limpiar la casa de un cliente nuevo. ¿Por qué yo? No lo sé, tal vez sólo quiera hablar conmigo. Lo primero que dice cuando salimos —él y yo solos en el coche— es lo bien que lo estoy haciendo. No recibe más que elogios de mí, de manera que me va a aumentar el jornal a 6,75 dólares la hora. No lo puedo creer: ¿hacer polvo una pecera y amenazar con cruzarme de brazos es hacerlo bien? Enseguida pasa a insistir en que él no es una mala persona, tendría que haberme dado cuenta, y que se preocupa mucho por sus chicas. Tiene algunas muy buenas, como Holly y Liza, pero hay otras descontentas y lo único que desea es que dejen de irle con quejas. Ya sé lo que quiere decir, ¿verdad? Me está dando pie para que suelte unos cuantos nombres. Así es cómo opera Ted, según alegan mis compañeras: a fuerza de chivatazos y de enfrentar a una mujer con otra. Por ejemplo, nos ha dicho que, si alguna falta, es cosa nuestra llamarle la atención porque somos nosotras las perjudicadas si las brigadas se quedan escasas de mano de obra. Aprovecho la ocasión para hacerle la pregunta que me ha estado rondando por la cabeza, desde la caída de Holly. ¿Se le pagará el día en que él la mandó a casa, puesto que, al fin y al cabo, se lesionó estando en el

trabajo? «Oh, claro que sí», pero su sonrisa parece un poco forzada. «¿Cree usted que soy un ogro?» Pues bueno, no, no es un ogro. Aunque no la digo, la palabra que pienso es «chulo».

¿Por qué aguanta alguien esto, si hay tantos otros trabajos disponibles? Una de las mujeres sí se marcha para trabajar en algo que, según insiste, es mejor: atender un mostrador en un Dunkin' Donuts. Pero hay razones de peso para quedarse pegadas en The Maids: cambiar de trabajo significa quedarse una semana, y tal vez más, sin el talón de la paga; después está el atractivo de las llamadas «horas de maternidad», aunque en la práctica con frecuencia terminemos de trabajar a las cinco. Otro factor menos tangible es el aliciente de la aprobación de Ted. Ese aliciente, tanto como el dinero, es lo que mantiene a Holly aguantando las náuseas y el dolor. Incluso algunas de las mujeres más vitales y atrevidas parecen desmesuradamente sensibles a la opinión que Ted tiene de ellas. Saber que Ted les ha sonsacado información puede estropearles el día; saborean la menor alabanza durante semanas. El último día de trabajo de Pauline, veo el poder que ejerce su aprobación con más claridad. Pauline tiene sesenta y siete años y lleva más tiempo aquí que ninguna otra —dos años—, tiempo suficiente para merecer una mención en el boletín publicado en los cuarteles generales de la empresa. Hace mucho que le falla la espalda, pero se marcha ahora porque tiene programada para dentro de dos semanas una operación de rodilla, a consecuencia, dice ella, de tanto fregar suelos. Sin embargo, Ted no habla de su partida en la reunión matinal de su último día de trabajo. Tampoco le da las gracias en privado ni le desea buena suerte al final de la jornada. Lo sé porque le ofrezco llevarla a casa ese día, ya que quien de costumbre la lleva no ha aparecido. Mientras avanzamos por las calles lluviosas de South Portland, habla de la operación y de las semanas que tardará en recuperarse, para luego verse obligada a salir en busca de otro trabajo, preferiblemente uno que no exija doblarse, agacharse y levantarse tanto. Pero habla sobre todo de Ted y de su sensación de sentirse ultrajada. «Nunca le gusté, desde que dejé de pasar la aspiradora por culpa de mi espalda —dice—. Le he preguntado por qué cobro menos que nadie —creo que se refiere a alguien con su antigüedad—, y me dice, "Bueno, si pudiera usted pasar la aspiradora…".» No hay amargura en su voz, sólo la tristeza mortal de no tener por delante, al final de su vida,

más que las calles grises y la lluvia.

La gran pregunta es por qué significa tanto la aprobación o desaprobación de Ted. Hasta donde puedo imaginar, la indefensión de mis compañeras —porque eso es lo que es— tiene su origen en penurias crónicas. Las amas de casa no nos van a agradecer una faena bien hecha y, bien sabe Dios, la gente de la calle no nos va a saludar como heroínas del proletariado. Nadie va a enterarse de que el mármol sobre el que cortan las rebanadas de la baguette de la noche ha sostenido poco antes a una mujer desfallecida, ni va a decidir darle una medalla por su valentía. Después de haber pasado la aspiradora por diez habitaciones y darse tiempo todavía para fregar el suelo de la cocina, nadie va a decir: «¡Caramba, Barbara, qué bien lo haces!». Se supone que el trabajo te libra de ser una «marginada», como dice Pete, pero el que hacemos es un trabajo de marginadas, invisible y hasta repulsivo. Porteras, empleadas de hogar, lavaplatos, ATS que cambian pañales geriátricos..., ésas son las intocables en una sociedad democrática, supuestamente libre de castas. De ahí el inmerecido carisma de un hombre como Ted. Puede ser avariento y brusco hasta la crueldad pero, en The Maids, es la única representación viva de ese mundo mejor, donde la gente va a la universidad, no lleva uniforme y sale de tiendas los fines de semana para entretenerse. Si, por alguna razón, hay escasez de casas que limpiar, Ted mantendrá a una brigada ocupada, mandándola a limpiar su propia casa, que, según me cuentan, es «verdaderamente preciosa».

O tal vez sea que el trabajo de los subasalariados en general tiene el efecto de hacerte sentir un paria. Cuando por la noche miro la televisión después de cenar, veo un mundo donde casi todos ganan 15 dólares la hora o más. Y no estoy pensando solamente en los presentadores. Las series y los dramas giran alrededor de diseñadores de moda, maestros o abogados, de manera que, para una trabajadora en lugares de comida rápida o una auxiliar de enfermería, es muy fácil llegar a la conclusión de que ellas son una anomalía: las únicas o casi las únicas que no están invitadas a la fiesta. Y, hasta cierto punto, tendrían razón: los pobres han desaparecido de la cultura en general, a fuerza de retórica política y esfuerzos intelectuales. Hasta las religiones parecen tener poco que decir sobre las dificultades de los pobres. La «carpa del despertar»

es un buen ejemplo. Al final, los mercaderes han echado a Jesús del templo.

Mi última tarde, trato de explicar a las mujeres de la brigada del día quién soy y por qué estoy trabajando aquí. Es un grupo con mucha más garra que la brigada habitual de Holly. Mi confesión atrae tan poca atención que debo repetirla: «¿Queréis oírme? Soy escritora y voy a escribir un libro sobre este sitio». Al final, Lori se vuelve desde el asiento delantero y hace callar a las otras diciendo: «Eh, vosotras, esto es interesante —y se dirige a mí—: «¿Estás algo así como investigando?».

Bueno, no precisamente este lugar ni exactamente «investigando», pero Lori ha captado la idea. Se desternilla de risa. «¡A este sitio no le vendría mal alguna investigación!» Ahora todas parecen pendientes del asunto —no de quién soy ni de lo que hago— pero, sea cual sea mi juego, para ellas mi «víctima» es Ted.

Por lo menos, ahora que ya estoy «fuera», hago la pregunta que todo el tiempo he estado queriendo hacer: cómo se sienten, no con respecto a Ted sino con respecto a los propietarios de las casas, que tanto tienen, mientras otros como ellas no hacen más que ir tirando. Ésta es la respuesta de Lori, que, a los veinticuatro años, tiene una hernia discal grave y una deuda de 8.000 dólares en su tarjeta de crédito: «Todo lo que se me ocurre es pensar que me gustaría tener algo así algún día. Eso me motiva y no tengo el más ligero resentimiento porque, ¿sabes?, mi objetivo es llegar adonde ellos - están».

Colleen, madre soltera de dos hijos que habitualmente es sincera y vivaz, fija la mirada en algún lugar frente a ella, desde donde quizás el antepasado que huyó de la hambruna de las patatas le devuelve la mirada. Está tan concentrada como yo en lo que va a decir. Y ésta es su respuesta: «A mí realmente no me importa porque supongo que soy una persona corta de miras y no pretendo lo que ellos tienen. Quiero decir que eso no significa nada para mí. Lo que sí me gustaría es tener un día libre de vez en cuando..., si fuera posible..., y aun así poder comprar provisiones al día siguiente».

Trabajo un último día en Woodcrest y luego me doy de baja por enfermedad. ¡Lo siento, Linda, Pete y todas ustedes, dulces y

dementes señoras! El domingo hago una visita a Lori y le dejo darse el gusto de devolver mis uniformes a Ted y explicarle mi partida como mejor le plazca.

■

[10] También en Cape Cod la subida de alquileres de apartamentos y casas ha arrastrado a la clase trabajadora a moteles, donde una habitación puede costar 880 dólares en un mes de invierno, pero 1.440 en la temporada turística. El Cape Cod Times cuenta que familias de cuatro miembros viven hacinadas en una habitción, cocinan en microondas y comen sentadas en las camas. (Datos de K. C. Myers, «Of Lasr Resort», Cape Cod Times, 24 de junio de 2000.)

[11] En el New York Times Magazine del 17 de octubre de 1999, p. 28, Margaret Talbot dice que «el sondeo de personalidad en los centros de trabajo ha adquirido niveles sin precedentes» y ahora sostiene una industria de 400 millones de dólares al año.

[12] El Bureau of Labor Statistics [Departamento de Estadística Laboral] descubrió, en 1998, que «las trabajadoras domésticas a tiempo completo y las sirvientas» tenían una entrada media de 223 dólares a la semana, es decir, 23 dólares por debajo del nivel de pobreza para una familia de tres miembros. Nuestra retribución en The Maids por cuarenta horas de trabajo a la semana sería de 266 dólares, o sea, 43 dólares por encima del nivel de pobreza.

[13] Los servicios de limpieza nacionales y hasta los internacionales como Merry Maids, Molly Maids y The Maids International —todos los cuales han surgido desde los años setenta— controlan ahora entre el 20 y el 25 por ciento del negocio del servicio doméstico. En un artículo de 1997 sobre Merry Maids, el Franchise Times informa lacónicamente: «[...] esta categoría ha prosperado con rápidez, el ramo está muy de actualidad, puesto que los estadounidenses buscan comprar trabajo, incluso en casa» («72 Merry Maids», Franchise Times, diciembre de 1997). No todas las empresas de servicios de limpieza tienen éxito; hay un gran porcentaje de fracasos entre los servicios informales, los servicios de papá-mamá, como uno al que llamé por teléfono donde ni siquiera por cubrir el

expediente me propusieron una entrevista...; todo lo que tenía que hacer era presentarme a las siete de la mañana del día siguiente. El auge está concentrado en las empresas nacionales e internacionales —como Merry Maids, Molly Maids, Mini Maids, Maid Brigade y The Maids International— que, cosa bastante curiosa, tienen nombres que realzan la palabra más antigua de la industria [sirvienta] aunque, en ocasiones, la «sirvienta» sea varón. Merry Maids sostenía estar creciendo a un ritmo del 15 al 20 por ciento al año en 1996. En entrevistas concertadas después de dejar Maine, portavoces de Molly Maids y de The Maids International me dijeron que su volumen de operaciones está creciendo un 25 por ciento cada año.

[14] Los salarios de las mujeres de la limpieza, sus impuestos de la Seguridad Social, sus permisos de trabajo, sus dolores de espalda y el cuidado de sus hijos, sólo conciernen a la compañía, es decir, al dueño de la franquicia. Si hay quejas por una u otra parte, se dirigen al dueño de la franquicia: los clientes y los auténticos trabajadores no necesitan relacionarse entre sí nunca. Puesto que el dueño de la franquicia es por lo general una persona blanca de clase media, los servicios de limpieza son una solución ideal para cualquiera que sea lo suficientemente sensible como para considerar la tradicional relación patrón-sirviente moralmente vejatoria.

[15] No sé qué proporción de mis compañeras de trabajo en The Maids de Portland ha estado en el paro, pero el dueño de la franquicia de The Maids en Andover (Massachusetts) me dijo en una conversación telefónica que la mitad de sus empleadas eran antiguas beneficiarias del paro y que son tan dignas de confianza como cualquiera.

[16] Cuando expliqué los métodos empleados por The Maids a la experta en limpieza de casas Cheryl Mendelson —autora de Home Comforts—, se mostró incrédula. Un trapo mojado en desinfectante no limpia un mármol, me dijo, porque la mayoría de los desinfectantes se desactivan en contacto con materia orgánica, es decir, con la suciedad, de modo que su efectividad disminuye con cada pasada. Lo que hace falta es detergente y agua caliente y, después, enjuagar. En cuanto a los suelos, juzgó que la cantidad de agua que usábamos —un cubo pequeño a medias, que nunca pasaba de la temperatura ambiente— era escandalosamente inadecuada. Lo

cierto es que el agua que yo pasaba por los suelos era con frecuencia de un gris sucio. También repasé los métodos de limpieza de The Maids directamente, tal vez porque es —o eso me dijo— asidua conferenciante en convenciones sobre franquicias de servicios de limpieza. Pero sí me dijo cómo limpiaría ella un mármol. Primero, lo pulverizaría bien con un limpiador multiuso, lo dejaría actuar tres o cuatro minutos de «tiempo muerto» y, finalmente, lo secaría con un trapo limpio. Limitarse a enjuagar la superficie con un trapo húmedo, me dijo, no hace más que repartir la suciedad. Pero, por lo visto, en The Maids la cuestión no es tanto limpiar como aparentar haber limpiado; no desinfectar sino crear una especie de escenario para la vida familiar. Y la puesta en escena que los estadounidenses parecen preferir es esterilizar sólo en sentido metafórico, como en la habitación de un motel o en los falsos interiores donde transcurren los culebrones.

[17] Salvo una, las mujeres con quienes trabajé eran todas blancas y anglosajonas, como la mayoría de las mujeres de la limpieza en Estados Unidos o, por lo menos, las que conoce el Bureau of Labor Statistics. De las «mujeres de la limpieza independientes y las sirvientas» que el BLS localizó en 1998, el 36,8 por ciento eran hispanas; el 15,8 por ciento negras y el 2,7 por ciento de «otras razas». Sin embargo, la asociación entre tareas domésticas y minorías está muy arraigada en la clase blanca de los patronos. Cuando mi hija Rosa fue presentada al padre de un compañero rico de Harvard, el señor se atrevió a decir que el nombre tenían que habérselo puesto en homenaje a una sirvienta favorita. Audre Lorde cuenta una experiencia que tuvo en 1967: «Llevaba a mi hija de dos años en un carrito de la compra por un supermercado [...] y una niña blanca pequeña que pasó a nuestro lado, en otro carrito empujado por su madre, gritó entusiasmada: “Oh, mamá, mira, una sirvienta bebé”» (Mary Romero, Maid in the U.S.A.: Perspectives on Gender, Nueva York, Routledge, 1992, p. 72). Pero la composición de la fuerza de trabajo doméstico es difícil de fijar y ha cambiado según las condiciones de vida de los distintos grupos étnicos. A fines del siglo XIX, las inmigrantes irlandesas y alemanas servían a las clases urbanas media y alta; apenas pudieron, se fueron a las fábricas. Las reemplazaron las negras, que llegaron a constituir el 60 por ciento del servicio doméstico en los años 40, y lo dominaron hasta que empezaron a abrirse otras ocupaciones para ellas. De

manera similar, las empleadas de la costa occidental fueron, en cantidad desproporcionada, japonesas nacidas en Estados Unidos, hasta que ese grupo también encontró trabajos más agradables (véase Phyllis Palmer, Domesticity and Dirt: Housewives and Domestic Servants in the United States, 1920-1945, Temple University Press, 1989, pp. 12-13). En la actualidad, el color de las manos que pasan el estropajo varía de una región a otra: chicanas en el sudoeste; caribeñas en Nueva York; hawaianas nativas en Hawai; blancas nativas —muchas de reciente extracción rural— en el Medio Oeste y, por supuesto, en Maine.

[18] Para los potentados, las casas han ido creciendo sin límite. Los metros cuadrados de las nuevas mansiones han aumentado un 39 por ciento entre 1971 y 1996. Incluyen «salones privados», salas de juego, despachos, dormitorios y, a veces, cuarto de baño para cada miembro de la familia («Detente in the Housework Wars», Toronto Star, 2o de noviembre de 1999). En el segundo trimestre de 1999, el 17 por ciento de las casas nuevas tenían más de 270 metros cuadrados, superficie considerada límite para no necesitar ayuda doméstica o para resultar inmanejable para quien la habita («Molding Loyal Pamperes for the Newly Rich», The New York Times, 24 de octubre de 1999.).

[19] Cheryl Mendelson escribe en Home Comforts: The Art and Science of Keeping House, Scribner, 1999, p. 501: «Nunca pidas a las mujeres de la limpieza que limpien los suelos de rodillas; es probable que consideren degradante la exigencia».

[20] En 1999, entre el 14 y el 18 por ciento de las familias tenían una empleada del hogar y la cifra está creciendo a pasos agigantados. Mediamark Remark [nombre de una agencia de encuestas] da cuenta de un 53 por ciento de aumento entre 1995 y 1999 de la cantidad de familias que contratan asistentas o empresas de limpieza una o más veces al mes. Maritz Marketing dice que el 30 por ciento de quienes contrataron ayudantes domésticas en 1999 lo hacía por primera vez.

Los directores de nuevas empresas de servicios de limpieza —como en la que yo trabajé— atribuyen su éxito no sólo a la incorporación de la mujer a la fuerza laboral, sino también a las tensiones que el trabajo doméstico deja a su paso. Cuando, en 1988, la tendencia a

contratar ayuda doméstica empezaba a entrar en auge, el dueño de una sucursal de Merry Maids en Arlington (Massachusetts) declaró al Christian Science Monitor: «Les tomo el pelo a las mujeres. "Hasta salvamos matrimonios", les digo. En esta nueva era de los ochenta, usted espera más de su compañero pero, con mucha frecuencia, no consigue la cooperación que querría tener. La alternativa es contratar ayuda externa» («Ambushed by Dust Bunnies», Christian Science Monitor, 4 de abril de 1998). El propietario de una sucursal de Merry Maids ha aprendido a capitalizar más directamente las rencillas provocadas por el trabajo doméstico: cierra el 30 o 35 por ciento de sus tratos haciendo llamadas de seguimiento los sábados entre las nueve y las once de la mañana, que son «las horas punta para las discusiones porque la casa está hecha un desastre» («Homes Harbor Dirty Secrets», Chicago Tribune, 5 de mayo de 1994).

[21] En aquel momento descarté esas posibilidades como historias de miedo. Pero, desde entonces, he tropezado con anuncios de videocámaras ocultas, como la Tech-7, «increíble cámara del tamaño de una moneda», diseñada para «tener un registro visual de lo que hace su canguro» y «vigilar al servicio doméstico para evitar robos».

[22] Esta invisibilidad persiste en el nivel macroscópico. La Oficina del Censo registra que, en 1998 , había 550.000 trabajadoras domésticas , un 10 por ciento más que en 1996. Pero puede ser una cifra muy inferior a la real, puesto que un gran sector del servicio doméstico forma todavía parte de la economía sumergida o, al menos, muy próximo al nivel de la superficie, donde pocos recolectores de datos se aventuran nunca. Por ejemplo, en 1993 —el año en que Zoë Baird perdió la ocasión de postularse como procurador general por tener a su servicio a una ñiñera indocumentada sin contrato—, se estimaba que menos del 10 por ciento de los estadounidenses que pagan a una empleada del hogar más de 1.000 dólares al año declaraba esos pagos a Hacienda. La socióloga Mary Romero ofrece un ejemplo de hasta qué punto puede ser grave el error de cómputo: el censo de 1980 no encontró más que 1063 «empleados domésticos privados» en El Paso aunque, al mismo tiempo, el Departamento de Planificación, Investigación y Desarrollo de esa ciudad estimara la cifra en 13.400 y los

conductores de autobuses locales consideraran que la mitad de los 28.300 viajes diarios los hacían mujeres que iban o venían del trabajo (Maid in the U.S.A., p. 92). La honestidad de los empleadores ha mejorado desde el escándalo Baird, pero la mayoría de los expertos cree que los trabajadores domésticos siguen sin estar censados y son invisibles para la economía.

[23] Un informe publicado en julio de 2000 por U.S. Departament of Health and Human Services dice que la mayoría de los hogares de ancianos tiene poco personal, en especial aquellos creados por afán de lucro, como en el que yo trabajé. Según el informe, entre las consecuencias de la falta de personal está el aumento de problemas evitables, como úlceras graves, malnutrición, deshidratación, paros cardiacos e infecciones. Aunque nunca vi un paciente abandonado ni maltratado en la zona del comedor donde trabajaba en Woodcrest, habría sido muy fácil que una ayudante de dietista cometiera un error que amenazara la vida de los pacientes, como servir algún alimento que contuviera azúcar a una diabética. Considero que mis pacientes y yo fuimos muy afortunadas, por no haber hecho daño sin querer a cualquiera de ellas ese día, cuando alimenté a toda la sala de Alzheimer por mi cuenta y riesgo.

03

Dependienta en Minnesota

Desde el aire, Minnesota es la perfección misma a principios de verano: el azul de los lagos se mezcla con el azul del cielo; nubes esculpidas con precisión distribuidas aquí y allá, por encima de franjas de tierras labradas que alternan el color chartreuse con el esmeralda... Un paisaje lozano, acogedor, en apariencia transparente desde cualquier ángulo. Durante meses había pensado ir a Sacramento o algún otro sitio del valle central de California, no lejos de Berkeley, donde había pasado la primavera. Pero me disuadieron las advertencias sobre el calor y las alergias. Aparte de que, como suelen estar obligados a hacer, los latinos podrían haber monopolizado todos los trabajos basura y los alojamientos que no cumplen los requisitos de habitabilidad. No me preguntes por qué se me ocurrió Minneapolis... Tal vez sólo tuviera ansias de ver árboles de hoja caduca. Es un estado relativamente liberal —eso lo sabía— y más piadoso que muchos otros con sus pobres. Media hora de búsqueda en páginas web me descubrió un agradable y escaso mercado laboral. Los trabajos ofrecidos para principiantes llegaban a los 8 dólares la hora o más y los estudios valían 400 dólares o menos. Si alguna periodista emprendedora quiere probar el estilo de vida de los trabajadores subasalariados en lo más sombrío de Idaho o Luisiana es que tiene más energías. Puedes pensar que soy cobarde, pero lo que buscaba esa vez era un cómodo equilibrio entre lo que ganara y el alquiler, unas cuantas experiencias no muy duras y un aterrizaje suave.

Recojo mi coche de segunda mano alquilado. Me lo entrega un individuo amable —ésa tiene que ser la famosa «amable Minnesota»— que ofrece localizarme en la radio las estaciones de la NPR y de rock clásico. Estamos de acuerdo en que el swing atrae y, tal vez, habríamos encontrado otros puntos de convergencia, si no

fuera porque sólo estoy para lo que cierto entusiasta montañero de Key West llama «misión divina». Tengo el plano de la zona de las Twin Cities [Ciudades Gemelas] —comprado por 10 dólares en el aeropuerto— y el apartamento de los amigos de una amiga, que puedo usar gratis por unos días mientras ellos visitan a unos familiares en el este. El apartamento no es totalmente gratuito porque tengo que cuidar a la cacatúa enjaulada que, por razones ornitológicas de salud física y sanitaria, debe estar fuera de la jaula varias horas al día. Por teléfono acepté hacerlo, sin pensar —sólo lo recordé al llegar al apartamento— que tener pájaros al alcance es una de las fobias que siempre me he permitido, junto con las polillas gigantes y cualquier cosa que proceda de las naranjas. Encuentro el sitio sin inconvenientes, encantada de ver que la ciudad y mi plano coinciden plenamente. Paso una hora con uno de mis anfitriones, absorbiendo tecnología de cacatúas. En un momento dado, mi anfitriona abre la puerta de la jaula y la cacatúa vuela directamente a mi cara. Con enorme esfuerzo inclino la cabeza y cierro los ojos, mientras el pajarraco me brinca alrededor del pelo, picoteándolo y acicalándolo.

No dejes que te eche la cacatúa. Éste no es un ambiente yuppie. Es el caso de apartamento minúsculo, de un dormitorio atestado, amueblado por el Ejército de Salvación, acabado con el décor de los estudiantes graduados a fines de los setenta. Cuando mis anfitriones se marchan, no encuentro aceite de oliva ni vinagre balsámico en los armarios de la cocina, botellas medio vacías de Chardonnay en la nevera ni ninguna bebida alcohólica, salvo un botellín honradamente proletario de Seagram's 7. El artículo preferido para untar es la margarina. El apartamento es bastante agradable, incluso acogedor; tiene una cama sólida y vistas a la calle bordeada de filas de árboles. Si no fuera por el pajarraco... Como aprendí por mis compañeras de trabajo en Maine —varias de ellas habían pasado mucho tiempo viviendo apretujadas en espacios compartidos—, la gente que depende de la generosidad de los demás para tener alojamiento siempre debe soportar algunas adversidades: las más típicas, la incompatibilidad con los familiares y las largas esperas para usar el cuarto de baño. Más vale dejar que la cacatúa —Periquita, la llamo, en lugar del nombre más pretencioso que le han puesto— sustituya en esta historia el choque con entrometidos parientes lejanos y ruidosos compañeros de piso

que, normalmente, una persona de escasos recursos sabe que habrá de soportar en una ciudad extraña donde tiene parientes lejanos.

No importa. Lo primero que hago por la mañana es buscar trabajo. Esta vez, nada de hacer de camarera, ni de hogares de ancianos ni limpieza de casas. Estoy mentalizada para un cambio... Quizá ventas al por menor u operaria en una fábrica. Voy en coche hasta los dos Wal-Mart más próximos, lleno las solicitudes y me dirijo a un tercero, que está a cuarenta y cinco minutos en coche, en la otra punta de la ciudad. Dejo mi solicitud y a punto estoy de empezar a arremeter con los Targets y Kmarts cuando se me ocurre una idea: nadie va a contratarme basándose en una solicitud que demuestra que no tengo ninguna experiencia en ese trabajo. Como siempre, he escrito que soy un ama de casa divorciada, que vuelvo a incorporarme al mercado laboral. Lo que debo hacer es presentarme directamente, luciendo mi jovial y decidida personalidad. De manera que me dirijo a la cabina telefónica que está frente al establecimiento, marco el número de teléfono y pido hablar con el departamento de personal. Me pasan con Roberta, a quien impresiona mi iniciativa. Me dice que puedo ir a su despacho, situado detrás de los grandes almacenes. Roberta —una mujer dinámica, de cabello color platino y unos sesenta años— me dice que mi «soli» (solicitud) no tiene nada de particular. Ella ha criado a seis hijos antes de empezar en Wal-Mart, donde llegó a su actual cargo en pocos años gracias, sobre todo, a lo campechana que es. Puede darme trabajo ya, después de un pequeño «test», donde no hay respuestas correctas ni incorrectas —me asegura—, sólo tengo que decir lo que pienso. Ya me habían hecho una vez el test de Wal-Mart en Maine, y lo hago con aplomo a todo correr. Roberta se lo lleva a otra habitación donde, dice, lo «evaluará» un ordenador. Vuelve al cabo de diez minutos con noticias alarmantes: he dado tres respuestas equivocadas —bueno, no exactamente equivocadas —, que necesitan aclaración.

Mi política para acertar en los tests de personalidad cuando he buscado trabajo ha sido tolerancia cero vis-à-vis los «delitos» evidentes —consumo de drogas y robo—, pero dejar en algún punto un resquicio, sólo para evitar parecer estar falseando la prueba. Era una política equivocada. Cuando te presentas a un empleo eventual, no puedes hacerte la tonta. Acepta la idea del test de que «las

normas deben seguirse siempre al pie de la letra»: yo había dicho «estar de acuerdo» con el concepto y no «completa o totalmente de acuerdo». Roberta quiere saber por qué. Bueno..., a veces las normas tienen que ser interpretadas, digo, la gente debe tener un poco de criterio. De lo contrario, vamos, tanto daría tener máquinas para hacer todo el trabajo en vez de auténticos seres humanos. Sonríe —«¡Criterio, muy bien!»— y anota algo rápidamente. Cuando he dado parecida cuenta de otras respuestas equivocadas, Roberta me inicia en «la razón de ser de Wal-Mart». Antes de empezar a trabajar aquí, ella había leído el libro de Sam Walton (su autobiografía, Made in America) y descubrió que los tres pilares de la filosofía de Wal-Mart coincidían exactamente con la de ella: servicio, excelencia (o algo parecido) y..., no puede recordar el tercero. Servicio, ésa es la clave, ayudar a la gente, resolver sus problemas, ayudarlos a comprar... ¿Qué pienso yo de eso? Doy testimonio de mi profundo altruismo en cuestiones de ventas al por menor e, incluso, se me humedecen los ojos por ese vínculo que comparto con Roberta. Todo lo que tengo que hacer ahora es pasar el control de consumo de drogas, que me programa para los primeros días de la semana siguiente.

Si no fuera por el control de drogas, podría haber interrumpido la búsqueda de trabajo ahí mismo. Pero había cometido algún desliz durante las últimas semanas y no estaba segura de poder pasarlo. Uno de los carteles colgados en la habitación donde Roberta me entrevistaba advertía a los postulantes: «No pierda su tiempo ni el nuestro» si ha consumido drogas en las últimas seis semanas. Si hubiera consumido cocaína o heroína no habría habido ningún problema, puesto que son solubles en el agua y el cuerpo las elimina en un par de días (el LSD no se controla). Pero mi desliz tenía que ver con la marihuana, que es liposoluble y, he leído, puede rondar por el organismo durante meses. ¿Y los fármacos recetados que había estado tomando por la afección nasal crónica? ¿Qué pasa si la Claritina-D —que te coloca un poco— se manifiesta en cristalina metadona?

De modo que de vuelta al coche y a los anuncios señalados con tinta roja, tanto del Star Tribune como de un ejemplar del Employment News que encontré tirado. Visito un par de agencias de trabajo, con la intención de apuntar a la industria, y compruebo que no tengo

limitaciones físicas y puedo levantar diez kilos por encima de la cabeza, pero tendría que alimentarme mejor, si supiera la cantidad de piezas de tela que tienen ellos en la cabeza. Hago un largo trayecto hasta el otro lado de la ciudad, donde fijo una entrevista de trabajo en una cadena de montaje. Han pasado unos cuantos años desde que estoy metida en eso de conducir por calles urbanas y me adjudico una buena puntuación en cuestión de manejarme sin miedo y con agilidad pero, finalmente, el tráfico de la tarde me derrota. No puedo encontrar la fábrica, por lo menos antes de las cinco, y me meto en el parking de un centro comercial, para buscar la manera de dar la vuelta. Me encuentro frente a los depósitos de un almacén Menards —una cadena del Medio Oeste, tipo Home Depot— y, como un cartel dice «Buscamos jornaleros», puedo muy bien entrar y volver a poner a prueba mi discutible estrategia. Merodeo por el depósito de detrás de los almacenes y hago señas a un sujeto identificado como Raymond por una tarjeta. Se ofrece a acompañarme a la oficina de personal. Le pregunto si ése es un buen sitio para trabajar. Dice que está muy bien —de cualquier modo éste es su segundo trabajo— y no se vuelve loco con los invitados porque no es culpa suya que la madera sea una porquería. ¿Invitados? Querrá decir «clientes». Me alegro de haber aprendido el término de antemano para no hacer muecas ni atragantarme frente a los jefes.

Raymond me deja en manos de Paul, un sujeto rubio de brazos anchos que, comparado con Roberta, tiene muy poco don de gentes. Como respuesta a mi cuento de ama de casa dice: «Eso me tiene sin cuidado», y me pasa el test de personalidad. Es más corto que el de Wal-Mart y da la impresión de estar dirigido a gente más ruda: «¿Soy más o menos propensa que otros a involucrarme en peleas a puñetazos?». «¿Hay ocasiones en las cuales el tráfico de cocaína no es un delito?» Luego sigue una larga y repetitiva serie de preguntas con distintas variantes sobre robos: «En el último año he robado artículos por valor de (escriba el equivalente en dólares abajo) a mis empleadores». Cuando acabo, Paul mira el test de arriba abajo y me espeta a gritos: «¿Cuál es su punto más flaco?». Evidentemente la falta de experiencia. «¿Es capaz de tomar iniciativas?» Aquí estoy, ¿no es así? Podría no haber presentado la solicitud. De modo que es un éxito... Paul me ve en fontanería, a 8,50 dólares la hora para empezar, todo pendiente, claro, de los resultados del control de

drogas. Le doy la mano para cerrar el acuerdo.[24]

Tarde del viernes: llevo en Minneapolis poco más de quince horas, yendo de los suburbios del sur a los del norte, dejando media docena de solicitudes y sometida a dos entrevistas cara a cara. La búsqueda de trabajo cobra su peaje, incluso en el caso de solicitantes del todo honestos, y me siento particularmente herida. Los tests de personalidad, por ejemplo: la verdad es que me importa poco que mis compañeros de trabajo se coloquen en el parking, ni siquiera que birlen algún artículo al por menor. Y, desde luego, no los denunciaría si los viera hacerlo. Tampoco creo en las normas por derecho divino de la dirección, ni en la infalibilidad de su preclara sabiduría, como exigen que reconozcas los «tests» de personalidad. Te rebaja mentir hasta cincuenta veces en el espacio de quince minutos que tardas en contestar el dichoso test, incluso cuando sirve a un propósito moral elevado. Igual de agotador es mostrarse desenfadada y dócil al mismo tiempo, metida en un aprieto durante una hora o más porque, mientras necesitas probar tu capacidad de iniciativa, no quieres parecer alguien capaz de organizar una campaña para formar un sindicato. Además, están las pruebas del consumo de drogas, que se ciernen sobre mí como un satélite que se viene encima a toda velocidad. En cierto recóndito nivel psíquico, duele saber que las muchas cualidades favorables que creo tener para ofrecer —amabilidad, confiabilidad, voluntad de aprender— pueden ser derrotadas por la carta de triunfo de mi orina.[25]

Con espíritu de contrición por múltiples pecados, decido dedicar el fin de semana a desintoxicarme. Una página web de investigación revela que surco una senda muy transitada. Hay docenas de sitios que ofrecen ayuda a los potenciales candidatos a pasar el control de las drogas, la mayoría en forma de productos para ingerir, aunque uno de ellos promete enviar un frasco de orina pura, libre de droga, calentado a temperatura del cuerpo por batería. Como no tengo tiempo para pedir y recibir ningún producto que me permita evadir el control, me demoro en un sitio donde cientos de letras, subrayadas de la manera típica, rezan: «¡Socorro! ¡Control dentro de tres días!». Las contesta lacónicamente «Alec». Ahí me entero de que mi delgadez es una ventaja —no hay demasiados lugares donde los derivados del cannabis puedan esconderse— y de que el único

método efectivo es purgar la condenada sustancia a fuerza de ingerir una gran cantidad de líquidos, por lo menos once litros al día. Para apresurar el proceso hay un producto llamado CleanP, supuestamente disponible en GNC, de modo que hago un trayecto de quince minutos al más próximo, tomando agua del grifo durante todo el camino de una botella de Evian. Pregunto al chico a cargo del lugar dónde guarda sus productos desintoxicantes. Es posible que esté acostumbrado a la avalancha de mujeres de aspecto maternal pidiendo CleanP, porque me lleva con cara de póquer a un imponente contenedor de cristal cerrado con llave... Cerrado con llave bien sea porque el precio medio de productos desintoxicantes de los GNC es de 49,95 dólares, o porque se piensa que la clientela está formada por individuos desesperados y no particularmente respetuosos con la ley. Leo los componentes y compro dos de ellos por separado —creatinina y un diurético llamado «uva ursis»— por un total de 30 dólares. De modo que el programa es: beber agua a todas horas y, a la vez, tomar frecuentes dosis de diurético. Mientras tanto (ésa es mi contribución científica), suprimir por completo la sal en cualquiera de sus formas, porque aumenta la retención de líquidos. Significa no comer ningún alimento procesado, comidas rápidas ni condimentos de ninguna clase. Si quiero el trabajo de fontanería en Menards, tengo que convertirme en una tubería sin obstrucciones: agua que entra y agua que sale igual de pura y potable.

El sábado, mi otra tarea es buscar dónde vivir. Llamo a todas las agencias inmobiliarias del listín telefónico —Apartment Mart, Apartment Search, Apartments Available, etcétera— y dejo mensajes. También pruebo con toda la lista de edificios de apartamentos y, en los dos donde me contesta una persona de carne y hueso, me dicen que quieren alquilar por doce meses. Voy a pie al supermercado para comprar el periódico del domingo y, ya que estoy, pido trabajo. Sí, podrían necesitar a alguien. Cuando, a principios de mes, la gente cobra su talón, hay mucho ajetreo; puedo volver la semana siguiente. El periódico es un chasco. En toda la zona de Twin Cities no aparece más que un estudio amueblado y no contestan el teléfono durante el fin de semana. Dada la incipiente incontinencia provocada por el régimen purgante, tal vez sea mejor no tener que ver ningún apartamento. La comida consiste en un cuarto de pollo asado sin sal, comprado en

el supermercado y regado con una diurética cerveza de baja graduación.

Si me detengo en todos estos inconvenientes, la verdad es que no estoy en mi mejor momento. Si fuera capaz de rendirme a mis condiciones cada vez más acuosas y esperar a pasar el fin de semana con una buena novela, las cosas mejorarían. Pero en este caso, el hogar no es un lugar apacible. Es más bien lo que en lenguaje militar se llama un «emplazamiento». Cuando estoy en casa, Periquita quiere estar fuera de la jaula, un deseo que me hace saber graznando o, lo que es peor, yendo de un lado a otro como una loca. Cuando está fuera de la jaula, quiere sentárseme en la cabeza, jugueteando con mi pelo y la montura de las gafas. Para minimizar el daño no la dejo salir más que cuando llevo la camiseta gruesa con capucha, bien atada para que me cubra el pelo y casi toda la cara. Aun así tengo que sacarla constantemente de su percha favorita: mi hombro o antebrazo, desde donde se abre paso ineluctablemente otra vez hacia la cara. La escena que cualquiera que llegara a la puerta encontraría es ésta: una figura encogida, con las gafas asomando por el ojo de buey de la camiseta, coronada por un gran pajarraco blanco exótico con cresta y —no cabe imaginar otra cosa— muy contento en su posición dominante. Pero no lo puedo encarcelar tanto tiempo como yo querría. Es mi tarea —¿no es así?—, mi manera de ganarme el refugio: ser amiga de ese ser y hacer el papel de bandada suplente.

Desgraciadamente, Periquita no cumple la misma función para mí. El domingo decido buscar a una amiga de mi categoría. Una amiga de Nueva York, joven afroamericana feminista, me había insistido en que buscara a su tía en Minneapolis. Tenía una razón para hacerlo, más allá de la sociabilidad: me preocupaba que el mundillo que me había creado, tanto aquí como en Maine, fuera completamente ficticio. En la vida real, ¿quién se deja caer en un ambiente del todo extraño —sin alojamiento, relaciones familiares ni trabajo— e intenta convertirse en una vecina corriente? Bueno, pues resulta que la tía de mi amiga había hecho exactamente lo mismo a principios de los noventa: se subió a un autobús Greyhound en Nueva York, con dos hijos a cuestas, y bajó en el del todo desconocido estado de Florida. Tengo que conocer esa historia, de modo que llamo por teléfono y, con algún recelo, me invita a

visitarla esa tarde en su casa. Caroline —así la llamaré— tiene una presencia imponente, es de pómulos altos y ojos movedizos y hechiceros. Me ofrece mi bebida del día —agua—, me presenta a sus hijos y cuenta que es el día libre de su marido y lo pasa arriba en la cama. Como verás, me dice, la casa no es..., y se disculpa por ella. Aunque tres habitaciones por 825 dólares al mes no me parece tan mal en ese momento. Ella enumera los inconvenientes: los cuartos son minúsculos, el edificio está infestado de traficantes de droga, el techo del comedor gotea cada vez que se usa el baño del apartamento de arriba, el váter no se puede vaciar más que echándole un cubo de agua. ¿Y por qué están aquí? Porque con los 9 dólares que gana ella a la hora como ayudante del contable en un hotel del centro, más los 10 dólares que gana su marido como encargado de mantenimiento, menos los gastos fijos y 59 dólares a la semana por la asistencia sanitaria (ella es diabética y el hijo de cinco años asmático), es lo único que pueden conseguir. Y, sin embargo, si sacas las cuentas, esta gente gana cerca de 40.000 dólares al año y eso los convierte oficialmente en «clase media».

Le cuento cuál es mi misión en Minneapolis y resulta que su sobrina ya le ha pasado el dato y le ha pedido que me hable de su traslado a Florida hace diez años. No se negó a que tomara notas y ésta es más o menos la historia que salió a relucir. La historia de una persona que hizo en la vida real lo que estoy haciendo yo en beneficio del periodismo:

Vivía en Nueva Jersey y trabajaba en un banco, cuando decidió dejar a su marido porque no se «involucraba» en el cuidado de los hijos. Se mudó a casa de su madre en Queens, pero le era imposible conservar su trabajo desde allí y, además, llevar todas las mañanas a su hijo menor a la guardería. Se fue a vivir con ellos un hermano, de modo que ya había tres adultos y dos niños en un apartamento de dos dormitorios y la cosa no funcionó. Por lo tanto decidió trasladarse a Florida, donde había oído decir que los alquileres eran más baratos. Lo único que tenía eran sus ropas, los pasajes de Greyhound y 1.600 dólares en efectivo. Eso era todo. Bajaron del autobús en una ciudad un poco al sur de Orlando. Allí, un taxista amable —todavía recuerda su nombre— los llevó a un hotel barato. El siguiente paso era encontrar una iglesia: «Busca siempre una iglesia». La gente de la iglesia la llevó a una oficina de WIC

(«Mujeres, niños y menores», un programa del Gobierno federal que ofrece ayuda alimentaria a mujeres embarazadas y madres de hijos pequeños). Le buscaron una escuela para su hija de doce años y guardería para el bebé. A veces también la ayudaban con alimentos. Caroline no tardó en encontrar trabajo para limpiar habitaciones en un hotel: entre veintiocho y treinta habitaciones por día, a 2 o 3 dólares la habitación, que le significaban 300 dólares a la semana. «Con dolor de espalda me acostaba y con dolor de espalda me levantaba.» La niña tenía que recoger al bebé en la guardería y cuidarlo hasta que Caroline llegara alrededor de las ocho de la noche; es decir, no tenía muchas posibilidades de salir y jugar.

«¿Cómo sobrellevó lo de empezar todo de nuevo en un sitio completamente desconocido?» Cree que fue el estrés la causa de la diabetes. Ahí estaba ella, siempre sedienta, con la visión borrosa y una punzada terrible en sus partes pudendas. Y no tenía ni idea de lo que esos síntomas significaban. Un médico le dijo que debía de ser una enfermedad de transmisión sexual. Pero hacía mucho, mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales. Una mañana, el Señor le dijo: «Ve a un hospital. Ve a pie, no en coche». Anduvo treinta manzanas y se desmayó al llegar al hospital. Tal vez, el Señor quería que se desmayara, para que por fin le prestaran alguna atención.

Sin embargo, también le ocurrieron algunas cosas buenas. Solía ayudar a un hombre en el hotel donde limpiaba, un hombre enfermo de cáncer. Le llevaba comida, incluso le limpiaba las llagas malolientes. Él estaba tan agradecido que, en una ocasión, le dio 325 dólares; el hombre sabía que era exactamente lo que le costaba el alquiler. Y se hizo una buena amiga, Irene, a quien conoció en un «tugurio». Irene tenía problemas, sí. Era a la vez india y negra, una trabajadora agrícola inmigrante, había sido violada por alguien, el novio la maltrataba y le había dejado una cicatriz muy fea en la cara. El novio encontró al violador, lo mató a hachazos y acabó condenado a cadena perpetua. Caroline se llevó a Irene a vivir con ella y, por un tiempo, todo funcionó muy bien. Irene encontró trabajo en Taco Bell y la ayudaba con los niños, se afanaba por ellos y los quería como si fueran propios. Después Irene empezó a beber y a «trabajar en una barra» por los bares, para marcharse finalmente a vivir con un hombre. Caroline la echaba de menos e, incluso, una

vez fue a Florida para intentar encontrarla. Quizás haya muerto. Una vez le apareció un cáncer del tamaño de una nuez en el pezón derecho. Es triste no saber nada.

Fue en Florida donde Caroline conoció a su marido actual, un blanco según me dice. Pero sus tribulaciones no terminaron al casarse. Pasó temporadas de no tener vivienda y tuvo que hacer muchos otros viajes interestatales en Greyhound con los niños. Cuando al cabo de dos horas me levanto para marcharme, Caroline me pregunta si soy vegetariana. Me disculpo por no serlo y ella se precipita a la cocina, para volver con un recipiente tamaño familiar de un guiso de pollo casero, que acepto con sincera gratitud: la cena. Nos abrazamos. De modo que ahora tengo una amiga en Minneapolis y lo extraño es que ella es la versión original: la mujer desarraigada que, de alguna manera, se recupera y sale adelante. Y hace todo eso en la vida real y con hijos... Yo soy la imitación, la pálida simuladora, sin hijos.

El martes, después del Memorial Day [día en que se conmemora a los caídos en la guerra], mi vida vuelve a parecer bastante real, bastante sombría y funesta. Debo someterme no sólo a la prueba de drogas sino a la de atascos y a la de un constante y merecido aflojamiento de esfínteres. El primer control, para Wal-Mart, no es demasiado penoso. Me lo hago en la consulta de un quiropráctico, pocos kilómetros autopista abajo del mismo Wal-Mart. Me dan dos envases de plástico —uno para hacer pis en él, otro para trasvasar la muestra— y me mandan a través del vestíbulo hasta una sala de espera pública. Es por lo demás fácil sustituir tu pis por el de otro, si tuviera un vale en el bolsillo o conociera a un donante potencial en la sala de descanso. El otro control, el de Menards, me lleva hasta los suburbios del sudoeste, a un hospital alopático corriente, lleno de pacientes a quienes llevan por los pasillos de un lado a otro en camilla. Una docena de personas —a juzgar por las claves usuales de clase, todas pertenecientes a la de los sueldos bajos— está antes que yo en la sala de espera del SmithKline Beecham. Hay una serie de cubículos compartimentados. El televisor está sintonizado con el programa de la tertulia de Robin Givens sobre «Perdonar u olvidar». El tema del día es «Me acoges y te desplumo».

Parece que Cory, de dieciocho años, roba al primo que lo ha alojado, estropeándole la Navidad a la novia del primo y a su niño. Cory no está arrepentido, pretexta haberse visto obligado a timar y hurtar desde siempre por sentirse abandonado. Así ha sido su vida. Robin da puñetazos al aire y aúlla: «¡Cory, Cory, deja de hacerte la víctima!». Por lo visto, el robo no es nada, comparado con el delito de ponerse en el papel de víctima. Con cada nueva impostura de Cory, la audiencia del estudio aplaude con más entusiasmo. Cory es «malo», como lo son algunos de los televidentes impasibles de esta sala, que pronto se verán juzgados y descubiertos por su orina. Mi mente se desliza hacia atrás, hasta uno de los «de acuerdo/en desacuerdo» de las sentencias del test de Wal-Mart: «En toda corporación hay sitio para los inconformistas». ¡Pero no, no! La respuesta correcta —como no tardaremos todos en descubrir— es «en total desacuerdo».

Por fin, al cabo de cuarenta minutos, una mujer oficiosa, vestida con la clásica bata azul de quirófano, me llama a la sala de espera. ¿Qué están planeando? ¿Extirparme la vejiga si no consigo producir suficiente volumen de pis para analizar? Pregunto si, aparte de controles de droga, hacen alguna otra cosa aquí. No, ya tienen bastante con eso. Verifica la foto de mi carné de identidad, luego me echa un chorro de lo que parece jabón en las palmas de las manos, aunque no hay a la vista ningún lavabo. Dejo el bolso en sus manos y entro en un cuarto de baño donde me lavo con agua mientras ella espera. Hago una pausa para contener uno o dos latidos, con las manos extendidas y llenas de chorretones, sopesando los motivos de confianza establecidos entre ella y yo. Por ejemplo, ¿por qué se supone que debo dejarle el bolso si ella no confía en mí, ni siquiera en que no rocíe alguna sustancia disolvente de drogas en mi orina? Pero, por lo que sé, cualquier despliegue de firmeza la podría inducir a adulterar los resultados. De modo que voy dócilmente al baño, me lavo las manos y hago pis —me permite hacerlo con la puerta cerrada—, y ya hemos completado la parodia de asistencia médica. Toda la aventura, incluidos el tiempo del viaje y la espera, ha durado una hora y cuarenta minutos, más o menos lo mismo que para el control de Wal-Mart, y se me ocurre que uno de los efectos del control de drogas es limitar la movilidad del trabajador... Tal vez, incluso, una de sus funciones. Cada nuevo trabajo potencial exige: 1) la solicitud, 2) la entrevista, 3) el control

de drogas... Algo para reflexionar, cuando la gasolina cuesta casi 53 centavos el litro. Y no digamos si tienes que pagar a una canguro.

Mientras no sepa los resultados de los controles, estoy obligada a seguir buscando trabajo. La mayor parte de mis citas es predecible y nada prometedoras: llenar la solicitud, esperar a recibir una llamada para la entrevista, etcétera. Sin embargo, uno de los anuncios se destaca entre todos los demás por el sentir corporativo, legalista, eufemista y, a la vez, sin el menor tapujo. El anuncio es para trabajar en «servicios al cliente», tipo de oficio que trato de evitar porque, normalmente, exige un résumé que, a su vez, significa llegar a un nivel de evasivas que no estoy preparada para intentar. Pero este cargo de servicios de informaciones dice «principiantes». Llamo y me piden que vaya a las tres en punto y me asegure de ir vestida «profesionalmente». La última exigencia es un desafío porque mi guardarropa consiste en camisetas y un par de pantalones, aparte de los tejanos. Pero tengo una chaqueta y zapatos decentes, comprados en mi escala en Nueva York, de paso hacia Minneapolis. Creo que esas prendas, reforzadas con lápiz de labios y medias largas, constituyen un atuendo por demás digno. Cuando llego a Mountain Air (es nombre ficticio), situada en un edificio blanco encajonado próximo a una gasolinera, ya hay otros nueve postulantes esperando. Resulta ser una entrevista en grupo, dirigida por Todd en una gran estancia donde nosotros, los solicitantes, nos sentamos en sillas plegables mientras él —un individuo elegantemente vestido de unos treinta años— pronuncia una conferencia y pasa diapositivas.

Todd habla muy deprisa, con un sonsonete cadencioso, que sugiere que hace lo mismo varias veces al día. Mountain Air, dice, es una «firma consultora ecológica» que ofrece ayuda a personas con asma y alergias como «servicio gratuito». Nos enviarán en pos de los afectados en nuestros coches particulares y ganaremos 1.650 dólares si, en treinta días, completamos cincuenta y cuatro citas de dos horas...; hay que ser muy indolente para no conseguir más que eso. Hay, además, increíbles ventajas extra, como sesiones de entrenamiento los fines de semana impartidas por todo el país donde, desde luego, «todo está previsto, por ejemplo escuchar a oradores que nos incentivarán; y, además, pueden llevar a sus cónyuges y pasarlo muy bien». Sólo tenemos que ser mayores de

dieciocho años, sentirnos emocionalmente comprometidos con la tarea, tener coche propio, teléfono en casa y más de un año de residencia en Minnesota. ¡Ay de mí! Pregunta si alguno de nosotros no somos antiguos residentes de Minnesota y, cuando levanto la mano, dice que a veces el requisito puede ser obviado. Lo que verdaderamente busca Mountain Air es —y, en ese punto, lee una diapositiva— «Autodisciplina/Motivación económica/Actitud positiva».

Advierto que, en ningún caso, habla de proporcionar un servicio ni de curar al enfermo. La verdad es que, comparado con la untuosa ética de servicio de Wal-Mart, el énfasis de Todd es en el fondo positivamente refrescante. Seremos trabajadores independientes, no empleados. Lo cual quiere decir: «Si mientes a un cliente, la empresa no se responsabiliza». Incluso, me pregunto, ¿aunque las mentiras sean parte del discurso que la compañía te ha enseñado? Todd nos garantiza que sólo es «cuestión de elegir personas que tengan un problema muy grave, si bien probablemente de ninguna manera tan grave como creen, y dejarlas contentas». ¿Alguna pregunta? Nada de lo dicho tiene para mí sentido alguno, pero me limito a preguntar en qué consiste el producto, suponiendo que haya algún producto involucrado. Todd abre una caja de cartón —que yo no había advertido— colocada en el suelo a sus pies: un artefacto achaparrado, de aspecto ligeramente amenazante, que presenta como el «Filtro de la reina». Alguien pregunta: «Entonces esto, ¿es un trabajo de vendedor?». «No —dice Todd con cierta vehemencia—. Nosotros llevamos el producto y, si lo quieren, se lo damos.» No puede querer decir que lo damos gratis. Ahora vamos a tener una entrevista individual de tres minutos. Cuando me toca el turno, me pregunta por qué quiero hacer esto y, sin pensarlo, contesto algo parecido a que quiero ayudar a los asmáticos. ¿Dónde creo que estoy, en el Wal-Mart? Porque, cuando dos horas después vuelvo a la hora señalada, me dicen que de momento no hay trabajo para mí, aunque me han puesto en la lista de espera. Tal vez haya sido el asunto de la residencia lo que me haya liquidado, aunque sospecho que fue mi hipocresía fuera de lugar.

Entretanto, me dedico a la búsqueda desesperada de apartamento. Esté lo que esté haciendo en cualquier momento de esta historia, debes imaginarme esperando una llamada telefónica o en busca del

momento de llamar a una agencia inmobiliaria por segunda, tercera o cuarta vez. Ahora que estamos en días laborables, encuentro a veces seres de carne y hueso al otro lado de la línea, pero se muestran despectivos o desalentadores. Uno me recomienda acudir al listín de usar y tirar disponible en los buzones de la acera, que ofrece apartamentos. Pero todas sus ofertas incluyen jacuzzis y gimnasios en el edificio y los alquileres están por encima de los 1.000 dólares al mes. Otro me dice que he elegido un mal momento para ir a Minneapolis: los apartamentos desocupados son menos del 1 por ciento y, si hablamos de los asequibles, pueden ser menos del 10 por ciento de ellos. Los anunciados en el Star Tribune son todavía más escasos o inexistentes. Nadie contesta mis llamadas. Aunque tarde, voy cayendo en la cuenta de que Minneapolis es mucho más extensa que Key West o Maine y de que mis dos posibilidades de trabajo —Wal-Mart y Menards— están separadas por unos cincuenta kilómetros. Mi afán por recorrer las carreteras de Twin Cities está menguando rápidamente. Vaya a donde vaya, me acecha con su camión uno u otro individuo —que nunca ha oído hablar de la amabilidad de Minnesota—, haciéndome codiciar la pegatina del parachoques trasero que veo más de una vez: «Si no eres una hemorroide, apártate de mi culo». Ni siquiera sirve de apoyo la principal emisora de música de rock clásico. Puedo controlar a quienes se me pegan atrás a 120 kilómetros por hora con el Creedence Clearwater Revival e incluso con ZZ Top, pero los Eagles o los Doobie Brothers no me sirven absolutamente de nada. De manera que una de las cosas que no quiero es vivir a una distancia desorbitada de mi trabajo..., suponiendo, claro está, que consiga alguno.

Hay una posibilidad —un solo sitio en Twin Cities, que alquila apartamentos amueblados «asequibles» por semana o por mes— y ese lugar, Hopkins Park Plaza, se convierte en el centro de mis anhelos residenciales durante las siguientes tres semanas. Se convierte en mi Shangri-La particular. A la tercera llamada (en las dos primeras no hay respuesta) llego a Hildy. Cree que, por el momento, no hay nada, pero puedo muy bien ir y pagar la tarifa de solicitud, que es de 20 dólares en efectivo. Cuando encuentro el par de edificios de dos pisos que constituyen el Park Plaza, varios interesados —un sujeto blanco de mediana edad con pelo teñido color caoba, un joven hispano (en California es latino, aquí

hispano), una mujer blanca ya mayor— esperan también a Hildy, que explica por qué no contesta las llamadas: el mercado juega a su favor. Cuando, por fin, Hildy me lleva a echar un vistazo, el lugar me parece muy bien aunque los pasillos tienden a ser oscuros, ruidosos e impregnados de rancios olores de cocina. Si quiero, puede ofrecerme ahora mismo un apartamento sin cocina, pero está en el sótano y el precio —144 dólares a la semana— parece excesivo. De modo que decido esperar a que cualquier día haya disponible uno con cocina americana. Hildy me asegura que puedo confiar en conseguirlo porque el ritmo de rotación es muy rápido. En ese momento, la decisión parece prudente y económica, pero resulta un error garrafal.

Resuelvo que algo estoy haciendo mal, se me escapa alguna clave. Los amos de Periquita confiaban en que el Departamento de Investigación me encontraría alojamiento. Llamo al amigo de otro amigo —profesor en un instituto de St. Paul que me había informado sobre la historia industrial de Twin Cities— y admite haber estado al tanto de que había una «crisis» de apartamentos asequibles, pero que no tiene idea de lo que debo hacer. Los agentes inmobiliarios que tienen la amabilidad de hablar conmigo me recomiendan todos lo mismo: encontrar un motel que se alquile por semanas y quedarme ahí hasta que aparezca algo.[26] Después de múltiples llamadas, consigo una lista de once moteles en la zona de Twin Cities, todos ellos sin nombre conocido, que ofrecen alquileres con tarifas semanales. Las tarifas no son, sin embargo, lo que puede llamarse «asequibles»: van de los 200 dólares en el Hill View de Shakopee a los 295 de Twin Lakes, al sur de Minneapolis, y muchos de esos lugares están llenos. Me dirijo a Hill View, donde me piden 60 dólares en efectivo de depósito. Sigo y sigo, hasta caerme del mapa, dejo suburbios y zonas comerciales muy atrás, entro en campo abierto —es un buen cambio, desde el punto de vista de la conducción—, pero ¿vivir ahí? En las vecindades de Hill View no hay dónde comer, antros de comida rápida, tiendas de comestibles ni establecimientos comerciales, excepto un par de almacenes de equipos agrícolas. La distancia es inaceptable, como resulta ser la habitación cuando la veo: no hay microondas ni nevera, ni apenas espacio que no esté ocupado por la cama. Y ¿qué haría si quisiera estar en la cama? ¿Invitarme a mí misma a hacer una gira por alguna parte de los depósitos de Caterpillar?

Twin Lakes (no es su verdadero nombre) está por lo menos en Minneapolis. El dueño hindú me dice que todos sus huéspedes son permanentes, gente trabajadora. Puede darme una habitación en el segundo piso, donde no tendré que echar las cortinas durante el día para tener intimidad. No hay nevera ni microondas. Sin ningún entusiasmo le digo que me quedo con ella y que me mudaré en un par de días. Ningún inconveniente. Ni siquiera me exige depósito. Pero me da mala espina el sitio, en parte porque todo parece gris y sucio, en parte porque hay un individuo, con aspecto de desquiciado y los ojos azules inyectados en sangre, rondando por la lavadora-secadora que funciona con monedas.

En cambio, en el frente laboral, las cosas marchan muy bien. En Menards me han dicho que vaya a las diez en punto, para irme «orientando». El miércoles por la mañana llamo para confirmar la cita, porque supongo que mi contrato depende de los resultados del control. Sí, me esperan y yo también espero que no sea para denunciarme por inadaptada. La persona que imparte las orientaciones es amable y tiene buena voluntad. Lee-Ann, una cuarentona rubia con aspecto desgastado, y yo nos sentamos a una mesa frente a Walt, que expone los puntos principales con jovialidad y a la ligera: debemos ser amables con los invitados, aunque se irriten porque no pueden devolver un artículo; y siempre están tratando de devolverlos. No faltar sin aviso. Cuidarse de cierto administrador de la dirección, que nunca deja de meterse con las mujeres cuando visita el depósito y, en general, se porta como un «mierda». Necesitamos llevar cinturón, al cual sujetaremos una cinta métrica y un cuchillo (para abrir cajas de cartón, supongo), cuyo coste nos será descontado en el primer cheque, dice, mientras nos los alarga a través de la mesa. Y, oh, sí, recibiremos «pequeños regalos» de vez en cuando: bolígrafos, tazones de café, camisetas que promocionan los artículos de temporada. Walt nos alcanza los cinturones y las tarjetas de identificación. Me conmueve ver que ha hecho dos para mí: una dice «Barbara», otra «Barb» y puedo elegir la que quiera.

Walt deja la habitación un momento y digo a Lee-Ann: «¿Esto quiere decir que nos han contratado?». Porque me parece raro que no nos hayan hecho ni hayamos aceptado ninguna oferta. «Eso parece», contesta, y me dice que ella ni siquiera se ha hecho el

control de drogas. Fue al lugar donde hacen los análisis, pero no tenía ninguna foto de carné porque le habían robado el bolso y, como es lógico, no le iban a hacer el control sin tener foto. Vuelve Walt y me lleva a la planta para que conozca a Steve, «un individuo verdaderamente estupendo», que será mi supervisor en fontanería. Y allí, en el salón de ventas, me asalta la duda. Los estantes de las herramientas de fontanería —y parecen ser cientos de metros— no tienen un solo artículo cuyo nombre conozca, cosa que me da la sensación de ser afásica. ¿Seré capaz de señalar y de lanzar un gruñido? La sonrisa de Steve se parece más a una mueca, como si me estuviera leyendo el pensamiento, sin encontrar una pizca de conocimientos de fontanería alojada en mi mente. Me dice que empezaré el viernes y que el horario es de mediodía a once de la noche. Creo no haberlo oído bien, ni puedo creer del todo el salario que Steve me dice que recibiré: no 8,50 dólares la hora sino el increíble sueldo de 10 dólares la hora.

Ya no necesito el Wal-Mart, pienso, aunque resulte que ellos sí me necesitan. Roberta me llama para decirme en tono efusivo que he pasado muy bien el cedazo de las drogas y que debo estar al día siguiente a las tres de la tarde en el súper para recibir orientación. El resultado del control no tiene el anhelado efecto de sentirme absuelta, ni siquiera limpia. La verdad es que estoy irritada y no puedo evitar pensar que podría haber logrado el mismo resultado sin desperdiciar 30 dólares y tres días en desintoxicarme y encharcarme de agua. Le pregunto que a cuánto asciende la paga —es de destacar que no es ella quien da esa información— y, cuando me dice que 7 dólares la hora, pienso: muy bien, asunto terminado. Por espíritu de precaución e intriga, decido acudir a la cita de orientación del Wal-Mart. Por razones psicológicas imprevisibles, resulta ser otro error garrafal.

Por la magnitud de la grandeur, la envergadura y el nivel intimidatorio, dudo que las orientaciones de ninguna empresa excedan las de Wal-Mart. Me habían dicho que el proceso duraría ocho horas, incluidos dos descansos de quince minutos y media hora para comer. Me las pagarían como en el turno normal. Cuando llego, pulcramente vestida con pantalones color caqui y camiseta limpia, acorde con una «colaboradora» potencial de Wal-Mart, veo que, aparte de mí, hay diez nuevas contratadas. La mayoría son

jóvenes y caucasianas. Un equipo de tres personas, dirigido por Roberta, ofrece la «orientación». Nos sentamos alrededor de una mesa larga en el mismo recinto sin ventanas donde había sido entrevistada. Cada una de nosotras tiene delante una carpeta gruesa llena de papeles. Otra vez escuchamos decir a Roberta que ha criado seis hijos, que es muy campechana, que había descubierto que la filosofía de Wal-Mart coincidía con la suya, etcétera. Empezamos por un vídeo de quince minutos, sobre la historia y filosofía de Wal-Mart o, como lo llamaría un investigador de antropología, el «Culto a Sam». Al principio, el joven Sam Walton vuelve de la guerra. Pone en marcha un negocio, una especie de «Todo a cien»; se casa y engendra cuatro hijos preciosos; recibe la Medalla de la Libertad de manos del presidente Bush y muere al poco tiempo, dando lugar a los panegíricos. Pero la empresa sigue adelante, ¡sí, señor! La órbita de la leyenda se expande a un ritmo imparable y vertiginoso, deteniéndose sólo para marcar nuevos hitos en la expansión de la empresa. 1992: Wal-Mart se convierte en el mayor vendedor minorista del mundo. 1997: las ventas llegan a los 100.000 millones de dólares. 1998: los colaboradores de Wal-Mart alcanzan la cifra de 825.000, convirtiéndose así en la mayor empresa privada de la nación. Los datos de cada hito están acompañados por imágenes que muestran multitudes de compradores, enjambres de colaboradores o escenas de maravillosos locales nuevos con su correspondiente parking. Hasta la exasperación, incluso con una insolencia sin parangón, oímos una y otra vez la voz en off o vemos desplegado en la pantalla el gráfico de los «tres principios»: «respeto por el individuo, exceder las expectativas de los clientes, esforzarse por alcanzar la perfección».

En el «respeto por el individuo» es donde entramos los colaboradores ya que, por inmensa que sea la empresa y por insignificantes que seamos como individuos, todo depende de nosotros. Sam siempre decía —y aparece diciéndolo— que «las mejores ideas las ofrecen los colaboradores». Por ejemplo, la idea de que alguien se dedique a las «relaciones públicas»: un empleado mayor (perdón, colaborador) que reciba a cada cliente en el momento en que ella o él entre en la tienda. Durante las horas de «orientación» —que empiezan a las tres de la tarde y se alargan casi hasta las once de la noche—, nos recuerdan tres veces que esta súbita inspiración partió de un simple colaborador y... ¿quién sabe

cuántas iniciativas en materia de ventas al detalle puede llegar a proponer cada uno de nosotros? Porque nuestras iniciativas serán bienvenidas, más que bienvenidas, y no debemos pensar en los administradores como jefes sino como «líderes a nuestro servicio»... Están tanto al servicio de los clientes como de nosotros. Es lógico que no en todas las ocasiones la armonía sea perfecta entre los colaboradores y los líderes a nuestro servicio. Un vídeo sobre «honestidad de los colaboradores» muestra a un cajero pescado en el momento de embolsarse algunos billetes de la caja registradora. Los tambores baten ominosamente, mientras se lo llevan esposado. Y lo sentencian a cuatro años de cárcel.

Sigue luego un vídeo de doce minutos, titulado Has conseguido un grandioso puesto de trabajo, sobre el tema de las tensiones encubiertas, que se superan teniendo un pensamiento correcto y una actitud positiva. Varios colaboradores ofrecen su testimonio del «sentido fundamental de familia, por el cual Wal-Mart es tan famoso». Llegan a la conclusión de que no necesitamos sindicato. Hace mucho tiempo, los sindicatos ocupaban un lugar en la sociedad de Estados Unidos, pero «ya no tienen gran cosa que ofrecer» y, por esa razón, los trabajadores los dejan «por manadas». Wal-Mart está en alza, los sindicatos en decadencia; juzga tú mismo. Pero, se nos advierte, «los sindicatos han estado tratando de captar a los colaboradores de Wal-Mart durante años». ¿Por qué? Por el dinero de las cuotas, claro está. Piensa en lo que perderías en un sindicato: en primer lugar, el dinero de la cuota, que puede ser de 20 dólares y «a veces mucho más». En segundo lugar, perderías «tu voz» porque el sindicato insistiría en hablar en tu nombre. Por último, podrías perder hasta tus salarios y beneficios porque todos ellos «estarían en juego en la mesa de negociaciones». Debes preguntarte —imagino que algunos adolescentes que siguen este curso de orientación pueden estar haciéndolo ya—: ¿por qué se permite campar por sus respetos en todo el país a esos desalmados, indiscutiblemente extorsionistas, que son los promotores de sindicatos?

Hay más, mucho más, de lo que yo sería nunca capaz de absorber, aunque lo divulgaran durante un curso de un semestre entero. Con la razonable presunción de que ninguno de nosotros se propone volver a casa y repantigarse en un sillón con el «Manual del

colaborador de Wal-Mart», los entrenadores empiezan a leerlo en voz alta, deteniéndose cada tantos párrafos para decir: «¿Alguna pregunta?». Nunca la hay. Barry, el muchacho de diecisiete años que está a mi izquierda, murmura: «Me duele el culo». Sonya, la afroamericana menuda que está frente a mí, parece paralizada por el terror. Dejo de aparentar desenfado y lucho por mantener los ojos abiertos. Nos enteramos de que no se permiten adornos en la nariz ni ninguna otra joya en la cara: los pendientes deben ser pequeños y discretos, no colgantes; nada de tejanos, excepto los viernes, y, en ese caso, hay que pagar un dólar por el privilegio de usarlos. Nada de «picar», es decir, de comer algo de un paquete que, por alguna razón, aparezca abierto; nada de «robo de tiempo». Esto último hace que me deslice hacia la ciencia ficción: «Y conforme los ladrones de tiempo se dirigían atrás hasta el año 3420, cargados de fines de semana y días libres saqueados en el siglo XXI…». Finalmente, una pregunta. El hombre mayor, que va a ser contratado como relaciones públicas, pregunta: «¿Qué es "tiempo robado"?». Contestación: hacer cualquier cosa que no sea trabajar para la empresa en horario de trabajo, cualquier cosa. En cambio, el robo de nuestro tiempo no cuenta. Hay lapsos, que llegan a significar muchos minutos, durante los cuales los tres instructores se largan juntos, dejándonos ahí sentados en silencio o dándonos ocasión de removernos en la silla. O los instructores subalternos nos someten a un trozo del manual y luego Roberta, que vuelve de hacer alguna otra cosa, lee el mismo trozo. Se me caen los párpados y pienso en la posibilidad de marcharme. He visto pasar el tiempo más rápidamente durante retrasos de siete horas en un aeropuerto. La verdad es que empiezo a sentir nostalgia de esas esperas de siete horas. Por lo menos puedes leer un libro, dar una vuelta o echar una meada.

En los descansos, bebo café comprado en el Radio Grill —así se llama el lugar de comida rápida del establecimiento—, café de verdad con cafeína, más porque me preocupa no estar alerta para conducir de vuelta a casa a las tantas de la noche que por necesidad alguna de empaparme de todas esas trivialidades de Wal-Mart que se me vienen encima. Esto sí que es droga, una droga por la cual tendrían que interesarse un poco más los cruzados contra la droga. Como normalmente no tomo café —el té helado suele ser bastante fiable para levantarme el ánimo—, el café tiene un efecto parecido

al grado de reacción que provoca la dexedrina: me acelera el pulso, me arde la cabeza y, en estas circunstancias, el resultado es una especie de delirio. Me siento demasiado exigida por las tareas de parvulario que, a continuación, nos piden hacer, como fijar mi código de barras personal a la tarjeta de identificación y después pegarle las letras troqueladas de mi nombre. Las letras siguen ensortijándose y pegándoseme a los dedos, de modo que me detengo en «Barb» o, más precisamente, en «BARB», y dejo ir a la deriva mi mente hacia la gente conocida que ha aburguesado su nombre en los últimos años —Patsy a Patricia, Dick a Richard, etcétera—, mientras yo voy en dirección contraria. Empezamos a ir por turno al ordenador para comenzar nuestro aprendizaje básico de manejo del aparato y me quedo petrificada al ver el módulo inspirado en el sida, titulado «Agentes patógenos de la sangre»: qué hacer en el caso de que aparezcan charcos de sangre humana en el salón de ventas. Estupendo...: pones conos de advertencia alrededor, te haces con guantes protectores, etcétera. Pero no puedo dejar de imaginar qué circunstancias podrían dar lugar a que los charcos aparecieran: ¿una rebelión de colaboradores?, ¿un motín de invitados? He pasado por seis módulos, tres más de los que se supone que debemos hacer esta noche —el resto debemos hacerlo en nuestros ratos libres durante las próximas semanas—, cuando uno de los instructores me ruega que me aparte del ordenador. Ya nos podemos ir.

Sigue la peor de las muchas noches en vela que tengo por delante. En el trayecto a casa por la autopista, un sujeto que va a más de 130 kilómetros por hora me pasa por la derecha a pocos centímetros de distancia, confirmando que cualquier carretera tiene muchas más salidas de las que ves, es decir, infinitamente más salidas al más allá... A esa hora, casi medianoche, tardo más de quince minutos en encontrar aparcamiento y otros diez en caminar hasta el apartamento, donde descubro que Periquita —consternada por mi larga ausencia— se ha vuelto loca. Las plumas están desparramadas por el suelo bajo la jaula y se niega a volver a ella, incluso después de cuarenta generosos minutos de tiempo dedicados a mi cabeza. Quiero estar fresca mañana para mi primer día en fontanería —Menards sigue siendo mi elección—, pero se han amontonado varios inconvenientes menores y, en el estado actual de mis finanzas, no hay inconveniente pequeño. La pila del reloj

está agotada y tengo que gastar 11 dólares en que la reemplacen. Los pantalones caqui han «criado» una notoria mancha de tinta y necesitan tres ciclos de lavado (3,75 dólares) y un tratamiento con quitamanchas especial (1,29 dólares) para hacerla desaparecer. Había gastado 20 en la tarifa de solicitud del Park Plaza, más otros 20 dólares en el cinturón que necesito en Menards, comprado sólo después de haber comparado precios en una tienda de artículos empeñados. Y ¿por qué no pregunté cuánto costaba la cinta métrica? Descubro que el teléfono ya no recibe llamadas ni registra los mensajes del contestador automático, de modo que quién sabe la cantidad de oportunidades de alojamiento que habré perdido. Hacia las dos de la madrugada, echo mano de un Unisom [somnífero] para contrarrestar la cafeína. Pero a las cuatro, Periquita se toma la revancha y saluda la perspectiva del amanecer —todavía remota— con una serie de escandalosos graznidos.

Debo estar en Menards a mediodía. En este punto, cuando todavía no he aceptado ninguno de los dos trabajos, me doy cuenta de que, oficialmente, estoy empleada en los dos sitios: Wal-Mart y Menards. Quizá combine los dos o mande al demonio a Wal-Mart y me vaya por más dinero a Menards. Pero, con sus interminables orientaciones, Wal-Mart ya ha hundido, ¡ay!, sus garras en mí. Las personas que hacen más de un trabajo —y yo lo estaría, si cumplo el turno que me toca de tres a once en Wal-Mart y al día siguiente voy a Menards— están ya entrenadas para tomarse con calma la falta de sueño. Yo no. Estoy temblorosa, tengo el cuerpo como ese huevo que aparece en el anuncio de la Asociación por una América Libre de Drogas. ¿Cómo voy a dominar la ciencia de los productos de fontanería si apenas puedo hacer el esfuerzo de concentración que exige preparar un desayuno de tostadas con mantequilla de cacahuete? El mundo se me echa encima en instantáneas muy contrastadas, privadas de continuidad narrativa. Llamo a Menards y doy con Paul, para aclarar con precisión cuál se supone que es exactamente mi horario. Steve —¿o es Walt?— dice que desde mediodía hasta las once de la noche. Eso serían once horas, ¿no es así?

«Sí —contesta—. Ústed quería un trabajo de jornada completa, ¿no?»

«¿Y me va usted a pagar diez dólares la hora?»

«¿Diez dólares? —pregunta Paul—. ¿Quién le dijo diez dólares?» Tiene que comprobarlo. Debe de ser un error.

Completamente fuera de quicio, le digo que no voy a trabajar un turno de once horas si no me pagan horas extra desde las ocho y media. No le hablo de las generaciones de trabajadores que han luchado, y a veces muerto, por la jornada de diez horas y luego por la de ocho, aunque no pienso en otra cosa.[27] Sólo le digo que le voy a mandar de vuelta el cuchillo, el chaleco y la cinta métrica. En días siguientes trato de razonar mi decisión, diciéndome que, dada la categoría de Wal-Mart como la empresa privada más importante del país, cualquier experiencia allí tendrá gran significación social. Pero eso no es más que una manera de ignorar el terror de haber cometido otro error garrafal, relacionado con el café. La bochornosa verdad es que estoy demasiado exhausta para trabajar, y mucho más para trabajar once horas seguidas.

¿Por qué no he hecho antes todas esas preguntas sobre sueldos y horarios? Y ya que estamos, ¿por qué no negocié con Roberta, cuando llamó para decirme que había pasado el control de drogas, y no le dije que 7 dólares la hora estaría muy bien, siempre y cuando los beneficios incluyeran alojamiento gratis con jacuzzi en un condominio a orillas del lago? Al menos parte de la respuesta —que sólo elaboré semanas más tarde— está en la habilidad de los patrones para manejar el proceso de contratación. Al empezar eres un solicitante y, de pronto, te ves convertido en alguien que recibe orientación. Te dan el formulario de solicitud y, pocos días después, te dan el uniforme y te hacen advertencias a propósito de aros en la nariz y robos. No existe el momento intermedio del proceso en el cual te enfrentas con el empleador como sujeto libre, con derecho a estropearle el negocio. El control de drogas, intercalado entre la solicitud y el contrato, ensombrece todavía más el campo de juego, estableciendo que eres tú —y no el empleador— quien tiene que demostrar algo. Y lo que es peor, en un mercado laboral reñido —y ninguno más reñido que el de Minneapolis, donde probablemente mi solicitud habría sido bien recibida en cualquier establecimiento en donde entrara—, la persona que tiene mano de obra valiosa para vender se siente rebajada, cada vez más rebajada, como si fuera un

mendigo con la mano tendida.

Es sábado y ha llegado el momento de dejar el alojamiento gratis y a mi neurótica compañera de habitación. Pocas horas antes de la programada para la vuelta de mis anfitriones, recojo mis cosas y me dirijo a Twin Lakes, donde —sin demasiada sorpresa— me encuentro con que todas las habitaciones del segundo piso están ocupadas. La que yo había reservado —que da a un patio y no al parking— la ha cogido una mujer con un niño, me dice el dueño. Y él es demasiado bueno como para no sentirse incómodo si le tiene que pedir que se mude a otra más pequeña. Decido que ésa es mi escapatoria y llamo a otro sitio, anotado en mi agenda, donde ofrecen alquileres por semana, la Clearview Inn —no es su verdadero nombre—, que tiene dos grandes ventajas: está a veinte minutos en coche de mi Wal-Mart, en vez de a los cuarenta y cinco minutos de trayecto que hay desde el Twin Lakes, y el alquiler es de 245 dólares en vez de 295. Aun así es un alquiler escandalosamente alto, más de lo que será mi paga semanal, libre de impuestos. Pero en nuestra última conversación, Hildy me ha prometido una habitación con cocina americana para fines de la semana próxima y confío en conseguir un trabajo de fin de semana en el supermercado donde presenté la solicitud. Si tengo suerte, en la panadería.

Decir que algún lugar es el peor motel del país es, sin duda, exponerse a un gran desafío.[28] He topado con cantidad de contendientes durante mis viajes: uno en Cleveland, que por la noche se convertía en burdel; otro en Butte, donde la ventana daba a otra habitación. Aun así la Clearview Inn no les llega ni a la suela del zapato. Deslizo 255 dólares (los diez extra son para pagar el servicio telefónico) por debajo de la ventanilla de cristal que me separa del joven dueño hindú: los hindúes parecen tener un coto cerrado en el negocio de los moteles del Medio Oeste. Su mujer me lleva a una habitación, donde lo más memorable es su insoportable hedor a moho. No tengo suficiente Claritin-D [un antihistamínico] para situaciones como ésta, algo que debo señalar apretándome la nariz porque su inglés no llega al concepto de lo que es «alergia». «¿Ambientador de aire?», sugiere, cuando capta el significado. «¿Incienso?» Hay una habitación que está mejor, dice el marido

cuando volvemos a la conserjería —y me mira de soslayo—, pero más vale que no «me la cargue». Intento esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero la amenaza me humilla durante días: ¿me he engañado todos estos años, convencida de parecer una persona madura y seria cuando, en realidad, cualquiera me puede tomar por una gamberra?

La habitación 133 tiene una cama, una silla, una cómoda y un televisor sujeto a la pared. Suplico que me proporcionen una lámpara, para suplementar la única bombilla colgada por encima de la cabeza. En vez del olor a moho, ahora respiro una mezcla de pintura fresca y lo que, llegado el momento, identifico como «vestigios» de ratones. Los auténticos problemas están relacionados con la ventana y la puerta: el único ventanuco no tiene persiana y la habitación carece de aire acondicionado o ventilador. El visillo es fino y transparente; la puerta no tiene pestillo. Sin persiana, por la noche la ventana tendría que estar cerrada por razones de sensatez, cosa que significa quedarse sin aire, al menos que quiera probar suerte con moscones y vecinos. ¿Quiénes son los vecinos? El motel tiene forma de asiento de váter distribuido alrededor del parking y puedo ver una variedad de gente difícil de definir. Una mujer con un bebé en brazos se apoya en el marco de la puerta de una habitación. Dos bandas de adolescentes —una negra y otra blanca— parecen compartir habitaciones adyacentes. Hay varios hombres despreocupados de distintas edades, incluido uno blanco ya mayor en mono de trabajo, con una gigantesca pegatina que dice: «No robes, el Gobierno odia la competencia»..., como si el impuesto a la ganancia fuera lo único que, en este momento, le impide vivir en las Suites de Embajadores. Cuando oscurece, salgo y miro a través de mi visillo y, sí, se puede ver todo muy bien, por lo menos la silueta. Ceno la deliciosa comida que he comprado en un supermercado de Minneapolis y me meto vestida en la cama..., pero no para dormir.

No soy por naturaleza miedosa, cosa que, para bien o para mal, debo a mi madre, que no se pasó la vida alertándome de que haber nacido niña significara ser especialmente vulnerable. Hasta que no llegué al instituto no supe de verdad qué era una violación, y descubrí que mi costumbre de explorar ciudades extrañas sola y a pie, de día o de noche, era más temeraria que excéntrica. No sentí recelo en el parking de caravanas de Key West ni en el motel de

Maine. Pero la puerta de la caravana tenía cerrojo y los dos sitios estores y persianas seguras. Aquí, sólo el aire viciado provocado por la ventana cerrada me recuerda que estoy bajo techo. De lo contrario estaría bien a la vista de cualquiera o al alcance de cualquier cosa que pase por la autopista. Y no querría depender de mis anfitriones para pedir ayuda. Pienso en usar tapones para los oídos para silenciar los ruidos del televisor de la habitación contigua y mis anteojeras de dormir para interceptar la luz del cartel de la máquina de palomitas Dr. Pepper instalada en el parking. Luego decido que es más acertado permanecer con los cinco sentidos en estado de alerta. Duermo y despierto, duermo y vuelvo a despertar, escuchando los coches que van y vienen, observando las siluetas que pasan por mi ventana.

En algún momento alrededor de las cuatro de la madrugada, caigo en la cuenta de que no sólo soy timorata. Las mujeres pobres — quizás en especial las solteras e incluso las que, por cualquier motivo, están obligadas a vivir temporalmente entre los desposeídos — tienen sobradas razones para abrigar más temores que las mujeres que tienen casa con doble cerrojo, sistemas de alarma, maridos o perros. En teoría tendría que haberlo sabido o, por lo menos, haberlo oído afirmar. Pero, por primera vez ahora, aprendo la lección.

De manera que éste es el hogar de donde salgo el lunes para empezar mi vida de Wal-Marciana. Después de los rigores de la orientación, espero una bienvenida formal, posiblemente una ceremonia en el momento de investirme con mi brillante atuendo azul de Wal-Mart, y cuarenta y cinco minutos de entrenamiento sobre las expendedoras automáticas, en la sala de descanso. Cuando llego por la mañana para cumplir el turno de diez a seis, nadie parece esperarme. Estoy en las «líneas suaves», que suena a algo maravilloso y sinuoso, pero no tengo la menor idea de lo que quiere decir. Alguien de personal me dice que estoy asignada a «prendas de señora» (me entero de que es una de las secciones de líneas suaves). Me manda al mostrador que está junto a los probadores, donde me pasan de una persona a otra, para acabar con Ellie, cuya falta de señales en el atuendo indica que pertenece a la dirección. Me pone a trabajar «zonificando» los vestidos de punto veraniegos de Bobbie Brooks, tarea que podría servir como prueba de medida

del coeficiente intelectual, por el riguroso desafío de discernimiento que representa. Primero hay que agrupar los vestidos por color —en este caso, verde oliva, melocotón o lavanda—, luego por el estampado —diseño de hojas en el canesú, flores sueltas o ramilletes de flores— y, dentro de cada estampado, por talla. Cuando acabo, no demasiado exhausta por el esfuerzo, conozco a Melissa, que, como sólo lleva dos semanas en el trabajo, es poco más o menos mi igual. Me pide que la ayude a arreglar los vestidos de punto de Kathie Lee, de modo que los de seda puedan ocupar su lugar en la «imagen», el área del rincón donde hay mucho movimiento. En un par de horas de intercambios verbales sueltos, me entero de que Melissa ha sido camarera antes de llegar aquí, de que su marido trabaja en la construcción y de que tiene hijos ya crecidos. Ha atravesado algunas malas rachas en su vida —un hijo nacido fuera del matrimonio, problemas de alcohol y drogas—, pero todo eso ha pasado ahora que ha entregado su vida a Cristo.

Nuestro trabajo, según surge en fragmentos de conversación a lo largo del día, consiste en mantener la sección de confecciones de señora «comprable». ¡Claro que sí! Ayudamos a las clientas (aquí también se les llama cada vez más «invitadas») si necesitan auxilio. Al principio merodeo por ahí, practicando la «hospitalidad agresiva» que exigen nuestros vídeos de entrenamiento: en cuanto alguien se acerca a tres metros de una colaboradora de ventas, se supone que esa colaboradora debe sonreír cálidamente y ofrecer asistencia. Pero nunca veo que una colaboradora más experimentada lo haga: en primer lugar porque a las clientas a veces les disgusta que les interrumpan los vistazos que echan antes de comprar y, en segundo lugar, porque tenemos cosas mucho más urgentes que hacer. En confecciones de señora, la tarea principal —que no tiene verdadero equivalente en, digamos, menaje o patios y jardines— es apartar las «devoluciones»: prendas probadas y rechazadas o, con menos frecuencia, compradas y luego devueltas al almacén. También está la cantidad de artículos que las clientas han dejado desperdigados por ahí, tirados en el suelo, sacados de las perchas y esparcidos por los percheros... O apartados en sitios alejados de su lugar habitual. Todos esos artículos deben volver a su emplazamiento preciso, agrupados por colores, estampados, precios y talla. Cualquier momento sobrante debe dedicarse a la «zonificación». Cuando le cuento todo esto a Caroline por teléfono,

me compadece: «¡Puf!, ¿no es para devanarse los sesos...?».

Pero ningún trabajo es fácil, como puede parecer a los no iniciados. Tengo que quitar las prendas de ropa desperdigadas de en medio, pero la cuestión es dónde ponerlas. Dedico gran parte de mis primeros días a tratar de memorizar la distribución de confecciones de señora: cien (o doscientos) metros cuadrados de espacio, rodeado por la sección de ropa de hombre, ropa de niños, tarjetas de felicitación y ropa interior. De pie ante los probadores y teniendo al frente la entrada principal, vemos directamente las tallas grandes, prácticos vestidos sueltos que parecen carpas, también llamados tamaños «de mujer». Por la izquierda, los flanquea nuestra línea más lujosa y más cara (llegan a costar 29 dólares y pico). La colección Kathie Lee, toda de poliéster, apropiada para citas y oficinistas de nivel inferior. Seguimos en el sentido de las agujas del reloj y encontramos las líneas Russ y Bobbie Brooks, decididamente unisex, diseñadas al parecer para gordinflonas maestras de cuarto grado que deben asistir a importantes barbacoas. Después de los resistentes White Stag, vienen las colecciones de los ligeros y atrevidos Faded Glory, No Boundaries y la de Jordache, diseñada para gente más joven y delgada. Encajados por distintos sitios a la fuerza, hay nidos de marcas menores como Athletic Works, Basic Equipment y las caprichosas líneas Looney Tunes, Pooh y Mickey, adornadas generalmente por figuras de los personajes epónimos. Dentro del área de cada marca hay, por supuesto, docenas de artículos, incluso docenas de cada clase de artículos. Este verano, por ejemplo, los pantalones pueden ser capri, clásicos, carpintero, pescador, bota o riada, según el largo y el corte (probablemente me estoy olvidando de alguna categoría). De modo que mi postura característica es rotar despacio sobre un pie, con los ojos abiertos de par en par, prenda en mano, preguntándome: «¿Dónde he visto los buzos de punto Athletic Works de 9,96?». O cualquier otra duda semejante. Hay artículos inevitablemente misteriosos que exigen tiempo e investigación extra: prendas que han rodado por la zona de hombres o niños, artículos en liquidación cuyas etiquetas no se han cambiado para reflejar los nuevos precios, las ocasionales «prenda única».

Cuando ya he memorizado bien la distribución, de repente la cambian. La tercera mañana, después de búsquedas inútiles,

descubro que los conjuntos de camisa y pantalones cortos de Russ le han ganado de mano a Kathie Lee en la imagen. Entre gruñidos acuso a Ellie de haberme puesto una celada para hacerme creer que tengo Alzheimer. Ella pide disculpas sinceramente y me cuenta que las clientas van de compras a este lugar un promedio de tres veces por semana, de modo que es necesario jugar con el factor sorpresa. Además, la distribución es casi la única cosa que Ellie puede controlar, puesto que la elección de la ropa y, por lo menos, los precios iniciales vienen fijados desde las oficinas de la central, situada en Arkansas. Por eso, tan pronto como he memorizado algo, ella —furiosa— lo cambia de sitio.

Mi primera reacción ante este trabajo es de desencanto y una especie de desprecio sexista. Podría haberme desempeñado en fontanería, dominar el vocabulario de las válvulas, dejando entrever las herramientas de mi cinturón, bromeando por ahí con Steve y Walt... En cambio, la misión del momento es devolver un bikini rosa a su lugar, en el perchero de ropa de Playa Bermuda. No es una tarea pesada ni, hasta donde veo, muy urgente. Nadie va a pasar hambre, a morirse ni a lesionarse si meto la pata. En realidad, ¿cómo se va a enterar nunca nadie de que he metido la pata, dadas las constantes depredaciones de las clientas? Me oprime el obligado refinamiento de la cultura Wal-Mart. Ésta es la sección señoras y aquí todas somos «señoras», impedidas —por la norma que rige todo el almacén— de levantar la voz o soltar un taco. Unas cuantas semanas en este ambiente y me convertiría en una remilgada, mis zancadas serían pasitos recatados y empezaría a ladear la cabeza hacia un lado.

Sin embargo, mis tareas no son tan refinadas como a primera vista parecen, gracias al tremendo volumen de ropa en circulación. En Wal-Mart —al contrario que en Lord & Taylor—, las clientas compran con carros estilo supermercado, que llenan hasta el tope antes de entrar al probador. Allí, los artículos descartados —que son alrededor del 90 por ciento de los que se prueban—, los dobla y cuelga en perchas cualquiera que esté de servicio en los probadores, para luego colocarlos en carros vacíos que Melissa y yo debemos zonificar. Así medimos la carga de trabajo: por carros. Cuando entro, Melissa —que empieza su turno antes que yo— me cuenta cómo han ido las cosas: «¿Puedes creerlo? ¡Ocho carros esta

mañana!». Y me dice cuántos me esperan. Al principio, vaciar cada carro me lleva una media de cuarenta y cinco minutos. Y todavía pueden quedar tres o cuatro artículos misteriosos en el fondo. Consigo reducir el tiempo a media hora y aún siguen llegando carros.

La mayor parte del tiempo, la tarea exige un mínimo de interacción humana, tanto de tipo colegiado como de supervisión, en gran medida porque los límites los fija una misma. Llego al principio de un turno o al terminar el descanso, pongo en orden los estragos cometidos en mi ausencia por las visitantes, cuento los carros llenos que me esperan y me lanzo a ellos. Podría ser sordomuda mientras me dedico a eso y, pese a todas las orientaciones impartidas por la dirección en cuanto a sonreír e irradiar calidez personal, el autismo sería una clara ventaja. A veces, cuando hay poco movimiento, Melissa y yo inventamos una tarea que podamos hacer juntas: zonificar bañadores, por ejemplo, una pesadilla de tirantes enmarañados... Y nos reímos como tontas —ella a su manera cristiana, yo desde una perspectiva más feminista— de la inútil transparencia de las envolturas, pensadas para aparentar cubrir lo más revelador que hay tras ellas. A veces Ellie me pide hacer algo especial, como poner en perchas todas las camisetas Basic Equipment y arreglarlas pulcramente en los percheros. Me gusta Ellie. Cincuentona y cetrina, tiene que ser el no va más del «liderazgo de servicio» o, en términos más seculares, del cacareado estilo administrativo «femenino». Dice «por favor» y «gracias»; no da órdenes, pide. No pasa lo mismo con el joven Howard —administrador adjunto, como todos lo llaman—, que gobierna sobre todas las líneas suaves, incluidas las de bebés, niños, hombres, accesorios y ropa interior. El primer día me hacen salir del salón de ventas para asistir a una reunión de colaboradoras, donde Howard tarda diez minutos en pasar lista, fijando la mirada en cada una de nosotras, con su desconcertante sonrisa estilo Tom Cruise: junta las cejas y, al mismo tiempo, levanta las comisuras de los labios. Luego revela (¿dónde he oído eso antes?) sus «fobias favoritas»: las colaboradoras que andan por ahí hablando, es decir, un claro ejemplo de tiempo robado.

A los pocos días de haber empezado mi carrera en Wal-Mart, vuelvo a casa —al Clearview— y encuentro abierta la puerta de mi

habitación. El dueño del motel espera fuera. Ha habido un «problema»: las aguas residuales han rebasado y cubierto todo el suelo, aunque, afortunadamente, mi maleta se ha salvado. Debo mudarme a la habitación 127, donde estaré mejor porque tiene persiana. Pero resulta que la persiana está hecha trizas y ni siquiera sujeta abajo, sino agitada a merced del viento. Pido una persiana de verdad y me dice que no tiene ninguna que calce en esa ventana. Pido un ventilador y no tiene ninguno que funcione. Pregunto por qué —quiero decir que se supone que esto es un motel en funcionamiento— y pone los ojos en blanco, por lo visto refiriéndose a mis compañeros de alojamiento: «Podría contarle cada historia...».

Llevo mis pertenencias a cuestas a la 127 y empiezo a tratar de reconstruir mi vida doméstica. Puesto que no dispongo de cocina, tengo lo que llamo mi «botiquín de comida», una bolsa de supermercado con bolsitas de té, unas cuantas frutas, varios sobres de condimentos rescatados en sitios de comida rápida, media docena de trozos de quesos envasados cuyas etiquetas advierten que deben estar en la nevera, aunque confió en que se mantendrán bien en sus envoltorios de plástico. Tengo mi ordenador portátil, vínculo esencial con mi oficio normal, convertido en tema de creciente preocupación. Me imagino que es, probablemente, el artículo portátil más caro de toda la Clearview Inn. Por eso no me atrevo a dejarlo en la habitación durante las nueve horas o más que paso en el trabajo.

El primer par de días en Wal-Mart hacía fresco y lo guardé en el maletero del coche. Pero ahora, que a mediodía la temperatura llega a los 32ºC, temo que se cueza ahí dentro. De momento la cuestión es el estado de mi ropa. La mayor parte de ella reside en la otra bolsa de papel marrón, la que hace las veces de cesto. Llevo puestos los pantalones color caqui uno o dos días y me quedan dos camisetas limpias, hasta el próximo viaje a la Laundromat. Pero ha surgido un problema con las camisetas. Esa tarde, Alyssa, una de mis compañeras del curso de orientación —que usa ropa deportiva —, ha venido al aseo de señoras para preguntar por un polo que se liquida a 7 dólares. ¿Hay alguna posibilidad de que lo rebajen más?

Como es lógico, no tengo la menor idea. Es Ellie quien decide qué artículos se liquidan. ¿Por qué estaba Alyssa tan empeñada en esa camiseta en particular? Porque una de las normas es que nuestras camisetas deben tener cuello, es decir, deben ser polos, no camisetas. No sé cómo pasé por alto esa norma durante la orientación y ahora me pregunto cuánto tardará mi cuello desnudo en llamar la atención de Howard. A 7 dólares la hora, un polo de 7 dólares no formará parte de mi lista de compras.

Son más de las siete y ya es tiempo de resumir mi rutina diaria en la fase de la cena que se avecina. La ciudad de Clearview no ofrece más que dos opciones baratas (no hay opciones caras) para los residentes sin cocina: un bufé libre chino o el Kentucky Fried Chicken, cada una con sus atracciones propias. Si como en el bufé, puedo observar a las extensas familias mexicanas o —en términos de rotundo conjunto masivo— a las todavía más extensas familias «anglo» de Minnesota. Si como del KFC en mi cuarto, puedo ver televisión en la media docena de canales disponibles. La última opción parece de alguna manera menos solitaria, especialmente si encuentro alguno de mis programas favoritos: Titus o Third Rock from the Sun. Comer sin mesa es asunto peliagudo. Pongo la comida en la cómoda y me cubro el regazo con una bolsa de plástico del supermercado, porque es difícil evitar las manchas cuando comes en pendiente. Y las manchas significan tiempo y dinero en la Laundromat. Esta noche encuentro el gran éxito, Supervivientes, en la CBS, donde «gente elegida entre el montón» intenta encender fuego en una isla desierta. ¿Quiénes son esos locos que se prestan a una situación ficticiamente sobrecogedora para entretener a millones de extraños con sus chapuceros esfuerzos por sobrevivir? En ese momento recuerdo dónde estoy y por qué estoy aquí.

Terminada la cena, pongo las sobras en la bolsa de plástico que me ha servido de mantel y la ato bien para desalentar a las moscas, que tienen acceso libre a mi morada sin persianas. Hago mis deberes nocturnos —escribir el diario y leer una novela—, apago las luces y me siento un rato al lado de la puerta abierta para que me dé un poco de aire. Los dos afroamericanos que viven en la habitación contigua también tienen la puerta abierta y, como a veces también está abierta de día, he notado que su cuarto, lo mismo que el mío, no tiene más que una cama. Sin embargo, no se trata de que éste

sea un lugar de citas de gays, porque parecen turnarse en la cama: uno duerme en el cuarto y el otro se echa una siesta en el camión que tienen fuera. Cierro la puerta, cierro la ventana y me desnudo en la oscuridad para que no puedan verme a través del cristal. Todavía no sé demasiado de mis compañeros de alojamiento de la Clearview: ya es bastante desagradable ser una mujer sola, sobre todo una mujer bastante rica que dispone de una cama sin tener que compartirla, para, encima, inmiscuirse en la vida de los demás. Hasta donde sé, el lugar no es un nido de traficantes de drogas ni de prostitutas; es gente trabajadora que carece de capital para alquilar un apartamento normal. Hasta los adolescentes que al principio me preocuparon parecen tener una figura materna detrás, probablemente madres solteras a quienes aún no he visto porque trabajan.

Por fin me acuesto y respiro, sintiendo en el pecho el peso del aire estancado. Pocas horas después me despierta un ruido que no está generado por ningún televisor: una mujer con decidida voz de contralto canta dos líneas de la canción más triste del mundo —la lírica es indescifrable—, con el acompañamiento de los camiones que pasan por la carretera.

La mañana empieza con el viaje en coche a la tienda de la gasolinera de Holiday, donde compro un envase lleno de hielo y un paquete de dos huevos hervidos. El hielo, que no se consigue en el motel, es para el té helado que preparo dejando diluir dos bolsitas de té en una taza de plástico durante la noche. Después de desayunar arreglo el cuarto, hago la cama, repaso el fregadero con papel higiénico y saco la basura al contenedor. Sí, es verdad que la mujer del dueño (a lo mejor es la copropietaria) va de habitación en habitación todas las mañanas con el carro de la limpieza, pero sus esfuerzos muestran señales de profunda depresión o de desorden mental. En general, se acuerda de cambiar las pequeñas toallas casi transparentes que, incluso cuando están limpias, tienen pelos incrustados y huelen a grasa de cocina. Pero no quedan más señales de que haya pasado, excepto quizás un trapo olvidado o un frasco de ambientador, para demostrar que ha cumplido con la ronda. Me imagino un anuncio buscando «ama de casa trabajadora con mentalidad tradicional», una boda en su pueblo natal y, luego —zas —, ahí está en Clearview, Minnesota, con un marido indoamericano

que, a lo mejor, ni siquiera habla su idioma, a miles de kilómetros de su familia, de un templo, de una tienda de saris.[29] Me lavo, me arreglo el pelo con suficiente cantidad de horquillas para que no se mueva en todo el turno y me dirijo al trabajo. La idea es parecer alguien que ha pasado la noche en una casa corriente con cocina y secador de pelo, no alguien que está en el límite de los sin techo.

La otra cuestión de mis arreglos y rituales domésticos es cómo pasar el tiempo cuando no estoy trabajando, cuando parecería extraño verme merodear por el parking o la sala de descanso del Wal-Mart. Porque la vida de hogar es más estresante de lo que yo reconocía conscientemente. Y estaría aterrorizada ante la perspectiva de mi próximo día libre si no esperara pasarlo mudándome a mejores dependencias en el Hopkins Park Plaza. Surgen pequeños síntomas de nerviosismo. A veces me duele el estómago después del desayuno, lo cual pone en peligro el almuerzo, y no hay manera de cumplir el turno sin reponer fuerzas, por lo menos una vez, con algo suculento. Más desagradable es el nuevo hábito de estirarme la camiseta o los pantalones con cualquier mano que pueda liberar del trabajo. Tengo que acabar con esa manía. Mi abuela materna, que todavía vive y está en forma a los ciento un años, era el perfecto modelo del estoicismo, pero solía toquetearse la cara y la muñeca, produciéndose marcas circulares rojo oscuro. Sostenía que no se daba cuenta de que lo hacía. Es posible que sea un tic nervioso hereditario y no tardaré en pasar de la tela a la piel.

Llego al trabajo llena de vida, me detengo en el probador para dar ánimo a la señora que está de turno —casi siempre la satisfecha y mandona Rhoda—, porque la señora del probador tiene la misma relación conmigo que la cocinera con la mujer que limpia: si quiere me puede fastidiar, dándome carritos contaminados con artículos ajenos al departamento de señoras, artículos que no están doblados ni colgados como es debido. «Aquí estoy —le anuncio en tono grandilocuente, abriendo los brazos—. ¡Ya puede empezar el día!» Con esas palabras me gano un respingo de nariz de Rhoda y una media sonrisa de Lynne, la rubia demacrada que trabaja con los sostenes. Busco a Ellie, a quien encuentro pegando nuevas etiquetas con la maquinita, y le pregunto si hace falta que haga algo especial. No, lo que haga falta. Luego veo a Melissa para que me informe sobre cómo ha ido la cuestión de los carros hasta ese momento. Hoy

parece avergonzada al verme: «Probablemente no tendría que haberlo hecho y vas a pensar que ha sido una verdadera tontería...». Porque me ha llevado un sándwich para el almuerzo. Se debe a que le he contado que vivo en un motel y me alimento, casi únicamente, de comida rápida. Y se ha apiadado de mí. Ahora soy yo quien está avergonzada y, además, apabullada al descubrir un flujo oculto de generosidad, que va a contracorriente de la mezquindad de la empresa. Seguramente Melissa no se considera pobre, pero yo sé que se fija en cada centavo. Por ejemplo, dos veces me ha recordado que los martes puedes ahorrar sesenta y ocho centavos en el plato del día de Radio Grill, de modo que el sándwich es algo para tener en cuenta. Me pongo en marcha con mi carro, murmurando con satisfacción: «Pantalones cortos color turquesa con cintura elástica de Bobbie Brooks» y «Camiseta sin mangas y escote en V de Faded Glory».

En mi segunda semana se produjeron dos cambios. Mi turno pasó de ser de diez de la mañana a seis de la tarde a ser de dos de la tarde a once de la noche, el llamado «turno de cierre», aunque el almacén seguía abierto de doce de la noche a siete de la mañana. Nadie me lo dice: me entero estudiando los horarios pegados bajo un cristal en la pared exterior de la sala de descanso. Ahora el turno es de nueve horas en vez de ocho y, aunque una de ellas es la hora no pagada para cenar, tengo media hora más neta al día a cuestas. Los dos descansos de quince minutos que, en el turno de diez a seis, casi parecen superfluos, se convierten en cuestión de apremiante cálculo. ¿Cojo los dos descansos antes de la cena, que suele ser a las siete y media de la tarde, y dejo un tirón de dos horas y media —cuando estoy más cansada— entre las ocho y media y las once? ¿O intento seguir dos horas y media sin descanso por la tarde, seguidas de casi tres horas de maratón, antes de poder irme a cenar? Después está la cuestión de cómo utilizar mejor el tiempo de quince minutos de descanso cuando llevas tres horas o más de necesidades apremiantes y simultáneas (hacer pis, beber algo para salir de las luces de neón a la luz natural y, sobre todo, sentarme). Dejo alrededor de un minuto de tiempo robado, sin hacer nada, antes de fichar para el descanso (sí, tenemos que fichar hasta para los descansos, de modo que no haya posibilidad de hacer ninguna trampa para robarles un par de minutos). Desde el reloj hay setenta y cinco segundos de camino hasta la salida. Si me detengo en el

Radio Grill, puedo acabar gastando cuatro minutos largos, esperando en la cola. Y para qué hablar de los cincuenta y nueve centavos que cuesta un vaso pequeño de té helado. De modo que, si me permito una excursión a la reducida zona cercada contigua al almacén —el único sitio donde se permite fumar a los empleados—, puedo sentarme nueve minutos.

El segundo cambio es que la tregua posterior al fin de semana del Memorial Day llega definitivamente a su fin. Ahora siempre hay una docena o más de compradoras que hurgan por la sección de señoras, reforzadas en horas de la tarde por una oleada de grupos multigeneracionales —abuelita, mamá y bebé metido en el carro—, más una bandada de niños malhumorados a rastras. Surgen nuevas tareas, como la de amontonar cada media hora o así los carros abandonados por las clientas y remolcarlos hasta su sitio, frente al almacén. Ahora no sólo tengo que recoger ropa tirada sino todos los extraños artículos sacados por las clientas de otros departamentos, artículos que deciden dejar con nosotras, en la sección de señoras: almohadas, tachuelas de tapicería, tarjetas de Pokémon, pendientes, gafas de sol, animales de peluche, incluso un paquete de panecillos de canela. Y siempre hay cantidad de devoluciones, ahora aumentadas por el enorme volumen de artículos esparcidos por el suelo o abandonados despreocupadamente fuera de sitio. A veces tengo la suerte de conservar la calma durante los ratos que paso poniendo en su lugar las devoluciones y recogiendo los artículos tirados por los percheros y el suelo. Si recojo los artículos que están fuera de sitio con la misma rapidez con que pongo en su lugar las devoluciones, mi carro no se vacía nunca y las cosas vuelven peligrosamente al probador, donde Rhoda —sumida en la pesadilla de devolver las cosas a su lugar— me espera para decir entre dientes: «Tienes dos carros esperándote, Barb. ¿Cuál es el problema?». A esas alturas me acuerdo de Sísifo o del aprendiz de brujo.

Aun así, en la primera mitad de mi turno soy la viva imagen del natural bondadoso y la amabilidad, fascinada por el despliegue multiétnico de nuestras compradoras —gente de Oriente Medio, asiáticas, afroamericanas, rusas, ex yugoslavas, tradicionales blancas de Minnesota—, que acepta con calma la segunda ley de la termodinámica, la que dice que la entropía siempre gana. Para mi

asombro, me elogia Isabelle, la dama setentona y enjuta que parece ser la adjunta de Ellie: lo estoy haciendo «de maravilla», me dice y, lo que es todavía mejor, «da gusto trabajar contigo». Hago piruetas de perchero en perchero, me pavoneo. Pero, alrededor de las seis o siete de la tarde, cuando el deseo de sentarme se convierte en ansiedad irrefrenable, se impone la transformación Dr. Jekyll/Mr. Hyde. No puedo ignorar que son la falta de consideración y los frívolos caprichos de las clientas lo que me obliga a inclinarme, ponerme en cuclillas y correr. Ellas son las compradoras, yo soy la contrapartida, cuya meta es dar la impresión de que nunca hubieran estado allí. En ese punto, la «hospitalidad agresiva» da paso a la «hostilidad agresiva». Sus carros tropiezan con los míos, sus niños hacen estragos. En una ocasión me quedo quieta y observo sin poder hacer nada, mientras un pequeño rufián arranca de los percheros todo lo que está a su alcance. La idea de que el aborto no debería limitarse a los nonatos se me debe de notar en la cara porque, finalmente, la madre le dice que se esté quieto.

Empiezo incluso a odiar a las clientas por razones que no les puedo echar en cara. En el caso de las caucasianas nativas, es su tamaño. No hablo sólo de sus barrigas y traseros, sino de enormes bultos en los sitios más insólitos, como la nuca y las rodillas. Este verano, Wendy's, donde suelo comprar el almuerzo, ha puesto de moda el verbo «aumentizar»: «¿Quiere aumentizar ese combinado?», lo cual significa si quiero doblar la ración de patatas fritas o palomitas. Y algo así como aumentizar parece haber hecho la población femenina invitada. Bueno, pues muy bien, todo el mundo sabe que los oriundos de la región central de Estados Unidos y, en especial, los de clase media baja, están trágicamente cargados por los residuos de décadas de patatas fritas y otros «fritos» franceses, y yo no traería eso a colación. En las primeras horas de mi turno, las de Dr. Jekyll, me apenan las obesas, que deben elegir entre nuestras horrendas ofertas de tallas grandes, nuestros pantalones cortos fruncidos con cintura elástica y las espantosas camisetas de rayas horizontales anchas, obviamente diseñadas para ensañarse con ellas. Pero la compasión se desvanece conforme pasan las horas. Por razones obvias, quienes trabajamos en la sección de señoras somos un lote de mujeres bastante delgadas —según los estándares de Minnesota, probablemente candidatas a recibir un suplemento nutritivo intravenoso de urgencia— y vivimos con el temor de que

nos aplaste alguna gorda de fuselaje ancho, cuando se precipita por el estrecho pasaje de Faded Glory al área de tallas grandes, perdida en las fantasías de los vestidos estrechos de Kathie Lee.

Es a las ropas a lo que me refiero, no a las clientas. Y, ahora, me ocurre algo gracioso aquí, en mi nuevo turno: empiezo a pensar que las prendas son mías, no mías para llevármelas a casa y usarlas —porque no es ése mi designio—, mías solamente para organizarlas y gobernarlas. Lo mismo me pasa con el deterioro que provocan las señoras. Después de las seis de la tarde, cuando Melissa y Ellie se van a casa, y, sobre todo, después de las nueve de la noche, cuando se marcha Isabelle, empiezo a sentirme dueña del lugar. Fuera de aquí, Sam, ahora esto es Barb-Mart. Patrullo el perímetro con mi carro, voy como una flecha recogiendo artículos fuera de lugar o caídos, haciendo que desde fuera todo parezca fantástico. No acaricio la ropa, como hacen las clientas; las empotro en su sitio, les ordeno ponerse tiesas en las perchas, en posición de firmes, o yacer sometidas en los estantes en perfecto orden. En ese marco mental, lo que menos quiero es ver a una clienta acariciando la ropa por ahí, perturbando el lugar. En realidad aborrezco la idea de que las cosas se vendan, arrancadas de su residencia natural, metidas a toda prisa en un armario, que Dios sabe en qué estado de desorden estará. Quiero que la ropa de mujer esté sellada en una burbuja de plástico y que la transporten a algún sitio seguro, un museo histórico de frivolidades.

Una noche vuelvo agotada de mi último descanso y me quedo consternada: hay otra persona —estadounidense de origen asiático o hispana, que no puede medir más de 1,40 de altura— doblando las camisetas en el área de White Stag, mi área de White Stag. Había sido una tarde bastante enojosa. Unas horas antes, cuando hecha polvo volvía de cenar, me había reprendido la señora a cargo del probador por llegar tarde —cosa que no era cierta—, y me había dicho que, si Howard lo supiera, no me pegaría cuatro gritos porque soy relativamente nueva pero que si volvía a ocurrir... Le espeté que me tenían sin cuidado los gritos de Howard, una opinión difícil de transmitir sin usar las tres palabras prohibidas. Estoy un poco escamada por esa intrusa en White Stag y, efectivamente, después de presentarnos muy a la ligera, se vuelve hacia mí.

«¿Sacaste algo de aquí hoy?», pregunta en tono impertinente.

«Sí, claro que sí.» Sin duda he sacado algo de ahí hoy, como hago un día tras otro.

«Porque esto no está en su debido lugar. Mira la tela..., es distinta», y me lanza el artículo errante al pecho.

Es verdad, veo que la tela de esa camisa verde oliva está ligeramente acanalada, mientras las otras son lisas.

«Tienes que ponerla en el lugar debido —continúa—. «¿Has verificado el número del código de barras?»

Claro que no he verificado los diez o más dígitos que están justo debajo del código de barras... Nadie lo hace. ¿Qué se cree que es, la Academia Nacional de Ciencias?

No estoy segura de qué tipo de deferencias debo tener con ella: ¿es ahora mi supervisora?, ¿o estamos metidas en alguna especie de contienda, para ver quién dominará el período de nueve a once de la noche en ese turno? Pero no me importa, me está cabreando que se meta en lo mío. De modo que le digo (sin utilizar los números ni las tres palabras prohibidas) que: 1) muchas otras personas trabajan aquí durante el día, sin contar las clientas que pasan por aquí, de modo que ¿por qué me echa la culpa a mí?; 2) son más de las diez de la noche y tengo otros carros llenos de devoluciones, ¿no sería más sensato que nos dedicáramos las dos a trabajar con los carros, en vez de zonificar las malditas camisetas?

A lo cual responde malhumorada: «Yo no hago devoluciones. Mi obligación es doblar».

Pocos minutos más tarde veo por qué no hace devoluciones: no alcanza los percheros. Tiene que utilizar la escalera de mano para llegar a los estantes más altos. Y ¿sabes lo que siento cuando veo a la pobre sabandija empujar la escalera de un lado a otro? Una oleada de regocijo. Desde donde estoy trabajando, en Jordache, escudriño alrededor, con la esperanza de verla estamparse contra el suelo.

Me voy esa noche impresionada por mi reacción ante la intrusa. Podría ser amonestada por lo que dije, pero todavía es peor lo que pensé. ¿Me estoy volviendo mezquina aquí y es ésa la reacción normal al final de un turno de nueve horas? Esa noche tengo otro brote de maldad mental. Había vuelto al mostrador contiguo al probador para recoger otro carro lleno de devoluciones y encuentro allí al individuo que contesta el teléfono por la noche —un muchacho joven y taciturno en silla de ruedas—, mirando al vacío y, al parecer, más triste que de costumbre. Lo primero que se me ocurre es pensar: «Por lo menos, tú estás condenado a no moverte».

Ésa no soy yo o no es la imagen de mí que me gustaría que me acompañara por mucho tiempo. Lo mismo que a mi diminuta compañera de trabajo no la habría tomado normalmente por una arpía. Después me entero de que no es ninguna supervisora sino alguien que trabaja la noche entera y, durante el día, descabeza un sueño mientras duerme el bebé. Sólo entonces caigo en la cuenta de que está sometida a las continuas críticas de Isabelle, cada vez que sus turnos se superponen. Debo enfrentarme con la realidad de que «Barb», el nombre de mi tarjeta de identificación, no es exactamente la misma persona que Barbara. «Barb» me llamaban cuando era pequeña y todavía me llaman así mis hermanos menores. Siento que, de alguna manera, estoy haciendo una regresión. Si dejara de lado la carrera y la educación superior, lo que quedaría sería tal vez esa Barb original: la que habría acabado trabajando de verdad en Wal-Mart si su padre no se las hubiera arreglado para salir de las minas. De modo que es interesante —y algo más que inquietante— ver lo que ha demostrado ser Barb: más mezquina y aviesa de lo que soy, más inclinada a abrigar rencores y no tan lista como creía.

El día en que me mudo al Hopkins Park Plaza, me despierto saboreando la idea de los productos perecederos que podré almacenar en la nevera: mayonesa, mostaza, pechugas de pollo. Pero cuando llego allí, Hildy se ha marchado y la mujer que está en su lugar a cargo de la imponente colmena sombría me dice que he entendido mal: la habitación no estará disponible hasta la semana próxima y debo llamar antes de ir, para asegurarme. ¿He estado realmente tan obnubilada por la ilusión como para haber

malentendido lo que parecía un convenio clarísimo y detallado («Traiga el dinero a las nueve de la mañana del sábado y podrá instalarse a las cuatro de la tarde, etcétera»)? ¿O me ha ganado alguien por la mano? No importa, he sido suficientemente lúcida para haber sabido siempre que el apartamento de Park Plaza con cocina americana a 179 dólares a la semana no era, a largo plazo, una opción válida si ganaba 7 dólares la hora en Wal-Mart. Mi plan era conseguir un segundo trabajo los fines de semana; el que me habían ofrecido sin demasiada seguridad en un supermercado Rainbow, cerca del apartamento donde estaba originalmente, con un salario de 8 dólares la hora. Entre los dos trabajos haría alrededor de 320 dólares, libres de impuestos, la semana. De manera que los 179 de alquiler significarían el 55 por ciento de mis ingresos, cosa que empieza a parecer «asequible».[30] Pero la oferta de Rainbow también se viene abajo: han decidido que me quieren para trabajar a tiempo parcial cinco días a la semana. No sólo los fines de semana. Es más, hasta el momento no sé cuáles serán mis días libres. Howard tiene programado que una semana tendré libre los viernes, la siguiente martes y miércoles. Tendría que hacerle la pelota para llegar a acordar un horario más estable y conveniente.

Es decir que, o bien encuentro un marido —como Melissa— o un segundo trabajo como algunas otras compañeras. A la larga, todo funcionará si dedico las mañanas a buscar trabajo, mientras conservo la ilusión de instalarme en el Park Plaza o, mejor aún, en un auténtico apartamento por 400 dólares al mes o 100 a la semana. Pero, parafraseando a Keynes, a la larga estaremos en quiebra, por lo menos aquellos de nosotros que trabajamos por salarios bajos y vivimos en moteles exorbitantemente sobrevalorados. Llamo a la YWCA [Asociación Cristiana de Mujeres] para ver si tienen habitaciones y me pasan con un sitio llamado Budget Lodging, que tampoco tiene ninguna habitación, aunque sí camas a 19 dólares la noche. Puedo disponer de taquilla propia y no hay «cierre» por las mañanas... Si quiero, puedo quedarme todo el día en la cama. Incluso con semejantes incentivos, debo admitir que me siento aliviada cuando el sujeto de Budget Lodging me dice que está situado al otro extremo de Minneapolis, de modo que puedo descartar el dormidero, en nombre de lo largo del trayecto y los gastos de gasolina. Por lo menos mientras trabaje en Wal-Mart. Es posible que deba plantar Wal-Mart sin más, mudarme al dormidero

y relanzar mi búsqueda de empleo desde allí. Pero la verdad es que todavía no estoy dispuesta a dejar Wal-Mart; es mi contacto con el mundo, mi fuente de identidad, mi sitio.

El empleado de Budget Lodging, que parece tener cierta familiaridad con las pesadillas de alojamiento de los trabajadores con salarios bajos, me sugiere seguir probando en los moteles. Está seguro de que debe de haber algunos que cuesten menos de 240 dólares a la semana. Entretanto, la Clearview Inn me pide la desorbitada cantidad de 55 dólares por cada noche adicional que pase allí. Eso quiere decir que, por un par de noches, es preferible casi cualquier otro motel. Llamo a Caroline para preguntarle cómo ve ella el panorama del alojamiento y —tendría que haber previsto lo que iba a ocurrir— me llama a los pocos minutos para invitarme a que me instale con ella y su familia. Le digo que no, ya he pasado por la experiencia de alojarme gratis y, como cualquiera, debo probar suerte en el mercado. Por el momento tengo la sensación de estar tocada por la mano de Dios, como me pasó con el sándwich de Melissa: no estoy del todo sola. Empiezo a llamar otra vez a los moteles, ahora abarcando sitios todavía más alejados de la ciudad, por los pueblos de la zona norte, de la zona oeste, en St. Paul. Pero la mayoría no tiene ninguna habitación, a ningún precio, ni ahora ni en las semanas venideras... A causa de la estación, me dicen, aunque es difícil entender que lugares como, digamos, Clearview (Minnesota), puedan ser punto de destino en ninguna época del año. Sólo la Comfort Inn tiene una habitación disponible, a 49,95 dólares la noche. Por lo tanto, la reservo por un par de días. El alivio que tendría que sentir al dejar el Peor Motel del País queda anulado por una abrumadora sensación de derrota.

¿Podría haberlo hecho mejor? El St. Paul Pioneer Press del 13 de junio, que arrebato ansiosa de la cabina situada frente a Wal-Mart, me proporciona una información tardía de la realidad. «El alquiler de los apartamentos se ha disparado», afirma el titular de primera plana. En Minneapolis han subido un 20,5 por ciento sólo en los tres primeros meses de 2000, un aumento sin precedentes, según los expertos locales en bienes raíces. Y lo que todavía atañe más a mi situación: la región de Twin Cities «está registrando uno de los niveles más bajos de viviendas desocupadas del país..., tal vez el más bajo». ¿Cómo iba a saberlo? Mi somera investigación anterior

al viaje no decía nada de que hubiera más escasez de viviendas que nunca. Lo cierto es que había tropezado con algunos artículos que se quejaban de la ausencia de industrias «punto-com» en Twin Cities, y eso me llevó a creer que la región se había librado de la inflación galopante que afligía a los bienes inmuebles, por ejemplo en el área de la bahía de California. Pero, por lo visto, para los residentes de bajos ingresos no hace falta que sea la riqueza «punto-com» la que estropee una región. El Pioneer Press cita al secretario del HUD [Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano], Andrew Cuomo, que agrava la «cruel ironía» de que la prosperidad está reduciendo la disponibilidad de alojamientos asequibles en todo el país: «Cuanto más fuerte es la economía, más fuerte es la presión al alza de los alquileres». Por lo tanto, no soy víctima de la pobreza sino de la prosperidad. Los ricos y los pobres, que en general se piensa que viven en un estado de armoniosa interdependencia —unos proveen mano de obra barata, los otros proveen trabajos con salarios bajos—, no pueden seguir coexistiendo.

Me registro en la Comfort Inn con la certera esperanza de que sólo será por una o dos noches hasta que algo, en algún sitio, se abra para mí. Lo que no puedo saber es que, en cierto sentido, éste es el momento de mi derrota definitiva. El juego ha terminado. Fin del cuento: al menos si es un cuento sobre el intento de hacer cuadrar las ganancias con el alquiler. En casi tres semanas, he gastado más de 500 dólares y sólo he ganado 42: los de la tarde del curso de orientación en Wal-Mart. A su debido tiempo recibiré más —como muchos otros empleadores que pagan sueldos bajos, Wal-Mart retiene el primer cheque semanal de la paga—, pero entonces será demasiado tarde.

Nunca llego a encontrar un motel asequible, aunque hago un último intento. Una mañana busco auxilio en una organización benéfica. Encuentro el lugar visitando el United Way de Minneapolis. Me dirige a otra asociación que, a su vez, me dirige a algo llamado el Community Emergency Assistance Program [Programa de Asistencia Urgente de la Comunidad], situado a sus buenos cincuenta minutos en coche de Wal-Mart. En la serie de oficinas que ocupa la CEAP, se desarrolla una escena descorazonadora: dos hombres negros, delgados como alambres —por el acento y porque hay muchos de ellos en la zona de Twin Cities, me imagino que son

somalíes—, dicen «¿Pan?, ¿pan?», y les contestan «Pan no, pan no». Salen tambaleándose. Entra una cincuentona blanca y pasa por la misma rutina; se va con la sonrisa de súplica todavía torpemente congelada en la cara. Sin embargo, por alguna razón —tal vez porque tengo una cita y todavía no he agotado el saludo de bienvenida—, me llevan a un despacho interior, donde me entrevista una mujer joven que está distraída. ¿Tengo coche? Sí, tengo coche. Y un par de minutos después: «¿De modo que no tiene coche?». Y así sigue...

Le digo que trabajo en Wal-Mart y cuánto gano. Me sugiere instalarme en un albergue para poder ahorrar el dinero que me permita pagar el depósito y el primer mes de alquiler. Luego me manda a otro despacho donde me dice que puedo solicitar un subsidio de alojamiento y donde me ayudarán a encontrar apartamento. Ese otro despacho sólo ofrece fotocopia de una lista de apartamentos asequibles, que debe ponerse al día semanalmente y ya está desactualizada. De vuelta en el primer despacho, la entrevistadora me pregunta si me serían útiles algunos alimentos de emergencia. Una vez más le digo que no tengo nevera. Algo encontrará, dice, y vuelve con una caja que contiene una pastilla de jabón, un desodorante y un puñado de artículos completamente inútiles, desde mi punto de vista: caramelos, pastas dulces y una lata de jamón que, sin nevera, tendría que comerme en una sentada. [31] (Al día siguiente llevo la caja entera, sin tocar, a otra organización al servicio de los pobres, así no parezco desagradecida y los alimentos no se desperdiciarán.)

Hasta que no estoy al volante con mi botín azucarado, no me doy cuenta de la importancia de lo aprendido en este encuentro. En cierto momento hacia el final de la entrevista, la señora de la CEAP se disculpa por haberse olvidado de casi todo lo que le había dicho de mí: que tenía coche, que vivía en un motel, etcétera. Me confundía con alguna otra persona que trabajaba en Wal-Mart, explicó, alguien que había ido allí hacía pocos días. Como es lógico, yo había notado que muchos de mis compañeros de trabajo son pobres en todo lo que, según pautas estereotipadas, es difícil ignorar. Una de las señales son los dientes torcidos y amarillentos; otra, el calzado inadecuado. Después de cuatro horas de trabajo me duelen los pies, aunque uso viejos y cómodos Reeboks, pero un

montón de mujeres anda todo el día de un lado para otro con mocasines de suela fina. El pelo proporciona otra clave de clase. Las coletas son corrientes. Otras tienen ese característico aspecto apagado y desesperanzado de Wal-Marciana, el pelo lacio que llega al hombro, con raya al medio, apartado de la cara con dos pasadores.

Pero ahora sé algo más. Durante el curso de orientación, aprendimos que el éxito del almacén depende por completo de nosotras, las colaboradoras: nuestros chalecos azul brillante llevan la leyenda «En Wal-Mart, nuestra gente hace la diferencia». Sin embargo, bajo esos chalecos hay casos que en la vida real dependen de la beneficencia; tal vez, incluso, huéspedes de albergues.[32]

Sea como sea, así empieza mi existencia surrealista en la Comfort Inn. Vivo lujosamente con aire acondicionado, puerta cerrada con llave, gran ventana protegida por una persiana intacta..., igual que un turista o viajante de comercio. Pero de ahí salgo todos los días para hacer una vida que la mayoría de los viajantes de comercio consideraría desgastante y descorazonadora: almuerzo en Wendy's, ceno en Sbarro (lugar de comida rápida italiana), trabajo en Wal-Mart, donde me abochornaría que algún miembro de la dirección de Comfort Inn me encontrara con mi chaleco, si se le ocurriera pasar por ahí. Desde luego pienso marcharme si algún día tengo acceso al Hopkins Park Plaza. Por el momento me recreo en el esplendor de mis instalaciones, asombrada de que cueste 5,05 dólares diarios menos de lo que pagaba por la ratonera de Clearview. Dejo de preocuparme porque me roben el ordenador o se cueza al sol, duermo toda la noche, el enfermizo hábito de toquetearme la cara es menos frecuente. Me siento como el hombre de los anuncios comerciales de la Holiday Inn Express, tan relajado después de su estadía nocturna allí que, al día siguiente, puede hacer cirugía o enseñar a la gente a usar un paracaídas. En Wal-Mart me desempeño mejor, mucho mejor, de lo que jamás habría imaginado al principio.

El tanto decisivo se produce un sábado, uno de los días de compras más ajetreados. Cuando llego a las dos de la tarde me esperan dos carros llenos y, en grandes parcelas del suelo de toda la superficie, cantidad de prendas tiradas y amontonadas, hasta alcanzar varios

centímetros de espesor. No han comprado, han saqueado. En esa situación, lo único que puedo hacer es todo a la vez: agacharme, estirarme, doblarme, levantarme, correr de un perchero a otro con mi carro. Y entonces ocurre: un estado de corriente mágica que empieza a conseguir que las cosas se pongan en su sitio por cuenta propia. Oh, sí, yo desempeño algún papel en el asunto, pero no de manera consciente. En vez de pensar «camisa de sarga azul marino de White Stag» y buscar obstinadamente las camisas similares, lo que hago es formar la imagen del artículo en la mente, trasponer esa imagen al campo visual y moverme hacia cualquier sitio donde la imagen encuentre su igual en el mundo exterior. No sé cómo funciona. Es posible que mi mente esté tan ocupada procesando los datos visuales que llegan, que se vea obligada a evitar los centros verbales del hemisferio izquierdo, con sus torpes instrucciones: «Dirígete al área de White Stag, en el rincón noroeste de señoras; prueba con los percheros del fondo, cerca de los pantalones cortos color caqui...». Tal vez el truco consista en comprender que cada artículo quiera verse reunido con sus parientes consanguíneos y los miembros de su clan, y que, dentro de cada clan, el artículo quiera ocupar su sitio preciso, según la jerarquía de color y tamaño. Una vez que permito a las prendas de ropa asumir el mando, una vez entendido que no soy más que el medio de su reunificación, salen volando del carro hasta su nido natural.

El mismo día, quizá porque mi nueva rapidez de movimientos me libera para pensar con mayor claridad, hago las paces con las clientas y descubro el sentido de la vida o, por lo menos, de mi vida en Wal-Mart. La dirección puede pensar que el objetivo es vender cosas, pero esa idea es demasiado simple, es un estrecho enfoque capitalista. La verdad es que yo no veo que se venda nada, puesto que las ventas se hacen fuera de mi vista, en las cajas registradoras situadas a las puertas del almacén. Lo único que yo veo son clientas que desdoblan camisetas cuidadosamente dobladas, sacan vestidos y pantalones de los percheros, los sostienen un momento en la mano para echarles un vistazo y los dejan caer en cualquier sitio para que nosotras, las colaboradoras, los recojamos. Para mí, dejar el resentimiento atrás empieza con la clave que me proporciona un cartel próximo a la sala de descanso, al fondo del almacén, adonde sólo acuden las colaboradoras: «Tu madre no trabaja aquí —dice—. Por favor, ve tú detrás de ti». He pasado muchas veces delante del

cartel, pensando: «¡Ja!, eso es todo lo que hago, ir detrás de la gente». Ahora me golpea la idea: la mayoría de las personas detrás de quienes yo voy son, ellas mismas, madres; quiere decir que, en el trabajo, yo hago lo que ellas hacen en casa: recoger los juguetes, la ropa y todo lo que está desperdigado. De manera que, para la mayoría de esas mujeres, lo mejor de ir de tiendas es que aquí se portan como crías, ignoran a los bebés que berrean en los carros y tiran las cosas por ahí, para que alguien las recoja. Y no tendría ninguna gracia —¿la tendría?— si, para empezar, las cosas no estuvieran razonablemente en orden. Ahí es donde entro yo, que recreo sin parar el orden para que las clientas lo desbaraten con la peor intención. Es atroz, pero lo llevan dentro: sólo el despliegue prístino y virginal de las cosas las excita de verdad.

Pongo a prueba esta teoría con Isabelle: que nuestra tarea consiste en recrear constantemente el decorado del escenario en el cual puedan actuar las mujeres. Que, sin nosotras, el índice de malos tratos a los niños se dispararía. Que, en cierto modo, cumplimos la función de terapeutas y, probablemente, tendrían que pagarnos 50 o 100 dólares la hora. «Sí, tú sigue pensando eso», dice, sacudiendo la cabeza. Pero sonríe con su breve y astuta sonrisa, de una manera que me hace pensar que no voy desencaminada.

Con la capacitación laboral surge una nueva inquietud: ¿Por qué aguanta nadie los salarios que nos pagan? Es verdad, la mayoría de mis compañeras está más protegida que yo; viven con cónyuges o hijos crecidos. O tienen otros trabajos además de éste. Me siento una noche con Lynne en la sala de descanso y descubro que éste es sólo un trabajo a tiempo parcial para ella —seis horas al día—; pasa otras ocho horas en una fábrica, donde gana 9 dólares la hora. ¿No acaba espantosamente cansada? Qué va, es lo que siempre ha hecho. La cocinera de Radio Grill tiene dos trabajos más. Podrías esperar alguna que otra queja, alguna señal de inquietud aquí y allí —grafitos en los persuasivos carteles de la sala de descanso, sordas risas durante las reuniones dirigidas a las colaboradoras—, pero no detecto nada parecido. Es posible que eso sea lo que se consigue cortando las malas hierbas de los posibles rebeldes con los controles de drogas y los tests de personalidad: una mano de obra desnaturalizada y uniformemente servil, satisfecha de soñar con el lejano día en que le confieran el plan de participación en las

ganancias de la empresa. Cuando en las reuniones se les pide, las colaboradoras se unen incluso a los «¡viva Wal-Mart!», según me cuenta por la tarde la señora a cargo del probador. Tengo la buena fortuna de no haber sido nunca testigo de esa última humillación. [33]

Si es difícil «sacar nada en limpio de la caja tonta», debe de ser casi imposible sacar nada en limpio de la «Caja de las Grandes Superficies». Si estás metido en él, Wal-Mart es una totalidad, un sistema cerrado, un mundo en sí mismo. Siento escalofríos cuando una tarde estoy mirando el televisor en la sala de descanso y veo... un anuncio de Wal-Mart. Cuando aparece Wal-Mart dentro del televisor, dentro de Wal-Mart, no me queda más remedio que cuestionarme la existencia de un mundo exterior. Sí, desde luego, puedes encontrar algún otro: coges el coche, haces un trayecto de cinco minutos y, sí señor, estás en Kmart, o Home Depot, o Target, o Burger King, o Wendy's, o Kentucky Fried Chicken. Mires donde mires, no hay alternativa para el orden empresarial en «megaescala», dentro del cual remotas casas matrices han abolido toda forma local de iniciativa y creatividad. Incluso de bosques y praderas han sido arrancadas las formas de vida desordenadas, para embutirlas a la fuerza en uniformes de cemento. Cuanto ves —autopistas, parkings, grandes almacenes— es todo lo que hay o todo lo que nos han dejado en este reino globalizado, totalizado, pavimentado de punta a punta. Me gusta leer las etiquetas, para descubrir dónde están hechas las prendas que vendemos —Indonesia, México, Turquía, Filipinas, Corea del Sur, Sri Lanka, Brasil—, pero las etiquetas sólo sirven para recordarme que ya no hay sitios «exóticos», que todos han sido engullidos por la ciega y enorme máquina globalizada de hacer dinero.

Lo único que se puede hacer es preguntarse: ¿por qué trabajas —por qué trabajamos— aquí? ¿Por qué nos quedamos? De modo que, cuando Isabelle elogia mi trabajo por segunda vez (!), aprovecho la ocasión para decirle que valoro de verdad sus palabras de aliento, pero que no puedo vivir con un salario de 7 dólares la hora y que me gustaría saber cómo se las arregla ella. La respuesta es que vive con su hija ya mayor, que también trabaja, y que, además, está trabajando aquí desde hace dos años y su salario ha subido a 7,75 la hora. Me aconseja paciencia: a mí puede pasarme lo mismo.

Melissa, que cuenta con la ventaja de tener un marido trabajador, dice: «Al fin y al cabo es un trabajo». Sí, ganaba el doble cuando era camarera, pero el lugar quebró y, a su edad, no la van a contratar en un sitio donde las propinas sean suculentas. Acepto la inercia, el hecho de que no esté dispuesta a empezar otra vez con las solicitudes, las entrevistas y los controles de drogas. Se concede un año de tiempo. ¿Un año? Le digo que yo estoy pensando si me voy a conceder una semana más.

Pocos días después ocurre algo que saca de quicio a la cariñosa y dulce Melissa. La destierran durante tres horas a «sujetadores», terra incognita para nosotras —inmensas filas de estantes que contienen objetos bicónicos apenas distinguibles—. Sé cómo se siente porque, en una ocasión, me mandaron a trabajar un par de horas en confecciones de hombre, por donde merodeaba inútilmente a través de extraños matorrales de percheros, adormecida por la monotonía de colores y estilos.[34] Es la diferencia entre trabajar y simular trabajar. Empujas tu carro unos metros, te detienes ostensiblemente con un artículo en la mano, frunces el ceño ante los percheros que te rodean, luego sigues empujando el carro y repites el proceso. «No me gusta en absoluto hacerles desperdiciar su dinero —dice Melissa cuando le permiten volver—. Quiero decir que ellos me pagan y yo no estoy desempeñando ninguna función allí.» Para mí, su rabia está mal dirigida. ¿Qué es lo que piensa? ¿Que la familia Walton vive en alguna habitación escondida al fondo del almacén, en medio de la mayor austeridad, a punto de arruinarse por 21 dólares de faena desperdiciada? Estoy empezando a darle vueltas al tema cuando, de pronto, ella se sumerge detrás del perchero que separa el sitio donde estamos —en la sección Jordache/No Boundaries— para meterse en el área Faded Glory. Preocupada por haberla ofendido, voy tras ella en el acto. «Howard —susurra—. ¿No lo has visto acercarse? No nos está permitido hablar entre nosotras, ya lo sabes.»

«La cuestión es que nuestro tiempo es tan barato que no les importa que lo perdamos», continúo, consciente mientras lo digo de que no es verdad. De lo contrario, ¿por qué iban a estar siempre aleccionándonos sobre el «tiempo robado»? Pero sigo farfullando indignada: «Eso es lo que resulta tan ofensivo». Desde luego que, en ese brote militante, no estoy teniendo en cuenta en absoluto el

contexto: dos mujeres ya maduras, dos mujeres que trabajan duro —porque así es—, escondiéndose detrás de un perchero para eludir a uno de los directores, un imbécil de veintiséis años. La situación no merece siquiera comentarios.

Alyssa es otro de los blancos de mi cruzada. Cuando vuelve para examinar una vez más ese polo de 7 dólares, descubre que tiene una mancha. ¿Cuánto le descontarán por ella? Creo que un 10 por ciento. Y si le sumas el 10 por ciento descontado a los empleados, bajará a 5,60 dólares. Estoy tratando de negociar un 20 por ciento de descuento con la señora del probador, cuando —¡suerte podrida! — aparece Howard y anuncia que no hay descuentos para empleados en artículos que están en liquidación. Ésas son las normas. Alyssa parece abatida y, cuando perdemos de vista a Howard, le digo que algo funciona mal si no nos pagan lo suficiente para comprar una camiseta de Wal-Mart, una camiseta de Wal-Mart en liquidación, y encima manchada. «Te entiendo», dice, y admite que tampoco a ella le sirve Wal-Mart si de lo que se trata es de ganarse la vida.

Después me quedo inquieta. Por el micrófono anuncian una reunión de colaboradoras para esa tarde. Decido ir aunque la mayoría de mis compañeras se queda en su sitio. No entiendo el propósito de esas reuniones, convocadas cada dos o tres días, donde gran parte del tiempo se dedica a pasar lista. A menos que se hagan para demostrar que sólo hay un Howard, mientras nosotras somos muchas. Me hace feliz poder estar sentada unos minutos o, en este caso, apoyada en alguna de las bolsas de fertilizantes. Porque hoy nos reunimos en «patios y jardines», y charlamos con cualquiera que se presente, esta tarde con una chica del departamento de óptica. Está mejor peinada y maquillada que la mayoría de las colaboradoras. Se ha visto obligada a trabajar después de su reciente divorcio, me dice, y ahora lamenta haber descubierto lo malísimo que es el seguro de salud. Luego sigue una larga historia sobre las condiciones exigidas, las deducciones, el período que cubre. La escucho con expresión ausente porque, como la mayor parte de la gente que está en mi grupo de orientación, no he optado al seguro de salud: el aporte del empleado es demasiado alto. Finalmente respondo: «¿Sabes lo que hace falta aquí? Necesitamos un sindicato». Ahí está, solté la palabra. Es posible que, si no me

dolieran tanto los pies, no la hubiera dicho. Y, probablemente, tampoco la habría dicho si se nos permitiera decir de vez en cuando «coño», «cojones» o, mejor aún, «mierda». Pero nadie ha desterrado categóricamente la palabra sindicato y, en este momento, es el conjunto de sílabas más soez que tengo a mano. «Necesitamos algo», contesta.

Después de eso no hay quien me pare. Ahora tengo una misión: ¡Plantea el asunto! ¡Planta la semilla! Al fin los descansos tienen un propósito, además del de sentarme. Aquí hay cientos de trabajadores —nunca pude saber cuántos— y, antes o después, los conoceré a todos. Dejo a un lado la idea de utilizar la sala de descanso con ese fin porque el televisor inhibe la conversación y, hasta donde yo sé, eso es lo que se supone que debe hacer. Es mejor salir al aire libre, a la zona cercada para fumadores, situada frente al almacén. En estos Estados Unidos libres de humo, es más probable que los fumadores sean rebeldes. Así era por lo menos en The Maids, donde los no fumadores esperaban en silencio en el despacho a que empezara el trabajo, mientras los fumadores que estaban fuera, en la acera, disfrutaban de los escandalosos viejos tiempos. Además, siempre puedes empezar una conversación pidiendo fuego, cosa que, de cualquier manera, tengo que hacer si se levanta viento. La pregunta siguiente es: «¿En qué departamento trabajas?», seguida por: «¿Desde cuándo trabajas aquí?». Luego viene una obvia segue[35] en cuanto al asunto que me traigo entre manos. Casi todos están ansiosos por hablar y no tardo en convertirme en depositaria andante de quejas. Me dicen que nadie gana horas extra en Wal-Mart, aunque a veces te presionan para que las hagas.[36] Muchos piensan que no merece la pena pagar el seguro de salud. Hay abierto descontento a propósito de horarios, sobre todo en el caso de la señora evangelista, que nunca puede tener una mañana de domingo libre, por mucho que lo ruegue. Y siempre hay quejas contra los gerentes: uno es conocido por mandar a los recién contratados a casa llorando; otro por coger una regla y tirar todo lo que haya en una estantería si él considera que está hecha un lío, de modo que debes recogerlo del suelo y volver a empezar.

A veces descubro que mi tema favorito —la atroz escala de salarios — parece ser una cuestión dolorosa. Por ejemplo, Stan, un

muchacho de veintitantos años con los dientes completamente desalineados, está tan ansioso por hablar que casi se abalanza sobre el asiento contiguo al mío, en el banco de la zona de fumadores. Pero, cuando surge el tema de los salarios, pone cara larga. La idea, ya ves, era seguir yendo a la escuela (dice haber ido dos años a una escuela técnica) mientras trabajaba. Pero el trabajo perturbaba tanto los estudios que los tuvo que dejar y ahora... Fija la mirada en el suelo cubierto de colillas, imaginando tal vez una eternidad de solicitudes extendidas frente a él. Le sugiero que necesitamos un sindicato pero, por la expresión de su cara, lo mismo podría haber dicho chicles o Prozac. Sí, es posible que se acerque a Media One —donde trabaja un amigo y los salarios son más altos— y presente una solicitud... Intentar otra vez la escuela, ¡uf...!

Marlene es el caso opuesto. Estoy sentada ahí fuera, charlando con una rubia que parece una muñeca, a quien había tomado por estudiante de instituto. Pero descubro que trabaja desde noviembre y está sumida en la duda de si puede o no comprarse un coche. Marlene sale para tomarse su descanso, enciende un cigarrillo y secunda enfáticamente mi opinión sobre los salarios en Wal-Mart. «Hablan de tener ánimo —dice refiriéndose a la dirección—, pero no nos dan motivo para que lo tengamos nosotras.» En su opinión, Wal-Mart prefiere seguir contratando gente nueva en vez de tratar decentemente a la que ya tiene. Tú misma puedes ver que todos los días llega una docena de personas para recibir el curso de orientación..., cosa que es verdad. El apetito de carne humana de Wal-Mart es insaciable; hasta nos han apremiado para que reclutemos a cualquier empleado de Kmart que conozcamos. No les importa haberte enseñado, no les importa nada. Marlene continúa diciendo que siempre pueden encontrar a otra si una se queja. Envalentonada por su vehemencia, corro el riesgo de volver a soltar la palabra candente una vez más. «Sé que va contra toda la filosofía de Wal-Mart, pero podríamos formar un sindicato.» Sonríe, de modo que insisto: «No es sólo cuestión de dinero, es cuestión de dignidad». Sacude la cabeza con decisión y enciende el segundo cigarrillo con la colilla del primero. Cuando me voy, digo dirigiéndome a mis imaginarios compañeros de conspiración: Hay que poner a esa mujer en el comité organizador ya.

Está bien, no tengo más madera de organizadora de sindicatos que

«de gerencia», según apunta Isabelle. La verdad es que no comparto el convencimiento —que tienen muchos dirigentes sindicales— de que la sindicalización sea la panacea. Sin duda, cualquier sindicato antiguo aumentaría los salarios y enderezaría algunas espaldas aquí, pero sé que incluso los sindicatos más fuertes y democráticos deben aguantar la celosa vigilancia de sus miembros. La verdad —que no puedo dejar de reconocer cuando estoy en esas interminables y despobladas horas entre los dos descansos— es que no estoy haciendo más que entretenerme y de una manera que parece bastante inofensiva. Alguien tiene que pinchar la ficción imperante de que aquí somos una «familia»: nosotras las colaboradoras y los «líderes a nuestro servicio», mantenidos unidos sólo por nuestro compromiso con las «invitadas». Lo cierto es que necesitarías una palabra bastante más fuerte que disfuncional para describir a una familia donde unos pocos comen ante una mesa bien servida, mientras el resto —las «colaboradoras» y todas las costureras y obreras de fábrica de piel oscura del mundo entero, que hacen las cosas que vendemos— lame del suelo las sobras: psicótico estaría más cerca de la realidad.[37] Y alguien tendría que deshacer la misteriosa trama del «nosotras» que se cierne sobre el «nuestro» de la afirmación de que «Nuestra gente marca la diferencia», que llevamos a la espalda. Muy bien puedo ser yo, puesto que no tengo nada que perder; de hecho, menos que nada. Cada vez que fracasan mis intentos de encontrar un alojamiento más barato, cosa que hago ahora a diario, me cuesta 49,95 dólares tener el privilegio de ordenar cosas en Wal-Mart. A ese ritmo me habré pulido en menos de una semana el resto de los 1.200 que me había adjudicado para vivir un mes en Minneapolis.

No me vendría mal un poco de entretenimiento. He descubierto una gran verdad sobre salarios bajos y probablemente también, sobre una buena proporción de salarios medios: que no pasa nada o, más bien, que siempre pasa lo mismo, que, virtualmente, no es nada. Esa ley no se aplica tan al pie de la letra en los trabajos de servicio que he desempeñado hasta ahora. Si trabajas de camarera, siempre tienes nuevos clientes para estudiar. Hasta las faenas de limpieza ofrecen el desfile diario de casas por explorar. Pero aquí..., bueno, ya sabes lo que hago, cómo lo desordenan y cómo lo único que hago es volverlo a ordenar. ¿Cómo se me habría ocurrido la idea de sobrevivir en una fábrica, donde ya no se trata de que todos los días

sean iguales, sino de que cada minuto es idéntico al siguiente? Aquí no hay crisis, excepto durante las avalanchas de Navidad. No habrá «Code M», que significa «condición de rehén» ni, probablemente, Code F o T (trato de adivinar el significado de esas letras porque no lo anoté durante el curso de orientación y, de cualquier manera, pueden ser un secreto de la empresa y significar fuego o tornado): ninguna ocasión para el coraje, el logro extraordinario o la repentina evacuación del local. La posibilidad de recibir la mala noticia de que un antiguo empleado contrariado ha entrado a tiros en el lugar o de que un montón de gente ha sido aplastada por una avalancha de pilas de cajas almacenadas es una entre un millón. Lo que mi vida me depara son carros: llenos, luego vacíos, luego llenos otra vez.

Aquí puedes envejecer muy pronto. El tiempo juega malas pasadas cuando no hay pequeñas sorpresas que delimiten momentos memorables. Y siento que ya soy varios años mayor que cuando empecé. En el único espejo de cuerpo entero que hay en la sección de señora, una figura de talla mediana está encorvada sobre un carro, con la cara desencajada por una absurda concentración..., seguro que no soy yo. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que esté tan cenicienta como Ellie, tan malhumorada como Rhoda, tan ajada como Isabelle? ¿Si ni una dieta de comida rápida, alta en contenido sódico, puede evitar que tenga necesidad de hacer pis a todas horas? ¿Si mis pies harían volver a la universidad a algún podólogo novato? Sí, sé que cualquier día voy a volver a la variedad y los altibajos de mi verdadera vida como Barbara Ehrenreich. Pero esa realidad sólo me sostiene en el mismo sentido que, es un decir, la perspectiva de la gloria eterna anima a un enfermo terminal: es bueno saberlo pero, por el momento, no sirve de mucho. De lo que no necesariamente te das cuenta cuando empiezas a vender tu tiempo por horas es de que lo que en realidad estás vendiendo es tu vida.

Y entonces pasó algo. No conmigo ni en Wal-Mart pero, no obstante, de deslumbrantes consecuencias. Es un titular de primera plana en el Star Tribune: 1.450 trabajadores de hostelería, miembros del Sindicato de Hoteles y Restaurantes, están en huelga en nueve hoteles locales. Un articulista de la sección «Negocios» del Pioneer Press, que comenta la noticia —más una huelga de

camioneros en la planta embotelladora de Pepsi-Cola y una marcha de trabajadores que exigen el reconocimiento del sindicato en una planta de carne envasada de St. Paul—, se restriega los ojos y pregunta: «¿Qué está pasando aquí?». Cuando ese día llego al trabajo rescato el periódico del cubo de basura que hay justo al lado de la entrada del almacén... Cosa nada difícil porque está, como de costumbre, desbordado y no tengo que hurgar demasiado. Luego irrumpo con el periódico en la sala de descanso y lo dejo con el titular a la vista encima de la mesa, para que nadie lo ignore. Este nuevo papel —¡ser portadora de una verdadera gran noticia!— me hace sentir importante y ocupada. En el aseo de señoras, cuento las noticias a Melissa, añadiendo que los trabajadores de hotel ya ganan un dólar más por hora que nosotras y que eso no les ha impedido ir a la huelga para ganar más. Parpadea unas cuantas veces, pensándolo. Luego llega Isabelle y anuncia que el director regional visitará el almacén mañana, de modo que todo debe estar «zonificado en enésimo grado». El día se nos echa encima. Tengo en la cabeza cantidad de cosas más importantes que el reto de organizar los estantes de tejanos Faded Glory. Alrededor de las seis de la tarde se supone que debo llamar a dos moteles, donde quizás haya alguna habitación desocupada. Sólo cobran 40 dólares por día, pero me doy cuenta de que he olvidado los números de teléfono en el coche. No quiero desperdiciar los descansos en ir a buscarlos...; de ninguna manera hoy, que puedo hablar de la noticia de la huelga. ¿Me arriesgo a enredarme con un exceso de tiempo robado? ¿Cómo puedo salir sin que Isabelle se dé cuenta? Ya me ha pescado doblando mal los tejanos —se doblan en tres, con los ángulos hacia dentro, no hacia fuera— y ha vuelto para verificar la tarea por segunda vez. Créase o no, es nada menos que Howard quien me proporciona una salida: de pronto aparece a mi lado, para informarme de que estoy atrasada con mi CBL.[38] Se supone que los empleados nuevos tienen que seguir por su cuenta los módulos del CBL, abandonando la planta con permiso de sus supervisores. Lo he estado haciendo a desgana —he pasado por los de cómo abrir cajas de cartón, cargar artículos y comprimir prendas de desecho—, hasta que el programa se atascó. Ya está arreglado, dice, y debo volver al ordenador de inmediato. Eso me saca de la sección de señoras, pero me aleja mucho más de las puertas del almacén. Me dedico a un módulo en el cual Sam Walton se deshace en elogios respecto al sistema de inventario permanente. Luego me levanto

cautelosamente del ordenador, para ver si Howard anda por ahí. Bien, el camino está expedito. Voy con paso resuelto hacia el frente del almacén, cuando lo veo ir en la misma dirección, treinta metros a mi izquierda. Entro como una flecha en zapatería, me asomo, y lo veo seguir un recorrido paralelo al mío. Vuelvo a eludirlo metiéndome en la sección de sujetadores, y viro directamente a la derecha, al último extremo de la sección de señoras. He visto hacer esas cosas en las películas, donde el bueno esquiva al malo en algún espacio público lleno de vericuetos, pero nunca se me había ocurrido que fuera a hacerlo yo.

De vuelta en el almacén, con los números en el bolsillo del chaleco, decido robar unos minutos más y hacer las llamadas desde la cabina telefónica de pago próxima al depósito de paquetes reservados, birlándole tiempo a la empresa. El primer motel no contesta, cosa muy corriente en sitios de escasa categoría. En un arranque llamo a Caroline, para preguntarle si está en huelga. No, su hotel no lo está. Pero se ríe y me cuenta que, en el noticiario de anoche, vio al administrador del hotel donde ella trabajaba antes. Es un sujeto blanco, a quien le gustaba recordarle que era la primera afroamericana contratada para ningún trabajo que estuviera por encima de las tareas domésticas. Y allí, en el televisor, estaba él, pasando la escoba, mientras las mujeres que hacen la limpieza diaria formaban piquetes. Estoy marcando el número del segundo motel cuando reaparece Howard. ¿Por qué no estoy en el ordenador?, pregunta, dedicándome su típica sonrisa aviesa. «Descanso», le digo, recorriéndolo con lo que los primatólogos conocen como «sonrisa atemorizante», medio enseñar los dientes, medio mueca. Si vas a robar, más vale que estés preparada para mentir. Desde luego, no tardará más de un minuto en descubrir la mentira, verificando si de verdad he marcado la salida. Podría quedar señalada, podrían mandarme a la sección de sujetadores. La decepcionada Roberta podría llamarme y echarme. El segundo motel no tiene habitación hasta dentro de dos días, lo cual quiere decir que, por razones estrictamente económicas, mi carrera en Wal-Mart está, de cualquier modo, a punto de llegar a un súbito final.

A las seis, cuando Melissa se dispone a salir, le digo que voy a dejar el trabajo, posiblemente al día siguiente. Cree que, en ese caso, ella también lo dejará, porque no quiere trabajar aquí sin mí. Las dos

miramos al suelo. Entiendo que no se trata de una declaración de amor sino de una consideración práctica. A nadie le gusta trabajar al lado de gente con quien no tienes nada en común ni te gusta estar. Tampoco quieres estar siempre adaptándote a compañeras nuevas. Cambiamos direcciones, incluida la mía auténtica y permanente. Le cuento que estoy trabajando en un libro y asiente, sin mostrarse demasiado sorprendida. Dice que espera no haber «hablado demasiado mal de Wal-Mart». Le aseguro que no y que, además, la disfrazaré. Me dice que lo ha estado pensando y que 7 dólares la hora no es suficiente para lo mucho que trabajamos. Va a presentar una solicitud en una fábrica de plásticos, donde espera ganar 9 dólares.

Esa noche, a las diez, voy a la sala de descanso, para aprovechar la última pausa. Tengo los pies demasiado doloridos para salir a fumar y sentarme subiéndolos sobre el banco. El descanso anterior, durante el cual cometí demasiados delitos para conservar el puesto, fue un completo fiasco. No había más seres humanos alrededor que mujeres con categoría de gerentes de contabilidad. Tengo ese síndrome de encierro-del-último-turno, de creer que no hay otro mundo fuera de esas puertas, ningún problema más grave que los misteriosos artículos que quedan en el fondo de mi carro. Sólo hay una persona más en la sala: una blanca de unos treinta años que mira el televisor. No tengo fuerzas para entablar una conversación, ni siquiera con el jugoso tema de la huelga.

Y, en ese momento, por la gracia del Dios que dedicó a Jesucristo el Sermón de la Montaña, la televisión empieza con las noticias locales, y la primera es a propósito de la huelga. Uno de los trabajadores de los piquetes, con un hijo pequeño al lado, dice a la cámara: «Lo hago por mi hijo. Lo hago por mi hijo». El senador Paul Wellstone también está ahí. Le da la mano al crío y le dice: «Debes estar orgulloso de tu padre». Al oírlo, mi única compañera pega un salto y, sonriente, levanta el puño en dirección al televisor. Con los dedos índice apuntando hacia abajo le hago el rápido gesto que significa: «¡Nosotras también podemos hacerlo!». Se inclina hacia donde estoy sentada —si me hubiera creído con garra, habría saltado hasta ella—, me acerca la cara y dice: «¡Así es, coño!». No sé si es por mis pies, porque ha dicho «coño» o por qué razón, pero me echo a llorar. Habla hasta bien pasado el tiempo de mi descanso —y

posiblemente del suyo— sobre su hija, sobre lo harta que está de trabajar tantas horas y no tener nunca tiempo de estar con ella, sobre adónde conduce todo esto si ni siquiera ganas para ahorrar...

Sigo pensando que ella y yo podríamos haber hecho algo, si yo hubiera sido capaz de trabajar en Wal-Mart más tiempo.

■

[24] La St. Paul-based Jobs Now Coalition consideraba que, en 1997, «el salario digno» para una madre o padre solteros con un solo hijo en el área metropolitana de Twin Cities era de 11,77 dólares la hora. Esa estimación estaba basada en los gastos mensuales, que incluían 266 dólares para la comida (todos alimentos cocinados y consumidos en casa), 261 dólares para el cuidado del hijo y 550 dólares de alquiler («The Cost of living in Minnesota: A Report by the Jobs Now Coalition on the Minimum Cost of Basic Needs for Minnesota Families in 1997».) Nadie ha puesto al día ese «salario digno», teniendo en cuenta la acelerada inflación de los alquileres en Twin Cities en 2000.

[25] Se alegan muchas razones en favor de hacer controles de drogas en los centros de trabajo: supuestamente reducen los accidentes y el absentismo. Menos razones se alegan en favor de los planes de salud y aumento de la productividad. Sin embargo, ninguna de esas razones se ha fundamentado, según un informe de 1999 de la American Civil Liberties Union, «Drug Testing: A Bad Investmen». Los estudios demuestran que los controles preempleo no reducen el absentismo, los accidentes ni la inestabilidad del personal y (por lo menos en los centros de trabajo altamente tecnificados estudiados) la verdad es que reducen la productividad, presumiblemente debido al efecto negativo que provocan en la moral de los empleados. Es más, la práctica es bastante cara. En 1990, el Gobierno federal invirtió 11,7 millones de dólares para probar a 29.000 empleados federales. Como sólo 153 dieron positivo, el costo de detectar a un solo consumidor de drogas fue de 77.000 dólares. ¿Por qué persisten los patronos en la practica? Probablemente en parte por los anuncios de la industria de los controles, que alcanzan la cifra de 2.000 millones de dólares. Pero

sospecho que también porque el degradante efecto de la prueba puede ejercer atractivo sobre los empleadores.

[26] En los últimos años ha habido un descenso constante en el número de apartamentos asequibles a lo largo y ancho del país. En 1991 había cuarenta y siete unidades de vivienda en alquiler por cada cien familias de bajos ingresos mientras que, en 1997, el número había bajado a treinta y seis por cada cien familias («Rental Housing Assistance. The Worsening Crisis: A Report to Congress on Worst-Case Housing Needs», Housing and Urban Development Department, marzo de 2000). No hay estadísticas fiables nacionales ni locales pero, por lo visto, cada vez hay más y más pobres reducidos a vivir en moteles. Los encuestadores distinguen entre moteles estándar —aquellos donde paran los turistas— y moteles residenciales, alquilados por semana, generalmente a inquilinos a largo plazo. Pero muchos moteles albergan huéspedes de las dos clases o cambian de una a otra, según la estación. El número de residentes a largo plazo de los moteles está casi con certeza subestimado, puesto que los propietarios niegan el acceso de encuestadores y los mismos residentes pueden mostrarse reacios a admitir que viven en moteles, hacinadas hasta cuatro o más personas en una habitación (Willoughby Mariano, «The Inns and Outs of the Census», Los Angeles Times, 22 de mayo de 2000).

[27] Según el Fair Labor Standards Act es ilegal no remunerar las horas extra con doble paga, si se trabaja más de cuarenta horas semanales. Cierta categoría de trabajadores —profesionales, administradores y trabajadores agrícolas— no está cubierta por la ley, pero los vendedores al por menor sí.

[28] Puedo tener que retirar mi afirmación. Hasta que lo clausuraron en 1997 por violar normas del código de incendios, el Parkway Motel, al sur de Maryland, podía vanagloriarse de tener cables eléctricos al descubierto, agujeros en las puertas de las habitaciones y aguas residuales en el suelo de los cuartos de baño. Pero si lo que entra en competición son los precios, la Clearview Inn puede salir todavía ganando, puesto que el Parkway no cobraba más que 20 dólares diarios en esa época (Todd Shields, «Charles Cracks Down on Dilapidated Motels», Washington Post, 2o de abril de 1997).

[29] Agradezco a Sona Pai, estudiante indoamericana graduada en literatura de no ficción por la Universidad de Oregón, haberme ofrecido un panorama sobre la comunidad indoamericana dedicada a los moteles y sobre la vida de las novias o esposas inmigrantes.

[30] La verdad es que, para considerarlo «asequible», el alquiler no debe pasar del 3o por ciento de los ingresos. Peter Dreier —analista de viviendas— dice que el 59 por ciento de los inquilinos pobres, que suman un total de 4,4 millones de familias, gastan más del 50 por ciento de sus ingresos en alojamiento («Why America's Workers Can't Pay the Rent», Dissent, verano de 2000, pp. 38-44). Un sondeo hecho entre 44.461 propietarios en 1996-1997 dice que el 28 por ciento de los padres cuyas ganancias están en menos del 200 por ciento del nivel de pobreza —es decir, menos de alrededor de 30.000 dólares al año—, afirman tener problemas para pagar el aquiler, la hipoteca o las facturas de los servicios públicos (Welfare Reform Network News, 12 de marzo de 1999, Institute for Women's Policy Research, Washington D.C). En la época de mi estadía en Twin Cities, alrededor de 46.000 familias trabajadoras pagaban más del 50 por ciento de su salario en alojamiento y, sorprendentemente, el 73 por ciento de esas familias eran propietarias de sus casas y estaban cada vez más presionadas por el encarecimiento de los impuestos sobre la propiedad («Affordable Housing Problem Hits Moderate-Income Earners», Minneapolis Star Tribune, 12 de julio de 20o0).

[31] La gente de clase media suele criticar a los pobres por sus hábitos alimentarios, pero esta organización benéfica parece promover la dependencia de las «calorías vacías». El inventario completo de la caja de alimentos gratis que recibo es el siguiente: 600 gramos de cereales General Mills Honey Nut Chex; 680 gramos de cereales Post Grape-Nuts; 565 gramos de salsa Mississipi Barbecue; varias bolsas de golosinas, incluidos Tootsie, caramelos de fruta Smarties, tartaletas dulces y dos pastillas de chocolate Ghirardelli; chicles; un paquete de 370 gramos de galletas glaseadas; pan para hamburguesas; 170 gramos de zumo concentrado Minute Maid; una rebanada de pan vienés; bocaditos Star Wars; una rebanada de pan de canela; 500 gramos de mantequilla de cacahuete; 500 gramos de champú de jojoba; 400 gramos de jamón enlatado; una pastilla de jabón Dial; cuatro barras

de Kellogg Rice Krispies Treats; dos paquetes de galletes cracker Rtiz; una lata de 140 gramos de pechuga de pollo Swanson; 56 gramos de un brebaje concentrado tipo Kool-Aid, y dos desodorantes Lady Speed Stick.

[32] En 1998, el senador por Arkansas Jay Bradford atacó a Wal-Mart por pagar salarios tan bajos a sus empleados que éstos debían acudir al Estado en busca de prestaciones sociales. Sin embargo fue incapaz de demostrar el caso porque no pudo acceder a los registros de las nóminas de la compañía (Bob Ortega, In Sam We Trust: The Untold Story of Sam Walton and Wal-Mart, the World's Most Powerful Retailer, Times Books, 2000, p. 193).

[33] Según Bob Ortega, experto en Wal-Mart, a Sam Walton se le ocurrió la idea de los vivas durante un viaje a Japón en 1975, «donde le impresionaron mucho los obreros de una fábrica que hacían calistenia en grupo y lanzaban vivas a la empresa». Ortega cuenta cómo dirigía Walton los hurras: «¡A mí, una W!», gritaba. «¡W!», respondían a voz en cuello los trabajadores, para luego aullar el nombre de la empresa. Un brevísimo respiro y Walton gritaba: «¡A mí, un buen balanceo!», y se agachaba moviendo las caderas al mismo tiempo; los trabajadores respondían en el acto, repitiendo la gracia.

[34] «Durante su carrera en Wal-Mart, usted puede recibir entrenamiento en otros departamentos dentro del complejo. Significará un reto estar en áreas nuevas y le ayudará a ser una colaboradora bien rodada» («Manual de colaboradora de Wal-Mart», p. 18).

[35] En música, transición ininterrumpida.

[36] Los empleados de Wal-Mart han demandado a la empresa por tiempo extra impagado en cuatro estados: Virginia Occidental, Nuevo México, Oregón y Colorado. Los demandantes alegan que se sienten presionados para trabajar horas extra y que la empresa las borra después de los registros. Dos de los demandantes de Virginia Occidental —que habían sido promovidos a cargos de dirección antes de irse de Wal-Mart— declararon haber participado en la alteración de los registros horarios, para ocular las horas extra. En vez de pagar hora y media por hora extra, la empresa

recompensaba a los trabajadores con «cambios de horario deseados, promociones y otros beneficios». Quienes se negaban a hacer horas extra impagadas eran «amenazados con amonestaciones, descenso de categoría, reducción de horario o salario» (Lawrence Messina, «Former Wal-Mart Workers File Overtime Suit in Harrison County», Charleston Gazzete, 24 de enero de 1999). En Nuevo México, una demanda presentada por 110 trabajadores de Wal-Mart fue resuelta cuando la empresa aceptó pagar las horas extra («Wal-Mart Agrees to Resolve Pay Dispute», Alburquerque Journal, 16 de julio de 1998). El portavoz de Wal-Mart, William Wertz, afirmó en un e-mail que me envió que «es política de Wal-Mart remunerar a sus empleados equitativamente y cumplir estrictamente todas las leyes federales y estatales establecidas sobre salarios y horarios».

[37] El National Labor Commitee Education Fund in Support of Worker and Human Rights in Central America reveló en 1996 que algunas prendas de Kathie Lee eran cosidas por niñas de doce años en Honduras. Kathie Lee Gifford —un personaje de televisión—, propietaria de la línea Kathie Lee, negó la acusación bañada en lágrimas, pero más tarde prometió abandonar su dependencia de las fábricas explotadoras de mano de obra infantil.

[38] Computer Based Learning.

Conclusiones

¿Qué tal me desempeñé como trabajadora no cualificada? Permitidme empezar con una breve ronda de aplausos: no lo hice demasiado mal en el trabajo en sí y considero que fue un gran logro. Puede pensarse que el trabajo no cualificado es coser y cantar para quien tiene una licenciatura en Biología cuya tarea normal exige aprender cosas enteramente nuevas cada dos semanas. No es así. Lo primero que descubrí es que ningún trabajo, por humilde que sea, es «trabajo no cualificado». Cada uno de los seis oficios que desempeñé a lo largo del proyecto exigía concentración, la mayoría requería el dominio de nuevo vocabulario, nuevas herramientas, nuevas destrezas: desde colocar pedidos en el ordenador del restaurante hasta blandir la aspiradora ajustada a la espalda. Ninguna de esas cosas me resultó tan fácil como creía: nadie me dijo nunca: «¡Uy, qué rápida eres!», ni oí exclamar: «¿Puedes creer que acaba de empezar?». Sean cuales sean los logros que consiga en lo que me quede de vida, en el mundo del trabajo no cualificado fui una del montón..., capaz de aprender el oficio y capaz también de pifiarla.

Tuve mis momentos de gloria. En The Maids hubo días en que terminé mi faena, pude aliviar la carga de las demás y me sentí muy satisfecha de poder hacerlo. Hice mis progresos en Wal-Mart y hasta me los tomé en serio. Si hubiera sido capaz de mantener la boca cerrada, en un año o dos podría haber mejorado y llegado a ganar 7,50 dólares o más la hora. Y me regodearé el resto de mi vida con el recuerdo de aquel día en que alimenté, yo sola, a toda la sala aislada de las enfermas de Alzheimer, para luego dejarla limpia e incluso conseguir que las caras ausentes de las mujeres a mi cargo esbozaran una sonrisa mientras las atendía.

No es sólo el oficio lo que hay que aprender en cada situación. Cada trabajo encierra un mundo en sí mismo, con sus propias características, jerarquías, costumbres y cánones. A veces recibía

retazos de datos sociológicos, que debía elaborar, como «Cuídate de Fulanito de Tal porque es un hijo de puta». A veces quedaban libradas a mi juicio cosas tan esenciales como averiguar quiénes estaban al mando, con quién era conveniente trabajar, quién era capaz de encajar una broma. Es posible que mis muchos años de viajes me resultaran muy útiles. En mi vida normal soy casi siempre una figura respetada y desempeño funciones de «conferenciante invitada» o «jefa de taller». Me parece mucho más duro poner en orden un microsistema humano mirado desde abajo y, por supuesto, mucho más necesario hacerlo.

Estandarizar el ritmo y la calidad del trabajo es también cuestión delicada. Conseguir que te consideren «buena para trabajar contigo» significa ser rápida y eficiente, pero no tan rápida y eficiente como para acabar poniendo las cosas más difíciles a los demás. Casi nunca he corrido el riesgo de poner el listón demasiado alto pero, en el Hearthside, Annette me reprendió por haber acabado de decorar los postres antes de tiempo: «¡Esperan que estemos empezando a hacerlo!». De modo que desistí. Mi labor se ralentizó hasta adoptar un paso artrítico, en caso de que apareciera un jefe para hacer un estudio de métodos y tiempos. Y, en Wal-Mart, una compañera de trabajo me aconsejó en una ocasión que, aunque me quedara mucho por aprender, también era importante «no saber demasiado» o, por lo menos, no dejar descubrir nunca a la dirección todas las destrezas propias, porque «cuanto más crean que eres capaz de hacer, tanto más usarán y abusarán de ti». Mis mentoras en estas cuestiones no eran indolentes: simplemente habían comprendido que son pocas o ninguna las recompensas por el desempeño heroico de las tareas. El truco está en calcular cómo administrar tu energía, de modo que te quede alguna para el día siguiente.

Todos estos trabajos exigen mucho esfuerzo físico, algunos de ellos son perjudiciales si se desempeñan un mes tras otro. Soy una persona que habitualmente está en buena forma, con muchos años a cuestas de levantar pesas y hacer aerobic. Pero aprendí algo que nadie mencionó nunca en el gimnasio: gran parte de lo que experimentamos como fuerza viene de saber qué hacer con la debilidad. La ves llegar en mitad de un turno, incluso después, y es normal que la interpretes como síntoma de cierto tipo de enfermedad leve, curable con reposo inmediato. O la puedes

interpretar de otra manera: como recordatorio de que todo el trabajo pesado que has hecho hasta aquí evidencia cuánto más eres todavía capaz de hacer..., en cuyo caso el agotamiento se convierte en una especie de entablillado que te sostiene. Obviamente hay límites en esa forma de autoengaño y yo habría llegado muy pronto a los míos si, después de desempeñar distintos trabajos, hubiera tenido que volver a casa para habérmelas con niños pequeños y el cuidado de una familia, como tantas mujeres hacen. Lo cierto es que sobreviví físicamente. Ya bien entrada en los cincuenta nunca me derrumbé ni necesité tomarme un tiempo de recuperación. Y de eso estoy más que orgullosa.

Además, hice alarde de todas las cualidades consideradas esenciales en alguien dispuesto a trabajar: puntualidad, aseo personal, jovialidad, obediencia. Ésas son las cualidades que tratan de inculcar los programas de capacitación para el buen desempeño laboral. Sospecho que los destinatarios de esos programas las tienen de antemano..., o las tendrían, si el cuidado de los niños y los problemas de transporte estuvieran resueltos. Me limité a seguir las normas que me había fijado al empezar el proyecto, haciendo todo lo posible por conservar cada trabajo. No se trata sólo de mi palabra: en algunas ocasiones, los supervisores me decían que lo estaba haciendo bien, «muy bien», incluso «estupendamente». De modo que, con sus más y sus menos, con sus fallos y meteduras de pata, creo justo decir que, como empleada y trabajadora, merezco un notable o un notable alto.

Pero la cuestión no es lo bien que lo haya hecho en el trabajo sino lo bien que lo haya hecho en la vida en su conjunto, cosa que incluía la comida y el alojamiento. Como cuestiones aparte, necesitan aclaración inmediata. En la propaganda retórica de la Reforma de la Seguridad Social, se daba por sentado que tener un trabajo era el pasaje para salir de la pobreza y que lo único que frenaba a los beneficiarios de la Seguridad Social era su reluctancia a salir en su busca. Yo conseguí trabajo, y a veces más de uno, pero el registro de mi trayectoria en materia de supervivencia es mucho menos loable que mi desempeño como trabajadora. En las pequeñas cosas era bastante ahorradora: nada de gastar en «juergas», ropa ostentosa ni ninguna de las otras concesiones que, con petulancia, suele creerse que minan el presupuesto de los pobres. Es cierto: los

pantalones de 30 dólares en Key West y los 20 dólares del cinturón de Minneapolis fueron extravagancias. Ahora sé que habría sido mejor acudir al Ejército de Salvación o, incluso, a Wal-Mart. En cambio solucionar el problema de la comida llegó a ser una ciencia: lotes de carne picada, frijoles, queso y espaguetis cuando tenía dónde cocinar. De lo contrario, comida rápida, que conseguía reducir a 9 dólares por día. Pero echemos una mirada a los números.

En Key West ganaba 1.039 dólares al mes y gastaba 517 en comida, gasolina, artículos de tocador, lavandería, teléfono y otros gastos fijos. El alquiler me llevaba de cabeza. Si me hubiera quedado en mi «estudio» de 500 dólares, habría podido pagar el alquiler y me habrían sobrado 22 dólares (siguen siendo 78 dólares menos del dinero en efectivo que tenía en el bolsillo a primeros de mes). Ya eso habría sido una situación de riesgo, si hubiera pretendido continuar unos meses más porque, antes o después, habría tenido que gastar algo en atención médica y dental o en otras medicinas que no fueran antiinflamatorios como el ibuprofeno. Pero mi mudanza al parking de las caravanas —con la intención, cabe recordar, de aceptar un segundo trabajo— me obligó a cargar con un gasto de 625 dólares mensuales, sólo en alquiler, sin contar los servicios. Ahí podría haber ahorrado deshaciéndome del coche y comprando una bicicleta usada (por unos 50 dólares) o caminando hasta el lugar de trabajo. Aun así, dos trabajos, o por lo menos uno y medio, habrían sido una necesidad, y ya había aprendido que no era capaz de hacer dos trabajos que exigieran gran esfuerzo físico, por lo menos con un aceptable nivel de competencia.

En Portland, Maine, estuve a punto de lograr un equilibrio decente entre gastos y beneficios, gracias a que trabajaba los siete días de la semana. Entre los dos trabajos ganaba aproximadamente 300 dólares semanales —libres de impuestos— y pagaba 480 dólares de alquiler, un razonable 40 por ciento de mis ingresos. También ayudaba que la electricidad y el gas estuvieran incluidos en el alquiler y, además, hacer tres comidas gratis en la residencia geriátrica los fines de semana. Pero estuve allí cuando empezaba la temporada baja. Si me hubiera quedado en el Blue Haven hasta junio de 2000, durante los meses de verano habría tenido que hacer frente a los 390 dólares de alquiler semanales, algo, desde luego,

fuera de mi alcance. Para sobrevivir el año entero tendría que haber ahorrado lo suficiente entre agosto de 1999 y mayo de 2000, para acumular la fianza y el alquiler del primer mes en un apartamento de verdad. Creo que podría haberlo hecho —ahorrar entre 800 y 1.000 dólares—, siempre que alguna avería del coche o alguna enfermedad no hubieran dado al traste con mi presupuesto. Sin embargo no estoy segura de haber podido mantener el ritmo de trabajar siete días por semana un mes tras otro, ni de haber escapado del tipo de daños que afligían a mis compañeras de trabajo en la empresa de limpieza.

En Minneapolis..., bien, ahí quedaron pendientes una cantidad de especulaciones. Si hubiera sido capaz de encontrar un apartamento de 400 dólares o menos al mes, mi paga en Wal-Mart —1.120 dólares no libres de impuestos— habría bastado, aunque el coste de vivir en un motel mientras buscaba apartamento habría hecho imposible ahorrar lo suficiente para el depósito y el alquiler del primer mes. Algún trabajo de fin de semana —como el del supermercado donde estuve a punto de aterrizar con un salario de 7,75 dólares la hora— habría servido de ayuda, pero no tenía ninguna garantía de poder arreglar los horarios en Wal-Mart para que los fines de semana me quedaran con seguridad libres. Si hubiera aceptado el trabajo en Menards y la paga era de verdad de 10 dólares la hora, durante once horas diarias habría ganado alrededor de 440 dólares a la semana, libres de impuestos: lo suficiente para pagar la habitación de un motel y ahorrar algo para los gastos iniciales de un apartamento. ¿Ofrecían de verdad 10 dólares la hora? ¿Y habría podido mantenerme en pie once horas diarias, cinco días a la semana? En cualquier caso, debo reconocer que, con distintas opciones, probablemente habría sobrevivido en Minneapolis. Pero no voy a volver a aceptar el reto.

Sí, vale, cometí errores, sobre todo en Minneapolis. Esos errores hicieron surgir sentimientos de fracaso y vergüenza. Tendría que haberme armado de valor y aceptar el trabajo mejor pagado; tendría que haberme mudado al albergue, que finalmente encontré (aunque, a 19 dólares la noche, incluso la cama de un albergue habría sido un lujo con la paga de Wal-Mart). Pero tengo que alegar en mi defensa que mucha otra gente cometía los mismos errores: trabajar en Wal-Mart en vez de aceptar otros trabajos disponibles

mejor pagados (presumo que, con frecuencia, por razones de transporte); vivir en moteles por 200 o 300 dólares a la semana. De manera que el problema va más allá de mis fallos y errores de cálculo. Algo va mal, muy mal, cuando una persona soltera con buena salud, una persona que, por añadidura, tiene coche, apenas puede sostenerse con el sudor de su frente. No hace falta ser graduada en economía para ver que los salarios son demasiado bajos y los alquileres demasiado altos.

El problema de los alquileres puede entenderlo cualquiera que no sea economista, incluso cualquier trabajador con salario bajo y escasamente instruido: «¡Es el mercado, gilipollas!». Cuando ricos y pobres compiten por el alojamiento en el mercado libre, los pobres no tienen la menor oportunidad. Los ricos siempre pueden pujar más, comprar casas y pisos o campings de caravanas y convertirlos en condominios, McMansions, campos de golf o lo que se les antoje. Como los «ricos» cada vez son más numerosos, gracias en gran parte a la subida de las acciones y de los salarios pagados a los ejecutivos, los pobres han sido forzados necesariamente a meterse en alojamientos más caros, más destartalados o más alejados de sus lugares de trabajo. Recuerda que, en Key West, el camping de caravanas al alcance del trabajador de un hotel cobraba 625 dólares al mes por una caravana de tamaño mediano, obligando a los trabajadores con salarios bajos a buscar alojamientos cada vez más alejados, en sitios menos cómodos y adecuados. Los alquileres también se dispararon en Minneapolis, ciudad que recibió la avalancha turística. Los últimos vestigios de alojamientos medio asequibles quedaron encerrados en lo más hondo de la ciudad, mientras el crecimiento de la oferta laboral se producía en la periferia, cerca de suburbios con precios definitivamente inasequibles. En tanto que los pobres tienen que trabajar cerca de las vecindades de los ricos —como en el caso de los empleados en servicios y tiendas minoristas—, deben resignarse a hacer largos trayectos o a alquileres penosamente altos.

Si parece haber una autocomplacencia generalizada sobre la crisis de la vivienda para quienes tienen salarios bajos, se debe en parte a que de ninguna manera queda reflejada en el nivel oficial de

pobreza, que, en los últimos años, se ha mantenido alrededor de un modesto 13 por ciento. El motivo de la falta de conexión entre la verdadera pesadilla del alojamiento de los pobres y la «pobreza» —según se la define oficialmente— es muy sencillo: el nivel oficial de pobreza todavía se calcula según el arcaico método de contar los gastos básicos de alimentación de una familia de determinado tamaño y multiplicar la cifra por tres. Pero la comida está relativamente a salvo de la inflación, por lo menos comparada con el alquiler. Cuando a principios de la década de 1960 se diseñó ese método para calcular el índice de pobreza, la comida significaba el 24 por ciento del presupuesto medio familiar (incluso entonces no era del 33 por ciento), y el alquiler el 29 por ciento. En 1999, la comida sólo representaba el 16 por ciento, mientras el alojamiento se había disparado al 37 por ciento.[39] De modo que elegir la comida como base para calcular el presupuesto familiar parece hoy bastante arbitrario. Podríamos muy bien abolir la pobreza del todo, por lo menos sobre el papel, definiendo el presupuesto de subsistencia como múltiplo del promedio de gastos en tebeos o en hilo dental.

Cuando el mercado deja de ofrecer soluciones a alguna necesidad vital —como es la de proporcionar alojamiento a todo aquel que lo requiera—, la expectativa liberal-moderada es que el Gobierno dé un paso al frente y colabore. Se acepta ese principio —aunque sea con desgana y cautela— en el caso de la asistencia sanitaria. El Gobierno ofrece Medicare a los ancianos, Medicaid a los pobres de solemnidad y varios programas estatales a los niños simplemente muy pobres. Pero, en el caso del alojamiento, el sesgo al alza desorbitada del mercado ha ido acompañado por el cobarde abandono de la responsabilidad que le corresponde al sector público. El gasto público dedicado a la vivienda ha caído desde mediados de la década de los 80 y la expansión de subsidios públicos para alquiler se detuvo a mediados de la década de 1990. Al mismo tiempo, los subsidios para la adquisición de vivienda —que tienden a ser mucho más abundantes que los de alquileres— se han mantenido en los niveles de «generosidad» habituales. Como trabajadora temporal de bajos ingresos, no escapó a mi atención que el subsidio de vivienda que recibo en mi vida real —más de 20.000 dólares al año en forma de deducción de intereses amortizables— habría permitido vivir con esplendor a una familia

de escasos ingresos. Si para mi vivienda en Minneapolis hubiera dispuesto de esa cantidad dividida en meses, habría podido mudarme a uno de esos condominios para «ejecutivos», con sauna, gimnasio y piscina.

Si los alquileres son exquisitamente sensibles a la fuerza del mercado, los salarios decididamente no. Todas las ciudades en donde he trabajado a lo largo de este proyecto experimentan lo que la gente de negocios llama «escasez de mano de obra». Lo comenta la prensa local y lo revelan los ubicuos carteles que dicen: «Se busca personal» o, más imperiosamente, «Aceptamos solicitudes». Y, sin embargo, los salarios de los trabajadores próximos al último escalón del mercado laboral siguen siendo decididamente bajos, incluso están «estancados». «Ciertamente», informaba el New York Times en marzo de 2000, «la incidencia del aumento salarial en la inflación no es evidente en las estadísticas nacionales».[40] Alan Greenspan, jefe de la Reserva Federal, que dedica la mayor parte de su tiempo a «sondear» ansiosamente el horizonte en busca del menor indicio de ganancias salariales «inflacionarias», tuvo el placer de informar al Congreso en julio de 2000 que las previsiones parecían estar en gran parte «libres de preocupaciones». Llegó hasta a sugerir que las leyes económicas que vinculan el bajo desempleo al aumento de los salarios pueden no ser ya operativas; algo así como decir que la ley de la oferta y la demanda ha quedado obsoleta.[41] Algunos economistas argumentan que la aparente paradoja se apoya en una ilusión: no hay auténtica «escasez de mano de obra», lo que hay es escasez de gente dispuesta a trabajar por los salarios que comúnmente se ofrecen.[42] Igual podría hablarse de «escasez de Lexus», como en cierto sentido la hay, para cualquiera que no esté dispuesto a pagar 40.000 dólares por un coche.

Es cierto que los salarios han subido o, en todo caso, subieron entre 1996 y 1999. Cuando en el verano de 2000 visité a varios economistas, quejándome de lo inadecuados que eran los salarios para quienes entraban por primera vez en el mercado laboral, su respuesta inmediata fue ésta: «¡Pero si los salarios están subiendo!». Según el Instituto de Política Económica, el 10 por ciento más pobre de los trabajadores estadounidenses vieron subir sus salarios de 5,49 (en dólares de 1999) en 1996 a 6,05 dólares en 1999. Si subimos la escala, el siguiente 10 por ciento —un sector

considerable de la población estadounidense dentro del cual, a grandes rasgos, me encontré como trabajadora con salario bajo— aumentó sus salarios de 6,80 dólares la hora en 1996 a 7,35 en 1999.[43]

Como es lógico, mantuvimos una de esas discusiones a propósito de si el vaso está medio lleno o medio vacío: los aumentos que tanto parecen haber tranquilizado a muchos economistas no me parecen a mí tan dignos de admiración. Si analizáramos los aumentos salariales de los últimos cuatro años descubriríamos que estos incrementos no han sido suficientes para alcanzar las sumas que ganaban los trabajadores con salarios bajos en 1973. En el primer trimestre de 2000, el 10 por ciento de los trabajadores menos favorecidos ganaba el 91 por ciento de lo que ganaban en la lejana época del Watergate y la música disco. Es más, de todos los trabajadores, los peor pagados son los que menos han progresado con respecto a los niveles de 1973. Cuando persistía en mis continuas críticas, los economistas, en general, se echaban atrás y aceptaban que, si bien los salarios más bajos suben, no suben con demasiado brío. Lawrence Michel, del Economic Policy Institute [Instituto de Política Económica], que al principio de nuestra conversación adoptó la perspectiva del vaso medio lleno, acrecentó el misterio al observar que la productividad —a la cual están en teoría vinculados los salarios— ha crecido a un ritmo tan saludable que «los trabajadores debían estar ganando mucho más».[44]

La razón más obvia para que no sea así es que los empresarios resisten cualquier aumento de salarios con todos los trucos que son capaces de imaginar y cada partícula de energía que son capaces de reunir. Tuve ocasión de pedir explicaciones sobre el tema a uno de mis empleadores de Maine. Hay que recordar aquella vez en que Ted, mi jefe en The Maids, me llevó en coche durante un trayecto de cuarenta minutos hasta una casa donde me necesitaban para reforzar un equipo que no tenía suficiente mano de obra. Mientras se quejaba de la dura vida que le había deparado la suerte, reconoció que en quince días podría doblar su negocio sólo con conseguir trabajadoras fiables. Tan educadamente como me fue posible, le pregunté por qué no elevaba la paga. La pregunta pareció resbalarle. «Concedemos horas para el cuidado de los hijos», me dijo, queriendo apuntar que la jornada se suponía que

terminaba a las tres de la tarde..., como si dijera: «Con semejante ganga, ¿cómo puede nadie quejarse del salario?».

Sospecho que el desayuno gratuito era la única concesión a la escasez de mano de obra que él estaba dispuesto a hacer. En el Wal-Mart donde trabajé, pasaba algo parecido: una vez por semana Wal-Mart daba donuts gratuitos a los empleados a los que les tocara el descanso, mientras duraran las existencias. Según ha informado Louis Uchitelle, del New York Times, muchos patrones ofrecen casi cualquier cosa —comidas gratis, subsidios para el transporte, descuentos en los almacenes— con tal de no subir los salarios. En palabras de un empleador, la razón es que esos extras «pueden ser suprimidos más fácilmente» que los aumentos salariales, cuando los vaivenes del mercado parezcan hacerlos innecesarios.[45] Con el mismo criterio, los fabricantes de automóviles prefieren ofrecer a sus clientes reembolsos en efectivo a rebajar los precios. La ventaja del reembolso es que parece un regalo y puede dejar de hacerse sin ninguna explicación.

La resistencia de los empleadores a subir los salarios da lugar a una segunda, y en última instancia más inextricable, pregunta: ¿por qué no encuentra esa resistencia una contrapartida más efectiva en los trabajadores mismos? Al eludir y conjurar los aumentos salariales, los patrones actúan por supuesto de acuerdo con un criterio económicamente racional: su negocio no consiste en mejorar las condiciones de vida ni la seguridad de sus empleados sino en maximizar el balance final. Entonces, ¿por qué no adoptan los empleados un criterio igualmente racional, exigiendo a los empleadores salarios más elevados o buscando trabajos mejor pagados? Tal y como se aplica al mercado laboral la ley de la oferta y la demanda, el supuesto que la respalda es que los trabajadores se seleccionen entre ellos con la misma eficiencia que canicas en un plano inclinado: gravitarán hacia los trabajos mejor pagados, y o bien dejarán a los empleadores recalcitrantes atrás o los obligarán a elevar los salarios. «El hombre con aspiraciones», esa gran abstracción de las ciencias de la economía, se supone que hará cuanto haga falta —dentro de ciertos límites— para maximizar su ventaja económica.

Al principio, me sentí defraudada por lo que me parecía cierta

carencia de «levántate y anda» por parte de mis compañeras de trabajo. ¿Por qué no se largaban a un trabajo mejor pagado, como hice yo cuando me marché de Hearthside a Jerry's? Parte de la respuesta es que los seres humanos reales experimentan un poco más de «fricción» que las canicas y, cuanto más pobres son, más constreñida está en general su capacidad de movimiento. Los trabajadores con salarios bajos que no tienen coche suelen depender de algún familiar dispuesto a dejarlos en su centro de trabajo y a volverlos a recoger todos los días, a veces por una ruta que incluye la casa de la canguro o la guardería. Cambia tu lugar de trabajo y te enfrentarás a un problema topográfico imposible de resolver; o tropezarás con un conductor reacio a quien tendrás que persuadir. Algunas de mis compañeras, tanto en Key West como en Minneapolis, iban al trabajo en bicicleta, cosa que sin duda limitaba su radio de acción. Para los que sí tienen coche sigue existiendo el problema del precio de la gasolina, sin mencionar lo de ir sembrando solicitudes por distintos lados, acudir a entrevistas y someterse a los controles de drogas, cosa desde luego mucho más onerosa para quienes no tienen un medio de movilidad propio. También he comprobado la resistencia a cambiar al malo conocido por el bueno por conocer, aunque el último te esté tentando con una oferta más beneficiosa. En cada nuevo trabajo, tienes que empezar de cero, sin claves conocidas ni amigos.

Los trabajadores con bajos ingresos también se diferencian del «hombre con aspiraciones» en otro aspecto. Para que las leyes de la rentabilidad funcionen, los «jugadores» necesitan estar bien informados de sus opciones. El caso ideal —y he leído que la tecnología para lograrlo está a la vuelta de la esquina— sería el consumidor cuyo ordenador de bolsillo Palm Pilot desplegara el menú y los precios de cada restaurante y tienda por donde pasara. Incluso sin esa ayuda tecnológica, los cazadores de trabajo pudientes se dedican a estudiar los paquetes de salarios y beneficios ofrecidos por sus potenciales empleadores, y a revisar las noticias de economía y finanzas, para descubrir si esos paquetes están en concordancia con los que ofrecen otras regiones o campos laborales y, probablemente, antes de aceptar el trabajo negocien un poco.

Pero no hay Palm Pilots, canales por cable ni páginas web para quien busca un trabajo no cualificado. Sólo tiene a su disposición

los carteles que anuncian que se necesita empleada de hogar y los anuncios de «se busca» para seguir adelante, y la mayoría de ellos se abstienen precavidamente de dar cifras. De modo que la información sobre quién gana tanto y a dónde tiene que trasladarse se transmite de boca en boca y, por inexplicables razones culturales, es una vía muy lenta y poco confiable. Kristine Jacobs, analista del mercado laboral de Twin Cities, señala lo que llama «tabú del dinero» como el factor más importante que impide a los trabajadores aumentar sus ganancias. «Existe un código de silencio alrededor de temas referidos a las ganancias personales —me dijo —. En nuestra sociedad confesamos cualquier otra cosa: cuestiones de sexo, enfermedades o delitos. Pero nadie quiere revelar cuánto gana ni cómo lo gana. Con el "tabú del dinero" siempre pueden contar los empleadores.»[46] Sospecho que ese tabú opera con más eficacia entre la gente peor pagada porque, en una sociedad que celebra hasta la saciedad a sus atletas «punto-com» millonarios y multimillonarios, 7 dólares e incluso 10 dólares la hora pueden afectar como una señal de inferioridad innata. De manera que puedes o no descubrir que el Target de la carretera paga mejor que Wal-Mart, aunque trabaje allí una cuñada.

Como es natural, poco hacen los empleadores para mejorar la formación económica de sus trabajadores. Pueden exhortar a sus clientes a «¡Compare nuestros precios!», pero no están precisamente por la labor de hacer lo mismo con los salarios de sus trabajadores. He hablado de cómo parece estar diseñado el proceso de contratar personal. En algunos casos, para evitar discusiones y ni siquiera revelar los salarios, acorralan al solicitante desde la entrevista hasta el curso de orientación, antes de que el burdo tema del dinero salga a relucir. Algunos patrones van todavía más lejos: en vez de detenerse en la vulgaridad del «tabú del dinero», para evitar que los trabajadores discutan o comparen salarios les encarecen específicamente que no lo hagan. El New York Times informaba hace poco de varios pleitos entablados por trabajadores que alegaban haber sido despedidos por infringir esa norma. Por ejemplo, una mujer que pidió aumento de sueldo después de haberse enterado por sus compañeros de trabajo de que le pagaban considerablemente menos que a ellos por desempeñar las mismas tareas. La National Labor Relations Act [Ley nacional de relaciones laborales] de 1935 ilegalizó el castigo de personas que se revelaran

entre sí cuáles eran sus salarios. Pero la práctica parece que va a persistir, hasta que sea arrancada de raíz, a fuerza de pleitos, empresa por empresa.[47]

Pero si para los trabajadores es duro obedecer las leyes de la economía, examinar sus opciones y cambiar a mejores puestos, ¿por qué no se plantan donde están y exigen mejores salarios y mejores condiciones laborales, sea de forma individual o en grupo? Es la gran pregunta, probablemente tema de muchas disertaciones en el campo de la psicología industrial. Aquí sólo puedo comentar las cosas que he observado. Una de ellas es el poder de coacción de la dirección, ilustrado con eufemismos como colaboradora o miembro del equipo. En The Maids, el jefe —quien, como único varón en nuestro medio, ejercía una especie de poder paternalista repulsivo— se las había arreglado para convencer a algunas de mis compañeras de que luchaba en condiciones muy difíciles, que merecían la infinita comprensión de ellas. Wal-Mart tenía un montón de otras vías más impersonales, y probablemente más efectivas, para conseguir que sus trabajadoras se sintieran «colaboradoras». Existía el plan de «participación en las ganancias»: el precio de las acciones de Wal-Mart aparecía todos los días anunciado en un lugar destacado, cerca de la sala de descanso. Existía el muy cacareado patriotismo de la empresa, evidenciado en los banderines desplegados en la planta de ventas, apremiando a los trabajadores y clientes a contribuir a erigir un monumento en homenaje a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial (Sam Walton había sido uno de ellos). Había reuniones de «colaboradoras» que hacían las veces de mítines de camaradería para levantar los ánimos, con sus correspondientes vivas: «¡A mí, una W!», etcétera.

La ocasión para identificarse con una empresa poderosa y rica —la empresa o el jefe— no es más que la zanahoria del burro. También está el palo. Lo que más me sorprendió y ofendió en mi puesto de trabajo con salario bajo (y sí, es cierto, aquí mis privilegios de clase media se muestran en todo su esplendor) es hasta qué punto se exige renunciar a todos los derechos civiles básicos y a lo que en resumidas cuentas es lo mismo a la dignidad. Lo aprendí desde el primer momento de mi desempeño como camarera, cuando me

advirtieron que podían registrar mi bolso en cualquier momento. Yo no me llevaba saleros ni ninguna otra cosa que pudiera comprometerme pero, aun así, hay algo en la posibilidad de que te registren el bolso, que hace sentir a una mujer como si llevara varios botones sin abrochar. Después del trabajo lo averigüé y descubrí que la práctica es del todo legal: si el bolso está dentro de la propiedad del jefe —y desde luego lo estaba—, el jefe tiene derecho a examinar su contenido.

El control de drogas es otra indignidad. Los libertarios lo ven como una violación de nuestra libertad —garantizada por la Cuarta Enmienda— del derecho a rechazar «el registro irracional»; a la mayoría de los trabajadores y solicitantes les parece simplemente bochornoso. En algunos protocolos de análisis, el empleado tiene que quedarse en ropa interior y hacer pis en presencia de un ayudante o técnico de laboratorio. Felizmente, yo conseguí no desnudarme y cerrar la puerta del cubículo detrás de mí, pero, aun así, orinar es un acto privado y es degradante hacerlo a las órdenes de cualquier representante del poder. Agregaría los tests de personalidad —o por lo menos gran parte de sus contenidos habituales— a la lista de intrusiones humillantes. Es posible que hipotéticos tipos de preguntas estén justificados —si robarías en caso de presentarse la ocasión o te convertirías en cómplice de una compañera ladrona, etcétera—, pero no son de recibo preguntas sobre tus «sentimientos de autocompasión», sobre si eres un solitario o te crees un incomprendido. Es por lo menos perturbador dar acceso a un extraño a cuestiones —como tus inseguridades o tu orina— que, en condiciones normales, sólo compartes con tu médico o terapeuta.

Existen otras maneras más directas de mantener a los empleados con sueldos bajos en su sitio. Las normas contra el «cotilleo» o incluso contra la «conversación» dificultan la posibilidad de ventilar quejas con tus pares o —en caso de que fueras tan atrevida— la posibilidad de reclutar a otros trabajadores en un esfuerzo colectivo para lograr el cambio a través, por ejemplo, de hacer campaña para organizar un sindicato. Aquellos que dan un paso al frente suelen encontrarse con pequeños castigos inexplicables, como que les cambien por decisión unilateral los horarios o las tareas. O te pueden despedir. Los empleados con ingresos bajos, que trabajan

sin contratos convenidos por los sindicatos —y son la gran mayoría de ellos—, trabajan «a voluntad», que quiere decir según la voluntad del empleador. Y están sometidos a la posibilidad de ser despedidos sin ninguna explicación. El sindicato AFL-CIO (American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations) estima que todos los años son despedidos diez mil trabajadores por participar en campañas de organización sindical y, como es ilegal despedir gente por actividades sindicales, sospecho que esos despidos se justifican pretextando infracciones menores. Los trabajadores de Wal-Mart que se han rebelado contra la empresa —involucrándose en campañas sindicales o denunciándola por no pagar horas extra— han sido despedidos por quebrar las normas de la compañía contra los tacos.[48]

De modo que si la conducta de los trabajadores de salarios bajos no siempre parece racional desde el punto de vista económico, es decir, como la conducta de agentes libres dentro de una democracia capitalista, es porque habitan en un país que no es libre ni de ninguna manera democrático. Cuando entras en un centro de trabajo donde los salarios son bajos —y en muchos de los centros de trabajo con salarios medios—, cuelgas en la puerta tus libertades civiles, dejas a Estados Unidos y todo lo que supuestamente defiende atrás, y aprendes a cerrar la boca mientras dure tu turno. Las consecuencias de esta capitulación cotidiana van más allá de los temas de salarios y pobreza. En última instancia, mal podemos enorgullecernos de ser la democracia más preeminente del mundo si gran parte de los ciudadanos pasa la mitad de sus horas de vigilia en lo que, en palabras llanas, equivale a una dictadura.

Cualquier dictadura afecta psicológicamente a quienes tiene sojuzgados. Si te tratan como a una persona que no es digna de confianza —un vago potencial, un drogadicto o un ladrón—, puedes empezar a sentirte tú mismo indigno de confianza. Si te recuerdan constantemente tu baja categoría en la jerarquía social —sean directores o una plétora de jefes impersonales—, empiezas a aceptar estatus tan desafortunado. Si retrocedo por un momento a un rincón por completo distinto de mi vida, a esa parte de mí misma todavía vinculada a las ciencias biológicas, encuentro sobradas evidencias de que los animales —por ejemplo, ratas y monos—, forzados a un estado de sometimiento dentro de sus sistemas sociales, adaptan su

química cerebral de acuerdo con ese estado y se «deprimen», a la manera de los seres humanos. Su conducta es ansiosa y retraída; el nivel de serotina (el neurotransmisor potenciado por algunos antidepresivos) disminuye en su cerebro. Y —lo que aquí viene especialmente al caso— eluden la lucha, incluso en defensa propia. [49]

Desde luego, los seres humanos son mucho más complejos. Incluso en situaciones de sometimiento extremo, podemos acrecentar la autoestima pensando en nuestra familia, creencias y esperanzas de futuro. Pero tanto como otros animales sociales —y más aún que muchos de ellos—, la imagen que nos hemos hecho de nosotros mismos depende de los seres humanos que nos rodean, hasta el punto de alterar nuestras percepciones del mundo, de manera que se ajusten a las de ellos.[50] Mi opinión es que las indignidades impuestas a tantos trabajadores con sueldos bajos —el control de drogas, la vigilancia constante, el «hurgar en la herida» por parte de los gerentes— son en parte las causas que posibilitan mantener los salarios bajos. Si consiguen hacerte sentir suficientemente indigno, acabas pensando que te pagan lo que de verdad mereces.

Es difícil imaginar que el autoritarismo en centros de trabajo pueda tener alguna otra función. Los administradores pueden creer de veras que, sin sus infatigables esfuerzos, el trabajo no tardaría en llegar a un punto muerto. No es ésa mi impresión. Si bien me he topado con algunos cínicos y mucha gente capaz de saber administrar sus energías, nunca he encontrado ningún vago ni, en realidad, ningún drogadicto o ladrón. En cambio me ha asombrado, y a veces entristecido, el amor propio que la gente ponía en trabajos tan mezquinamente recompensados, tanto en salarios como en reconocimiento. Muy a menudo esas personas consideraban a la dirección como un obstáculo para que las tareas se hicieran como es debido. A las camareras les irritaba la tacañería de los administradores con los clientes; a las empleadas de hogar les molestaba que las restricciones de tiempo las obligaran a dejar detalles pendientes; a las vendedoras les gustaba que el salón de ventas estuviera bonito, y no abarrotado con el exceso de mercadería que exigía la dirección. Dejadas a su aire, ideaban sistemas de colaboración y tareas compartidas; cuando se producía alguna crisis, se ponían a la altura de las circunstancias. Lo cierto es

que era con frecuencia difícil ver cuál era la función de la gerencia, como no fuera la de exigir que se le rindiera homenaje.

Parece que aquí hubiera un círculo vicioso con respecto al trabajo, responsable de que la nuestra no sea una cultura de economía sino una cultura de desigualdad. Los que toman decisiones en las compañías —incluso algunos empresarios insignificantes, como mi jefe en The Maids— ocupan una posición económica sideralmente más alta que los trabajadores mal remunerados de quienes dependen. Por razones que tienen más que ver con prejuicios de clase —y a veces raciales— que con la experiencia real, se inclinan a temer y a desconfiar de la categoría de personas, entre la cual reclutan a sus trabajadores. De ahí que consideren necesarias una dirección represiva y las impertinentes medidas de pruebas de drogas y de personalidad. Pero esas cosas cuestan dinero —20.000 o más dólares anuales por un administrador, 100 dólares por un somero control de drogas, etcétera—, y el alto coste de la represión resulta en ejercer todavía más presión para mantener bajos los salarios. La sociedad en su conjunto parece atrapada en un círculo vicioso semejante: reducir los servicios públicos para los pobres, de los cuales se habla a veces como «gastos sociales», mientras invierte todavía más fondos en prisiones y policía. Dentro de la sociedad en su conjunto, también parece que el coste de la represión se convierte en otro factor que conspira contra la expansión y el restablecimiento de servicios públicos necesarios. Es un ciclo trágico que nos condena a todos a una creciente desigualdad y que, a la larga, no beneficia casi a nadie, salvo a los mismos agentes de la represión.

Sea cual sea el motivo de que los salarios se mantengan bajos —y estoy segura de que mis comentarios apenas han rascado la superficie del tema—, el resultado es que mucha gente gana bastante menos de lo que necesita para vivir. ¿Cuánto es lo que se necesita? El Economic Policy Institute revisó hace poco docenas de estudios sobre lo que constituye el «salario mínimo» y llegó a la cifra promedio de 30.000 dólares anuales para una familia de un adulto con dos niños, que significa un salario de 14 dólares la hora. Ése no es exactamente el mínimo con el cual puede vivir una familia de ese tipo. El cálculo incluye seguro de salud, teléfono y guardería en un centro autorizado, lo cual está muy lejos del

alcance de millones de personas. Pero no incluye comidas en restaurantes, alquiler de vídeos, acceso a Internet, vino y licores, cigarrillos, billetes de lotería, ni siquiera demasiada carne. Lo chocante es que la mayoría de los trabajadores estadounidenses —alrededor del 60 por ciento— gana menos de 14 dólares la hora. Muchos de ellos se las apañan formando equipo con otro asalariado, el cónyuge o un hijo crecido. Algunos recurren a la ayuda estatal, en forma de bonos para alimentos, vales para alojamiento, créditos para el pago de impuesto de las ganancias o —para aquellos que cuentan con la asistencia social de estados relativamente generosos — subsidios para la atención de los niños. Pero otros —por ejemplo, las madres solteras— no disponen más que de sus salarios para mantenerse, no importa cuántas sean las bocas que deban alimentar.

Los empleadores mirarán esa cifra de 30.000 dólares, que es el doble de lo que en general pagan a los trabajadores recién contratados, y no verán más que la bancarrota delante. En efecto, es probablemente imposible que el sector privado pueda ofrecer a todo el mundo un nivel de vida decente a través de los salarios, ni siquiera sólo con salarios más beneficios: muchas de las cosas que necesitamos —como guarderías responsables— son demasiado caras, incluso para familias de clase media. Las naciones más civilizadas compensan la falta de salarios justos proporcionando servicios públicos relativamente generosos como seguro de salud, guarderías gratuitas o subvencionadas, alojamientos subvencionados y transporte público eficiente. Pero Estados Unidos, con toda su riqueza, deja a sus ciudadanos a merced de sí mismos..., enfrentados, por ejemplo, con alquileres fijados por las leyes del mercado, sin más recursos que sus salarios. Para millones de estadounidenses, esos 10 dólares —incluso 8 o 6 dólares— es todo lo que hay.

Entre los no pobres es corriente creer que la pobreza es una condición soportable, austera tal vez pero, de alguna manera, irán tirando..., ¿no es verdad? «Siempre ha sido así.» Lo que a los no pobres les cuesta ver es que la pobreza es una angustia profunda: el almuerzo que consiste en Doritos o frankfurts y conduce al desfallecimiento antes de terminar el turno. El «hogar» que es el coche o un camión. La enfermedad o la lesión con la cual «hay que

seguir adelante», con los dientes apretados, porque no hay paga por enfermedad ni seguro de salud y la pérdida del salario de un día significa que, al siguiente, no hay con qué comprar comida. Esas experiencias proporcionan un estilo de vida insoportable, un estilo de vida de privaciones crónicas y ensañamientos más o menos velados. Casi con cualquier estándar de subsistencia hay situaciones de emergencia. Así es como tendríamos que ver la pobreza de tantos millones de estadounidenses con bajos salarios: como un estado permanente de emergencia.

En el verano de 2000 volví —tengo todas las razones del mundo para esperar que sea de forma permanente— a mi acostumbrado lugar en el espectro socioeconómico. Voy a restaurantes, con frecuencia mucho mejores que los sitios donde trabajé, y me siento a una mesa. Duermo en habitaciones de hoteles que otra persona ha limpiado, compro en tiendas que otras pondrán en orden cuando yo me haya ido. Ascender del 20 por ciento más bajo al 20 por ciento más alto es entrar en un mundo mágico donde las necesidades están satisfechas, los problemas resueltos, casi sin ningún esfuerzo. Si quieres llegar a algún sitio rápidamente, tomas un taxi. Si tus padres ya ancianos se han puesto tediosos o incontinentes, los apartas en algún rincón donde otras trajinarán con los pañales sucios y la demencia. Si formas parte de la clase media alta, que emplea asistentas o contrata servicios de limpieza, vuelves del trabajo y encuentras la casa inmaculadamente ordenada: las tazas de váter libres de mierda y relucientes, los calcetines que has dejado tirados en el suelo han levitado y están otra vez en su lugar de costumbre. Aquí, el sudor es una metáfora para hablar del trabajo duro, pero rara vez su consecuencia. Cientos de cosas insignificantes están hechas, responsable y rutinariamente todos los días, sin que parezca haberlas hecho nadie.

El 20 por ciento de nivel alto ejerce otras formas mucho más trascendentales de poder en el mundo. Ese estrato, que comprende lo que en otro libro he llamado la «clase profesional-administrativa», es el territorio habitado por quienes toman decisiones, los formadores de opinión, los creadores culturales: nuestros profesores, abogados, ejecutivos, animadores, políticos, jueces, escritores, productores y editores.[51] Cuando hablan, se les escucha. Cuando se quejan de algún fallo, generalmente alguien

sale disparado a resolver el problema y a disculparse porque se haya producido. Si se quejan con suficiente frecuencia, alguien muy por debajo de ellos en riqueza e influencia puede ser amonestado o incluso despedido. El poder político también está concentrado dentro de ese 20 por ciento de nivel alto, puesto que sus miembros tienen muchas más posibilidades que los pobres —e incluso que la clase media— para discernir las infinitamente minúsculas diferencias entre candidatos. Esas posibilidades hacen que les merezca la pena contribuir, participar y votar. Por todas esas vías, los acaudalados ejercen un poder desmesurado sobre las vidas de los menos favorecidos por la fortuna y, especialmente, sobre las vidas de los pobres. Ellos determinan qué servicios públicos estarán disponibles —si es que los hay—, cuál es el salario mínimo, qué leyes gobiernan el tratamiento concedido a la fuerza laboral.

De manera que, al volver a la clase media alta después de una estadía entre los pobres —por temporal y ficticia que fuera—, es inquietante advertir que la guarida del conejo ha quedado tan repentina y completamente detrás de mí. ¿Dónde estabas y haciendo qué? Alguna extraña propiedad óptica de nuestra sociedad tremendamente polarizada y desigual hace que los pobres sean casi invisibles para quienes son, en cuestión de riqueza, sus superiores. Los pobres ven a los adinerados con sobrada facilidad: aunque sea en televisión o en las portadas de las revistas. Pero los adinerados rara vez ven a los pobres o, si les echan la vista encima en algún espacio público, rara vez se dan cuenta de lo que están viendo puesto que —gracias a los almacenes de venta por correo y, sí, Wal-Mart— los pobres suelen ser capaces de disfrazarse a sí mismos como miembros de clases más acomodadas. Hace cuarenta años, el tema candente de los periodistas era el de «poner la pobreza al descubierto» en las zonas urbanas deprimidas y en «las bolsas de pobreza» de los Apalaches. Hoy es más probable encontrar comentarios sobre «su desaparición», sea como supuesta realidad demográfica o como deficiencia de la imaginación de la clase media.

Un artículo del periodista James Fallows publicado en el año 2000, sobre la «desaparición de los pobres», desde la ventajosa posición de los nouveaux riches de Internet, afirma que es «difícil entender a personas para quienes un millón de dólares sería una fortuna..., ni

qué decir de aquellas para quienes 246 dólares son la ganancia de una semana entera».[52] Entre las razones que él y otros dan para explicar la ceguera de las clases pudientes, está el hecho de que cada vez es menos probable que compartan espacios y servicios con los pobres. Conforme se deterioran las escuelas y demás servicios públicos, quienes pueden permitírselo mandan a sus hijos a colegios privados y esos hijos pasan sus horas libres en espacios privados. En gimnasios y no en el parque local. No viajan en autobuses públicos ni en metros. Se retiran de vecindades donde se mezclan las distintas clases, para concentrarse en zonas residenciales distantes, comunidades cercadas o torres de apartamentos vigiladas. Compran en tiendas que, en consonancia con el prevaleciente «mercado segmentado», están pensadas para atraer sólo a los adinerados. Los jóvenes privilegiados están cada vez menos dispuestos a pasar las vacaciones aprendiendo a ver «la otra cara de la vida», desempeñándose como socorristas, camareros o personal de limpieza en hoteles de centros turísticos. El New York Times informa de que ahora prefieren actividades que tengan que ver con sus estudios —colegios de verano o internados en escogidas instituciones profesionales—, en vez «de sudar la gota gorda en trabajos rutinarios con sueldos bajos».[53]

Además, el particular momento político favorece lo que parece una «conspiración de silencio» sobre el tema de la pobreza y los pobres. Los demócratas no tienen afán por encontrar fallos en un período de «prosperidad sin precedentes», cuyo mérito se atribuyen. Los republicanos han perdido interés por los pobres, ahora que ha terminado «la asistencia social tal como la conocemos». La misma reforma de la asistencia social pesa en contra de una investigación rigurosa sobre las condiciones en que viven los pobres. Los dos partidos la han endosado de buena gana. Reconocer que el trabajo con salarios bajos no saca a la gente del estado de pobreza sería admitir que, en términos humanos, había sido una equivocación catastrófica. Lo cierto es que poco se sabe del destino de los antiguos beneficiarios de la asistencia social porque la reforma de la legislación de 1996 había excluido alegremente cualquier previsión para controlar las condiciones económicas posreformistas de esas personas. Las versiones de los medios de comunicación edulcoraron el panorama, destacando ocasionales historias de logros y restándole importancia al creciente índice del hambre.[54] Y, a

veces, parece haber engaño premeditado. En junio de 2000, la prensa se precipitó a aclamar un estudio que, supuestamente, demostraba que el programa de «asistencia social» había reducido de manera drástica la pobreza y era, según palabras de la revista Time, «un gran éxito».[55] En esos reportajes se pasa por alto que el programa en cuestión era un proyecto piloto que ofrecía atención mucho más generosa al cuidado de los niños —además de otros subsidios— que el programa corriente de ayuda social. Tal vez pueda perdonarse el error: el plan piloto —que tocó a su fin en 1997— tenía el mismo nombre que el mucho más amplio programa de reforma de asistencia social en curso en Minnesota, «Programa de subvenciones familiares de Minnesota».[56]

Habría que leer muchos periódicos concienzudamente desde la primera hasta la última página para encontrar señales de penuria económica. Descubriríamos, por ejemplo, que en 1999 las despensas estatales de alimentos de Massachusetts anunciaban un 72 por ciento de incremento en la demanda de sus servicios con respecto al año anterior; que en los depósitos de alimentos de Texas —igual que en los de Atlanta— se «mendigaban» tanto o más artículos alimenticios que en 1998.[57] Nos enteraríamos de que, en enero de 2000, la Iglesia católica ya no podía aceptar a más familias sin techo en su albergue de San Diego —el más grande de la ciudad—, porque había doblado su capacidad normal.[58] Tropezaríamos con la noticia difundida por una investigación, que demostraba que el porcentaje de familias que vivían en Wisconsin de vales para alimentos, en situación de «pobreza extrema» —considerada allí por debajo del 50 por ciento del mínimo aceptable—, se ha triplicado en la última década.[59] Descubriríamos que, a lo largo y ancho del país, los depósitos de alimentos de Estados Unidos no están en condiciones de satisfacer «la avalancha de pedidos que les llegan» y que, según una encuesta realizada por la U.S. Conference of Mayors [Conferencia de alcaldes de Estados Unidos], el 67 por ciento de los adultos que recurren a la ayuda alimentaria de emergencia son personas que tienen trabajo.[60]

Una de las razones para que nadie se preocupe por reunir todas esas noticias y anuncie un estado generalizado de emergencia, puede ser que los profesionales estadounidenses de clase media que leen los periódicos están habituados a pensar que la pobreza es

consecuencia del desempleo. Durante el apogeo de reducción del gasto público en los años de Reagan, la pobreza afectaba con frecuencia —y todavía afecta— a muchos residentes en zonas urbanas deprimidas que no tienen modo de acceder al nuevo mercado laboral de las periferias urbanas. Cuando el desempleo provoca pobreza, sabemos cómo enunciar el problema —lo típico es decir que «la economía no está creciendo a ritmo suficiente»—, y sabemos cuál es la solución liberal tradicional: «pleno empleo». Pero cuando tenemos pleno o casi pleno empleo y hay trabajo disponible para cualquiera que lo busque y pueda acceder a él, el problema se agrava y se reduce dentro de la maraña de expectativas que constituyen el «contrato social». De acuerdo con una encuesta reciente realizada por Jobs for the Future, una empresa instalada en Boston que investiga el empleo, el 94 por ciento de los estadounidenses está de acuerdo en que «las personas que trabajan a tiempo completo deberían ganar lo suficiente para mantener a su familia a salvo de la pobreza».[61] Crecí oyendo decir hasta el hartazgo que el secreto del éxito era «trabajar duro»: «Trabaja duro y saldrás adelante», o «El trabajo duro es lo que nos ha permitido llegar a donde estamos». Nadie me dijo nunca que podías trabajar duro —incluso más duramente de lo que jamás hubieras imaginado — y encontrarte cada vez más hundido en la pobreza y el endeudamiento.

Cuando las madres solteras pobres tenían la opción de mantenerse apartadas del mercado laboral —gracias a la Seguridad Social—, las clases media y media alta se inclinaban a mirarlas con cierta impaciencia, si no con abierto rechazo. Las pobres que dependían de la Seguridad Social eran vilipendiadas por su holgazanería, su empeño por reproducirse en circunstancias desfavorables, sus presuntas adicciones y, sobre todo, por su condición de «dependencia». Ahí estaban, satisfechas de vivir a costa de la «limosna gubernamental», en vez de buscar la «autosuficiencia económica», como todo el mundo, a través del trabajo. Debían poner manos a la obra, aprender a darle cuerda al despertador, salir a la calle y buscar trabajo. Ahora que el Gobierno ha reducido en gran medida sus «limosnas», ahora que la abrumadora mayoría de las pobres ya están en la calle, deslomándose en Wal-Mart o Wendy's..., ¿qué vamos a pensar de ellas? Ya no se usa la desaprobación ni la condescendencia; entonces, ¿cómo interpretar

nuestra postura?

Puede pensarse con recelo: por sentimiento de culpabilidad. ¿No es eso lo que se supone que debemos sentir? Pero el sentimiento de culpabilidad no basta; el sentimiento que mejor cuadra es la vergüenza..., vergüenza de nuestra dependencia, en este caso de nuestra dependencia del trabajo mal remunerado de los demás. Cuando alguien trabaja por menos de lo que le permite vivir —cuando pasa hambre para que tú puedas comer más barato y mejor—, está haciendo un gran sacrificio por ti, te ha regalado parte de sus habilidades, su salud y su vida. Los «trabajadores pobres», como consentimos en que se los llame, son de hecho los grandes filántropos de nuestra sociedad. Descuidan a sus hijos para que los hijos de otros estén cuidados; viven en alojamientos por debajo de las condiciones de habitabilidad para que otras casas estén relucientes y perfectas; pasan privaciones, de modo que la inflación se mantenga baja y el precio de las acciones alto. Ser miembro de la clase trabajadora pobre es ser un donante anónimo, un benefactor de nombre desconocido para todos los demás. En palabras de Gail, una de mis compañeras de trabajo en el restaurante: «Das y das».

Desde luego, algún día —y no voy a hacer predicciones sobre cuándo ocurrirá con exactitud— se cansarán de recibir tan poco por lo mucho que dan y exigirán que se les pague como merecen. Cuando llegue ese día se desatará la ira, habrá huelgas y se quebrará el orden establecido. Pero, al final, no se nos caerá el cielo encima y todos acabaremos por estar mucho mejor.

■

[39] Jared Bernstein, Chauna Brocht y Maggie Spade-Aguilar, «How Much Is Enough? Basic Family Budgets for Working Families», Economic Policy Institute, Washington, D. C., 2000, p. 14.

[40] «Companies Try Dipping Deeper into Labor Pool», New York Times, 26 de marzo de 2000.

[41] «An Epitaph for a Rule That Just Won't Die», New York Times, 30 de julio de 2000.

[42] «Fact por Fallacy: Labor Shortage May Really Be Wage Stagnation», Chicago Tribune, 2 de julio de 2000; «It's a Wage Shortage, Not a Labor Shortage», Minneapolis Star Tribune, 25 de marzo de 2000.

[43] Agradezco a John Schmidt, del Instituto de Política Económica de Washington, D. C., haberme propocionado los datos salariales.

[44] Entrevista del 18 de julio de 2000.

[45] «Companies Try Dipping Deeper into», New York Times, 26 de marzo de 2000.

[46] Conversación personal, 24 de julio de 2000.

[47] «The Biggest Company Secret: Workers Challenge Employer Practies on Pay Confidentiality», New York Times, 28 de julio de 2000.

[48] Bob Ortega, In Sam We Trust, p. 356; «Former Wal-Mart Workers File Overtime Suit in Harrison County», Charleston Gazette, 24 de enero de 1999.

[49] Véase, por ejemplo, C. A. Shively, K. Laber-Laird y R. F. Anton, «Behavior and Physiology of Social Stress and Depression in Female Cynomolgous Monkeys», Biological Psychiatry, 41:8, 1997, pp 871-82. D. C. Blanchard et al. «Visible Burrow System as a Model of Chronic Social Stress: Behavorial and Neuroendocrine Correlates», Psychoneuroendocrinology, 20:02, 1995, pp 117-34.

[50] Véase, por ejemplo, David G. Myers, Social Psychology, capítulo 7, «Conformity», McGraw-Hill, 1987.

[51] Fear of Falling: The Inner Life of the Middle Class, Pantheon, 1989.

[52] «The Invisible Pobres», New York Times Magazine, 19 de marzo de 2000.

[53] «Summer Work Is Out of Favor with the Young», New York Times, 18 de junio de 2000.

[54] El National Journal afirmaba que la «buena noticia» es que casi seis millones de personas han dejado de figurar en los registros de la asistencia social desde 1996, cuando la «otra cara de la historia es el problema de que “esas personas”, a veces, no tienen qué comer». («Reforma de Bienestar Social, la Ley 2», 24 de junio de 2000, pp. 1.978-1.993).

[55] «Minnesota’s Welfare Reform Proves a Winner», Time, 12 de junio de 2000.

[56] Center for Law and Social Policy, «Update», Washington, D. C., junio de 2000.

[57] «Study: More Go Hungry since Welfare Reform», Boston Herald, 21 de enero de 2000; «Charity Can’t Feed All while Welfare Reforms Implemented», Houston Chronicle, 10 de enero de 2000; «Hunger Grows as Food Banks Try to Keep Pace», Atlanta Journal and Constitution, 26 de noviembre de 1999.

[58] «Rise in Homeless Families Strains San Diego Aid», Los Angeles Times, 24 de enero de 2000.

[59] «Hunger Problems Said to Be Getting Worse», Milwaukee Journal Sentinel, 15 de diciembre de 1999.

[60] Deborah Leff, presidenta y jefa ejecutiva de la organización para paliar el hambre, «America’s Persists in U.S. despite the Good Times», Detroit News, 15 de junio de 2000.

[61] «A National Survey of American Attitudes toward Low-Wage Workers and Welfare Reform», Jobs for the Future, Boston, 24 de mayo de 2000.

Índice

Portada

Por cuatro duros

Prólogo a la décima edición

Introducción. Manos a la obra

01. Camarera en Florida

02. Empleada de hogar en Maine

03. Dependienta en Minnesota

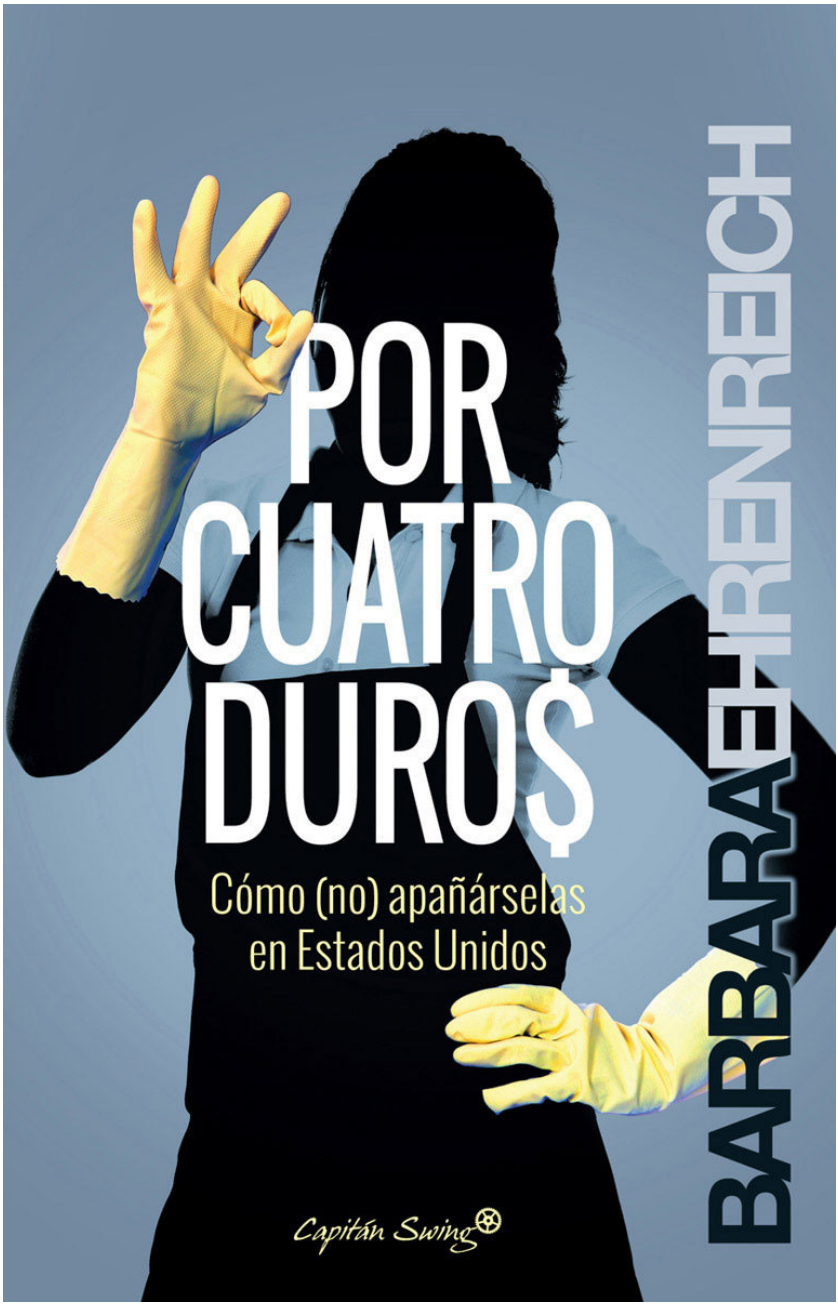
Conclusiones

Sobre este libro

Sobre Barbara Ehrenreich

Créditos

Por cuatro duros



Una de las pensadoras sociales norteamericanas más agudas y originales decide ocultarse como trabajadora no cualificada para

revelar el lado oscuro de la prosperidad estadounidense, recogiendo sus experiencias en trabajos poco remunerados, como parte de un trabajo de investigación sobre las condiciones laborales de las clases pobres de Estados Unidos.

Millones de estadounidenses trabajan a tiempo completo, todo el año, por un salario miserable. Ehrenreich, inspirada por la retórica liberal que promete que cualquier trabajo puede ser el pasaporte a una vida mejor, decidió experimentar el régimen de vida de estos trabajadores. ¿Cómo puede sobrevivir –y mucho menos prosperar– alguien, por seis dólares/hora? La autora dejó su casa, alquiló las habitaciones más baratas y aceptó cualquier trabajo que se le ofreció. De Florida a Maine o Minnesota, trabajó como camarera de hotel, mujer de la limpieza, auxiliar de enfermería y empleada de Wal-Mart: una odisea penosa, cargada de humor negro y de mil estratagemas desesperadas para sobrevivir en el sufrido terreno laboral norteamericano. Pronto descubrió que ningún trabajo es verdaderamente «no cualificado», hasta las más humildes ocupaciones requieren un agotador esfuerzo mental y muscular. Y que un solo puesto de trabajo no es suficiente para salir adelante.

Barbara Ehrenreich. Butte (EEUU), 1941. La reconocida ensayista y activista social estadounidense, estudió en el Reed College de Portland (Oregón), obteniendo un doctorado en biología por la Universidad Rockefeller de Nueva York. Tras finalizarlo decidió abandonar la investigación científica y comenzó a involucrarse en política, como activista por el cambio social. Pertenece a la cúpula del Partido socialdemócrata de América, y desde 1991 hasta 1997 ha sido columnista habitual en la revista Time y ha escrito para publicaciones como The New York Times, Mother Jones, The Atlantic Monthly, Ms, The New Republic, Z Magazine, In These Times y Salon.com. Desde agosto de 2005 escribe para el periódico The Progressive.

Su libro Por cuatro duros: Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos (Nickel and Dimed, 2002), que ahora presentamos, se convirtió en todo un éxito de ventas a lo largo y ancho de los Estados Unidos. En él, Ehrenreich recoge su penosa experiencia desempeñando trabajos poco y mal remunerados, como parte de un proyecto de investigación acerca de las condiciones laborales de las clases pobres estadounidenses.

Título original: Nickel and Dimed: On (not) getting by in America (2001)

© Del libro: Barbara Ehrenreich

© De la traducción: Carmen Aguilar

Edición en ebook: junio de 2021

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-123903-2-2

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.